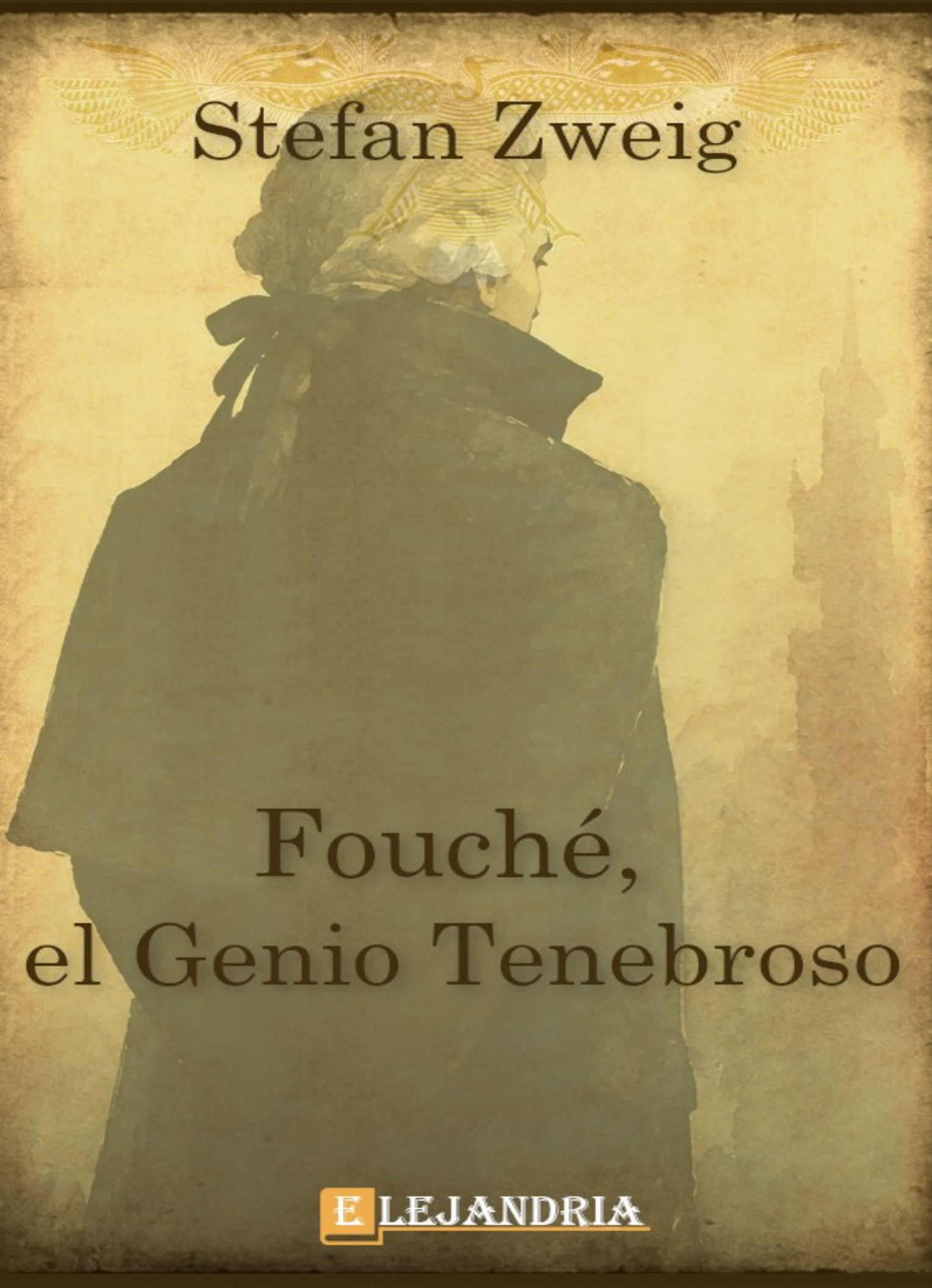
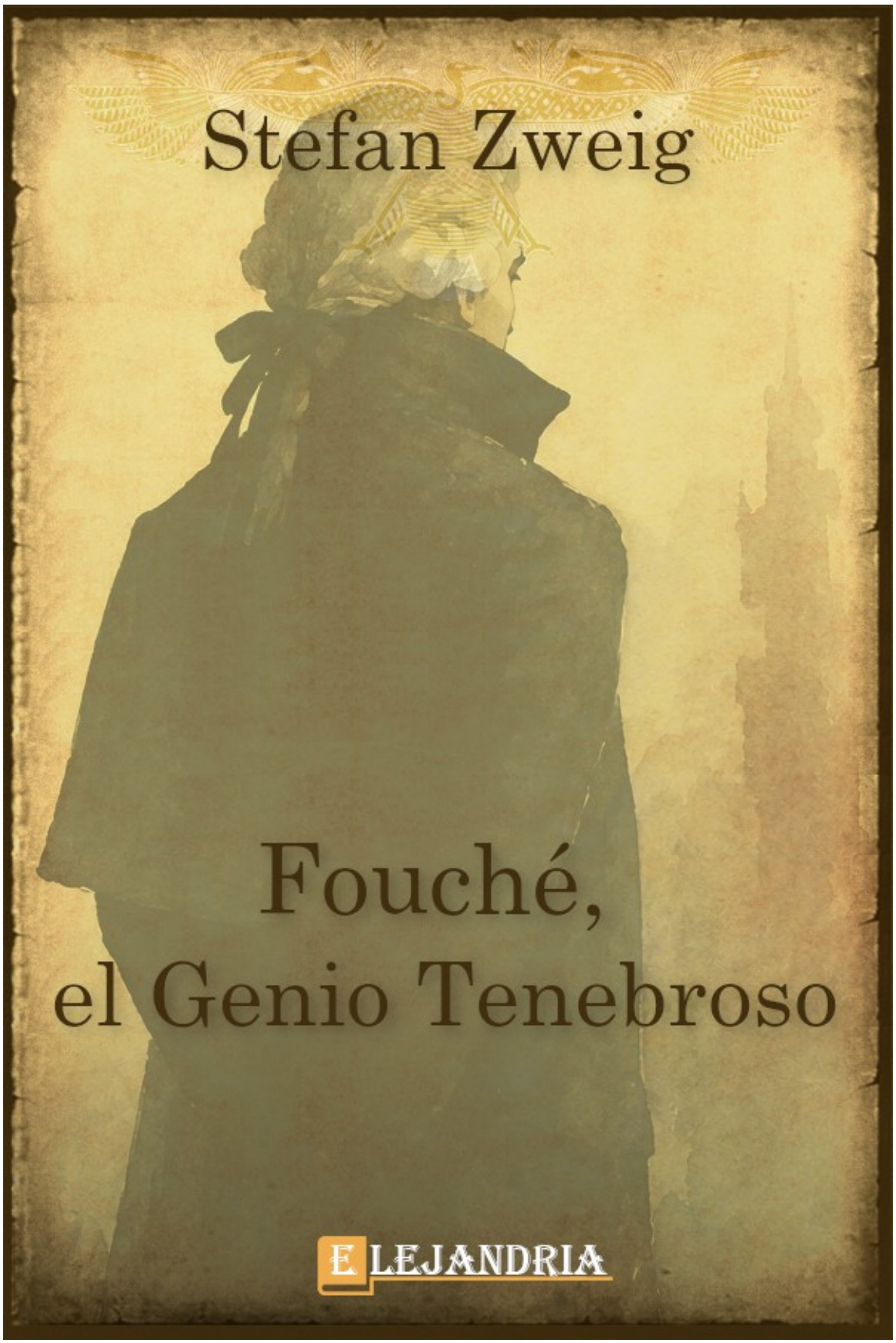
Stefan Zweig



# Fouché, el Genio Tenebroso

ELEJANDRIA


Stefan Zweig
Fouché,
el Genio Tenebroso
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# FOUCHÉ, EL GENIO TENEBROSO

## STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1929
FUENTE: HTTPS://PROJEKT-GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: INSEL-VERLAG, 1930

# Prólogo

Joseph Fouché, uno de los hombres más poderosos de su tiempo, uno de los más singulares de todos los tiempos, ha encontrado poco amor entre sus contemporáneos, y todavía menos justicia por parte de la posteridad. Napoleón en Santa Elena, Robespierre entre los jacobinos, Carnot, Barras, Talleyrand en sus memorias, todos los historiadores franceses, ya sean monárquicos, republicanos o bonapartistas, sienten correr al instante la hiel por la pluma en cuanto solo escriben su nombre. Traidor de nacimiento, mísero intrigante, tersa naturaleza de reptil, tránsfuga profesional, alma baja de policía, miserable inmoralista: no se le escatima ningún insulto despectivo, y ni Lamartine, ni Michelet, ni Louis Blanc intentan seriamente indagar en su carácter, o más bien en su admirablemente persistente falta de carácter. Por primera vez aparece su figura con un contorno vital real en aquella monumental biografía de Louis Madelin (a quien este estudio, como cualquier otro, debe la mayor parte de su material factual); por lo demás, la historia ha relegado, muy silenciosamente, a la fila trasera de los figurantes insignificantes, a un hombre que, en el transcurso de un vuelco del mundo, dirigió a todos los partidos y fue el único en sobrevivirlos a todos, que en el duelo psicológico venció a un Napoleón y a un Robespierre. De vez en cuando su figura reaparece como un fantasma en alguna obra teatral o alguna opereta sobre Napoleón, pero entonces casi siempre en el papel esquemático y manido del astuto ministro de Policía, una especie de Sherlock Holmes anticipado; y es que la representación superficial confunde siempre un papel de fondo con un papel secundario.

Uno solo ha visto en toda su grandeza a esta figura singular, y desde su propia grandeza, y no precisamente el menor: Balzac. Este espíritu elevado y a la vez penetrante, que no miraba solo a la superficie de la época, sino siempre también detrás de las bambalinas, reconoció sin reservas en Fouché al carácter psicológicamente más interesante de su siglo. Acostumbrado a considerar, en su química de los sentimientos, todas las pasiones —tanto las llamadas heroicas como las llamadas bajas— como elementos de igual valor, a admirar por igual a un criminal consumado, un Vautrin, y a un genio moral, un Louis Lambert, sin distinguir jamás entre lo moral y lo inmoral, sino midiendo siempre tan solo el valor de voluntad de un hombre y la intensidad de su pasión, Balzac sacó precisamente a este hombre, el más despreciado y vilipendiado de la Revolución y del Imperio, de la penumbra a la que se lo había querido condenar. Llama a este «singulier génie» «el único ministro que jamás tuvo Napoleón», y en otro lugar «la plus forte tête que je connaisse», y en otra parte «una de esas figuras que tienen tanta profundidad bajo cada superficie, que en el momento de actuar siguen siendo impenetrables y solo después pueden ser comprendidas». ¡Esto suena bien distinto de aquellos desprecios moralizantes! Y en mitad de su novela «Une ténébreuse affaire» dedica a este «espíritu sombrío, profundo y poco común, poco conocido» una página especial: «Su genio singular —escribe— que infundía a Napoleón una especie de temor, no se reveló de golpe. Este desconocido miembro de la Convención, uno de los hombres más extraordinarios y a la vez más falsamente juzgados de su tiempo, no llegó a ser lo que fue después sino en las crisis. Se elevó, bajo el Directorio, a esa altura desde la que los hombres profundos saben reconocer el futuro juzgando correctamente el pasado; luego, de repente, como algunos actores mediocres que, iluminados por una súbita revelación, se convierten en intérpretes excelentes, dio, durante el golpe de Estado del 18 de Brumario, pruebas de su habilidad. Este hombre de rostro pálido, criado bajo disciplina claustral, que conocía todos los secretos de la Montaña, a la que perteneció en un principio, así como los de los realistas, a los que finalmente se pasó, este hombre había estudiado, lenta y

silenciosamente, a los hombres, las cosas y las prácticas del escenario político; penetró los secretos de Bonaparte, le dio consejos útiles e informaciones valiosas; ... ni sus nuevos ni sus antiguos colegas sospechaban en aquel momento el alcance de su genio, que era esencialmente un genio de gobierno: certero en todas sus profecías y de una perspicacia increíble.» Así Balzac. Su homenaje fue lo primero que me llamó la atención sobre Fouché, y desde hace años he ido siguiendo ocasionalmente con la mirada a este hombre, del que un Balzac llegó a decir que «había poseído más poder sobre los hombres que el propio Napoleón». Pero Fouché ha sabido, como en vida, también en la historia, permanecer como figura de fondo: no le gusta que se le mire de frente ni que se le vean las cartas. Casi siempre se esconde, dentro de los acontecimientos, dentro de los partidos, tras la envoltura anónima de su cargo, tan invisiblemente activo como el mecanismo dentro del reloj, y solo muy raramente se logra, en el tumulto de los sucesos, en las curvas más cerradas de su trayectoria, atrapar su perfil fugitivo. ¡Y algo todavía más singular! Ninguno de estos perfiles de Fouché, captados al vuelo, coincide a primera vista con los demás. Cuesta cierto esfuerzo imaginar que el mismo hombre, con la misma piel y el mismo cabello, fuera en 1790 maestro sacerdote y ya en 1792 saqueador de iglesias, en 1793 comunista y, cinco años después, ya varias veces millonario, y otros diez años más tarde, duque de Otranto. Pero cuanto más audaces sus transformaciones, tanto más interesante se me apareció el carácter, o más bien el no-carácter, de este maquiavélico más perfecto de la Edad Moderna; cada vez más atractiva se me hizo su vida política, toda envuelta en trasfondos y clandestinidad, cada vez más singular, incluso demoníaca, su figura. Así llegué, de manera del todo imprevista, por puro placer de psicólogo, a escribir la historia de Joseph Fouché como una contribución a una biología del diplomático, todavía pendiente y muy necesaria, la de esa raza espiritual aún no del todo explorada y sumamente peligrosa de nuestro mundo.

Semejante biografía de una naturaleza absolutamente amoral, aun de una tan singular y significativa como la de Joseph Fouché, va, lo

sé, contra el deseo inconfundible de la época. Nuestra época quiere y ama hoy las biografías heroicas, pues, por su propia pobreza de figuras dirigentes políticamente creadoras, busca en el pasado un ejemplo más elevado. Ahora bien, no desconozco en absoluto el poder que ensancha el alma, que acrecienta la fuerza, que eleva el espíritu, propio de las biografías heroicas. Son necesarias, desde los días de Plutarco, para toda generación ascendente y toda juventud nueva. Pero precisamente en lo político encierran el peligro de una falsificación de la historia, a saber, la de dar a entender que entonces, y siempre, fueron las naturalezas verdaderamente dirigentes las que también determinaron el destino real del mundo. Sin duda, una naturaleza heroica domina, por su mera existencia, la vida espiritual durante décadas y siglos, pero solo la espiritual. En la vida real, en la vida efectiva, en la esfera de poder de la política, raras veces deciden —y esto debe subrayarse como advertencia contra toda credulidad política— las figuras superiores, los hombres de las ideas puras, sino un género mucho más inferior, pero más hábil: las figuras de fondo. En 1914 como en 1918 hemos visto cómo las decisiones de trascendencia universal sobre la guerra y la paz no se tomaron desde la razón y la responsabilidad, sino por hombres ocultos entre bastidores, de carácter sumamente dudoso y de entendimiento insuficiente. Y a diario volvemos a experimentar que, en el juego dudoso y a menudo sacrílego de la política, al que los pueblos siguen confiando con fe ciega a sus hijos y su futuro, no son los hombres de visión moral, de convicciones inquebrantables, quienes se imponen, sino que estos son una y otra vez superados por esos jugadores profesionales que llamamos diplomáticos, esos artistas de manos ágiles, de palabras vacías y nervios fríos. Si es verdad, pues, como ya dijo Napoleón hace cien años, que la política se ha convertido en «la fatalité moderne», el nuevo fatum, tratemos entonces, como defensa, de reconocer a los hombres que hay detrás de esos poderes, y con ello el peligroso secreto de su poder. Que esta historia de la vida de Joseph Fouché sea una contribución así a la tipología del hombre político.

*Salzburgo, otoño de 1929*

# Capítulo I

# Ascenso (1759-1793)

El 31 de mayo de 1759 nace Joseph Fouché —¡todavía muy lejos de ser duque de Otranto!— en la ciudad portuaria de Nantes. Marinos y comerciantes sus padres, marinos sus antepasados; nada, pues, más natural que el hijo heredero volviera a ser hombre de mar, mercader naviero o capitán. Pero pronto se advierte: este muchacho escuálido y crecido de más, exangüe, nervioso y feo, carece de toda aptitud para un oficio tan duro y entonces todavía verdaderamente heroico. A dos leguas de la costa, ya se marea; un cuarto de hora de carrera o de juegos de muchachos, y ya se fatiga. Qué hacer, pues, con un vástago de constitución tan delicada, se preguntan los padres no sin inquietud, pues la Francia de hacia 1770 no tiene todavía verdadero espacio para una burguesía ya despierta espiritualmente y que se agolpa impaciente hacia delante. En los tribunales, en la administración, en todo empleo, en todo cargo, las prebendas más suculentas siguen reservadas a la nobleza; para el servicio de la corte hace falta escudo de conde o buena baronía, e incluso en el ejército un burgués encanecido apenas llega más allá de cabo. El tercer estado sigue excluido por doquier en aquel reino mal aconsejado y corrupto; no es de extrañar que un cuarto de siglo después reclame a puñetazos lo que durante demasiado tiempo se negó a su mano que humildemente pedía.

Solo queda la Iglesia. Esta gran potencia milenaria, infinitamente superior a las dinastías en conocimiento del mundo, piensa de manera más inteligente, más democrática y más generosa. Siempre encuentra sitio para todo el que tiene talento, y acoge incluso al más humilde en su reino invisible. Como el pequeño Joseph ya destaca en los estudios en el pupitre de los oratorianos, le ceden de buen grado, una vez formado, la cátedra como profesor de matemáticas y física, como inspector de estudios y prefecto. A los veinte años tiene ya, en esta orden que desde la expulsión de los jesuitas dirige la educación católica en toda Francia, dignidad y cargo —modestos, es verdad, y sin muchas perspectivas de ascenso—, pero una escuela al fin y al cabo, en la que se forma a sí mismo, en la que aprende enseñando. Podría llegar más alto, hacerse padre, quizá incluso algún día obispo o eminencia, si profesara los votos sacerdotales. Pero es típico de Joseph Fouché: ya en el primer peldaño, el más bajo, de su carrera, aflora un rasgo característico de su naturaleza, su repugnancia a atarse por completo, de manera irrevocable, a alguien o a algo. Lleva hábito y tonsura eclesiásticos, comparte la vida monástica de los demás padres, no se distingue en nada, ni por fuera ni por dentro, de un sacerdote durante aquellos diez años entre los oratorianos. Pero no recibe las órdenes mayores, no pronuncia voto alguno. Como siempre, en cada situación, se guarda abierta la retirada, la posibilidad de la mudanza y del cambio. Tampoco a la Iglesia se entrega sino temporalmente y no del todo, igual que más tarde no se entregará a la Revolución, al Directorio, al Consulado, al Imperio ni al Reino: ni siquiera a Dios, y mucho menos a un hombre, se compromete Joseph Fouché a serle fiel jamás durante toda su vida.

Diez años, desde los veinte hasta los treinta, recorre este semisacerdote pálido y reservado los claustros y los silenciosos refectorios. Enseña en Niort, en Saumur, en Vendôme, en París, pero apenas percibe el cambio de residencia, pues la vida de un maestro de seminario transcurre igual de silenciosa, pobre e insignificante en una ciudad que en otra, siempre tras muros callados, siempre apartada de la vida. Veinte alumnos, treinta alumnos, cuarenta

alumnos a quienes se enseña latín, matemáticas y física, muchachos pálidos vestidos de negro, a quienes se lleva a misa y se vigila en el dormitorio, lectura solitaria de libros científicos, comidas pobres, mala paga, una sotana negra y raída, una existencia monástica y sin pretensiones. Parecen un entumecimiento, irreales y al margen del tiempo y del espacio, estériles y sin ambición, estos diez años silenciosos y sombríos.

Y sin embargo, en estos diez años de escuela conventual aprende Joseph Fouché mucho de lo que aprovechará infinitamente al futuro diplomático, sobre todo la técnica de saber callar, el arte magistral de ocultarse a sí mismo, la maestría en la observación de las almas y en la psicología. Que este hombre domine durante toda su vida, incluso en la pasión, cada nervio de su rostro; que jamás se pueda descubrir un arrebato violento de cólera, de amargura, de agitación en ese rostro inmóvil, emparedado como en un silencio; que pronuncie con la misma voz apagada, sereno, tanto lo más afable como lo más terrible, y que sepa cruzar con el mismo paso silencioso tanto las estancias del Emperador como una asamblea popular enfurecida —esta disciplina incomparable del dominio de sí se aprende en los años del refectorio; su voluntad, domada ya por los ejercicios de Loyola, y su palabra, educada en las discusiones de un arte sacerdotal centenario, mucho antes de que suba al estrado del gran escenario del mundo. No es acaso casualidad que los tres grandes diplomáticos de la Revolución Francesa, Talleyrand, Sieyès y Fouché, salieran todos de la escuela de la Iglesia, ya maestros consumados en el conocimiento de los hombres antes incluso de subir a la tribuna. La antiquísima tradición común, que se extiende mucho más allá de ellos, imprime a sus caracteres, por lo demás tan opuestos, una cierta semejanza en los minutos decisivos. A esto se añade en Fouché una disciplina personal férrea, casi espartana, una resistencia interior al lujo y al fasto, una capacidad de ocultar la vida privada y el sentimiento personal; no, estos años de Fouché a la sombra de los claustros no se perdieron: aprendió infinitamente mucho mientras era maestro.

Tras los muros del convento, en el más estricto retiro, se educa y despliega este espíritu singularmente flexible e inquieto hasta alcanzar la maestría psicológica. Durante años solo puede actuar de forma invisible, en el círculo eclesiástico más cerrado, pero ya en 1778 ha comenzado en Francia aquella tormenta social que golpea incluso los muros del convento. En las celdas sacerdotales de los oratorianos se discute sobre los derechos del hombre igual que en los clubes masónicos; una nueva especie de curiosidad empuja a estos jóvenes sacerdotes hacia los burgueses, curiosidad también en el profesor de física y matemáticas hacia los asombrosos descubrimientos de la época, los Montgolfier, los primeros globos aerostáticos, los grandiosos inventos en los campos de la electricidad y la medicina. Los señores eclesiásticos buscan contacto con los círculos intelectuales, y ese contacto lo ofrece en Arras un círculo social muy singular, llamado los «Rosati», una especie de «Schlaraffia», en el que se reúnen los intelectuales de la ciudad en alegre camaradería. Todo transcurre allí de manera bastante modesta: pequeños burgueses de aspecto anodino recitan versecillos o pronuncian discursos literarios, los militares se mezclan con los civiles, y también el maestro sacerdote Joseph Fouché es bien recibido, porque sabe contar muchas cosas sobre los nuevos logros de la física. Allí se sienta a menudo, en el círculo camaraderesco, y escucha cuando, por ejemplo, un capitán del cuerpo de ingenieros llamado Lazare Carnot lee versos burlones de su propia cosecha, o cuando el pálido y de labios finos abogado Maximilien de Robespierre (que por entonces todavía daba importancia a su nobleza) pronuncia un almibarado brindis en honor de los «Rosati». Pues la provincia disfruta aún de los últimos suspiros del filosofante Dix-huitième; el señor de Robespierre escribe todavía, plácidamente, delicados versecillos en vez de sentencias de sangre; el médico suizo Marat compone todavía, en vez de torvos manifiestos comunistas, una empalagosa novela sentimental; el pequeño teniente Bonaparte se afana todavía, en algún rincón de provincias, en una novela corta a imitación del Werther: las tormentas aguardan aún, invisibles, tras el horizonte. Pero juego del destino: es precisamente con este pálido, nervioso y

desenfrenadamente ambicioso abogado de Robespierre con quien traba amistad, en particular, el tonsurado maestro sacerdote; sus relaciones incluso están a punto de convertirse en relaciones de cuñados, pues Charlotte Robespierre, la hermana de Maximilien, quiere curar al profesor de los oratorianos de su condición eclesiástica, y ya se rumorea en todas las mesas sobre su compromiso. Por qué acaba deshaciéndose finalmente este noviazgo ha quedado en secreto, pero acaso se oculte ahí la raíz de aquel odio terrible y de trascendencia universal entre estos dos hombres, antaño amigos, que más tarde lucharán a muerte. Pero entonces todavía no saben nada de jacobinismo ni nada de odio. Al contrario incluso: cuando Maximilien de Robespierre es enviado a Versalles como diputado a los Estados Generales, para colaborar en la nueva Constitución de Francia, es el tonsurado Joseph Fouché quien presta al exangüe abogado de Robespierre las monedas de oro para que pueda pagar el viaje y hacerse cortar un traje nuevo. Símbolo también esto, que él, como tantas veces después, sostenga a otro el estribo para la carrera hacia la historia universal. Y que sea precisamente él quien, en el momento decisivo, traicione al antiguo amigo y lo derribe por la espalda.

Poco después de la partida de Robespierre hacia la asamblea de los Estados Generales, que sacudirá todos los cimientos de Francia, los oratorianos de Arras hacen también su pequeña revolución. La política ha penetrado hasta los refectorios, y el astuto olfateador de todos los vientos, Joseph Fouché, hincha con ella sus velas. Por proposición suya se envía una diputación a la Asamblea Nacional para manifestar las simpatías de los sacerdotes hacia el tercer estado. Pero esta vez el hombre, por lo demás tan prudente, se ha adelantado una hora de más. Sus superiores lo envían, a modo de castigo, aunque sin fuerza para ser un castigo real, al instituto hermano de Nantes, al mismo lugar donde el muchacho aprendió los rudimentos de la ciencia y del conocimiento de los hombres. Pero ahora está experimentado y madurado, ya no le atrae enseñar a muchachos adolescentes las tablas de multiplicar, la geometría y la física. El olfateador del viento ha sentido que sobre el país se cierne

una tormenta social, que la política domina el mundo: ¡así pues, a la política! De un tirón se quita la sotana, deja que le crezca el pelo sobre la tonsura y, en lugar de a muchachos inmaduros, dirige ahora conferencias políticas a los honrados burgueses de Nantes. Se funda un club —siempre empieza, en efecto, la carrera de los políticos en un escenario de pruebas así, de la elocuencia—, bastan unas pocas semanas y Fouché ya es presidente de los «Amis de la Constitution» de Nantes. Elogia el progreso, pero con mucha cautela, con mucho liberalismo, pues el barómetro político de la honrada ciudad mercantil marca moderación; en Nantes no gusta el radicalismo, donde se teme por el propio crédito y, sobre todo, se quiere hacer buenos negocios. Tampoco gustan allí, porque de las colonias se sacan pingües prebendas, proyectos tan fantásticos como la liberación de los esclavos: por eso Joseph Fouché redacta de inmediato un documento grandilocuente dirigido a la Convención contra la abolición de la trata de esclavos, lo que le vale una fuerte reprimenda de Brissot, pero no mengua en absoluto su prestigio en el círculo burgués más cercano. Para consolidar a tiempo su posición política en el clan de los burgueses (¡sus futuros electores!), se casa apresuradamente con la hija de un comerciante acaudalado, una muchacha fea pero bien dotada económicamente, pues quiere ser, rápida y completamente, burgués en una época en la que —ya lo presiente— el tercer estado será pronto el primero, el dominante. Todo esto no son sino preparativos para el verdadero objetivo. En cuanto se convocan las elecciones para la Convención, el antiguo maestro sacerdote se presenta como candidato. ¿Y qué hace todo candidato? Promete primero a sus buenos electores todo lo que quieren oír. Así jura Fouché proteger el comercio, defender la propiedad, respetar las leyes; truena (pues en Nantes el viento sopla más de la derecha que de la izquierda) mucho más locuaz contra los agitadores del desorden que contra el antiguo régimen. Y, en efecto, es elegido en el año 1792 diputado a la Convención, y la escarapela tricolor del diputado sustituye ahora, por mucho tiempo, a la tonsura que llevaba oculta y en silencio.

Joseph Fouché tiene treinta y dos años en el momento de su elección. No es un hombre bien parecido, en absoluto. Cuerpo enjuto, casi fantasmalmente descarnado, rostro de huesos estrechos y líneas angulosas, feo y desagradable. Afilada la nariz, afilada y estrecha también la boca, siempre cerrada, fríos como de pez los ojos bajo unos párpados pesados, casi somnolientos, las pupilas grises como de gato, como bolitas de cristal. Todo en este rostro, todo en este hombre está como dosificado con escasa materia vital: parece un hombre a la luz de gas, pálido y verdoso. Ningún brillo en los ojos, ninguna sensualidad en los movimientos, ningún acero en la voz. Ralo y lacio el cabello, rojizas y apenas visibles las cejas, grisáceas y macilentas las mejillas. Es como si no hubiera suficiente pigmento para dar a este rostro un tinte saludable: este hombre tenaz, de una capacidad de trabajo inaudita, parece siempre un cansado, un enfermo, un convaleciente. Todo el que lo ve tiene la impresión de que este hombre no tiene sangre caliente, roja, bullente. Y, en efecto, también anímicamente pertenece a la raza de los de sangre fría. No conoce pasiones groseras y arrebatadoras, no se siente empujado ni hacia las mujeres ni hacia el juego, no bebe vino, no se complace en el derroche, no hace lucir sus músculos, vive solo entre habitaciones, entre expedientes y papeles. Nunca cae en una cólera visible, nunca tiembla un nervio en su rostro. Solo a una pequeña sonrisa, ora cortés, ora burlona, se rizan esos labios finos y exangües; nunca se reconoce bajo esa máscara de color de arcilla, aparentemente laxa, una verdadera tensión; nunca revela, bajo los pesados párpados de bordes enrojecidos, el ojo su intención, ni un movimiento su pensamiento. Esta imperturbable sangre fría es también la verdadera fuerza de Fouché. Los nervios no lo dominan, los sentidos no lo seducen, toda su pasión se carga y se descarga tras el muro impenetrable de su frente. Deja que sus fuerzas jueguen y, mientras tanto, acecha despierto los errores de los demás; deja que la pasión de los otros se consuma y espera con paciencia hasta que se hayan agotado o, en su falta de dominio, den muestra de flaqueza: solo entonces ataca, implacable. Terrible es esta superioridad de su paciencia sin nervios: quien sabe esperar así y ocultarse así, puede engañar incluso al más avezado. Fouché

servirá con calma, se tragará, sin pestañear, los insultos más groseros, las humillaciones más vergonzosas, sonriendo fríamente; ninguna amenaza, ninguna cólera conmoverá a este hombre de sangre de pez. Robespierre y Napoleón, ambos se estrellan contra esta calma pétrea como el agua contra la roca: tres generaciones, toda una estirpe se agita y refluye en pasión, mientras él persiste, frío y orgulloso, el único sin pasión. Esta frialdad de sangre constituye, pues, el verdadero genio de Fouché. Su cuerpo no lo frena ni lo arrastra, él está, por así decirlo, ausente en todos estos audaces juegos del espíritu. Su sangre, sus sentidos, su alma, todos esos elementos confusos del sentimiento propios de un hombre de verdad, nunca participan realmente en este secreto jugador, cuya pasión entera se ha desplazado hacia el cerebro. Pues este hombre seco de escritorio ama viciosamente la aventura, y su pasión es la intriga. Pero solo desde el espíritu puede agotarla y gozarla, y nada oculta su inquietante alegría por la confusión, por el enredo, mejor y con más ingenio que el hábito sobrio del funcionario cumplidor y probo, tras el que se enmascara toda su vida. Hilar tramas desde una habitación, atrincherado tras expedientes y registros, atacar de manera mortífera, inesperada e inadvertida: esa es su táctica. Hay que mirar hondo en la historia para llegar siquiera a advertir su presencia, al resplandor de la Revolución, a la luz legendaria de Napoleón, presencia aparentemente modesta y subalterna, pero en realidad omnipresente y conformadora de la época. Toda una vida camina en la sombra, pero a lo largo de tres generaciones, y Patroclo ha caído ya hace tiempo, Héctor y Aquiles, mientras vive Odiseo, el fecundo en ardides. Su talento eclipsa al genio, su sangre fría sobrevive a toda pasión.

En la mañana del 21 de septiembre, la Convención recién elegida hace su entrada solemne en la sala. La acogida ya no es tan solemne, tan pomposa como la de la primera Asamblea Legislativa tres años antes. Entonces se alzaba todavía en el centro un precioso sillón de damasco, bordado con lirios blancos, el lugar del rey. Y cuando él entraba, toda la asamblea, puesta en pie respetuosamente, aclamaba al ungido. Pero ahora sus fortalezas, la

Bastilla y las Tullerías, están neutralizadas, ya no hay rey en Francia; solo un señor grueso, al que sus rudos carceleros y jueces llaman Luis Capeto, se aburre en el Temple como ciudadano sin poder, esperando su sentencia. En su lugar gobiernan ahora los setecientos cincuenta del país, y se han instalado en su propia casa. Detrás de la mesa presidencial se alza, en letras gigantescas, la nueva tabla mosaica de las leyes, el texto de la Constitución, y adornan las paredes de la sala —¡símbolo peligroso!— el haz de los lictores y el hacha homicida.

En las galerías se agolpa el pueblo y observa con curiosidad a sus representantes. Setecientos cincuenta miembros de la Convención entran a paso lento en la casa real, extraña mezcla de todos los estados y todos los oficios: abogados sin empleo junto a ilustres filósofos, sacerdotes huidos junto a militares condecorados, aventureros fracasados junto a célebres matemáticos y galantes poetas; como en un vaso violentamente agitado, en Francia, por obra de la Revolución, lo de abajo ha subido a lo alto. Ahora es tiempo de aclarar el caos.

Ya la disposición de los asientos apunta un primer intento de orden. En la sala en forma de anfiteatro, tan estrecha que frente contra frente, aliento contra aliento, chocan entre sí los discursos hostiles, se sientan abajo, en la parte honda, los tranquilos, los ya decantados, los prudentes, el «Marais», el Pantano, como se llama burlonamente a los que carecen de pasión en todas las decisiones. Los impetuosos, los impacientes, los radicales toman asiento arriba, en los bancos más altos, en la «Montaña», que con sus últimas filas de asientos ya toca las galerías, indicando así, como de manera simbólica, que tienen tras de sí a la masa, al pueblo, al proletariado.

Estas dos fuerzas se mantienen en equilibrio. Entre ellas oscila, en flujo y reflujo, la Revolución. Para los burgueses, para los moderados, la república está ya consumada con la Constitución conquistada, con la eliminación del rey y de la nobleza, con el traspaso de los derechos al tercer estado: ahora quisieran más bien contener y refrenar de nuevo la corriente removida desde abajo,

defender ya solo lo asegurado. Condorcet, Roland, los girondinos son sus jefes, representantes de la intelectualidad y de la clase media. Pero los de la Montaña quieren empujar todavía más lejos la formidable ola revolucionaria, hasta que arrastre consigo todo lo que aún quede de lo existente, de lo atrasado; quieren, con Marat, Danton y Robespierre como jefes del proletariado, «la révolution intégrale», la revolución total, la radical, hasta el ateísmo y el comunismo. Quieren, tras el rey, derribar también a los otros viejos poderes del Estado: el dinero y Dios. Inquieta oscila la balanza entre ambos partidos. Si vencen los girondinos, los moderados, la Revolución se irá encallando poco a poco en una reacción primero liberal y luego conservadora. Si vencen los radicales, se precipitarán en todos los abismos y torbellinos de la anarquía. Así, la solemne concordia de la primera hora no engaña a ninguno de los presentes en esa sala fatídica; todos saben que aquí empezará pronto una lucha a vida o muerte, entre el espíritu y la violencia. Y el lugar donde toma asiento un diputado, ya sea abajo en la llanura o arriba en la Montaña, anuncia ya de antemano su decisión.

Con los setecientos cincuenta que pisan solemnemente la sala del rey destronado, entra también, en silencio, con la banda tricolor del delegado del pueblo cruzada sobre el pecho, Joseph Fouché, el diputado de Nantes. Ya le ha crecido el pelo sobre la tonsura, hace tiempo que ha abandonado el hábito sacerdotal: viste, como todos ellos, el sencillo traje burgués sin adornos.

¿Dónde tomará asiento Joseph Fouché? ¿Entre los radicales de la Montaña o entre los moderados de la llanura? Joseph Fouché no vacila mucho. Solo conoce un partido al que ha sido fiel y al que seguirá siendo fiel hasta el final: el más fuerte, la mayoría. Así, también esta vez, pesa y cuenta interiormente los votos, y ve que, por el momento, el poder sigue estando en manos de los girondinos, de los moderados. Así que se sienta en sus bancos, junto a Condorcet, junto a Roland, junto a Servan, junto a los hombres que tienen en su mano los ministerios, que influyen en todos los nombramientos y reparten las prebendas. Allí, en medio de ellos, se siente seguro; allí se sienta. Pero cuando alza casualmente los ojos

hacia arriba, donde los adversarios, los radicales, han tomado posiciones, se topa con una mirada severa y hostil. Su amigo, Maximilien Robespierre, el abogado de Arras, ha reunido allí a sus combatientes en torno a sí, y a través del impertinente alzado, el implacable —que, vanidoso de su propia obstinación, no perdona a ningún otro la vacilación ni la debilidad— mira desde arriba, fría y burlonamente, al oportunista. En ese instante se acaba lo último que quedaba de su amistad. Desde ahora, en cada gesto y en cada acción, Fouché siente a su espalda esa mirada implacablemente escrutadora, severamente vigilante, del eterno acusador, del puritano inflexible, y sabe que debe ser prudente.

Prudente: apenas hay nadie que lo sea más que él. En las actas de las sesiones de los primeros meses se echa completamente en falta el nombre de Joseph Fouché. Mientras todos se agolpan, impetuosos y vanidosos, hacia la tribuna del orador, hacen propuestas, pronuncian diatribas, se acusan y se hostilizan unos a otros, el diputado de Nantes no sube jamás al estrado elevado. La debilidad de su voz, se disculpa ante sus amigos y electores, le impide el discurso público. Y como todos los demás se arrebatan la palabra unos a otros, ávidos e impacientes, el silencio de este hombre en apariencia modesto solo suscita simpatía.

Pero en realidad su modestia es cálculo. El exfísico calcula primero el paralelogramo de las fuerzas, observa, tarda en tomar posición, porque ve que la balanza sigue oscilando constantemente. Con prudencia, reserva su voto decisivo solo para el instante en que empiece a inclinarse definitivamente hacia uno u otro lado. ¡Nada de gastarse demasiado pronto, nada de comprometerse antes de tiempo, nada de atarse para siempre! Pues todavía no está decidido si la Revolución seguirá avanzando o refluirá: como buen hijo de marino, espera, para saltar sobre el lomo de la ola, a que sople el viento propicio, y mantiene su nave en el puerto.

Y además: ya desde Arras, todavía tras los muros del convento, ha observado con qué rapidez se consume la popularidad en una revolución, con qué rapidez el clamor del pueblo pasa del

«Hosanna» al «Crucifícale». Todos, o casi todos, los que habían pasado a primer plano durante la época de los Estados Generales y de la Asamblea Legislativa, están hoy olvidados u odiados. El cadáver de Mirabeau, ayer todavía en el Panteón, ha sido hoy retirado de él vergonzosamente; Lafayette, aclamado hace pocas semanas en triunfo como padre de la patria, es ya hoy un traidor; Custine, Pétion, ovacionados hace pocas semanas, se deslizan ya, temerosos, hacia la sombra del anonimato. No, nada de salir a la luz demasiado pronto, nada de comprometerse demasiado deprisa; ¡que primero se desgasten los demás, que se consuman! Una revolución, él lo sabe, el experimentado precoz, nunca pertenece al primero que la empieza, sino siempre al último que la termina y la arrebata como un botín.

Así se agazapa el hombre astuto, deliberadamente, en la oscuridad. Se acerca a los poderosos, pero evita todo poder público, todo poder visible. En lugar de hacer ruido en la tribuna, en los periódicos, prefiere hacerse elegir para los comités y comisiones, donde se gana visión de conjunto de la situación e influencia sobre los acontecimientos desde la sombra, sin ser vigilado ni odiado. Y, en efecto, su tenaz y rápida capacidad de trabajo lo hace apreciado, su invisibilidad lo protege de toda envidia. Desde su despacho puede contemplar, sin ser molestado, a la espera, cómo los tigres de la Montaña y las panteras de la Gironda se despedazan mutuamente, cómo las grandes figuras apasionadas, las figuras sobresalientes de un Vergniaud, un Condorcet, un Desmoulins, un Danton, un Marat y un Robespierre se hieren mortalmente unas a otras. Él mira y espera, porque sabe: solo cuando los apasionados se hayan aniquilado mutuamente comenzará el tiempo de los que esperan y de los astutos. Fouché no se decidirá definitivamente sino cuando una batalla esté decidida.

Este permanecer en la sombra es la actitud de Joseph Fouché durante toda su vida: no ser jamás portador visible del poder y, sin embargo, retenerlo por entero, tirar de todos los hilos y no pasar nunca por responsable. Colocarse siempre detrás de un primero, atrincherarse tras él, empujarlo hacia delante y, en cuanto se ha

aventurado demasiado lejos, renegar lisa y llanamente de él en el momento decisivo: ese sigue siendo su papel predilecto. Lo interpreta, el más consumado intrigante de la escena política, con veinte disfraces, en incontables episodios, entre republicanos, reyes y emperadores, con idéntica virtuosidad.

A veces se le presenta la ocasión, y con ella la tentación, de asumir él mismo el papel principal, el papel protagonista en la comedia del mundo. Pero es demasiado sagaz para desearlo en serio. Sabe de su rostro feo y repulsivo, que no se presta en absoluto para medallas y emblemas, para el fasto y la popularidad, y al que ninguna corona de laurel en la frente podría dar un aire heroico. Sabe de su voz delgada y quebradiza, que sirve bien para susurrar, insinuar y sembrar sospechas, pero nunca para arrastrar a una masa con encendida elocuencia. Se sabe más fuerte en su escritorio, en la habitación cerrada, en la sombra. Allí puede acechar e indagar, observar y persuadir, tirar de los hilos y volver a enredarlos, y permanecer él mismo impenetrable e inasible.

Ese es el último secreto del poder de Joseph Fouché: que, si bien quiere siempre el poder, incluso el poder supremo, a él, a diferencia de la mayoría, le basta con la conciencia del poder mismo: no necesita sus insignias ni su ropaje. Fouché es ambicioso en el más alto, en el altísimo grado, pero no ávido de gloria; tiene ambición sin ser vanidoso. Como verdadero y auténtico jugador del espíritu, solo ama los valores de tensión del dominio, no sus insignias. El haz de lictor, el cetro real, la corona imperial puede llevarlos otro tranquilamente, sea fuerte o testaferro, le resulta indiferente; le concede de buen grado el brillo y la dudosa dicha de la popularidad. A él le basta con tener penetración en las cosas, influjo sobre los hombres, con guiar de verdad al aparente guía del mundo y, sin comprometer su propia persona, jugar el más apasionante de todos los juegos, el inmenso juego político. Mientras que así los demás se atan a sus convicciones, a sus palabras y gestos públicos, él, el huidizo de la luz y el oculto, permanece libre en su interior y se convierte así en el polo permanente en la fuga de las apariencias. Los girondinos caen, Fouché permanece; los jacobinos son

expulsados, Fouché permanece; el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Monarquía y de nuevo el Imperio se desvanecen y perecen: pero siempre queda él, el único, Fouché, gracias a su refinada reserva y gracias a su audaz coraje para la absoluta falta de carácter, para la persistente falta de convicciones.

Pero llega un día en el curso del mundo de la Revolución, un único día que no tolera vacilación alguna, un día en que cada cual debe emitir su voto con sí o no, con par o impar: el 16 de enero de 1793. La manecilla del reloj de la Revolución marca el mediodía, se ha recorrido la mitad del camino, y a la monarquía se le ha arrancado, palmo a palmo, su poder. Pero el rey Luis XVI aún vive, prisionero, sí, en el Temple, pero vive. No se ha logrado (como esperaban los moderados) dejarlo huir, ni tampoco se ha logrado (como en secreto deseaban los radicales) dejarlo perecer a manos de la furia popular durante aquel asalto al palacio. Se lo ha humillado, se le ha quitado la libertad, su nombre y su rango; pero aún, por su mero aliento, por su sangre heredada, un rey, nieto de Luis XIV, aunque ahora se lo llame despectivamente solo Louis Capet, sigue siendo un peligro para una joven república. Así, tras la condena, la Convención plantea el 15 de enero la cuestión del castigo, la pregunta: vida o muerte. En vano han esperado los indecisos, los cobardes, los cautelosos, la gente de la calaña de Joseph Fouché, poder eludir mediante voto secreto una toma de postura pública y vinculante: pero Robespierre insiste sin piedad en que cada representante de la nación francesa pronuncie su sí o su no, su vida o su muerte, en medio de la asamblea, para que el pueblo y la posteridad sepan de cada uno a qué bando pertenece, si a la derecha o a la izquierda, si al reflujo o a la marea de la Revolución. La postura de Fouché es todavía absolutamente clara el 15 de enero. Su pertenencia a los girondinos, el deseo de sus electores, decididamente moderados, lo obligan a pedir clemencia para el rey. Consulta a sus amigos, a Condorcet ante todo, y ve que están unánimemente inclinados a eludir una medida tan irrevocable como la ejecución del rey. Y como la mayoría se opone en principio a la pena de muerte, Fouché, como es natural, se pone de su lado: la misma tarde anterior, el 15 de enero, lee a un

amigo el discurso que piensa pronunciar en esta ocasión y con el que quiere fundamentar su deseo de clemencia. Cuando uno se ha sentado en los bancos de los moderados, está obligado a la moderación, y como la mayoría se resiste a todo radicalismo, también lo aborrece Joseph Fouché, no lastrado por convicción alguna.

Pero entre aquella tarde del 15 de enero y la mañana del 16 media una noche inquieta y agitada. Los radicales no han permanecido ociosos: han puesto en marcha la poderosa maquinaria de la revuelta popular, que saben dominar con tanta maestría. En los arrabales truena el cañón de alarma, las secciones tocan tambor para convocar a anchas masas, todos esos batallones desordenados de la revuelta que siempre son convocados por los terroristas que permanecen invisibles para forzar violentamente decisiones políticas, y a los que una simple presión del dedo del maestro cervecero Santerre pone en movimiento en cuestión de pocas horas. Se los conoce, a esos batallones de agitadores de los arrabales, de las pescaderas y aventureros, desde la gloriosa toma de la Bastilla; se los conoce desde la hora miserable de las matanzas de septiembre. Siempre que se trata de romper el dique de la ley, se agita violentamente esta inmensa ola popular, y siempre arrastra todo consigo de forma irresistible, hasta a aquellos mismos que la sacaron de su propia profundidad. Al mediodía ya sitian en tropel la Escuela de Equitación y las Tullerías, hombres en mangas de camisa, el pecho desnudo, empuñando amenazadoramente las picas, mujeres burlonas y vociferantes con sus carmañolas de un rojo encendido, guardias ciudadanos y gentío callejero. Entre ellos se multiplican los instigadores del motín: Fourier, el americano, Guzmán, el español, Théroigne de Méricourt, esa histérica caricatura de una Juana de Arco. Si pasan diputados sospechosos de votar por la clemencia, se derrama sobre ellos, como de cubos de inmundicia, un torrente de improperios, se alzan los puños, se lanzan amenazas contra los representantes del pueblo: con todos los medios del terror y la violencia bruta trabajan los intimidadores para conseguir que la cabeza del rey caiga bajo el hacha. Y esta intimidación surte efecto

en todas las almas débiles. Los girondinos permanecen medrosos, reunidos a la luz vacilante de las velas, en esa gris y temprana tarde de invierno. Los que ayer todavía estaban decididos a votar contra la muerte del rey, para evitar una guerra a cuchillo con toda Europa, se han vuelto en su mayoría, bajo la enorme presión del tumulto popular, inquietos y discordes. Por fin, ya bien entrada la noche, se procede al llamamiento nominal, y uno de los primeros nombres en salir es, irónicamente, el del jefe de los girondinos, Vergniaud, ese orador por lo demás tan meridional, cuya voz siempre restalla como un martillo contra la madera resonante de las paredes. Pero ahora teme no parecer ya suficientemente republicano, como jefe de la república, si le perdona la vida al rey. Así sube a la tribuna, él, por lo demás tan fogoso e impetuoso, lento, pesado, la gran cabeza inclinada por la vergüenza, y dice en voz baja: «La mort», la muerte.

La palabra resuena por la sala como un diapasón. El primero de los girondinos ha fallado. La mayoría de los demás se mantienen firmes; trescientos de setecientos votos son por la clemencia, aunque saben que ahora una moderación política exige mil veces más audacia que una determinación aparente. Durante largo rato oscila la balanza: unos pocos votos pueden decidir. Por fin se llama al diputado Joseph Fouché de Nantes, el mismo que ayer mismo aseguraba con firmeza a sus amigos que defendería la vida del rey con un discurso arrebatador, el que diez horas antes todavía interpretaba al más resuelto de todos los resueltos. Pero entretanto el antiguo profesor de matemáticas, el buen calculador Fouché, ha contado los votos y ha visto que con ello iría a parar al partido equivocado, al único al que jamás se sumará: a la minoría. Así que sube apresurado a la tribuna con sus pasos silenciosos, y de sus labios pálidos escapan quedas las dos palabras «La mort», la muerte.

El duque de Otranto pronunciará y escribirá más tarde cien mil palabras para disculpar como un error esas dos palabras que lo marcan a él, a Joseph Fouché, como «régicide», como regicida. Pero esas dos palabras han sido dichas públicamente y quedan registradas en el *Moniteur*; no se pueden borrar de la historia, y son

memorables también en la historia personal de su vida. Pues constituyen la primera caída pública de Joseph Fouché. Ha apuñalado a traición por la espalda a Condorcet y a Daunou, sus amigos; los ha engañado y traicionado. Pero ellos no tienen por qué avergonzarse de ello ante la historia, pues otros, aún más fuertes —Robespierre y Carnot, Lafayette, Barras y Napoleón, los más poderosos de su época—, compartirán ese mismo destino y serán igualmente burlados por él en la hora del infortunio.

Pero en este minuto se revela por primera vez en el carácter de Joseph Fouché otro rasgo, también muy marcado: su desfachatez. Cuando abandona traidoramente un partido, esto nunca sucede lenta y cautelosamente; no se escabulle furtivo y encogido fuera de la formación. Sino que, a plena luz del día, sonriendo con frialdad, con una desenvoltura desconcertante y aplastante, pasa directamente al bando del hasta entonces adversario y se apropia de todas sus palabras y argumentos. Lo que piensen y digan de él sus antiguos compañeros de partido, lo que piense la multitud, la opinión pública, lo deja completamente frío. Solo una cosa le importa: estar siempre junto al vencedor, nunca junto a los vencidos. En lo fulminante de este viraje, en el desmedido cinismo de su transformación de carácter, demuestra una desfachatez tal que aturde involuntariamente y obliga a la admiración. Le bastan veinticuatro horas, a menudo solo una hora, a menudo solo un minuto, para arrojar sin más la bandera de su convicción y desplegar otra con estruendo. No marcha con una idea, sino con el tiempo, y cuanto más deprisa corre este, más rápido corre él tras él. Sabe que sus electores de Nantes se indignarán cuando lean mañana su voto en el *Moniteur*. Así que se trata de arrollarlos, en lugar de convencerlos. Y con esa audacia fulminante, con esa desfachatez que en semejantes instantes casi le confiere un destello de grandeza, ni siquiera espera esa indignación, sino que se adelanta al ataque con una ofensiva propia. Apenas un día después de la votación, Fouché manda imprimir un manifiesto en el que proclama atronadoramente como convicción más íntima lo que en realidad le ha dictado el miedo al descontento parlamentario: no quiere dar

tiempo a sus electores para pensar y sacar cuentas, sino aterrorizarlos e intimidarlos con brutalidad rápida y contundente.

Marat y los jacobinos más ardientes no podrían escribir de forma más sanguinaria de lo que escribe este hombre, moderado hasta ayer mismo, a sus honrados electores burgueses: «Los crímenes del tirano se han hecho visibles y han llenado todos los corazones de indignación. Si su cabeza no cae de inmediato bajo la espada, todos los ladrones y asesinos podrán andar con la frente alta, y el caos más terrible nos amenazaría. El tiempo está de nuestro lado y en contra de todos los reyes de la tierra.» Así proclama la ejecución como una necesidad ineludible el mismo que, el día anterior, tenía aún preparado en el bolsillo de la levita un manifiesto probablemente igual de convencido en contra de la ejecución.

Y, en efecto, el hábil calculador ha calculado bien. Oportunista él mismo, conoce la fuerza irresistible de la cobardía; sabe que en todos los momentos políticos de masas la audacia es el denominador decisivo de todo cálculo. Y acierta: los honrados burgueses conservadores se encogen medrosos ante este manifiesto insolente e inesperado; confundidos y azorados, se apresuran a dar su aprobación a una decisión con la que, en su fuero interno, ni remotamente están de acuerdo. Nadie se atreve a contradecirlo. Y desde aquel día Joseph Fouché tiene en la mano la palanca dura y fría con la que supera las crisis más graves: el desprecio por los hombres.

A partir de ese día, del 16 de enero, el camaleón de carácter que es Joseph Fouché elige (por el momento) el color rojo: el moderado se convierte de la noche a la mañana en archirradical y ultraterrorista. De un salto pasa al bando de sus adversarios, y dentro de esos antiguos adversarios se alinea de inmediato en el ala más extrema, la más izquierdista, la más radical. Con una rapidez inquietante, este espíritu frío, este sobrio hombre de escritorio, se va introduciendo, para no quedarse atrás de los demás, en la jerga sanguinaria de los terroristas. Presenta mociones severas contra los emigrados, contra los sacerdotes; azuza, truena, se enfurece,

masacra con palabras y gestos. En realidad podría ahora reconciliarse con Robespierre y sentarse a su lado. Pero este hombre de conciencia incorruptible, de dureza protestante, no ama a los renegados; con doble desconfianza se aparta del tránsfuga, cuyo estrepitoso radicalismo le resulta aún más sospechoso que su anterior tibieza.

Fouché percibe con su agudizado sentido atmosférico el peligro de semejante vigilancia, ve acercarse días críticos. Aún pende una tormenta sobre la asamblea, pero ya se perfilan en el horizonte político las luchas trágicas entre los jefes de la Revolución, entre Danton y Robespierre, entre Hébert y Desmoulins; habría que decidirse de nuevo dentro del radicalismo, y a Fouché no le gusta comprometerse antes de que la profesión de fe resulte segura y rentable. Sabe que hay situaciones, en tiempos fatídicos, que un diplomático domina con más habilidad esquivándolas. Así que prefiere abandonar la arena política de la Convención durante el combate y no volver a pisarla hasta que la contienda se haya decidido. Para semejante retirada existe ahora, por fortuna, un pretexto honroso, pues la Convención elige de entre sus propios miembros a doscientos delegados para que mantengan el orden en los departamentos rurales. Fouché, que no se siente cómodo en la atmósfera volcánica del salón de sesiones, se afana de inmediato en conseguir que lo envíen fuera, y es elegido. Se le concede así una tregua. ¡Que luchen entretanto entre ellos y se eliminen unos a otros, que le hagan sitio, los apasionados, al ambicioso! ¡Con tal de no estar presente ahora, de no tomar partido entre los partidos! Unos meses, unas semanas son mucho en aquella época en que el reloj del mundo corre enloquecido. Cuando regrese, la decisión ya estará tomada, y entonces podrá ponerse tranquila y seguramente del lado del vencedor, de su eterno partido: la mayoría.

La historia de la provincia recibe por lo general poca atención en la Revolución Francesa. Todos los relatos se quedan mirando fijamente, por así decirlo, la esfera del reloj de París, donde únicamente se hace visible el avance de la hora. Pero el peso del péndulo que regula su marcha reposa en el país y en los ejércitos.

París es solo la palabra, la iniciativa, el impulso; el inmenso país, en cambio, es la acción y la fuerza decisiva que sigue operando. La Convención ha reconocido a tiempo que el ritmo de la Revolución en la ciudad y el del campo no concuerdan del todo: las gentes de la aldea, de las alquerías y de las montañas no piensan tan deprisa como las de la capital, absorben las ideas mucho más lenta y cautelosamente y las elaboran a su propia manera. Lo que en la Convención se convierte en ley en una hora, se filtra solo lenta y gota a gota hacia el llano campo, casi siempre ya falseado y aguado por los funcionarios provinciales monárquicos y por el clero, los hombres del antiguo orden. Por eso los departamentos rurales van siempre una hora del mundo por detrás de París. Cuando gobiernan en la Convención los girondinos, el campo todavía vota realista; cuando triunfan los jacobinos, el campo apenas empieza a acercarse espiritualmente a la Gironda. En vano, en cambio, todos los grandilocuentes decretos, pues entonces la palabra impresa solo se abre paso lenta y tímidamente hasta la Auvernia y la Vendée.

Así decide la Convención enviar la palabra viva en forma activa a la provincia, para avivar el ritmo de la Revolución en toda Francia, para hacer frente al ritmo vacilante y casi contrarrevolucionario de los departamentos rurales. Elige de entre sus propios miembros a doscientos diputados que han de representar su voluntad, y les otorga un poder casi ilimitado. Quien lleva la banda tricolor y el sombrero de pluma roja tiene derechos dictatoriales. Puede recaudar impuestos, dictar sentencias, exigir reclutas, destituir a generales: ninguna autoridad puede oponérsele, pues en su persona sagrada representa simbólicamente la voluntad de toda la Convención Nacional. Su poder es ilimitado como lo fue en su día el de los procónsules de Roma, que llevaban a todos los países sometidos la voluntad del Senado; cada uno de ellos un dictador, un señor absoluto, contra cuya decisión no cabe apelación ni queja.

Enorme es el poder de estos elegidos enviados, pero enorme también su responsabilidad. Dentro del territorio que se les ha asignado, cada uno de ellos parece un rey, un emperador, un autócrata sin límites. Pero tras la nuca de cada uno brilla la

guillotina, pues el Comité de Salvación Pública vigila cada queja y exige a cada uno, sin piedad, cuentas exactas de su gestión de fondos. A quien no se haya mostrado suficientemente duro, con ese serán duros; y quien, por el contrario, se comporte con demasiado furor, también puede esperar venganza. Si la corriente se inclina hacia el Terror, entonces las medidas terroristas fueron las acertadas; si la balanza se inclina hacia la clemencia, entonces fueron un error. Aparentemente señores de todo un país, son en realidad todos siervos del Comité de Salvación Pública, súbditos de la corriente del momento: por eso miran de reojo y escuchan sin cesar hacia París, para, mientras disponen de la vida y la muerte, estar seguros de la suya propia. No es un cargo fácil el que asumen. Exactamente igual que los generales de la Revolución ante el enemigo, cada uno de ellos sabe que solo una cosa puede salvarlo y disculparlo ante la cuchilla desnuda: el éxito.

La hora en que Fouché es enviado como procónsul pertenece a los radicales. Así se comporta Fouché en su departamento del Loira Inferior, en Nantes, Nevers y Moulins, con furiosa radicalidad. Truena contra los moderados, inunda el país con un fuego graneado de proclamas, amenaza a los ricos, a los pusilánimes, a los tibios de la manera más despiadada, saca de las aldeas, con coacción moral y real, regimientos enteros de voluntarios y los envía contra el enemigo. En capacidad de organización, en rapidez para captar la situación, es al menos igual a cualquiera de sus compañeros; en audacia de palabra, superior a todos ellos. Pues —esto hay que dejarlo bien sentado— Joseph Fouché no se muestra, como los célebres paladines de la Revolución, Robespierre y Danton, cauteloso en la cuestión de la Iglesia y de la propiedad privada, que aquellos todavía declaraban respetuosamente «inviolable», sino que plantea con decisión un programa radicalsocialista y bolchevique. El primer manifiesto comunista claro de la era moderna no es en realidad aquel célebre de Karl Marx, ni *Der Hessische Landbote* de Georg Büchner, sino aquella muy desconocida «Instruction» de Lyon, deliberadamente pasada por alto por la historiografía socialista, que, si bien está firmada conjuntamente por Collot d'Herbois y Fouché,

fue sin duda redactada por Fouché en solitario. Este enérgico documento, que en sus exigencias se adelanta cien años a su época —uno de los más asombrosos de la Revolución—, bien merece ser sacado de la oscuridad; aunque su valor histórico pierda peso por el hecho de que el futuro duque de Otranto negara luego desesperadamente lo que en tiempos, como simple ciudadano Joseph Fouché, había exigido, con todo, considerado puramente en su contexto de época, esta profesión de fe suya de entonces lo señala como el primer socialista y comunista genuino de la Revolución. Ni Marat ni Chaumette formularon las exigencias más audaces de la Revolución Francesa, sino Joseph Fouché, y más claro y más crudo que cualquier descripción ilumina el texto original la imagen de su carácter, que de otro modo huye siempre hacia la penumbra.

Esta «Instruction» comienza audazmente con una declaración de infalibilidad de todas las osadías: «Todo está permitido a quienes actúan en el sentido de la Revolución. Para el republicano no hay más peligro que quedarse rezagado tras las leyes de la República. Quien las sobrepasa, quien aun aparentemente se pasa de la raya, a menudo todavía no ha llegado al punto justo. Mientras haya un solo desdichado sobre la tierra, la libertad debe seguir avanzando más y más.»

Tras este enérgico preludio, en cierto modo ya maximalista, Fouché define así el espíritu revolucionario: «La Revolución se ha hecho para el pueblo: pero por él no debe entenderse aquella clase privilegiada por su riqueza, que se ha apoderado de todos los goces de la vida y de todos los bienes de la sociedad. El pueblo es únicamente la totalidad de los ciudadanos franceses, y sobre todo esa clase inmensa de pobres que defienden las fronteras de nuestra patria y alimentan a la sociedad con su trabajo. La Revolución sería un desmán político y moral si solo se preocupara del bienestar de unos pocos cientos de individuos y dejara perdurar la miseria de veinticuatro millones. Sería, por tanto, un engaño ofensivo a la humanidad hablar siempre en nombre de la igualdad mientras semejantes e inmensas diferencias de bienestar sigan separando a

un hombre de otro.» Tras estas palabras introductorias, Fouché desarrolla su teoría predilecta: que el rico, el «mauvais riche», jamás puede ser un verdadero revolucionario, jamás un republicano cabal y sincero, de modo que toda revolución meramente burguesa que deje subsistir todas las diferencias de fortuna debe degenerar inevitablemente en una nueva tiranía, «pues los ricos siempre se considerarán una especie distinta de hombres». Por eso Fouché exige del pueblo la más extrema energía y la revolución completa, la «integral». «No os engañéis: para ser verdaderamente republicano, cada ciudadano debe experimentar en sí mismo una revolución semejante a la que ha cambiado el rostro de Francia. No debe quedar nada en común entre los súbditos de los tiranos y los habitantes de un país libre. Todos sus actos, sus sentimientos, sus costumbres deben ser, por tanto, completamente nuevos. Estáis oprimidos, así que debéis aplastar a vuestros opresores; habéis sido esclavos de la superstición eclesiástica, así que ahora no debéis tener más culto que el de la libertad… Todo aquel a quien este entusiasmo resulte ajeno, que conoce otros goces y otras preocupaciones distintas de la felicidad del pueblo, que abre su alma a los intereses fríos, que calcula lo que le reportarán su honor, su posición, su talento, y que así se aparta por un instante de la utilidad general; todo aquel cuya sangre no hierva al nombre de la opresión y de la abundancia; todo aquel que tenga lágrimas de compasión para un enemigo del pueblo y no reserve toda su capacidad de sentir únicamente para los mártires de la libertad, todos esos mienten si se atreven a llamarse republicanos. Que abandonen nuestro país, o de lo contrario serán reconocidos, y su sangre impura empapará el suelo de la libertad. La República no quiere en su seno más que a hombres libres; está decidida a exterminar a todos los demás, y solo reconoce como hijos suyos a quienes quieren vivir, luchar y morir por ella.» En el tercer párrafo de esta «Instruction», la profesión de fe revolucionaria se convierte luego, desnuda y sin disimulo, en manifiesto comunista (el primero claro de 1793): «Todo hombre que posea más de lo necesario debe ser requerido para esta ayuda extraordinaria, y este tributo debe guardar proporción con las grandes exigencias de la patria: así pues,

debéis determinar en primer lugar, de manera generosa y verdaderamente revolucionaria, cuánto debe abonar cada uno para la causa pública. No se trata aquí de un cálculo matemático, ni tampoco del método tímido y vacilante que se emplea habitualmente para fijar la contribución pública: esta medida particular debe llevar el sello de las circunstancias. Actuad, pues, con generosidad y audacia; quitad a cada ciudadano todo lo que no necesite, pues todo lo superfluo (le superflu) constituye una violación manifiesta de los derechos del pueblo. Pues lo que un individuo posee por encima de sus necesidades no puede emplearlo sino abusando de ello. Así que no le dejéis más que lo estrictamente necesario; todo el resto pertenece, mientras dure la guerra, a la República y a sus ejércitos.»

Fouché subraya expresamente en este manifiesto que no basta con el dinero. «Todos los objetos», prosigue, «de los que tengan un exceso y que puedan ser útiles a los defensores de la patria, los reclama ahora la patria. Así, hay gente que tiene una increíble abundancia de lienzos y camisas, de paños y botas. Todos esos objetos deben ser objeto de las requisas revolucionarias.» Asimismo, exige sin rodeos la entrega al tesoro nacional de todo el oro y la plata, «métaux vils et corrupteurs», que el verdadero republicano desprecia, para que allí «reciban acuñada la efigie de la República y, purificados por el fuego, sirvan solo útilmente a la comunidad. — Solo necesitamos acero y hierro, y la República triunfará.» Toda la proclama concluye entonces con un terrible llamamiento a la implacabilidad. «Administraremos con todo rigor la autoridad que se nos ha confiado, castigaremos como intención malévola todo lo que en otras circunstancias tal vez se llamaría negligencia, debilidad y lentitud. Pero el tiempo de las medias medidas y de las consideraciones ha pasado. Ayudadnos a asestar golpes contundentes, o caerán sobre vosotros mismos. ¡La libertad o la muerte! — Vosotros elegís.»

Este documento teórico ya deja entrever la práctica de Joseph Fouché como procónsul. En el departamento del Loira Inferior, en Nantes, Nevers y Moulins, se atreve a librar el combate contra los poderes más fuertes de Francia, ante los que hasta Robespierre y

Danton habían retrocedido con cautela: contra la propiedad privada y contra la Iglesia. Actúa rápida y decididamente en este sentido de la «Égalisation des fortunes» mediante la invención de los llamados «comités filantrópicos», a los que los pudientes deben, supuestamente por su libre voluntad, asignar donativos. Pero para no parecer poco claro, añade ya de entrada la suave advertencia de que, «si el rico no hace uso de su derecho a hacer amable el régimen de la libertad», «la República tendría derecho a apoderarse de su fortuna». No tolera ningún exceso y restringe enérgicamente este concepto del «superflu». «El republicano no necesita más que hierro, pan y cuarenta escudos de renta.» Fouché saca los caballos de los establos, la harina de los sacos, hace personalmente responsables con su vida a los arrendatarios de que no se queden cortos en sus entregas, ordena el pan de guerra de la Gran Guerra, el pan único, y prohíbe toda repostería blanca de lujo. Cada semana pone así en pie a cinco mil reclutas, equipados con caballos, calzado, ropa y fusiles; pone en marcha las fábricas por la fuerza, y todo obedece a su energía de hierro. El dinero fluye: impuestos, tasas y donativos, suministros y prestaciones, y con orgullo escribe a la Convención, tras dos meses de actividad, «on rougit ici d'être riche». «Aquí da vergüenza pasar todavía por rico.» Pero, en verdad, debería haber dicho: «Aquí se tiembla de ser rico.»

Al mismo tiempo que como radical y comunista, Joseph Fouché — el futuro duque de Otranto, multimillonario, que devotamente se hará casar por segunda vez en la iglesia bajo el patrocinio de un rey — se revela entonces también como el combatiente más furibundo, el más apasionado contra el cristianismo. «Este culto hipócrita debe ser sustituido por la fe en la República y en la moral», truena en su encendida circular, y ya caen como rayos incendiarios las primeras medidas sobre iglesias y catedrales. Ley tras ley, decreto tras decreto: «Ningún sacerdote podrá llevar su hábito eclesiástico fuera del recinto religioso»; se le arrebata todo privilegio, pues — argumenta— «ya es hora de que esta clase soberbia sea devuelta a la pureza del cristianismo primitivo y vuelva a la clase burguesa». Pronto ya no le basta a Joseph Fouché con ser el jefe supremo de la

fuerza militar, el más alto funcionario de la justicia, el dictador ilimitado de la administración; se apropia también de todas las atribuciones eclesiásticas. Abole el celibato, ordena a los sacerdotes casarse o adoptar un hijo dentro del plazo de un mes, celebra matrimonios y los disuelve en pleno mercado, sube al púlpito (del que se han retirado cuidadosamente todas las cruces e imágenes religiosas) y pronuncia sermones ateos en los que niega la inmortalidad y la existencia de Dios. Se abolen las ceremonias fúnebres cristianas, y como único consuelo se graba en los cementerios la inscripción: «La muerte es un sueño eterno.» En Nevers, el nuevo papa introduce, el primero en el país, el bautismo civil, con motivo del nacimiento de su hija, a la que llama «Nièvre», como el departamento. La Guardia Nacional tiene que desfilar con tambor y música, y en pleno mercado le da al niño, sin asistencia eclesiástica, el bautismo y el nombre. En Moulins cabalga a la cabeza de una comitiva por toda la ciudad, un martillo en el puño, y destroza las cruces, crucifijos e imágenes de santos, las «vergonzosas» insignias del fanatismo. Las mitras episcopales y los paños de altar robados se amontonan en una pira, y mientras las llamas se alzan deslumbrantes, la plebe baila jubilosa en torno a este auto de fe ateo. Pero encarnizarse solo contra cosas muertas, contra indefensas figuras de piedra y frágiles cruces, sería para Fouché solo un triunfo a medias. El verdadero solo lo logra cuando, bajo el efecto de su elocuencia, el arzobispo François Laurent se arranca la sotana y se pone el gorro rojo, cuando treinta sacerdotes lo siguen entusiasmados, un éxito que recorre como una ola de fuego todo el país de Francia. Y con orgullo puede jactarse, frente a su colega ateo, más débil, de haber aplastado el fanatismo, de haber erradicado el cristianismo en el territorio a su cargo tanto como la riqueza.

¡Se pensaría que son actos de un furioso, la pasión desatada de un iluso fanático! Pero, en realidad, Joseph Fouché sigue siendo, incluso tras una pasión fingida, siempre calculador, siempre realista. Sabe que debe rendir cuentas a la Convención, sabe también que las frases y cartas patrióticas han bajado de cotización hace tiempo,

igual que los asignados, y que, para suscitar admiración, hay que hallar palabras metálicas. Así que, mientras los regimientos reclutados marchan hacia la frontera, envía a París todo el botín de su saqueo de iglesias. Cajón tras cajón es arrastrado a la Convención, lleno de custodias de oro, candelabros de plata rotos y fundidos, crucifijos de peso cabal y joyas arrancadas de sus engastes. Sabe que la República necesita, ante todo, moneda contante, y es el primero, el único, en enviar desde la provincia semejante botín elocuente a los diputados, que al principio se asombran ante esta insólita energía, pero que luego la aclaman con atronadores aplausos. Desde esa hora se pronuncia y se conoce en la Convención el nombre de Fouché como el de un hombre de hierro, el republicano más intrépido y enérgico de la República.

Cuando Joseph Fouché regresa de sus misiones a la Convención, ya no es el pequeño diputado desconocido de 1792. A un hombre que ha puesto en pie a diez mil reclutas, que ha exprimido de las provincias cien mil marcos de oro, mil doscientas libras en efectivo, mil barras de plata, sin recurrir ni una sola vez al «rasoir national», a la guillotina, la Convención no puede en verdad negarle su admiración «pour sa vigilance», por «su celo». El ultrajacobino Chaumette publica un himno a sus hazañas. «El ciudadano Fouché», escribe, «ha realizado los prodigios que he relatado. Ha honrado la vejez, sostenido a los débiles, respetado la desgracia, destruido el fanatismo, aniquilado el federalismo. Ha reactivado la fabricación del hierro, ha arrestado a los sospechosos, castigado ejemplarmente todo crimen, perseguido y encarcelado a los explotadores.» Un año después de haberse sentado, cauteloso y vacilante, en los bancos de los moderados, Fouché ya pasa por ser el más radical de los radicales, y ahora que la insurrección de Lyon exige un hombre especialmente enérgico, sin miramientos ni escrúpulos, ¿quién podría parecer más idóneo para ejecutar el edicto más terrible que jamás haya concebido esta o cualquier otra revolución? «Los servicios que hasta ahora has prestado a la Revolución», decreta la Convención en su jerga más pomposa, «son garantía de los que aún prestarás. Está reservado a ti el reavivar en la *Ville Affranchie* (Lyon)

la antorcha agonizante del espíritu cívico. Completa la Revolución, pon fin a la guerra de los aristócratas, y que las ruinas que aquel poder derrocado quiera levantar caigan sobre él y lo aplasten.»

Y bajo esta figura de vengador y destructor, como el «*Mitrailleur de Lyon*», entra ahora Joseph Fouché, el futuro multimillonario, el futuro duque de Otranto, por primera vez en la historia universal.

# Capítulo II

# El «Mitrailleur de Lyon» (1793)

En el libro de la Revolución francesa, una de sus páginas más sangrientas, la sublevación de Lyon, se abre pocas veces. Y sin embargo, en ninguna ciudad, ni siquiera en París, se dibujó el contraste social con trazos tan nítidos como en aquella primera ciudad industrial de la Francia todavía pequeñoburguesa y agraria de entonces, patria de la fabricación de la seda. Allí, en medio de la todavía burguesa revolución de 1792, forman los obreros por primera vez, ya con claridad, una masa proletaria, tajantemente separada de los empresarios de mentalidad monárquica y capitalista. No es de extrañar que sea precisamente en este terreno ardiente donde el conflicto adopte las formas más sangrientas y fanáticas, tanto en la reacción como en la revolución.

Los partidarios del partido jacobino, las hordas de obreros y desempleados, se agrupan en torno a uno de esos hombres extraños que toda conmoción del mundo eleva de pronto a la superficie, uno de esos hombres del todo puros, de fe idealista, que sin embargo causan siempre más desgracia con su fe y más derramamiento de sangre con su idealismo que los realpolíticos más brutales y los más salvajes hombres del Terror. Será siempre precisamente el hombre de fe pura, el religioso, el extático, el reformador y redentor del mundo, quien, con la más noble de las intenciones, dé pie al asesinato y a la desgracia que él mismo

detesta. Este, en Lyon, se llamaba Chalier, un sacerdote fugado y antiguo comerciante, para quien la revolución volvía a ser el cristianismo, el verdadero y auténtico, y a quien se aferra con un amor abnegado y supersticioso. La elevación de la humanidad a la razón y a la igualdad significa ya, para este apasionado lector de Jean-Jacques Rousseau, el cumplimiento del Reino milenario; su ardiente y fanático amor al género humano ve precisamente en el incendio del mundo la aurora de una nueva e imperecedera humanidad. Conmovedor iluso: cuando cae la Bastilla, lleva con sus propias manos una piedra de la fortaleza opresora el camino de seis días y seis noches a pie desde París hasta Lyon, y allí la convierte en un altar. Venera a Marat, a ese panfletista ardiente y humeante, como a un dios, como a una nueva Pitia; se sabe de memoria sus discursos y escritos, e inflama con sus palabras místicas e infantiles, como nadie, a la clase obrera de Lyon. El pueblo percibe instintivamente en su naturaleza un amor ardiente y compasivo hacia el hombre, y los reaccionarios de Lyon perciben igualmente que un hombre así de puro, así de poseído por el espíritu, casi rabioso de amor al prójimo, es todavía más peligroso que los más ruidosos alborotadores jacobinos. Sobre él se agolpa todo el amor, contra él se acumula todo el odio. Y en cuanto un primer tumulto se hace notar en la ciudad, arrojan a este iluso neurasténico y un tanto ridículo al calabozo como cabecilla. Con esfuerzo se reúne luego, mediante una carta falsificada, una acusación contra él, y se le condena a muerte para escarmiento de los demás radicales y como desafío a la Convención de París.

En vano envía la indignada Convención mensajero tras mensajero a Lyon para salvar a Chalier. Amonesta, exige, amenaza al insumiso magistrado. Pero, ahora sí decidido a enseñar por fin los dientes a los terroristas parisienses, el ayuntamiento de Lyon rechaza soberanamente toda protesta. A regañadientes se habían dejado enviar en su día la guillotina, el instrumento del Terror, y la habían dejado sin usar en un almacén: ahora quieren dar una lección a los defensores del sistema del Terror, probando por primera vez en un revolucionario esa herramienta de la revolución supuestamente

humana. Y precisamente porque la máquina aún no ha sido probada, la ejecución de Chalier se convierte, por la torpeza del verdugo, en una tortura cruel e infame. Tres veces cae el hacha embotada sin lograr atravesar las vértebras cervicales del condenado. Con horror ve el pueblo cómo el cuerpo atado y bañado en sangre de su jefe se retuerce, todavía vivo, bajo esta ignominiosa tortura, hasta que finalmente el verdugo, con un compasivo golpe de sable, separa la cabeza del desdichado del tronco.

Pero esta cabeza torturada, tres veces destrozada por el hacha, será pronto para la revolución un paladión de venganza, y para sus asesinos, una cabeza de Medusa.

La Convención se sobresalta ante la noticia de este crimen: ¿cómo, una sola ciudad francesa se atreve a desafiar abiertamente a la Asamblea Nacional? Semejante afrenta insolente debe ahogarse de inmediato en sangre. Pero también el gobierno de Lyon sabe ya lo que le espera. Pasa abiertamente de la rebeldía contra la Asamblea Nacional a la rebelión; recluta tropas, pone en pie de guerra las obras de defensa contra sus conciudadanos, contra franceses, y desafía abiertamente al ejército republicano. Ahora las armas deben decidir entre Lyon y París, entre la reacción y la revolución.

Considerado lógicamente, una guerra civil parece en este momento un suicidio para la joven República. Pues nunca fue su situación más peligrosa, más desesperada, más desesperanzada. Los ingleses han tomado Toulon, han robado la flota y el arsenal, amenazan Dunkerque, mientras al mismo tiempo prusianos y austríacos avanzan por el Rin y las Ardenas y toda la Vendée está en llamas. La lucha y el motín sacuden la República de una frontera de Francia a otra. Pero estos días son también los verdaderamente heroicos de la Convención francesa. Por un instinto inquietante y fatídico de que el mejor modo de combatir el peligro es el desafío, los jefes rechazan, tras la muerte de Chalier, todo pacto con sus verdugos. «Potius mori quam foedari», «antes perecer que pactar», antes sumar una guerra más a las siete que aceptar una paz que

denote debilidad. Y este impulso irresistible de la desesperación, esta pasión ilógica y berserker, salvó a la revolución francesa en el instante del máximo peligro, igual que ocurrió con la revolución rusa (amenazada asimismo por el oeste, el este, el norte y el sur por los ingleses y los mercenarios del mundo entero, y por dentro, simultáneamente, por las legiones de Wrangel, Denikin y Kolchak). De nada sirve que la atemorizada burguesía de Lyon se arroje ahora abiertamente en brazos de los realistas y confíe sus tropas a un general del rey: de las granjas, de los arrabales afluyen soldados proletarios, y el 9 de octubre las tropas republicanas toman por asalto la sublevada segunda capital de Francia. Este día es acaso el más orgulloso de la Revolución francesa. Cuando en la Convención el presidente se levanta solemnemente de su asiento y anuncia la capitulación definitiva de Lyon, los diputados se ponen en pie de un salto, prorrumpen en vítores y se abrazan: por un instante parece que toda discordia ha terminado. La República está salvada, un ejemplo magnífico dado a todo el país, al mundo entero, de la fuerza irresistible, del ímpetu iracundo y de la fuerza de choque del ejército popular republicano. Pero fatalmente, el sentimiento de orgullo por este valor arrastra a los vencedores a una desmesura, a un deseo trágico de convertir de inmediato ese triunfo en Terror. Terrible, como lo fue el impulso hacia la victoria, ha de ser ahora la venganza contra los vencidos. «Ha de darse un ejemplo de que la República francesa, de que la joven revolución, castiga con la mayor dureza a quienes se han alzado contra la bandera tricolor.» Y así se deshonra la Convención, defensora de la humanidad ante el mundo entero, con un decreto para el cual Barbarroja, con su destrucción huna de Milán, y los califas, dieron el primer modelo histórico. El 12 de octubre, el presidente de la Convención despliega aquella hoja terrible que no contiene menos que la propuesta de destruir la segunda capital de Francia. Este decreto, muy poco conocido, dice textualmente:

«1. La Convención Nacional nombra, a propuesta del Comité de Salvación Pública, una comisión extraordinaria de cinco miembros

para castigar militarmente y sin demora la contrarrevolución de Lyon.

«2. Todos los habitantes de Lyon serán desarmados, y sus armas entregadas a los defensores de la República.

«3. Una parte de ellas se entregará a los patriotas que fueron oprimidos por los ricos y los contrarrevolucionarios.

«4. La ciudad de Lyon será destruida. Todo lo que estuviera habitado por gente acomodada ha de ser aniquilado; solo podrán quedar en pie las casas de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados o proscritos, los edificios industriales y los destinados a fines benéficos y educativos.

«5. El nombre de Lyon será borrado del registro de las ciudades de la República. A partir de ahora, el conjunto de las casas que queden llevará el nombre de *Ville Affranchie*.

«6. Se erigirá sobre las ruinas de Lyon una columna que anuncie a la posteridad los crímenes y el castigo de la ciudad monárquica, con la inscripción: *Lyon hizo la guerra a la libertad — Lyon ha dejado de existir.*» Nadie se atreve a oponerse a esta propuesta demencial de convertir en un montón de escombros la segunda ciudad de Francia. El valor en la Convención francesa hace tiempo que se ha esfumado, desde que la guillotina relumbra amenazadora sobre las cabezas de todos los que tan solo intentan susurrar la palabra clemencia o compasión. Atemorizada por su propio terror, la Convención aprueba por unanimidad el acto de vandalismo, y Couthon, el amigo de Robespierre, es encargado de su ejecución.

Couthon, el predecesor de Fouché, reconoce de inmediato lo insensato y suicida que sería destruir de manera deliberada, por un simple gesto disuasorio, la mayor ciudad industrial de Francia y precisamente sus monumentos artísticos. Y desde el primer instante está íntimamente decidido a sabotear ese encargo. Pero para ello es necesaria una hábil hipocresía. Por eso Couthon disimula su intención secreta de perdonar a Lyon con la astucia dilatoria de elogiar primero, con entusiasmo desbordante, el insensato decreto

de destrucción total. «Ciudadanos colegas —exclama—, la lectura de vuestro decreto nos ha colmado de admiración. Sí, es necesario que esta ciudad sea destruida y sirva de gran ejemplo para todos los demás que pudieran atreverse a alzarse contra la patria. De todas las grandes y enérgicas medidas que la Convención Nacional ha decretado hasta ahora, solo una se nos había escapado: la de la destrucción completa... Pero estad tranquilos, ciudadanos colegas, y aseguradle a la Convención Nacional que sus principios son los nuestros, y que sus decretos se ejecutarán al pie de la letra.» Sin embargo, quien así saluda con palabras hímnicas su encargo, no piensa en realidad ejecutarlo en absoluto, sino que se contenta con medidas puramente teatrales. Paralizado de ambas piernas por una parálisis prematura, pero de una entereza espiritual inquebrantable, se hace llevar en litera a la plaza del mercado de Lyon, señala simbólicamente con el golpe de un martillo de plata las casas condenadas al derribo, y anuncia tribunales de terrible venganza. Con esto se calman los ánimos más exaltados. En realidad, con el pretexto de la falta de obreros, solo se envía a unas pocas mujeres y niños, que por pura fórmula asestan una docena de perezosos golpes de azada contra las casas, y solo se llevan a cabo unas pocas ejecuciones.

La ciudad respira ya, gratamente sorprendida por una clemencia tan inesperada tras anuncios tan fulminantes. Pero también los terroristas están alerta; van reconociendo poco a poco la inclinación indulgente de Couthon, y así reclaman violentamente a la Convención mayor violencia. El cráneo ensangrentado y destrozado de Chalier es llevado a París como reliquia, mostrado a la Convención con pompa solemne y expuesto en Notre-Dame para excitar a la población. Y cada vez con más impaciencia lanzan nuevas mociones contra el cunctador Couthon: dicen que es demasiado indolente, demasiado lento, demasiado cobarde, en suma, no bastante hombre para ejercer una venganza tan ejemplar. Hace falta, dicen, un revolucionario verdaderamente implacable, fiable, auténtico, que no retroceda ante la sangre y se atreva a lo extremo, un hombre de hierro y de acero. Por fin la Convención cede

a su clamor y les envía, en lugar del demasiado indulgente Couthon, al más decidido de sus tribunos, el vehemente Collot d'Herbois (de quien corre la leyenda de que, como actor, fue silbado en Lyon, y que por eso era el hombre indicado para castigar a esos ciudadanos), y como segundo, al más radical de todos los procónsules, el infame jacobino y ultraterrorista Joseph Fouché, como verdugo, a la desdichada ciudad.

Este hombre convocado de la noche a la mañana a la obra homicida, Joseph Fouché, ¿es realmente un verdugo, un «bebedor de sangre», como se llamaba entonces a los adalides del Terror? A juzgar por sus palabras, desde luego. Apenas hubo procónsul que se comportara en su provincia de manera más enérgica, más resuelta, más revolucionaria, más radical que Joseph Fouché; requisó sin piedad, saqueó las iglesias, desvalijó los patrimonios y estranguló toda resistencia. Pero —¡rasgo muy característico de él!— solo con palabras, órdenes e intimidaciones ejerció el Terror, pues en todas aquellas semanas de su dominio en Nevers y Clamecy no corre ni una gota de sangre. Mientras en París la guillotina traquetea como una máquina de coser, mientras Carrier ahoga en el Loira a centenares de sospechosos en Nantes, mientras todo el país resuena de fusilamientos, asesinatos y cacerías humanas, Fouché no tiene sobre su conciencia ni una sola, ni una sola ejecución política en su distrito. Conoce —este es el leitmotiv de su psicología— la cobardía de la mayoría de los hombres, sabe que un gesto salvaje y vigoroso de terror ahorra casi siempre el terror mismo. Y así como más tarde, en el hermosísimo mayo florido de la Reacción, todas las provincias se alzan como acusadoras contra sus antiguos amos, los de su distrito no pueden alegar otra cosa sino que él los amenazó siempre de muerte, pero nadie logra acusarlo de una ejecución real. Se ve, pues, que Fouché, a quien han destinado como verdugo de Lyon, no ama en absoluto la sangre. Este hombre frío y poco sensual, este calculador y jugador del pensamiento, más zorro que tigre, no necesita el vaho de la sangre para excitar sus nervios. Brama (sin fiebre interior) con palabras y amenazas, pero jamás exigirá de veras ejecuciones por placer del asesinato, por embriaguez del poder. Por

instinto y por astucia (no por humanidad) respeta la vida humana mientras la suya propia no corra peligro; solo amenazará la vida o el destino de un hombre cuando su propio interés o su propia persona se vean amenazados.

Este es uno de los secretos de casi todas las revoluciones y el destino trágico de sus caudillos: todos ellos no aman la sangre y, sin embargo, se ven forzados compulsivamente a derramarla. Desmoulins exige, espumeando de rabia desde su escritorio, el tribunal para los girondinos; pero luego, cuando se sienta en la sala del tribunal y oye pronunciar la palabra muerte sobre los veintidós que él mismo ha arrastrado ante el juez, se pone en pie de un salto, pálido como un muerto, temblando, y se precipita desesperado fuera de la sala: ¡no, eso no era lo que él había querido! Robespierre, cuya firma figura al pie de millares de decretos funestos, había combatido dos años antes, en la asamblea consultiva, la pena de muerte, y había estigmatizado la guerra como un crimen; Danton, aunque creador del tribunal homicida, se arrancó del alma consternada el grito desesperado: «Antes ser guillotinado que guillotinar». Hasta el propio Marat, que en su periódico reclama públicamente trescientas mil cabezas, procura salvar a cada uno en cuanto le llega el turno bajo la cuchilla. Todos ellos, más tarde retratados como fieras sanguinarias, como asesinos apasionados que se embriagan con el olor de los cadáveres, todos ellos detestan en lo más íntimo, exactamente igual que Lenin y los jefes de la revolución rusa, toda ejecución; todos quieren, en un principio, tan solo mantener a raya a sus adversarios políticos con la amenaza de la ejecución: pero la simiente de dragón del asesinato brota forzosamente de la aprobación teórica del asesinato. La culpa de los revolucionarios franceses no está, pues, en haberse embriagado de sangre, sino en las palabras sangrientas: cometieron la insensatez, únicamente para entusiasmar al pueblo y acreditarse a sí mismos su propio radicalismo, de crear una jerga chorreante de sangre y de fantasear sin cesar sobre traidores y sobre el cadalso. Pero luego, cuando el pueblo, ebrio, embriagado, poseído por estas palabras desatadas e incendiarias, exige de veras las «medidas enérgicas» que se le

habían anunciado como necesarias, entonces a los caudillos les falta el valor para oponerse: tienen que guillotinar, para no desmentir con hechos su propia palabrería sobre la guillotina. Sus actos han de correr forzosamente detrás de sus palabras rabiosas, y comienza una carrera espantosa, porque ninguno se atreve a quedarse rezagado tras el otro en esta cacería del favor popular. Según la ley inexorable de la gravedad, una ejecución arrastra a la otra: lo que empezó como un juego con palabras sangrientas se convierte en una superación cada vez más salvaje a costa de cabezas humanas; no por placer, ni siquiera por pasión, y menos aún por decisión, se sacrifican así millares de personas, sino por la indecisión de unos políticos, de unos hombres de partido que no encuentran el valor de oponerse al pueblo: en el fondo, por cobardía. Por desgracia, la historia universal no es solo, como suele presentarse, una historia del valor humano, sino también una historia de la cobardía humana; la política no es, como se quiere hacer creer, dirección de la opinión pública, sino sumisión servil de los dirigentes ante esa misma instancia que ellos mismos han creado e influido. Así nacen siempre las guerras: de un juego con palabras peligrosas, de una sobreexcitación de las pasiones nacionales; así también los crímenes políticos: ningún vicio ni brutalidad sobre la tierra ha costado tanta sangre como la cobardía humana. Si Joseph Fouché se convierte, pues, en Lyon en verdugo de masas, no ocurre por pasión republicana (él no conoce pasión alguna), sino únicamente por miedo a desagradar como moderado. Pero en la historia no deciden los pensamientos, sino los hechos, y aunque él se hubiera revuelto mil veces contra esa palabra, su nombre queda marcado para siempre como el del «*Mitrailleur de Lyon*». Y tampoco el manto ducal podrá ocultar más tarde la mancha de sangre en sus manos.

El 7 de noviembre llega a Lyon Collot d'Herbois; el 10, Joseph Fouché. Se ponen manos a la obra de inmediato. Pero antes de la tragedia propiamente dicha, el cómico destituido y su ayudante ex sacerdote representan aún una breve farsa satírica, quizá la más provocadora y descarada de toda la Revolución francesa: una especie de misa negra a plena luz del día. La ceremonia fúnebre por

el mártir de la libertad, Chalier, sirve de pretexto para esta orgía de desenfreno ateo. Como preludio, a las ocho de la mañana se despoja a todas las iglesias de sus últimos emblemas piadosos, se arrancan los crucifijos de los altares, se roban los mantos y las vestiduras litúrgicas; después se forma una inmensa procesión que recorre toda la ciudad hasta la plaza des Terreaux. Cuatro jacobinos venidos de París llevan, en una litera cubierta de alfombras tricolores, el busto de Chalier, cuajado de flores de arriba abajo, y junto a él una urna con sus cenizas, así como, en una pequeña jaula, una paloma que se dice consoló al mártir en la cárcel. Solemnes y graves, marchan tras las andas los tres procónsules hacia este nuevo culto eclesiástico, destinado a atestiguar con pompa ante el pueblo de Lyon la divinidad del mártir de la libertad, Chalier, del «Dieu sauveur mort pour eux». Pero esta ceremonia, ya de por sí desagradable y grandilocuente, se degrada todavía más con un desatino de gusto particularmente penoso y estúpido: una turba estrepitosa arrastra en triunfo, con una danza de indios, los vasos sagrados, cálices, copones e imágenes de santos robados en las iglesias; tras ellos trota un asno al que han encasquetado con esmero, sobre las orejas, una mitra episcopal robada. A la cola del pobre animal gris le han atado un crucifijo y la Biblia: así, a plena luz del día, para regocijo de una plebe vociferante, el Evangelio se bambolea colgado de la cola de un asno por el barro de las calles.

Por fin, unas fanfarrias guerreras ordenan alto. En la gran plaza, donde sobre el verde de un prado se ha levantado un altar, se colocan solemnemente el busto de Chalier y la urna, y los tres representantes del pueblo se inclinan con reverencia ante el nuevo santo. Primero perora el actor de oficio Collot d'Herbois; después habla Fouché. Quien tan tercamente supo callar en la Convención ha recobrado de pronto la voz, y se dirige al busto de yeso con una invocación exaltada hasta el cielo: «¡Chalier, Chalier, ya no existes! Unos criminales te sacrificaron a ti, el mártir de la libertad, pero la sangre de esos criminales será la única ofrenda expiatoria que refresque tus manes airados. ¡Chalier! ¡Chalier! Juramos ante tu imagen vengar tu martirio, y la sangre de los aristócratas te servirá

de incienso.» El tercer delegado del pueblo es menos elocuente que el futuro aristócrata, que el venidero duque de Otranto. Se limita a besar humildemente la frente del busto y a lanzar por toda la plaza un «¡Muerte a los aristócratas!».

Tras estas tres solemnes adoraciones se enciende una gran hoguera. Grave, Joseph Fouché, tonsurado hasta hacía poco, contempla junto a sus dos colegas cómo se corta el Evangelio de la cola del asno y se arroja al fuego, para deshacerse en humo, en medio de la llamarada avivada, junto con las vestiduras litúrgicas, los misales, las hostias y los santos de madera. Después se hace beber al cuadrúpedo gris de un cáliz sagrado, como recompensa por su servicio blasfemo, y, terminados estos desatinos chillones, los cuatro jacobinos llevan a hombros el busto de Chalier de regreso a la iglesia, donde se le coloca solemnemente sobre el altar, en el lugar de la imagen destrozada de Cristo.

En memoria perpetua de esta digna fiesta se acuña, en los días siguientes, una moneda conmemorativa propia. Pero hoy resulta ilocalizable, probablemente porque el futuro duque de Otranto compró todos los ejemplares y los hizo desaparecer, igual que los libros que describían con demasiada exactitud aquellas crudas hazañas de su época ultrajacobina y atea. Él mismo tenía buena memoria. Pero que también los demás recordaran, o pudieran ser recordados, de la misa negra de Lyon, resultaba luego harto incómodo y desagradable para Son Excellence Monseigneur le sénateur ministre de un rey cristianísimo.

Por repugnante que sea el modo en que comienza este primer día de Joseph Fouché en Lyon, con todo, no ofrece más que teatro y una necia mascarada: todavía no ha corrido sangre. Pero ya a la mañana siguiente los cónsules se encierran, inaccesibles, en una casa apartada, protegida por centinelas armados contra todo intruso: toda clemencia, toda súplica, toda indulgencia ha de tener, simbólicamente, la puerta atrancada. Se forma un tribunal revolucionario, y qué terrible noche de San Bartolomé planean los reyezuelos del pueblo, Fouché y Collot, lo anuncia peligrosamente su

carta a la Convención: «Perseguimos —escriben ambos— nuestra misión con la energía de republicanos de entereza, y no descenderemos de la altura a la que el pueblo nos ha colocado para ocuparnos de los mezquinos intereses de unos cuantos individuos más o menos culpables. Hemos apartado de nosotros a todo el mundo, porque no tenemos tiempo que perder ni favores que conceder. Solo vemos a la República, que nos ordena dar un gran ejemplo, una lección visible desde lejos. Solo escuchamos el clamor del pueblo, que exige que la sangre de los patriotas sea vengada de una sola vez, de manera rápida y terrible, para que la humanidad no tenga que verla correr de nuevo. Convencidos de que en esta ciudad infame no hay más inocentes que aquellos que fueron oprimidos por los asesinos del pueblo y arrojados a la cárcel, nos mostramos desconfiados ante las lágrimas del arrepentimiento. Nada podrá desarmar nuestro rigor. Debemos confesároslo, ciudadanos colegas: consideramos la indulgencia como una debilidad peligrosa, propia únicamente para reavivar esperanzas criminales justo en el momento en que hay que extinguirlas por completo. Si se concede indulgencia a un individuo, se la concede a todos los de su especie, y con ello se anula el efecto de vuestra justicia. Las demoliciones avanzan con excesiva lentitud, la impaciencia republicana exige medios más rápidos: solo la explosión de las minas, la acción devoradora de las llamas, pueden expresar la fuerza del pueblo. Su voluntad no debe ser contenida como la de los tiranos: ha de tener el efecto de una tormenta.»

Esa tormenta estalla, según lo previsto, el 4 de diciembre, y su eco pronto retumba espantoso por toda Francia. De madrugada se saca de las cárceles a sesenta jóvenes, atados de dos en dos. Pero no se los lleva a la guillotina, que según palabras de Fouché trabaja «demasiado despacio», sino a la llanura de Brotteaux, al otro lado del Ródano. Dos zanjas paralelas, abiertas a toda prisa, dejan ya adivinar a las víctimas su destino, y los cañones emplazados a diez pasos de ellas, el método de la carnicería en masa. Se agrupa y ata a los indefensos formando un amasijo de desesperación humana que grita, se estremece, aúlla, se debate y forcejea en vano. Una orden,

y desde esa distancia mortal, el plomo troceado brama desde las bocas de fuego, casi a bocajarro, sobre la masa humana sacudida por el pánico. Es cierto que esta primera descarga no acaba con todas las víctimas: a algunos solo les arranca un brazo o una pierna, a otros les desgarra apenas las entrañas, unos pocos incluso salen ilesos por puro azar. Pero mientras la sangre corre ya en ancho reguero hacia las zanjas, a una segunda orden se lanzan ahora los jinetes con sable y pistola sobre las víctimas todavía reservadas, golpeando y disparando en medio del rebaño humano que se estremece, gime, grita y, sin embargo, no puede huir, hasta que se apaga la última voz agonizante. Como recompensa por la matanza, los verdugos pueden entonces despojar de ropa y calzado a los sesenta cadáveres, todavía calientes, antes de enterrar los cuerpos desnudos y despedazados en las mismas zanjas.

Esta es la primera de las célebres metrallas de Joseph Fouché, futuro ministro de un rey cristianísimo, y a la mañana siguiente una proclama encendida se jacta orgullosamente de ella: «Los representantes del pueblo permanecerán impasibles ante la misión que se les ha confiado; el pueblo ha puesto en sus manos el trueno de su venganza, y no lo soltarán hasta que todos los enemigos de la libertad estén aplastados. Tendrán el valor de pasar por encima de largas hileras de tumbas de conspiradores, para llegar, atravesando las ruinas, a la felicidad de la nación y a la renovación del mundo.» Ese mismo día, ese triste «valor» vuelve a confirmarse asesinamente con los cañones de Brotteaux, y sobre un rebaño todavía más nutrido. Esta vez son doscientas diez cabezas de ganado de matadero, que se sacan con las manos atadas a la espalda y a las que en pocos minutos abaten el plomo troceado de la metralla y las descargas de la infantería. El procedimiento sigue siendo el mismo, solo que esta vez se alivia a los mozos de matanza el incómodo oficio, eximiéndolos de ser también, tras tan fatigosa masacre, sepultureros de sus víctimas. ¿Para qué tumbas para esos bribones? Se les arrancan los zapatos ensangrentados de los pies crispados, y luego se arrojan los cadáveres desnudos, y a menudo aún convulsos, sencillamente a la tumba fluvial del Ródano.

Pero incluso a este horror espeluznante, que todo el país y la historia universal sienten con repugnancia, Joseph Fouché le echa encima todavía el manto apaciguador de las palabras hímnicas. Que el Ródano quede apestado por estos cadáveres desnudos lo celebra como un acto político, porque, arrastrados río abajo hasta Toulon, dan allí testimonio palpable de la inexorable y terrible venganza republicana. «Es necesario —escribe— que los cadáveres ensangrentados que arrojamos al Ródano naden por ambas orillas hasta su desembocadura, hasta la infame Toulon, para que ante los ojos de los ingleses, cobardes y crueles, hagan patentes la impresión del terror y la imagen de la omnipotencia del pueblo.» En Lyon, desde luego, ya no hace falta semejante demostración, pues allí se suceden ejecución tras ejecución, hecatombe tras hecatombe. La conquista de Toulon la celebra «con lágrimas de alegría», y además haciendo que, para festejar el día, «doscientos rebeldes sean enviados ante la boca de los fusiles». Todo clamor de clemencia resulta vano. Dos mujeres que habían suplicado con demasiada pasión la liberación de sus maridos ante el tribunal de sangre son atadas y expuestas junto a la guillotina; a nadie se le permite ni siquiera acercarse a la casa de los delegados del pueblo para pedir clemencia. Pero cuanto más furiosamente crepitan los fusiles, tanto más fuerte retumban las palabras de los procónsules: «Sí, nos atrevemos a afirmar que hemos derramado mucha sangre impura, pero únicamente por humanidad y por deber... No soltaremos el rayo que habéis puesto en nuestras manos hasta que no lo hayáis manifestado por vuestra propia voluntad. Hasta entonces seguiremos, sin interrupción, abatiendo a nuestros enemigos, y los exterminaremos del modo más completo, más terrible y más rápido.»

Y mil seiscientas ejecuciones en pocas semanas dan fe de que, esta vez, excepcionalmente, Joseph Fouché dijo la verdad.

Entre la organización de estas carnicerías y sus informes henchidos de autoentusiasmo, Joseph Fouché y su colega no olvidan el otro triste encargo de la Convención que han de cumplir en Lyon. Ya el primer día se quejan a París de que la demolición ordenada de

la ciudad se había llevado a cabo «con demasiada lentitud» bajo su predecesor: «ahora las minas acelerarán la obra de destrucción; los zapadores ya han comenzado a trabajar, y en el plazo de dos días los edificios de Bellecour saltarán por los aires.»

Estas famosas fachadas, iniciadas bajo Luis XIV y edificadas por un discípulo de Mansart, son, por ser las más hermosas, las primeras condenadas a la ruina. Con brutalidad se expulsa a los habitantes de estas hileras de casas, y centenares de desempleados, hombres y mujeres, destrozan a golpes, en pocas semanas de destrucción insensata, las magníficas obras de arte. La desdichada ciudad resuena de suspiros y gemidos, de cañonazos y de muros que se desploman; mientras el comité «de justice» mata a las personas, el comité «de démolition» derriba las casas, el comité «des subsistances» lleva a cabo al mismo tiempo, sin miramiento alguno, la requisa de alimentos, telas y objetos de valor. Cada casa es registrada del sótano al tejado en busca de personas escondidas y de tesoros ocultos; por todas partes reina el terror de los dos hombres que, invisibles e inaccesibles ellos mismos, protegidos por centinelas, permanecen ocultos en una casa: Fouché y Collot.

Ya están derribados los palacios más hermosos, las cárceles, aunque siempre vueltas a llenar, medio vaciadas, saqueadas las tiendas, y los campos de Brotteaux empapados con la sangre de mil personas, cuando por fin un puñado de ciudadanos audaces (¡les puede costar la cabeza!) se deciden a correr a París y presentar a la Convención una petición para que no deje arrasar la ciudad entera. Naturalmente, el texto de esta súplica está redactado con gran cautela, incluso con servilismo; también ellos comienzan cobardemente con una reverencia y elogian el decreto herostrático como uno «que parece dictado por el genio del senado romano». Pero luego piden «clemencia para el arrepentimiento sincero, para la debilidad extraviada, clemencia —nos atrevemos a decirlo— para los inocentes incomprendidos».

Pero los cónsules han sido avisados a tiempo de la acusación encubierta, y Collot d'Herbois, por ser el más elocuente, se precipita

en la posta hacia París para parar el golpe a tiempo. Al día siguiente tiene la osadía, en la Convención y ante los jacobinos, de ensalzar las ejecuciones en masa, en lugar de disculparlas, como una forma de «humanidad». «Quisimos», dice, «liberar a la humanidad del terrible espectáculo de demasiadas ejecuciones sucesivas; por eso los comisarios decidieron aniquilar en un solo día, de una vez, a todos los condenados y traidores; ese deseo nació de un auténtico sentimiento (véritable sensibilité)», y ante los jacobinos se entusiasma todavía con más fervor por el nuevo sistema «humanitario». «Sí, hemos abatido de una salva a doscientos condenados, y se nos reprocha por ello. ¿Es que no se sabe que esto fue también un acto de moderación de los sentimientos? Cuando se guillotina a veinte, los últimos mueren veinte veces antes de tiempo; aquí, en cambio, veinte traidores perecieron juntos.» Y, en efecto, estas frases desgastadas, sacadas apresuradamente del tintero sangriento de la jerga revolucionaria, causan impresión: la Convención y los jacobinos acogen con aprobación las explicaciones de Collot y conceden así a los procónsules un salvoconducto para nuevas ejecuciones. Ese mismo día, París celebra el traslado de Chalier al Panteón —un honor que hasta entonces solo se había otorgado a Jean-Jacques Rousseau y a Marat—, y su concubina recibe, como la de Marat, una pensión. Públicamente queda así hecho el mártir santo nacional, y toda violencia de Fouché y Collot, aprobada como venganza legítima.

Con todo, cierta inquietud se apodera de ambos, pues la peligrosa situación en la Convención, el bamboleo entre Danton y Robespierre, entre la moderación y el Terror, exige mayor cautela. Así pues, deciden repartirse los papeles: Collot d'Herbois permanece en París para vigilar el ambiente en los comités y en la Convención, y aplastar de antemano con su brutal vehemencia de orador cualquier posible ataque; la continuación de las masacres queda a cargo de la «energía» de Fouché. Conviene señalar que, durante aquel período, Joseph Fouché fue el amo absoluto y único, pues más tarde intentó, con astucia, cargar toda la responsabilidad de las violencias sobre su colega, más franco que él; pero los hechos demuestran que también

en el tiempo en que gobernó él solo, la guadaña segó con no menos furia homicida. Cincuenta y cuatro, sesenta, cien personas al día son abatidas a tiros; también en ausencia de Collot se derrumban los muros, se incendian las casas y se vacían las cárceles a fuerza de ejecuciones, y Joseph Fouché sigue ahogando con gritos sus propios actos entre entusiastas palabras sangrientas: «Los fallos de este tribunal acaso infundan espanto al criminal, pero tranquilizan y consuelan al pueblo, que los escucha y los aprueba. Se piensa injustamente de nosotros que hemos concedido al culpable, aunque solo fuera una vez, el honor de un indulto: ¡no hemos concedido ni uno solo!»

Pero de pronto —¿qué ha ocurrido?— Fouché cambia de tono. Con su fino olfato presiente a distancia que el viento en la Convención ha debido de virar de golpe, pues desde hace algún tiempo sus estridentes fanfarrias de ejecuciones ya no encuentran verdadero eco de vuelta. Sus amigos jacobinos, sus correligionarios ateos, Hébert, Chaumette, Ronsin, se han vuelto de pronto silenciosos —muy silenciosos, y para siempre—, pues la mano despiadada de Robespierre los ha atenazado inesperadamente por la garganta. Oscilando siempre hábilmente entre los demasiado feroces y los demasiado indulgentes, liberándose los codos ora a la derecha, ora a la izquierda, este tigre moral se ha arrojado de pronto, desde la sombra, sobre los ultrarradicales. Ha logrado que Carrier, que en Nantes ahogaba con el mismo radicalismo con que Fouché fusilaba en Lyon, sea llamado a rendir cuentas ante la asamblea; ha hecho que, por medio de su fiel servidor Saint-Just, en Estrasburgo, el fiero Eulogius Schneider suba a la guillotina; ha estigmatizado públicamente como necedades, y suprimido en París, las representaciones populares ateas que Fouché había celebrado en la provincia y en Lyon. Y, tímidos y obedientes como siempre, los inquietos diputados siguen su indicación.

Se apodera de Fouché el viejo temor: el de no estar ya con la mayoría. Los terroristas han sido abatidos: ¿para qué seguir siendo terrorista, entonces? Mejor pasarse enseguida a los moderados, a Danton y a Desmoulins, que ahora reclaman un «tribunal de la

clemencia»; con solo cambiarse rápidamente de capa según el nuevo rumbo del viento. De pronto, el 6 de febrero, ordena suspender las metrallas, y solo vacilante prosigue su servicio la guillotina (de la que había afirmado en sus panfletos que trabajaba demasiado despacio), con dos o tres míseras cabezas, a lo sumo, al día, verdadera nadería comparada con las anteriores fiestas nacionales en la llanura de Brotteaux. En cambio, vuelca de golpe toda su energía contra los radicales, contra los organizadores de sus fiestas y los ejecutores de sus órdenes: de un Saulo revolucionario se convierte de pronto en un Pablo humanitario.

Con desenvoltura se pasa al bando contrario, tacha a los amigos de Chalier de «arena de anarquistas y de sedición», disuelve bruscamente una o dos docenas de comités revolucionarios. Y ahora sucede algo muy singular: la población de Lyon, atemorizada, muerta de miedo, ve de pronto en el héroe de las metrallas, en Fouché, a su salvador. Y los revolucionarios de Lyon, a su vez, escriben una carta airada tras otra, acusándolo de tibieza, de traición y de «opresión de los patriotas». Estos giros audaces, estos pases descarados a pleno día al otro bando, estas huidas hacia el vencedor son el secreto de Fouché en el combate. Y ellos solos le han salvado la vida. Ha jugado a dos bandas. Si en París se le acusa ahora de excesiva blandura, puede señalar las mil tumbas y las fachadas destrozadas de Lyon. Si, por el contrario, se le tacha de verdugo, puede invocar las denuncias de los jacobinos, que lo acusan de «moderantismo», de una moderación excesiva. Puede, según sople el viento, sacar del bolsillo derecho una prueba de inflexibilidad y del izquierdo una prueba de humanidad; puede presentarse ahora tanto como el verdugo cuanto como el salvador de Lyon. Y, en efecto, con este hábil juego de manos consigue más tarde colgar toda la responsabilidad de las masacres al cuello de su colega, más franco y más recto, Collot d'Herbois. Pero solo a la posteridad logra engañar: en París vela implacable Robespierre, el enemigo que no puede perdonarle que haya desplazado de Lyon a su propio hombre, Couthon. Lo conoce desde la Convención, a este hombre de doble lengua; incorruptible, sigue todos estos virajes y manejos de Fouché,

que ahora quiere agacharse a toda prisa ante la tormenta. Y la desconfianza de Robespierre tiene garras de hierro: de ellas no se escapa. El 12 de Germinal impone en el Comité de Salvación Pública el decreto amenazador que ordena a Fouché venir de inmediato a París y dar cuenta de lo sucedido en Lyon. Quien durante tres meses ha presidido con crueldad sus propios tribunales, ha de comparecer él mismo ahora ante el Tribunal. ¿Ante el Tribunal, por qué? ¿Por haber hecho masacrar a dos mil franceses en tres meses? Como colega de Carrier y de los demás verdugos de masas, cabría suponer. Pero solo ahora se reconoce la genialidad política de este último giro, de un descaro asombroso, de Fouché: no, ha de responder por haber reprimido la radical «Société populaire», por haber perseguido a los patriotas jacobinos. Al «*Mitrailleur de Lyon*», al ejecutor de dos mil víctimas, se le acusa —¡inolvidable farsa de la historia!— del más noble de los delitos que conoce la humanidad: el de la excesiva humanidad.

# Capítulo III

# La lucha contra Robespierre (1794)

El 3 de abril se entera Joseph Fouché de que el Comité de Salvación Pública lo ha llamado a rendir cuentas en París; el día 5 sube al coche de viaje. Dieciséis golpes sordos acompañan su partida, dieciséis golpes de la guillotina, que por última vez cumple en su nombre su afilado deber. Y aún se llevan a cabo aquel mismo día, apresuradamente, dos últimas condenas, dos condenas muy singulares, pues los dos rezagados de la gran masacre que han de escupir la cabeza en el cesto (según la jovial expresión de la época), ¿quiénes son? Nadie menos que el verdugo de Lyon y su ayudante. Los mismos que, por encargo de la reacción, guillotinaron a Chalier y a sus amigos, y que luego, por encargo de la revolución, guillotinaron con la misma indiferencia a los reaccionarios por centenares, caen ahora ellos mismos bajo la cuchilla. Qué crimen se les atribuye no se puede colegir con claridad, ni de la mejor voluntad, en las actas judiciales; probablemente se los sacrifica solo para que no cuenten demasiado sobre Lyon a los sucesores de Fouché ni a la posteridad. Los muertos son quienes mejor saben callar.

Después el coche echa a rodar. A Fouché no le faltan cosas en que pensar durante el viaje a París. Al fin y al cabo, puede consolarse, nada está aún perdido; tiene, en efecto, numerosos amigos influyentes en la Convención, sobre todo al gran antagonista de

Robespierre, Danton: acaso se logre aún mantener a raya al Terrible. Pero ¿cómo puede sospechar, Fouché, que en estas horas decisivas de la revolución los acontecimientos ruedan mucho más deprisa que las ruedas de una diligencia de Lyon a París? ¿Que hace ya dos días que su íntimo Chaumette está en la cárcel, que ayer la enorme cabeza leonina de Danton fue empujada por Robespierre bajo la guillotina, que ese mismo día Condorcet, el guía intelectual de la derecha, vaga hambriento por los alrededores de París y que al día siguiente, para escapar del tribunal, se envenenará? A todos ellos los ha derribado un solo hombre, y precisamente ese único hombre, Robespierre, es su más encarnizado adversario político. Solo al anochecer del día 8 llega a París, y entonces se entera de toda la magnitud del peligro en cuyas fauces se ha metido corriendo. Bien sabe Dios que habrá dormido poco, el procónsul Joseph Fouché, en esta su primera noche en París.

A la mañana siguiente, sin más, Fouché se dirige a la Convención, esperando con impaciencia que se abra la sesión. Pero, cosa extraña, la amplia sala no acaba en absoluto de llenarse; la mitad, o más de la mitad de los escaños, sigue vacía. Es cierto: es posible que buen número de diputados estén de misión o impedidos por otras razones, pero, aun así, ¡qué vacío tan pasmoso allí, en la derecha, donde antaño se sentaban los jefes, los girondinos, los magníficos oradores de la revolución! ¿Adónde han ido a parar? Los veintidós más audaces, Vergniaud, Brissot, Pétion, han acabado en el cadalso, o por su propia mano, o despedazados por los lobos en su huida. A sesenta y tres de sus amigos, que se atrevieron a defenderlos, la mayoría los ha proscrito: de un solo golpe terrible, Robespierre se ha desembarazado de un centenar de adversarios de la derecha. Pero no con menos energía ha golpeado su puño en las propias filas de la Montaña: Danton, Desmoulins, Chabot, Hébert, Fabre d'Églantine, Chaumette y otras dos docenas, todos los que se rebelaron contra su voluntad, contra su vanidad dogmática, los ha arrojado hasta el fondo de la fosa de cal.

A todos los ha eliminado este hombre insignificante, este hombrecillo enjuto de rostro cetrino y bilioso, de frente baja y

huidiza, de ojillos miopes color de agua, que, insignificante, había permanecido largo tiempo oculto tras las figuras gigantescas de sus predecesores. Pero la guadaña del tiempo le ha despejado el camino: desde que Mirabeau, Marat, Danton, Desmoulins, Vergniaud, Condorcet han sido liquidados —es decir, el tribuno, el agitador, el jefe, el escritor, el orador y el pensador de la joven república—, es él ahora todo eso en una sola persona, su pontifex maximus, dictador y triunfador. Inquieto, Fouché mira a su adversario, en torno al cual se apiñan ahora, con respeto importuno, todos los diputados serviles, y que se deja ofrecer estos homenajes con inquebrantable ecuanimidad; envuelto en su «virtud» como en una coraza, inaccesible, impenetrable, el Incorruptible pasa revista a la arena con su mirada miope, en la orgullosa conciencia de que ya nadie osa alzarse contra su voluntad.

Pero uno se atreve, sin embargo. Uno que ya no tiene nada que perder, Joseph Fouché, y pide la palabra para justificar su conducta en Lyon.

Esta petición de justificarse ante la Convención es un desafío al Comité de Salvación Pública, pues no la Convención, sino el Comité, le ha exigido explicaciones. Pero él se dirige a la instancia superior, a la instancia propiamente dicha, a la asamblea de la nación. La audacia de esta pretensión es innegable. Y, sin embargo, el presidente le concede la palabra. Al fin y al cabo, Fouché no es cualquiera; demasiadas veces se ha pronunciado su nombre en esta sala, y aún no se han olvidado sus méritos, sus informes, sus hazañas. Fouché sube a la tribuna y lee un informe prolijo. La asamblea escucha sin interrumpirlo, sin señal alguna de aprobación ni de desagrado. Pero al final del discurso no se mueve ni una mano. Porque la Convención se ha vuelto medrosa. Un año de guillotina ha desvirilizado el ánimo de todos estos hombres. Los que antaño se entregaban libremente a su convicción como a una pasión, los que se lanzaban alto, audaz y abiertamente a la lucha de las palabras y de las opiniones, ya no gustan de declararse. Desde que, como Polifemo, el verdugo hunde la mano en sus filas, ora a la izquierda, ora a la derecha, desde que la guillotina pesa como una sombra azul

detrás de cada una de sus palabras, prefieren callar antes que hablar. Cada uno se agazapa tras el otro, cada uno mira de reojo a derecha e izquierda antes de atreverse a un solo gesto; como una niebla opresiva, el miedo yace gris sobre sus rostros; y nada envilece tanto al hombre, y en especial a una masa de hombres, como el miedo a lo invisible. Así que tampoco esta vez se atreven a expresar una opinión. ¡Nada de inmiscuirse en el dominio del Comité, el tribunal invisible! La justificación de Fouché no es rechazada, no es aceptada, sino simplemente remitida al Comité para su examen; es decir, va a parar a la misma orilla que Fouché tan cuidadosamente había querido evitar. Su primera batalla está perdida.

Ahora también a él el miedo se le clava en la nuca. Se ha aventurado demasiado lejos sin conocer el terreno: mejor ahora una retirada rápida. Prefiere capitular a luchar solo contra el más poderoso. Así dobla Fouché, arrepentido, la rodilla; así inclina la cabeza. Pues esa misma noche se presenta en casa de Robespierre, para hablar con él o, dicho con más franqueza, para implorarle el perdón. Nadie fue testigo de esta conversación. Solo se conoce su desenlace, y cabe imaginarla por analogía con aquella visita que Barras describió en sus memorias con espantosa claridad. También Fouché ha de superar, antes de subir la escalera de madera de la pequeña casa burguesa de la rue Saint-Honoré, donde Robespierre exhibe en el escaparate su virtud y su pobreza, el examen de los caseros, que vigilaban a su dios e inquilino como una presa sagrada. También a él lo habrá recibido Robespierre, igual que a Barras, en aquel cuarto pequeño y estrecho, adornado únicamente con vanidad por sus propios retratos, apenas invitado a sentarse, sino frío, erguido, con una soberbia deliberadamente hiriente, como a un miserable criminal. Pues este hombre, que ama apasionadamente la virtud y está, con la misma pasión y el mismo vicio, enamorado de su propia virtud, no conoce indulgencia ni perdón para quien alguna vez haya sido de opinión distinta a la suya. Intolerante y fanático, un Savonarola de la razón y de la «virtud», rechaza todo pacto, y hasta toda capitulación de sus adversarios; incluso allí donde la política exigía imperiosamente el entendimiento, lo frenan la dureza de su

odio y su orgullo dogmático. Lo que entonces dijera Fouché a Robespierre y lo que le respondiera su juez, solo esto se sabe: no fue una buena acogida, sino una reprimenda aplastante, despiadada, una amenaza fría y sin disimulo, una sentencia de muerte in effigie. Y el que baja temblando de ira la escalera de la rue Saint-Honoré, humillado, rechazado, amenazado, Joseph Fouché, sabe que ya no queda para su cabeza más que una sola salvación: que la del otro, que la de Robespierre, caiga en el cesto antes que la suya. Guerra a muerte queda declarada. Ha comenzado el duelo entre Robespierre y Fouché. Este duelo entre Robespierre y Fouché es uno de los episodios más apasionantes, más excitantes desde el punto de vista psicológico, de la historia de la revolución. Los dos son sagaces, los dos son políticos, y sin embargo ambos, tanto el desafiado como el desafiante, comparten un mismo error: se subestiman mutuamente durante largo tiempo, porque creen conocerse de antaño. Para Fouché, Robespierre sigue siendo el abogado desmedrado y flaco que, en su provincia de Arras, hacía con él pequeñas bromas en el club, que por entonces fabricaba versecillos almibarados al modo de Grécourt y que luego aburría a la asamblea de 1789 con su torrente de palabras. Fouché no ha advertido, o lo ha advertido demasiado tarde, cómo, en un trabajo tenaz y perseverante sobre sí mismo y en el impulso de su tarea, Robespierre se ha convertido, de demagogo, en estadista; de intrigante flexible, en político de pensamiento preciso; de retórico, en orador. Casi siempre la responsabilidad eleva al hombre hacia la grandeza: así ha crecido Robespierre con el sentimiento de su misión, pues siente, en medio de ávidos aprovechados y de gritones ruidosos, la salvación de la república como la tarea vital que el destino le ha impuesto solo a él. Como misión sagrada para la humanidad siente la necesidad de realizar precisamente su concepción de la república, de la revolución, de la moralidad e incluso de la divinidad. Esta rigidez de Robespierre es a la vez la belleza y la debilidad de su carácter. Pues, embriagado de su propia incorruptibilidad, hechizado por su propia dureza dogmática, considera cualquier opinión distinta de la suya no ya como diferente, sino como traición, y con el puño gélido de un inquisidor arroja por ello a cada disidente, como a un hereje, a la

nueva hoguera: la guillotina. Sin duda, una idea grande, una idea pura vive en el Robespierre de 1794. Pero, mejor dicho, no vive en él, sino que se ha petrificado en él. No puede salir del todo de él, ni él salir del todo de ella (destino de todas las almas dogmáticas), y esta falta de calidez comunicativa, de humanidad arrebatadora, priva a su obra de la verdadera fuerza generadora. Solo en la rigidez está su fuerza, solo en la dureza su vigor: lo dictatorial se ha convertido para él en el sentido y la forma de su vida. Así que solo puede imprimir su yo a la revolución, o ha de quebrarse.

Un hombre así no tolera contradicción alguna, ninguna opinión distinta en materia espiritual, ningún estar-junto-a-él y menos aún ningún estar-contra-él. Solo puede soportar a los hombres en la medida en que le devuelven, como un espejo, sus propias ideas, mientras le sean esclavos del alma, como Saint-Just y Couthon; a cualquier otro lo excluye implacablemente la lejía áspera de su temperamento bilioso. Pero ¡ay de aquellos que no solo se apartaron de su opinión (también a esos los ha perseguido), sino que además contrariaron su voluntad, que no respetaron su infalibilidad! Eso es justamente lo que ha hecho Joseph Fouché. Jamás ha pedido su consejo, jamás se ha inclinado ante quien fuera su amigo, se ha sentado en los bancos de sus enemigos, se ha atrevido a rebasar los límites de un socialismo moderado y prudente que Robespierre había trazado, predicando el comunismo y el ateísmo. Pero hasta ahora Robespierre no se había ocupado seriamente de él; Fouché le parecía demasiado insignificante. Para él, este diputado no es otra cosa que el pequeño maestro de seminario al que había conocido aún con sotana, y luego como pretendiente a la mano de su hermana, un pequeño y mezquino ambicioso que se ha vuelto infiel a su Dios, a su prometida y a todas sus convicciones. Lo desprecia con todo el odio de casta de la rigidez hacia la flexibilidad, de lo incondicional hacia el arte servil del triunfo, con la desconfianza de la naturaleza religiosa hacia la profana; pero ese odio no se ha dirigido hasta ahora contra la persona de Fouché, sino solo contra la especie de la que es una variedad. Con altivez lo ha pasado por alto hasta ahora: ¿para qué tomarse la molestia por un intrigante así, al que se

puede aplastar bajo el pie en cualquier momento? Precisamente porque lo ha despreciado tanto tiempo, Robespierre se ha limitado hasta ahora a observar a Fouché, sin combatirlo en serio.

Solo ahora advierten ambos hasta qué punto se ha subestimado el uno al otro. Fouché reconoce el poder desmesurado que a Robespierre le ha crecido en su ausencia: todos los cargos le están sometidos, el ejército, la policía, el tribunal, los comités, la Convención y los jacobinos. Combatirlo parece cosa perdida. Pero Robespierre lo ha forzado al combate, y Fouché sabe que está perdido si no vence. Siempre surge de la desesperación última una última fuerza, y así, a dos pasos del abismo, se vuelve de pronto contra su perseguidor, como el ciervo que, acosado hasta el extremo, ataca desde una última espesura al cazador con el valor de la desesperación. Robespierre es quien abre las primeras hostilidades. Al principio solo quiere darle una lección al insolente, una advertencia, una patada. Le sirve de ocasión aquel célebre discurso del 6 de mayo, que exhorta a todos los espíritus de la república a «reconocer la existencia de un ser supremo y la inmortalidad como fuerza rectora del universo». Nunca ha pronunciado Robespierre un discurso más hermoso, más exaltado que este, que supuestamente escribió en la finca de campo de Jean-Jacques Rousseau: aquí el dogmático se vuelve casi poeta, el idealista confuso, pensador. Separar la fe de la incredulidad y, por otro lado, de la superstición, crear una religión que se eleve, de un lado, por encima del cristianismo vulgar adorador de imágenes, y, del otro, por encima del vacío materialismo y del ateísmo, es decir, guardar también aquí el término medio, como intenta siempre en toda cuestión espiritual, esa es la idea fundamental de su alocución, que, pese a su fraseología ampulosa, está llena de un ethos sincero, de una voluntad apasionada de elevar a la humanidad. Pero incluso en esta esfera superior no puede él, el ideólogo, liberarse de lo político; hasta en los pensamientos intemporales mezcla su rencor bilioso y malhumorado con ataques personales. Con saña recuerda a los muertos que él mismo empujó a la guillotina, y escarnece a las víctimas de su política, Danton y Chaumette, como ejemplos

despreciables de inmoralidad e impiedad. Y de pronto, con una estocada que hiere en el corazón, se arroja contra el único de los predicadores del ateísmo que ha sobrevivido a su ira, contra Joseph Fouché. «¡Dinos, pues, quién te ha encomendado la misión de anunciar al pueblo que no existe divinidad alguna! ¿Qué ventajas ves en persuadir al hombre de que una fuerza ciega determina su destino, de que golpea del todo al azar, ora la virtud, ora el vicio, y de que su alma no es más que un soplo tenue que se apaga en la puerta de la tumba? Desdichado sofista, ¿con qué derecho te arrogas arrebatar a la inocencia el cetro de la razón para entregarlo en manos del vicio? ¡Arrojar sobre la naturaleza un velo mortuorio, hacer aún más desesperada la desgracia, descargar al crimen, ensombrecer la virtud y envilecer a la humanidad!… Solo un criminal, despreciable ante sí mismo y repugnante para todos los demás, puede creer que la naturaleza no es capaz de ofrecernos nada más hermoso que la nada.»

Un aplauso sin límites ruge en torno al magnífico discurso de Robespierre. De pronto la Convención se siente liberada de las bajezas de la disputa cotidiana, y decide por unanimidad la fiesta en honor del Ser Supremo propuesta por Robespierre. Solo Joseph Fouché permanece mudo y se muerde los labios. Ante un triunfo así del adversario hay que callar. Sabe que no puede medirse abiertamente con este maestro de la retórica. Sin palabras, pálido, encaja este revés en plena asamblea, decidido tan solo en su interior a vengarse y a devolver el golpe. Durante algunos días, algunas semanas, nada se sabe de él. Robespierre lo cree acabado: la patada habrá bastado, sin duda, para el insolente. Pero si nada se ve ni se oye de Fouché, es porque trabaja bajo tierra, tenaz, metódico, como un topo. Hace visitas a los comités, busca relaciones entre los diputados, se muestra amable, atento con cada persona y trata de ganárselas a todas. Es entre los jacobinos donde más se afana, pues allí vale mucho la palabra hábil y flexible, y su actuación en Lyon le ha granjeado algunos puntos a su favor. Nadie sabe con claridad qué quiere, qué planea, qué se propone este hombre atareado,

paseante, tejedor de hilos por todas partes, este hombre insignificante.

Y de pronto todo se aclara, de manera inesperada para todos, y más inesperada aún para Robespierre: pues el 18 de Pradial es elegido Joseph Fouché, por gran unanimidad de votos, presidente del club de los Jacobinos.

Robespierre se sobresalta: nadie había creído posible tal audacia. Solo ahora reconoce con qué adversario, taimado y temerario, se las tiene que ver en Fouché. Hacía dos años que no le sucedía esto, que un hombre al que atacaba públicamente osara todavía sostenerse en pie. Todos habían desaparecido de inmediato, apenas su mirada se había vuelto hacia ellos; un Danton había huido a su finca de campo, los girondinos se habían refugiado en la provincia, los demás se quedaban en sus casas sin dar señales de vida. ¿Y este, este insolente, al que él, con el dedo tendido, ha estigmatizado como impuro en plena Asamblea Nacional, se refugia en el santuario, en el sanctasanctórum de la revolución, en el club de los Jacobinos, y arranca allí, con maña, la más alta dignidad que puede otorgarse a un patriota? Pues no hay que olvidarlo, y conviene recordarlo, qué poder moral tan desmesurado tiene este club en sus manos, precisamente en el último año de la revolución. La prueba de oro más plena y más pura de un patriota no queda superada sino cuando el club de los Jacobinos lo honra con su admisión; y a quien luego expulsa, a quien repudia, ese queda marcado para el hacha. Generales, jefes populares, políticos, todos comparecen con la cabeza inclinada ante este tribunal, como ante la instancia suprema, casi sacerdotal, del civismo. Este club representa, en cierto modo, a los pretorianos de la revolución, la guardia personal, la escolta de la casa sagrada. ¡Y estos pretorianos, estos republicanos rigurosísimos, honradísimos, inflexibles, han elegido a un Joseph Fouché como su jefe! La furia de Robespierre no tiene límites. Pues a plena luz del día ese bribón se ha introducido en su reino, en su dominio propio, precisamente en el lugar donde él mismo acusa a sus enemigos, donde templa su propia fuerza en el círculo de los probados. ¿Y ahora, si quiere pronunciar un discurso, tendrá que pedir permiso a

Joseph Fouché, él, Maximiliano Robespierre, someterse al humor o al mal humor de un Joseph Fouché?

Al instante tensa todas sus fuerzas. Esta derrota ha de vengarse con sangre. ¡Abajo con él, abajo de inmediato, no solo de la presidencia, sino también fuera de la sociedad de los patriotas! De inmediato lanza contra Fouché a algunos ciudadanos de Lyon, que presentan denuncias contra él, y cuando el sorprendido, siempre torpe en el combate abierto de la palabra, se defiende con torpeza, interviene él mismo y advierte a los jacobinos que «no se dejen engañar por embaucadores». Está a punto de conseguir derribar a Fouché en este primer envite. Pero Fouché tiene todavía la presidencia en sus manos, y con ella el medio de cerrar prematuramente el debate. De la manera menos gloriosa, interrumpe la discusión y se refugia de nuevo en la sombra, para preparar un nuevo ataque.

Pero ahora Robespierre ya lo sabe. Ha reconocido el modo de combatir de Fouché; sabe que este hombre no se planta en duelo, sino que se retira una y otra vez, para preparar en secreto, desde la sombra, sus puñaladas por la espalda. A un intrigante tan tenaz no basta con azotarlo y golpearlo de vuelta; hay que perseguirlo hasta su último escondrijo y aplastarlo con el pie. Hay que exprimirle de la garganta el último aliento, hay que hacerlo inofensivo, de manera definitiva y para siempre.

Por eso Robespierre carga de nuevo contra él. Renueva ante los jacobinos su acusación pública contra Fouché y exige que este comparezca en la próxima sesión y se justifique. Naturalmente, Fouché se guarda mucho de hacerlo. Conoce su fuerza y conoce su debilidad; no quiere concederle a Robespierre el triunfo público de humillarlo cara a cara ante tres mil personas. Prefiere retirarse a la sombra, prefiere dejarse vencer y ganar tiempo, ¡tiempo precioso! Por eso escribe cortésmente a los jacobinos que, por desgracia, ha de rehusar disculparse en público; que, antes de que los dos comités hayan resuelto sobre su conducta, los jacobinos tengan a bien aplazar aún el juicio contra él.

Sobre esta carta se arroja Robespierre como sobre una presa. Ahora se trata de atraparlo, ahora de aplastar definitivamente a Joseph Fouché. El discurso que pronuncia entonces, el 23 de Mesidor (11 de junio), contra Joseph Fouché, es el ataque más encarnizado, el más peligroso y el más virulento que Robespierre haya lanzado jamás contra un adversario.

Desde las primeras palabras se percibe que Robespierre no quiere solo alcanzar a su enemigo, sino alcanzarlo de muerte, que no quiere solo humillarlo, sino acabar con él. Comienza con una calma fingida. La primera declaración suena todavía tibia, como si el «individuo» Fouché no le interesara en absoluto: «Yo estuve quizá antes en ciertas relaciones con él, porque lo tenía por un patriota, y si lo acuso aquí, es menos por sus crímenes que porque se esconde para cometer todavía otros, y porque lo considero el jefe de la conspiración que hemos de aniquilar. Examino la carta que acaba de leerse, y digo que está escrita por un hombre que, acusado, se niega a justificarse ante sus conciudadanos. Con ello queda dado el comienzo de un sistema de tiranía, pues quien se niega a justificarse ante una comunidad popular de la que es miembro, atenta contra la autoridad de esa comunidad. Es asombroso que ese mismo que antes mendigaba la aprobación de la sociedad la desprecie en cuanto es acusado, y que parezca invocar, en cierto modo, la ayuda de la Convención contra los jacobinos.» Y entonces su odio estalla de pronto de forma personal; hasta la fealdad física de Fouché le sirve de bienvenido pretexto para humillarlo. «¿Acaso teme», se burla, «los ojos y los oídos del pueblo, teme que su aspecto sombrío revele con demasiada claridad su crimen? ¿Que seis mil miradas fijas en él descubran toda su alma en sus ojos, aunque la naturaleza la haya formado tan pérfidamente oculta? ¿Teme que su lenguaje revele la confusión, la contradicción de un culpable? Todo hombre razonable ha de reconocer que el miedo es el único motivo de su conducta, y todo aquel que teme las miradas de sus conciudadanos es culpable. Cito aquí a Fouché ante el tribunal. Que responda y diga si él o nosotros hemos guardado con más dignidad los derechos de una representación popular, y quién de nosotros ha abatido con más

valentía a todas las facciones.» Lo llama luego, además, un «embaucador bajo y despreciable», cuya conducta es la confesión de su crimen, y habla, con pérfidas insinuaciones, «de hombres cuyas manos están llenas de botín y de crímenes», y concluye con estas palabras amenazadoras: «Fouché se ha caracterizado ya bastante a sí mismo; yo no he hecho estas observaciones sino para que los conspiradores sepan, de una vez por todas, que no escaparán a la vigilancia del pueblo.»

Aunque estas palabras anuncian claramente una sentencia de muerte, la asamblea obedece a Robespierre. Y sin vacilar expulsa del club de los Jacobinos, por indigno, a quien fuera su presidente.

Ahora Joseph Fouché está señalado para la guillotina como un árbol para el hacha. La expulsión del club de los Jacobinos significa estigma, la acusación de Robespierre, y encima tan encarnizada, casi tanto como una condena segura. Fouché lleva ya, a plena luz del día, su mortaja. Todos esperan de un momento a otro su detención, y él más que nadie. Hace tiempo que ya no duerme en su propia cama, en su casa, por miedo a que, como Danton, como Desmoulins, lo saquen de noche los gendarmes de su domicilio. Se refugia en casa de algunos amigos valerosos, pues hace falta valor para albergar a un proscrito tan manifiesto, valor incluso para hablar con él en público. Tras cada uno de sus pasos se pega la policía del Comité de Seguridad General, dirigida por Robespierre, que informa de su trato, de sus visitas. Invisible, está cercado, atado en cada movimiento y ya entregado al cuchillo. En efecto, de los setecientos diputados, Fouché es entonces el más amenazado, y no se le ve posibilidad alguna de escapar. Ha intentado una vez más aferrarse a algo: a los jacobinos, pero el puño feroz de Robespierre lo ha arrancado de allí, y ahora su cabeza solo se sostiene sobre sus hombros a préstamo. Pues ¿qué puede esperar de la Convención, de ese rebaño de carneros cobarde y acobardado, que bala paciente su sí en cuanto el Comité reclama a uno de los suyos para la guillotina? Todos han entregado sin resistencia a sus antiguos jefes al Tribunal Revolucionario, a Danton, a Desmoulins, a Vergniaud, solo por no llamar la atención resistiéndose. ¿Por qué no Fouché? Mudos,

temerosos, consternados, están sentados en sus escaños los que un día fueron tan valientes y apasionados. El horrible veneno del miedo, que destroza los nervios y tritura el alma, paraliza su voluntad.

Pero es siempre un secreto del veneno que encierra en sí una fuerza curativa cuando se lo destila artificialmente y se comprimen sus fuerzas ocultas. Así también aquí puede — paradójicamente — el propio miedo a Robespierre convertirse en la salvación frente a Robespierre. No se le perdona a un hombre que obligue a otros, semana tras semana, mes tras mes, a un miedo incesante, que destruya el alma con la incertidumbre y paralice la voluntad: nunca puede la humanidad, ni siquiera una parte de ella, un grupo aislado, soportar largo tiempo la dictadura de un solo hombre sin llegar a odiarlo. Y ese odio de los sometidos fermenta subterráneamente en todos los círculos. Cincuenta, sesenta de los diputados que, como Fouché, ya no se atreven a dormir en su casa, aprietan los labios cuando Robespierre pasa junto a ellos; muchos cierran los puños a la espalda mientras aclaman sus discursos. Cuanto más duro y más prolongado es el gobierno del Incorruptible, más crece el rencor contra su voluntad prepotente. Poco a poco los ha herido y ofendido a todos: al ala derecha, por haber llevado al patíbulo a los girondinos; a la izquierda, por haber echado al saco las cabezas de los extremistas; al Comité de Salvación Pública, por imponerle su voluntad; a los que hacen dinero, por amenazar sus negocios; a los ambiciosos, por cerrarles el camino; a los envidiosos, porque él manda; y a los conciliadores, porque no se compromete con ninguno. Si se lograra reunir este odio de cien cabezas, esta cobardía dispersa, en una sola voluntad, en una punta cuyo golpe alcanzara a Robespierre en el corazón, entonces se salvarían todos: Fouché, Barras, Tallien, Carnot, todos sus enemigos secretos. Pero para hacerlo posible, habría antes que inculcar a muchos de esos caracteres débiles el convencimiento de que Robespierre los amenaza; habría que ensanchar aún más la esfera del miedo y de la desconfianza, elevar artificialmente todavía más la tensión que él mismo ejerce. Habría que hacer pesar aún más sobre los nervios de cada uno la plomiza bochorno, esa opresión de lo indeterminado en

los discursos sombríos de Robespierre, agravar el miedo hasta hacerlo más terrible, la angustia hasta hacerla más angustiosa: solo entonces quizá la masa tendría el valor suficiente para atacar a ese solo hombre.

Aquí empieza la verdadera labor de Fouché. Desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, se desliza de un diputado a otro, murmura sobre unas misteriosas y nuevas listas de proscripción que, según él, Robespierre estaría preparando. Y a cada uno le susurra al oído: «Tú estás en la lista» o «A ti te toca en la próxima tanda». Y en efecto, así se va extendiendo poco a poco, subterráneamente, un miedo pánico, pues frente a un Catón semejante, frente a una incorruptibilidad tan absoluta, pocos diputados tienen la conciencia del todo limpia. Uno quizá ha obrado con cierta negligencia en el manejo del dinero; otro ha contradicho una vez a Robespierre; un tercero se ha ocupado demasiado de mujeres (todos ellos crímenes a ojos de este puritano republicano); el cuarto ha mantenido tal vez una vez amistad con Danton o con alguno de los ciento cincuenta condenados; el quinto ha acogido en su casa a un condenado; el sexto ha recibido una carta de un emigrado. En suma, todos tiemblan, todos consideran posible un ataque contra sí mismos, ninguno se siente lo bastante puro para responder plenamente a la exigencia excesiva que Robespierre plantea a la virtud ciudadana. Y una y otra vez, como la lanzadera en el telar, Fouché corre de uno a otro, tejiendo siempre nuevos hilos, anudando siempre nuevas mallas, atrapando cada vez a más en esta tela de araña de desconfianza y sospecha. Pero es un juego peligroso el que se trae entre manos, pues no teje sino una tela de araña, y un solo movimiento brusco de Robespierre, una palabra de traición, puede desgarrar su tejido.

Este papel misterioso, desesperado, peligroso y subterráneo de Fouché en la conjura contra Robespierre no ha sido suficientemente subrayado en la mayoría de los relatos, y en los superficiales a menudo ni siquiera se lo menciona. La historia se escribe casi siempre a partir de las meras apariencias, y así los narradores de aquellos días últimos y agitados describen por lo general solo el

gesto grandilocuente y dramático de Tallien, que blande en la tribuna el puñal con que quiere atravesarse; la enérgica brusquedad de Barras, que reúne las tropas; el discurso acusador de Bourdon; describen, en suma, a los actores, a los intérpretes del gran drama que se despliega luego el 9 de Termidor, y pasan por alto a Fouché. En realidad, él no actuó en aquellos días sobre el escenario de la Convención. Su labor fue la del trasfondo, la más difícil, la del director, la del regidor de escena en este juego temerariamente peligroso. Él determinó las escenas, adiestró a los actores, ensayó invisible en la oscuridad y dio el pie a cada réplica — en la oscuridad, que es siempre su verdadera esfera. Pero si los historiadores posteriores pasaron por alto su papel, uno sí percibió ya entonces, sabiéndolo, su presencia activa: Robespierre, que a plena luz del día llamó a Fouché por su nombre exacto: «Chef de la Conspiration», el jefe de la conjura.

Pues este espíritu desconfiado y receloso percibe que en secreto se prepara algo contra él. Lo percibe en la resistencia que de pronto se manifiesta en los comités, y quizá más claramente aún en la cortesía y la sumisión excesivas de algunos diputados a quienes sabe enemigos suyos. Robespierre presiente que se planea contra él algún golpe desde la sombra; conoce también la mano que ha de dirigirlo, la del «Chef de la Conspiration», y está en guardia. Cautelosamente tantea con sus antenas: una policía propia, espías privados, informan a Robespierre paso a paso de cada gestión, cada encuentro, cada conversación de Tallien, de Fouché y de los demás conjurados; cartas anónimas le advierten o le incitan a apoderarse rápidamente de la dictadura y a aplastar a los enemigos antes de que se reagrupen. Y para confundirlos y engañarlos a su vez, se pone de pronto la máscara de la indiferencia hacia el poder político. No vuelve a aparecer en la Convención, ni en el comité. Acompañado de su gran terranova, se lo ve andar solo, un libro en la mano, con la boca cerrada, por las calles o por los bosques cercanos, ocupado en apariencia solo con sus amados filósofos e indiferente al poder. Pero cuando regresa por la noche a su habitación, se pasa horas puliendo su gran discurso. Trabaja en él

sin descanso, y el manuscrito muestra innumerables tachaduras y añadidos, pues ese gran discurso decisivo, con el que quiere aplastar de una vez a todos sus enemigos, debe salir de improviso y ser cortante como un hacha, lleno de ímpetu retórico, resplandeciente de ingenio y afilado de odio. Con esta arma quiere golpear de pronto a los sorprendidos, antes de que puedan reagruparse y entenderse. No se cansa de afilar su filo y de envenenarlo mortalmente, y en esta labor siniestra se le van pasando largos y preciosos días.

Pero ya no hay tiempo que perder, pues los espías informan cada vez con mayor urgencia de conciliábulos secretos. El 5 de Termidor cae en manos de Robespierre una carta de Fouché, dirigida a su hermana, en la que se lee, misteriosamente: «No tengo nada que temer de las calumnias de Maximiliano Robespierre... dentro de poco sabrás el desenlace de este asunto, que espero resulte en provecho de la República». — Dentro de poco, pues: Robespierre queda advertido. Hace venir a su amigo Saint-Just y se encierra con él en su estrecha buhardilla de la rue Saint-Honoré. Allí se fija el día y el método del ataque. El 8 de Termidor, Robespierre ha de sorprender y paralizar a la Convención con su discurso. Y el 9, Saint-Just habrá de exigir entonces las cabezas de sus enemigos, las cabezas de los recalcitrantes del comité y, sobre todo, la de Joseph Fouché.

La tensión resulta ya casi insoportable, también los conjurados sienten el rayo entre las nubes. Pero todavía vacilan en atacar al hombre más poderoso de Francia, a él, el todopoderoso que tiene en sus manos todos los poderes: la administración de la ciudad y el ejército, los jacobinos y el pueblo, y el prestigio y la fuerza de un nombre intachable. Todavía no se sienten seguros, ni bastante numerosos, ni decididos, ni lo bastante audaces para enfrentarse a este gigante de la Revolución en batalla abierta, y ya algunos empiezan cautelosamente a echarse atrás, a hablar de retirada y de reconciliación. La conjura, laboriosamente encolada, amenaza con desmoronarse.

En ese instante, el destino, más genial que todos los poetas, arroja un peso decisivo en el platillo vacilante de la balanza.

Precisamente a Fouché le está reservado hacer estallar la mina. Pues en esos días, el hombre desesperadamente acosado por todos los sabuesos, amenazado a cada hora por el relámpago del hacha, sufre, además de su desdicha política, una última y extrema desgracia en su propia vida. Duro, frío, intrigante y hermético en público y en política, este hombre singular es en su casa el más conmovedor de los esposos, el más tierno de los padres de familia. Ama apasionadamente a su mujer, de una fealdad espantosa, y sobre todo a aquella niña pequeña que ella le dio en los días del proconsulado y a la que él mismo bautizó de su propia mano en la plaza del mercado de Nevers con el nombre de «Nièvre». Esta criatura pequeña, delicada, pálida, su predilecta, enferma de pronto gravemente en aquellos días de Termidor, y a las preocupaciones por su propia vida se suma ahora, terriblemente, la nueva angustia por la vida de su hija. Prueba cruelísima: sabe que el ser débil, enfermo del pecho, amado, agoniza junto a su madre, y no puede, perseguido por Robespierre, sentarse de noche junto al lecho de su hija moribunda, sino que debe esconderse en viviendas y buhardillas ajenas. Tiene que, en lugar de cuidarla y de escuchar su aliento que se escapa, correr con las suelas ardiendo de un diputado a otro, mentir, suplicar, jurar, defender su propia vida. Con los sentidos trastornados, el corazón desgarrado, así vaga el desdichado, incansable, de un lado a otro entre bastidores políticos, en aquellos abrasadores días de julio (los más calurosos en muchísimos años), sin poder estar presente mientras su hija amada sufre y muere.

El 5 o el 6 de Termidor termina esta prueba. Fouché acompaña al cementerio un pequeño ataúd: la niña ha muerto. Con pruebas así se endurece uno. Con la muerte de su hija ante los ojos, ya no teme la propia. Una audacia nueva, la de la desesperación, templa su voluntad. Y como los conjurados siguen todavía vacilando y siguen queriendo aplazar la lucha, entonces habla por fin él, Fouché, él, que ya no tiene nada que perder en la tierra salvo la vida, y pronuncia la palabra decisiva: «Mañana hay que golpear». Y esta palabra se dice el 7 de Termidor. Amanece la mañana del 8 de Termidor — jornada de trascendencia universal. Ya de madrugada pesa sobre la ciudad,

ajena a todo, el bochorno de julio sin una nube. Y solo en la Convención reina desde temprano una extraña agitación: en los rincones los diputados están de pie, agrupados, cuchicheando; nunca se ha visto a tantos extraños y curiosos en los pasillos y en las tribunas. Un misterio y una tensión flotan incorpóreos por la sala, pues de manera inexplicable se ha extendido el rumor de que hoy Robespierre va a ajustar cuentas con sus enemigos. Quizá alguien ha escuchado a Saint-Just y lo ha observado regresar de noche de aquella habitación cerrada, y en la Convención se conoce demasiado bien el efecto de esas deliberaciones secretas. ¿O es que, por otra parte, Robespierre ha tenido noticia de los planes de guerra de sus adversarios? Todos los conjurados, todos los que se saben amenazados, examinan con angustia los rostros de sus colegas: ¿ha revelado alguno de ellos, y cuál, el peligroso secreto? ¿Se adelantará Robespierre a ellos, o conseguirán ellos aplastarlo antes de que tome la palabra? ¿Y la masa insegura y cobarde de la mayoría — «le marais» — los entregará o los protegerá? Todos vacilan y tiemblan. Y como el bochorno del cielo plomizo sobre la ciudad, pesa amenazadora sobre la asamblea la inquietud de los ánimos.

Y en efecto — apenas se abre la sesión, Robespierre pide la palabra. Se ha ataviado con la misma solemnidad que para aquella fiesta del Ser Supremo: lleva el traje azul celeste, ya convertido en histórico, con las medias de seda blancas, y también con lentitud, con solemnidad deliberada, sube ahora a la tribuna. Solo que esta vez no lleva en las manos, como entonces, una antorcha, sino, redondo como el mango del hacha que llevan los lictores, un abultado rollo de papel: su discurso. Saber que el propio nombre figura en esas hojas cerradas significa la ruina para cada uno, y por eso el murmullo y el zumbido de las bancadas cesan de golpe, como cortado. Desde el jardín, desde las tribunas, los diputados se apresuran y ocupan sus asientos. Todos escrutan con angustia la expresión de ese rostro delgado, tan de sobra conocido. Pero, helado, encerrado en sí mismo, impenetrable a toda curiosidad, Robespierre despliega ahora lentamente su discurso en la tribuna. Antes de comenzar a leer con sus ojos miopes, alza la mirada, para

aumentar la tensión, y la deja recorrer, lenta, fría y amenazadora, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de abajo arriba, de arriba abajo, la asamblea, como narcotizada. Allí están sentados sus pocos amigos, los muchos indecisos y el cobarde grupo de los conjurados, que acechan su ruina. Los mira uno a uno, mirada contra mirada. A uno solo no lo ve. Un único enemigo suyo falta en esta hora decisiva: Joseph Fouché.

Pero, cosa extraña: en el debate solo se pronuncia el nombre de este ausente, solo el nombre de Joseph Fouché. Y es precisamente en torno a su nombre donde se enciende el último combate, el decisivo.

Robespierre habla largamente, con prolijidad y de manera agotadora; según su vieja costumbre, hace girar una y otra vez el hacha sobre personas innombradas, habla de conjuras y conspiraciones, de indignos y de criminales, de traidores y de maniobras, pero no pronuncia ningún nombre. Le basta con hipnotizar a la asamblea: el golpe mortal habrá de asestarlo mañana Saint-Just contra las víctimas ya paralizadas. Durante tres horas deja que su discurso, vago y en buena parte hecho de frases hechas, se prolongue en el vacío, y cuando por fin termina, la asamblea está más agotada de nervios que atemorizada.

Al principio no se mueve ninguna mano. La incertidumbre pesa sobre todos. Nadie puede decir si ese silencio confirma una derrota o una victoria: solo el debate lo decidirá.

Por fin, uno de sus satélites pide que la Convención acuerde la impresión del discurso y lo apruebe así. Nadie habla en contra. Cobarde, servil y en cierto modo aliviada de que hoy no se le exigiera nada más, ni nuevas cabezas, ni nuevas detenciones, ni nuevas renuncias, la mayoría vota a favor. Entonces, en el último instante, se adelanta uno de los conjurados — su nombre pertenece a la historia universal: Bourdon de l'Oise — y habla en contra de la impresión. Y esta única voz libera a todas las demás. La cobardía se va agrupando poco a poco y se rebela hasta convertirse en un valor desesperado; uno tras otro acusan a Robespierre de formular sus

declaraciones y amenazas de manera demasiado imprecisa, y le exigen que diga por fin claramente a quién acusa en realidad. En un cuarto de hora la escena ha cambiado: Robespierre, el atacante, se ve empujado a la defensa, atenúa su discurso en lugar de reforzarlo, declara que no ha acusado ni denunciado a nadie.

En ese instante resuena de pronto una voz, la de un diputado pequeño e insignificante, que le grita: «Et Fouché?» — «¿Y Fouché?». El nombre está pronunciado, el nombre de aquel a quien ya una vez había señalado como cabecilla de la conjura, como traidor a la Revolución. Ahora Robespierre podría, ahora debería, asestar el golpe. Pero, extraño, inexplicablemente extraño, Robespierre elude la cuestión: «No quiero ocuparme de él ahora, solo escucho la voz de mi deber».

Esta respuesta evasiva de Robespierre pertenece a los secretos que se llevó consigo a la tumba. ¿Por qué perdona, cuando ya siente que se trata de la vida o de la muerte, a su enemigo más encarnizado? ¿Por qué no lo derriba, por qué no ataca al ausente, al único ausente de todos? ¿Por qué no libera con ello a todos los demás, que se sienten atemorizados y sin duda entregarían a Fouché para salvarse a sí mismos? Esa misma noche —así lo afirma Saint-Just— Fouché habría intentado una vez más acercarse a Robespierre. ¿Es una añagaza, o es verdad? Varios testigos aseguran haberlo visto en esos días sentado en un banco con Charlotte Robespierre, su antigua prometida: ¿trató realmente, una vez más, de convencer a la muchacha, ya entrada en años, de que intercediera por él ante su hermano? ¿Quería en verdad el desesperado, para salvar su propia cabeza, traicionar a los conjurados? ¿O quería, para tranquilizar a Robespierre y encubrir la conjura, fingirle arrepentimiento y sumisión? ¿Jugó este hombre, el más dual de todos, también esta vez, como mil veces antes, a dos barajas? ¿Y estaba el incorruptible Robespierre, también él amenazado, dispuesto, solo para mantenerse en pie, a perdonar en aquella hora al enemigo más odiado? ¿Fue esta evasiva ante una acusación de Fouché señal de un pacto secreto o solo una escapatoria?

No se sabe. En torno a la figura de Robespierre flota todavía hoy, tras tantos años, una sombra de misterio; jamás acertará del todo la historia a descifrar a este hombre impenetrable. Nunca se conocerán sus últimos pensamientos: si de verdad quería la dictadura para sí o la República para todos, si quería salvar la Revolución o heredarla, como Napoleón. Nadie ha conocido sus pensamientos más secretos, los pensamientos de su última noche, la del 8 al 9 de Termidor.

Pues es su última noche, y en ella se decide todo. A la luz de la luna de esa noche de julio, sofocante de bochorno, brilla espectral la guillotina. ¿Hundirá mañana su fría cuchilla en la nuca del trifolio Tallien, Barras y Fouché, o en la de Robespierre? Ninguno de los seiscientos diputados va a dormir esa noche; ambos bandos se preparan para el combate final. Robespierre se ha precipitado de la Convención hasta los jacobinos; ante los cirios de cera que titilan, temblando de agitación, les lee su discurso, rechazado por los diputados. Un aplauso enloquecido lo aclama una vez más, la última, pero él, lleno de un amargo presentimiento, no se deja engañar porque esos tres mil hombres se agolpen a su alrededor gritando, y llama a su discurso su testamento. Entretanto, su guardasellos, Saint-Just, lucha en el comité hasta el amanecer, como un desesperado, contra Collot, Carnot y los demás conjurados, y al mismo tiempo se va tejiendo en los pasillos de la Convención la red que mañana ha de envolver a Robespierre. Dos veces, tres veces, como la lanzadera en el telar, van los hilos de la derecha a la izquierda, de la Montaña a la vieja reacción, hasta que por fin, con la primera luz del día, quedan hilados en un pacto firme e indestructible. Aquí reaparece de pronto Fouché, pues la noche es su elemento, la intriga su verdadera esfera. Su rostro color plomo, blanqueado aún más por el miedo, vaga como un fantasma por las salas a medio iluminar. Susurra, adula, promete, atemoriza, asusta y amenaza a uno tras otro, y no descansa hasta que el pacto queda cerrado. A las dos de la madrugada, por fin, todos los adversarios están de acuerdo en liquidar al enemigo común, Robespierre. Solo entonces puede al fin Fouché acostarse a descansar.

También en la sesión del 9 de Termidor falta Joseph Fouché. Pero puede descansar y faltar, pues su obra está hecha, la red anudada y, por fin, la mayoría decidida a no dejar escapar con vida al hombre demasiado fuerte y demasiado peligroso. Apenas empieza Saint-Just, el espadachín de Robespierre, el discurso mortal preparado contra los conjurados, cuando ya interviene Tallien, pues ayer han acordado no dejar tomar la palabra a ninguno de los grandes oradores, ni a Saint-Just ni a Robespierre. A los dos hay que ahogarlos antes de que hablen, antes de que puedan acusar, y así se lanza ahora, hábilmente dirigido por el presidente, dócil a sus fines, un orador tras otro a la tribuna, y cuando Robespierre quiere defenderse, le acallan la voz a gritos, a bramidos, a golpes en los pupitres: la cobardía reprimida de seiscientas almas inseguras, el odio y la envidia de semanas y de meses se arrojan ahora contra el hombre ante el cual todos, uno por uno, habían temblado. A las seis de la tarde todo está decidido: Robespierre, proscrito, es conducido a la cárcel; en vano intentan sus amigos, los verdaderos revolucionarios, que admiran en él el alma dura y apasionada de la República, liberarlo y ponerlo a salvo en el Ayuntamiento: de noche, las tropas de la Convención asaltan esta plaza fuerte de la Revolución, y a las dos de la madrugada, veinticuatro horas después de que Fouché y los suyos sellaran el pacto para su aniquilación, Maximiliano Robespierre, el enemigo de Fouché y ayer mismo el hombre más poderoso de Francia, yace bañado en sangre, con la mandíbula destrozada, atravesado sobre dos sillas en la antesala de la Convención. La gran pieza de caza ha sido cobrada, Fouché está a salvo. A la tarde siguiente traquetea la carreta hacia el patíbulo. — El Terror ha terminado, pero también se ha apagado el espíritu ardiente de la Revolución, ha pasado la era heroica. Ahora llega la hora de los herederos, de los aventureros y los ganadores, de los que hacen botín y de las almas dobles, de los generales y de los hombres de dinero, la hora del nuevo gremio. Ahora llega, así se pensaba, también la hora de Joseph Fouché.

Mientras la carreta lleva lentamente a Maximiliano Robespierre y a los suyos por la rue Saint-Honoré, el camino trágico de Luis XVI, de

Danton y Desmoulins y de innumerables otras víctimas, hacia la guillotina, se agolpa una curiosidad exultante y entusiasmada. La ejecución se ha convertido una vez más en fiesta popular, banderas y gallardetes ondean desde los tejados, gritos de júbilo se desbordan de todas las ventanas, una ola de alegría recorre bramando París. Cuando la cabeza de Robespierre cae en el cesto, la plaza inmensa retumba con un único grito extático de júbilo. Los conjurados se asombran: ¿por qué el pueblo aclama con tal pasión la ejecución de este hombre a quien París, a quien Francia veneraba ayer mismo como a un dios? Y se asombran todavía más, Tallien y Barras, al ver cómo ahora, a la entrada de la Convención, una multitud tumultuosa los recibe con gritos de admiración como matadores de tiranos, como los que han combatido el Terror. Se asombran. Pues al liquidar a este hombre superior no habían querido en realidad otra cosa que librarse de un incómodo paladín de la virtud que les vigilaba demasiado de cerca los dedos, pero ninguno de ellos había pensado en dejar oxidarse la guillotina, en poner fin al Terror. Ahora bien, al ver lo impopulares que se han vuelto las ejecuciones en masa y lo populares que pueden hacerse a sí mismos si atribuyen a posteriori motivos de humanidad a su venganza privada, deciden aprovechar rápidamente el malentendido. Todos los actos de violencia de la Revolución pesan, a partir de ahora, únicamente sobre la conciencia de Robespierre, van a sostener (pues desde el foso de cal no se puede responder), mientras que ellos, dirán, siempre fueron apóstoles de la clemencia y enemigos de toda dureza y todo exceso.

No es la ejecución de Robespierre, sino tan solo esta actitud cobarde y mendaz de sus sucesores lo que da al 9 de Termidor su sentido para la historia universal. Pues hasta ese día la Revolución había reclamado para sí todo derecho, había asumido serenamente toda responsabilidad; a partir de ese día reconoce, medrosa, haber cometido también injusticias, y sus dirigentes empiezan a renegar de ella. Ahora bien, toda fe espiritual, toda concepción del mundo, en cuanto niega su derecho absoluto, su infalibilidad, queda ya quebrada en su fuerza más íntima. Y al insultar los tristes

vencedores, Tallien y Barras, los cadáveres de sus grandes predecesores, Danton y Robespierre, tildándolos de cadáveres de asesinos, y al sentarse medrosos en los escaños de la derecha, junto a los moderados, junto a los enemigos secretos de la República, no traicionan solo la historia y el espíritu de la Revolución, sino a sí mismos.

Todo el mundo espera ver a Fouché a su lado, a él, el principal conjurado, el enemigo más encarnizado de Robespierre. Él, el más amenazado de todos, él, el «Chef de la Conspiration», tendría sin duda derecho a un trozo especialmente jugoso del botín. Pero, cosa extraña, Fouché no se sienta con los demás en los escaños de la derecha, sino en su antiguo puesto de la «Montaña», junto a los radicales, y se envuelve en silencio. Por primera vez (y esto asombra) no marcha con la mayoría.

¿Por qué obra Fouché con tanta independencia? se han preguntado muchos, entonces y después. La respuesta es sencilla: porque piensa con más inteligencia y con más visión que los demás, porque su superior sentido político abarca la situación con mayor profundidad que la de los cabezas huecas de Tallien y Barras, a quienes solo el peligro ha dado una energía de aliento corto. Él, antiguo profesor de física, conoce la ley de las fuerzas del movimiento, según la cual una ola no puede quedarse rígidamente inmóvil en el aire. Debe, lo sabe, avanzar o retroceder. Así pues, si ahora se inicia el reflujo, si empieza una reacción, esta no se detendrá en su impulso, del mismo modo que antes no se detuvo la Revolución; correrá, exactamente igual que aquella, hasta el extremo, hasta su punto más extremo, hasta la violencia. Pero entonces esta alianza anudada apresuradamente tendrá forzosamente que romperse, y si vence la reacción, todos los antiguos paladines de la Revolución estarán perdidos. Pues con las ideas nuevas cambian también, peligrosamente, los criterios para juzgar los actos de ayer. Lo que ayer valía como deber y virtud republicanos —por ejemplo, acribillar a metralla a mil seiscientas personas y saquear las iglesias— pasará entonces, necesariamente, a considerarse un crimen; los acusadores de ayer serán los acusados

de mañana. Fouché, que tiene bastante sobre su conciencia, no quiere compartir el enorme error de los demás termidorianos (así se llaman ahora los que han acabado con Robespierre), que se aferran temerosos a la rueda de la reacción; él sabe que de nada sirve: una vez que la reacción se pone en marcha, arrastra a todos consigo. Solo por prudencia y por previsión permanece Fouché en la izquierda, sigue fiel a los radicales, pues siente que pronto será precisamente a los más audaces a quienes les vaya el cuello en ello.

Y Fouché tiene razón. Para hacerse populares, para afirmar una humanidad que jamás habían mostrado, los termidorianos sacrifican a los más enérgicos de los procónsules: hacen ejecutar a Carrier, que había ahogado a seis mil personas en el Loira, a Joseph Lebon, el tribuno de Arras, y a Fouquier-Tinville. Para complacer a la derecha, llaman de nuevo a los setenta y tres diputados expulsados de la Gironda, y advierten demasiado tarde que, al reforzar así a la reacción, se han vuelto ellos mismos dependientes de ella. Ahora tienen que acusar, obedientes, a sus propios colaboradores contra Robespierre, a Billaud-Varenne y a Collot d'Herbois, el colega de Fouché en Lyon. La reacción se acerca cada vez más al cuello de Fouché. Esta vez todavía se salva negando cobardemente toda complicidad en Lyon (aunque había firmado junto con Collot cada uno de los documentos) y afirmando, con la misma falsedad, que solo por su excesiva clemencia había sido perseguido por el tirano Robespierre. Con ello el astuto logra en efecto engañar por un tiempo a la Convención. Se le permite permanecer sin ser molestado en su escaño, mientras Collot va a parar a la «guillotina seca», es decir, es enviado a las islas de las fiebres de las Indias Occidentales, donde perece a los pocos meses. Pero Fouché es demasiado avisado para sentirse ya seguro tras esta primera defensa; conoce la implacabilidad de las pasiones políticas, sabe que una reacción, igual que una revolución, no se sacia de hombres mientras no se le rompan los dientes; no cejará en su afán de venganza hasta que el último de los jacobinos haya sido llevado ante los tribunales y la República esté destruida. Y así no ve más que una salvación para la Revolución, a la que está indisolublemente ligado por su culpa de

sangre: que se renueve. Y no ve más que una salvación para sí mismo: que caiga el gobierno. De nuevo, el más amenazado de todos, exactamente igual que seis meses antes, emprende, solo contra una fuerza superior, el combate desesperado por su vida.

Siempre que se trata del poder y de su propia vida, Fouché despliega fuerzas asombrosas. Ve que ya no se puede, por vía legal, impedir que la Convención persiga a los antiguos terroristas, de modo que no queda otro medio que el tantas veces probado durante la Revolución: el terror. Ya una vez, en la condena de los girondinos, en la condena del rey, se intimidó a los diputados cobardes y cautelosos (entre ellos el entonces todavía conservador Joseph Fouché) movilizando la calle contra el Parlamento, trayendo de los arrabales a los batallones obreros con su fuerza proletaria, con su impulso irresistible, e izando en el Ayuntamiento la bandera roja de la revuelta. ¿Por qué no lanzar una vez más a esa vieja guardia de la Revolución, a los que tomaron la Bastilla y a los hombres del diez de agosto, contra la Convención vuelta cobarde, y aplastar con sus puños a la fuerza superior? Solo el miedo crudo a la revuelta, a la exasperación del proletariado, podría intimidar a los termidorianos: así decide Fouché sublevar al pueblo de París, a las anchas masas, y lanzarlas contra sus enemigos, contra sus acusadores.

Claro que, para ir a los arrabales, para pronunciar allí encendidos discursos revolucionarios o para lanzar al pueblo, como hacía Marat con riesgo de su vida, panfletos incendiarios, Fouché es demasiado prudente. No le gusta exponerse, prefiere eludir la responsabilidad: su arte maestro no es el del discurso arrebatador y sonoro, sino el del susurro al oído, el de colocarse detrás de otro. Y también esta vez encuentra al hombre adecuado, que, adelantándose con audacia y decisión, lo cubre con su sombra.

Por entonces vaga por París, proscrito y perseguido, un republicano honrado y apasionado, François Babeuf, que se hace llamar Gracchus Babeuf. Un corazón desbordante, una inteligencia mediocre. Proletario de la base, antiguo agrimensor e impresor, tiene solo unas pocas ideas, primitivas, pero las alimenta con pasión viril y

las aviva al calor de una convicción verdaderamente republicana y socialista. Cautelosos, los republicanos burgueses, e incluso Robespierre, habían dejado de lado las ideas socialistas, y a veces bolcheviques, de Marat sobre la igualación de las fortunas; habían preferido hablar mucho, muchísimo, de libertad, también bastante de fraternidad, pero poco de igualdad, en la medida en que esta se refería al dinero y a la propiedad. Babeuf recoge las ideas de Marat, medio pisoteadas, las aviva con su aliento y las lleva como una antorcha por los barrios proletarios de París. Y esa llama puede prender de pronto y, en pocas horas, consumir todo París, todo el país, pues el pueblo va comprendiendo poco a poco la traición que los termidorianos, por su propio provecho, cometen contra su revolución, la revolución proletaria. Detrás de este Gracchus Babeuf se coloca ahora Fouché. No se muestra públicamente del brazo con él, pero en secreto le susurra que agite al pueblo. Lo convence de escribir panfletos incendiarios, y él mismo corrige las pruebas de imprenta. Pues solo, piensa, si los obreros salen a la calle, si de nuevo los arrabales marchan con sus picas y sus tambores, esta cobarde Convención recapacitará. Solo mediante el terror, mediante el miedo y la intimidación, puede salvarse la República; solo mediante un tirón enérgico desde la izquierda puede compensarse esa peligrosa inclinación hacia la derecha. Y para este atrevido embate, verdaderamente peligroso para la vida, este hombre decente, sincero, de buena fe y recto le sirve maravillosamente de testaferro: detrás de su ancha espalda proletaria uno puede esconderse muy bien. Babeuf, por su parte, que se llama orgullosamente Gracchus y tribuno del pueblo, se siente sumamente honrado de que el célebre diputado Fouché lo aconseje. Sí, piensa, este es todavía un último republicano honrado, uno que se ha quedado sentado en los escaños de la Montaña, que no ha hecho causa común con la Jeunesse dorée ni con los proveedores del ejército. Se deja aconsejar de buen grado y, empujado por esta mano hábil que lo guía desde atrás, se lanza ahora contra Tallien, los termidorianos y el gobierno.

Pero solo a él, al hombre bondadoso y de pensamiento recto, logra Fouché engañar. El gobierno reconoce pronto la mano que carga el fusil contra él, y en sesión pública Tallien acusa a Fouché de ser el instigador oculto de Babeuf. Como siempre, Fouché reniega al punto de su aliado (exactamente igual que hizo con Chaumette entre los jacobinos, exactamente igual que con Collot en Lyon): no, dice, apenas conoce a Babeuf, condena sus excesos; en suma, se aparta con la mayor rapidez. Y de nuevo el contragolpe alcanza a su testaferro: pronto Babeuf será detenido, pronto será fusilado en el patio de un cuartel (siempre paga el otro con su sangre las palabras y la política de Fouché).

Este audaz contragolpe de Fouché ha fracasado, no ha conseguido más que volver a llamar la atención sobre sí, y eso no era bueno. Pues ahora se acuerdan de nuevo de Lyon y de los campos de Brotteaux empapados en sangre. Una y otra vez, y ahora con doble energía, la reacción azuza a acusadores procedentes de las provincias en las que él gobernó. Apenas ha logrado rechazar, no sin esfuerzo, los cargos de Lyon, cuando ya se presentan Nevers y Clamecy. Cada vez más alto, cada vez con más estrépito, se acusa a Joseph Fouché de terrorismo ante la barra de la Convención. Él se defiende con astucia, con energía y no sin fortuna; incluso Tallien, su adversario, se esfuerza ahora por protegerlo, pues también a él empieza a inquietarle la superioridad de la reacción, y comienza a pensar en su propia cabeza. Pero ya es demasiado tarde: el 22 de Termidor de 1795, un año y doce días después de la caída de Robespierre, se formula, tras un largo debate, la acusación contra Joseph Fouché por sus actos de terrorismo. Y el 23 de Termidor se decreta su detención. Igual que tras Robespierre alcanza la sombra de Danton, ahora alcanza a Fouché la sombra de Robespierre.

Pero se está —y esto lo ha calculado bien el astuto político— en el Termidor del año cuarto de la República, y ya no en el del tercero. En 1793, la acusación significaba la orden de detención, y la detención, la muerte: quien entraba de noche en la Conciergerie era interrogado al día siguiente y por la tarde ya iba en la carreta. Pero en 1794 ya no sostiene las riendas de la justicia el puño de acero del

«Incorruptible»; las leyes se han aflojado, y se puede deslizarse entre ellas si se es lo bastante flexible. Y Fouché no sería Fouché si él, tantas veces ya peligrosamente enredado, no lograra escabullirse por unas redes tan poco tupidas. Consigue, mediante tretas y escaleras traseras, que no lo detengan de inmediato, que le den tiempo para una réplica, para una respuesta, para una justificación: y el tiempo, entonces, lo es todo. ¡Basta con quedarse en la sombra para que lo olviden a uno, basta con guardar silencio mientras los demás gritan para que lo pasen por alto! Siguiendo la célebre receta de Sieyès, que durante todos los años del Terror se había mantenido sentado en la Convención sin abrir la boca, y que, más tarde, preguntado qué había hecho durante todo ese tiempo, dio sonriendo la genial respuesta: «J'ai vécu», «He vivido», así se hace ahora Fouché el muerto, como hacen algunos animales, para que no lo maten. Solo ahora, durante ese breve plazo de transición, salvar la vida, y estará salvado. Pues este avezado olfateador del viento presiente que todo el esplendor y toda la fuerza de esta Convención no van a durar más que unas pocas semanas, unos pocos meses.

Así salva Joseph Fouché su vida, y eso ya es mucho en aquel tiempo. Pero, ciertamente, solo salva la vida desnuda, no su nombre, no su posición, pues ya no lo eligen para la nueva Asamblea. Vano el esfuerzo desmesurado, malgastada una cantidad ingente de pasión y de astucia, de audacia y de traición: solo la vida desnuda logra rescatar. Ya no es Joseph Fouché de Nantes, diputado del pueblo, ya no es maestro del Oratorio; no es ya sino un hombre olvidado, despreciado, sin rango, sin fortuna, sin importancia, una sombra miserable a la que solo protege la oscuridad.

Y durante tres años, ya nadie en Francia pronuncia su nombre.

# Capítulo IV

# Ministro del Directorio y del Consulado (1799-1802)

¿Ha compuesto ya alguien el himno del exilio, esa fuerza creadora de destinos que, en la caída, ensalza al hombre y que, bajo la dura coacción de la soledad, reúne de nuevo y en otro orden las fuerzas quebrantadas del alma? Los artistas siempre han acusado al exilio, tomándolo solo por un aparente obstáculo en el ascenso, por un intervalo inútil, por una interrupción cruel. Pero el ritmo de la naturaleza quiere esas cesuras violentas. Pues solo quien conoce el abismo conoce la vida entera. Solo el revés le da al hombre toda su fuerza de avance.

El genio creador, sobre todo él, necesita esa soledad impuesta transitoriamente para medir, desde la profundidad de la desesperación, desde la lejanía del destierro, el horizonte y la altura de su verdadera tarea. Los mensajes más trascendentales de la humanidad han venido del exilio: los creadores de las grandes religiones, Moisés, Cristo, Mahoma, Buda, todos tuvieron que adentrarse antes en el silencio del desierto, en el no-estar-entre-los-hombres, antes de poder alzar la palabra decisiva. La ceguera de Milton, la sordera de Beethoven, el presidio de Dostoievski, la cárcel de Cervantes, el encierro de Lutero en el Wartburg, el exilio de Dante y el destierro voluntario de Nietzsche en las heladas comarcas

de la Engadina: todos ellos fueron, contra la voluntad consciente del hombre, una exigencia secretamente querida por su propio genio.

Pero también en el mundo más bajo, más terrenal, en el mundo político, una exclusión pasajera regala al hombre de Estado una nueva frescura de mirada, una mejor capacidad de repensar y calcular el juego de las fuerzas políticas. Nada más venturoso puede sucederle, por tanto, a una carrera que su interrupción temporal, pues quien ve el mundo siempre y únicamente desde arriba, desde la nube imperial, desde la altura de la torre de marfil y del poder, solo conoce la sonrisa de los sumisos y su peligrosa disposición a servir: quien tiene siempre la medida en sus propias manos olvida cuál es su verdadero peso. Nada debilita más al artista, al caudillo, al hombre de poder que el éxito ininterrumpido conforme a su voluntad y su deseo; solo en el fracaso aprende el artista su verdadera relación con la obra, solo en la derrota el caudillo sus errores, solo en la desgracia el estadista la verdadera perspectiva política. La riqueza perpetua ablanda, el aplauso perpetuo embota; solo la interrupción da al ritmo que gira en vacío una tensión nueva y una elasticidad creadora. Solo la desdicha da profundidad de mirada y amplitud de horizonte sobre la realidad del mundo. Dura lección, pero todo exilio es lección y aprendizaje: al blando le amasa de nuevo la voluntad, al vacilante lo vuelve resuelto, al duro lo hace aún más duro. Para el verdaderamente fuerte, el exilio nunca es una merma, sino solo un fortalecimiento de su fuerza.

El exilio de Joseph Fouché duró más de tres años, y la isla solitaria e inhóspita a la que es desterrado se llama: pobreza. Ayer todavía procónsul y copartícipe en la configuración del destino de la Revolución, se precipita desde los peldaños más altos del poder hasta una oscuridad, una suciedad y un lodo tales que ya no se encuentran sus huellas. El único que entonces lo vio, Barras, ofrece una imagen desgarradora de la miserable buhardilla, esa cueva apenas bajo el cielo donde Fouché se aloja con su fea mujer y dos niños pequeños y enfermizos, pelirrojos, albinos de rara fealdad. Cinco pisos más arriba, en una habitación sucia, sofocante, abrasada por el sol, se esconde el caído ante cuyas palabras habían temblado

decenas de miles y que, dentro de unos años, volverá a estar al timón de los destinos de Europa como duque de Otranto, pero que ahora no sabe con qué dinero comprará mañana leche para sus hijos, pagará el mísero alquiler y, al mismo tiempo, aún tendrá que defender esa vida lastimosa de enemigos invisibles e innumerables, de los vengadores de Lyon.

Nadie, ni siquiera su biógrafo más fiel y más exacto, Madelin, sabe indicar de manera exhaustiva de qué vivió Joseph Fouché durante estos años de miseria. Ya no cobra sueldo como diputado, ha perdido el patrimonio familiar en la insurrección de Santo Domingo, nadie se atreve a emplear o a dar trabajo abiertamente al «*Mitrailleur de Lyon*», todos los amigos lo han abandonado, todos lo esquivan. Se dice que llevó a cabo los negocios más extraños y turbios; en verdad, no es una fábula: el futuro duque de Otranto se dedica entonces a engordar cerdos. Pero pronto elige un oficio aún más sucio, el de espía de Barras, el único de los nuevos gobernantes que, con una extraña compasión, sigue recibiendo todavía al caído. Cierto que no en la sala de audiencias del ministerio, sino en algún lugar en la sombra; allí le arroja, al mendigo incansable, de vez en cuando algún pequeño negocio turbio, un tráfico de suministros para el ejército, un viaje de inspección, siempre alguna ganancia minúscula que mantiene a flote al importuno durante otros catorce días. Pero en estos múltiples ensayos se revela el verdadero talento de Fouché. Pues Barras tiene ya entonces toda clase de planes políticos, desconfía de sus colegas y necesita bien un confidente privado, un enlace y soplón subterráneo que no pertenezca a la policía oficial, una especie de detective particular. Para eso, Fouché es idóneo como nadie. Escucha y espía, se cuela por las escaleras traseras de las casas, arranca con avidez a todos sus conocidos el chismorreo del día y lleva secretamente a Barras esa sucia baba de la vida pública. Y cuanto más ambicioso se vuelve Barras, cuanto más ávidamente apuntan sus planes hacia un golpe de Estado, tanto más necesita a Fouché. Le estorban ya desde hace tiempo, en el Directorio (el Consejo de los Cinco que ahora gobierna Francia), los dos hombres honrados, Carnot sobre todo, el más recto de la

Revolución Francesa, y medita cómo librarse de ellos. Pero quien planea un golpe de Estado y urde conspiraciones necesita ante todo mensajeros sin escrúpulos que vayan y vengan, hombres à tout faire, bravos y bulos, como los llaman los italianos, hombres sin carácter y, sin embargo, precisamente por esa falta de carácter, de fiar; para eso, Fouché es idóneo como ningún otro. El exilio se convierte en su escuela para la carrera, y en ella despliega su futuro talento de maestro de la policía.

Por fin, por fin, tras una larga, larguísima noche de frío vital, de oscuridad y pobreza, Fouché barrunta el aire de la mañana. Hay un nuevo señor en el país, un nuevo poder en gestación, y él decide servirlo. Ese nuevo poder es el dinero. Apenas yacen Robespierre y los suyos sobre la dura tabla, ya ha resucitado, todopoderoso, el dinero, y vuelve a tener mil cortesanos y siervos. Por las calles circulan de nuevo carruajes con caballos bien almohazados y flamantes arneses, y dentro van sentadas, medio desnudas como diosas griegas, mujeres arrebatadoras vestidas de tafetán y muselina preciosos. En el Bois cabalga la jeunesse dorée con ceñidos pantalones blancos de nankín, fracs amarillos, marrones, rojos. En la mano enjoyada llevan elegantes fustas de montar con puños de oro, que gustan de usar también contra los antiguos terroristas; se hacen buenos negocios en las perfumerías y en las joyerías, quinientos, seiscientos, mil salones de baile y cafés surgen de pronto, se construyen villas y se compran casas, se va al teatro, se especula y se apuesta, se compra y se vende y se juega por miles detrás de las cortinas de damasco del Palais Royal. El dinero está de vuelta, arrogante, insolente y audaz.

Pero ¿dónde había estado el dinero, entre 1791 y 1795, en Francia? Siempre había estado allí, solo se había escondido. Exactamente igual que en Alemania y Austria en la época del miedo al comunismo, en 1919, los ricos se hicieron de pronto los muertos y se lamentaron vestidos con ropas raídas, pues quien bajo Robespierre toleraba a su alrededor el más mínimo lujo, más aún, quien simplemente se le acercaba, pasaba por «mauvais riche» (por hablar como Fouché), pasaba por sospechoso: resultaba incómodo

pasar por rico. Hoy vuelve a valer solo quien es rico. Y por fortuna llega ahora un tiempo espléndido (como siempre en el caos) para hacer dinero. Pues las fortunas se recomponen; se venden bienes: se gana con ello. Se subastan los bienes de los emigrados: se gana con ello. A los condenados se les confiscan sus patrimonios: se gana con ello. Los asignados bajan de cotización día tras día, una fiebre inflacionaria salvaje sacude el país: se gana con ello. Con todo se puede ganar, con tal de tener manos ágiles y desvergonzadas y buenas relaciones con el gobierno. Pero hay una fuente que mana, incomparablemente, con más esplendor que ninguna otra: la guerra. Ya en 1791, nada más empezar, unos pocos (exactamente igual que unos pocos en 1914) habían hecho el descubrimiento de que también con la guerra devoradora de hombres y destructora de valores se podía sacar provecho, pero entonces Robespierre y Saint-Just, los Incorruptibles, se habían lanzado ferozmente al cuello de los «accapareurs». Ahora, en cambio, una vez que esos Catones han sido, gracias a Dios, liquidados y la guillotina se oxida en el desván, los estraperlistas y los proveedores del ejército husmean tiempos dorados. Ahora se puede, sin remordimiento, suministrar zapatos malos por buen dinero, llenarse a placer los bolsillos con anticipos y requisas. Con la condición, eso sí, de que a uno le adjudiquen los suministros. Por eso, tales negocitos requieren siempre un intermediario en regla, un hombre bien acreditado y, sin embargo, dócil, que abra a los especuladores, por la puerta de atrás, el establo con el abundante pesebre del Estado y de la guerra. Para esos negocios sucios, Joseph Fouché es ahora el hombre ideal. La miseria le ha limpiado a fondo la conciencia republicana, ha colgado tranquilamente el odio al dinero en la chimenea, y a un medio muerto de hambre se le puede comprar barato. Y por otro lado tiene las mejores «relaciones», pues entra y sale (como espía) en la antesala de Barras, el presidente del Directorio. Así, de la noche a la mañana, el comunista radical de 1793, que en su día quería a toda costa hacer hornear el «pan de la igualdad», se convierte en el íntimo de los flamantes banqueros republicanos y se ocupa, a cambio de buenos porcentajes, de todos sus deseos y negocios. Por ejemplo, el estraperlista Hinguerlot, uno de los más desvergonzados

e inescrupulosos hacedores de dinero de la República (Napoleón lo odió con encono), se encuentra justo ante una acusación molesta: ha traficado con un poco demasiado descaro y se ha llenado el bolsillo con demasiado cariño en los suministros. Ahora le pende sobre el cuello un proceso que puede costarle mucho dinero y quizá la cabeza. ¿Qué se hace en tales situaciones (entonces como ahora)? Se acude a algún hombre que tenga buenas relaciones «hacia arriba», que tenga influencia política o privada y que pueda «arreglar» el enojoso asunto. Se acude, pues, a Fouché, el confidente de Barras, que enseguida se unta las suelas y corre hacia el todopoderoso (la carta está impresa en las memorias de este), y en efecto, el turbio asunto se sofoca en silencio y sin dolor. A cambio, Hinguerlot lo lleva ahora consigo en suministros al ejército, negocios de bolsa, y «l'appétit vient en mangeant». Fouché descubre en 1797 que el dinero huele considerablemente mejor que la sangre de 1793, y funda, gracias a sus nuevas «relaciones», por un lado con las nuevas altas finanzas, por otro con el gobierno corrupto, una nueva compañía de suministros para el ejército de Scherer. Los soldados del bravo general recibirán botas malas y pasarán frío con sus finos capotes, serán derrotados en las llanuras de Italia, pero lo más importante: la compañía Fouché-Hinguerlot y probablemente también el propio Barras sacan un provecho seguro. Desaparecido el desprecio por el «metal despreciable y corruptor» que el ultrajacobino y supracomunista Fouché pregonaba con tanta elocuencia apenas tres años antes, olvidados también los estallidos de odio contra los «malos ricos», olvidado que «el buen republicano no necesita más que pan y hierro y cuarenta escudos al día»: ahora se trata, por fin, de hacerse rico uno mismo. Pues en el exilio Fouché ha reconocido el poder del dinero y lo sirve como sirve a todo poder. Demasiado tiempo, con demasiado dolor ha sufrido el estar abajo, el espantoso estar abajo en el fango del desprecio y de la privación; ahora tensa todas sus fuerzas para llegar arriba, hasta ese mundo donde con dinero se compra poder y con poder se vuelve a acuñar dinero. Está cavada la primera galería en la más productiva de todas las minas, dado el primer paso en el camino fantástico que va de

una buhardilla del quinto piso a un solio ducal, de la nada a una fortuna de veinte millones de francos.

Ahora que Fouché ha arrojado por completo de su espalda el incómodo lastre de los principios revolucionarios, se ha vuelto ágil: y de la noche a la mañana ha vuelto a poner el pie en el estribo. Su amigo Barras no solo hace turbias transacciones de dinero, sino también negocios políticos sórdidos. Quiere, en el mayor sigilo, vender la República a Luis XVIII a cambio de un título ducal y un buen fajo de dinero. Lo único que le estorba en ello es la presencia de colegas honrados, de convicción republicana, como Carnot, que todavía creen en la República y no quieren entender que los ideales solo existen para sacar provecho de ellos. Y en el golpe de Estado de Barras del 18 de Fructidor, que lo libra de esos molestos guardianes, sin duda Fouché, minando el terreno, ha ayudado abundantemente a su compinche de negocios, pues apenas es su protector Barras dueño ilimitado del Consejo de los Cinco, el Directorio renovado, cuando el hombre que rehúye la luz ya se abalanza impetuosamente hacia delante y exige su precio. Barras debe darle ocupación, en política, en el ejército, en algún puesto, en alguna misión, donde pueda llenarse los bolsillos y reponerse de los años de miseria. Barras, que necesita a ese hombre, apenas puede decir que no al servidor de sus negocios turbios, pero, con todo, el nombre de Fouché, el del *Mitrailleur de Lyon*, todavía apesta demasiado a sangre derramada para que, en la luna de miel de la reacción, uno se comprometa abiertamente con él en París. Así que Barras lo envía, como representante del gobierno, primero a Italia, con el ejército, y luego a la República bátava, a Holanda, para llevar negociaciones secretas. Pues que es un maestro en el juego subterráneo de la intriga, eso ya lo sabe Barras por experiencia: pronto lo experimentará, en carne propia, aún más a fondo.

En 1798, Fouché es, pues, enviado de la República Francesa: ha vuelto a poner el pie en el estribo. Exactamente igual que antaño en su misión sangrienta, despliega ahora en la diplomática la misma energía fría; sobre todo en Holanda obtiene éxitos fulminantes. Envejecido por experiencias trágicas, madurado por tiempos

tormentosos, forjado en la dura fragua de la miseria, Fouché acredita su antiguo vigor, unido ahora a una nueva prudencia. Pronto reconocen allá arriba, los nuevos amos: este es un hombre que se deja utilizar, que baila al son del viento y salta con el dinero, complaciente hacia arriba, despiadado hacia abajo, el marinero justo y hábil para el oleaje alto. Y como el barco del gobierno se bambolea cada vez más peligrosamente y, con su rumbo incierto, amenaza naufragar en cualquier momento, el Directorio toma, el 3 de Termidor de 1799, una decisión inesperada: Joseph Fouché, en misión secreta en Holanda, es nombrado de pronto, de la noche a la mañana, ministro de Policía de la República Francesa.

¡Joseph Fouché, ministro! París se sobresalta como ante un cañonazo. ¿Empieza de nuevo el Terror, ahora que sueltan de la cadena a ese perro sanguinario, al *Mitrailleur de Lyon*, al profanador de hostias y saqueador de iglesias, al amigo del anarquista Babeuf? ¿Se traerá de vuelta —Dios no lo quiera— a Collot d'Herbois y a Billaud de las islas febriles de la Guayana, y se volverá a plantar la guillotina en la plaza de la República? ¿Se volverá a hornear, al fin y al cabo, el «pan de la igualdad», se instaurarán los comités filantrópicos que despojan de su dinero a los ricos? París, hacía tiempo apaciguado, con sus mil quinientos salones de baile, sus deslumbrantes tiendas, su jeunesse dorée, se horroriza —los ricos y los burgueses vuelven a temblar como en el año 1792. Solo los jacobinos están satisfechos, los últimos republicanos. Por fin, tras terribles persecuciones, vuelve a estar en el poder uno de los suyos, el más audaz, el más radical, el más inflexible; ahora por fin se le hará frente a la reacción, se purgará la República de realistas y conspiradores.

Pero, cosa extraña, unos y otros, al cabo de pocos días, se preguntan: ¿se llama de verdad Joseph Fouché este ministro de Policía? Una vez más se ha confirmado la sabia sentencia de Mirabeau (todavía válida hoy para los socialistas) de que los jacobinos, hechos ministros, dejan de ser ministros jacobinos: pues, en efecto, los labios que antes destilaban sangre rebosan ahora del aceite de las palabras de reconciliación. Orden, tranquilidad,

seguridad: estas frases retornan sin cesar en las proclamas policiales del exterrorista, y el combate contra la anarquía es su primera divisa. Hay que restringir la libertad de prensa, poner fin a los eternos discursos incendiarios. Orden, orden, tranquilidad y seguridad: ningún Metternich, ningún Sedlnitzky, ningún archirreaccionario del imperio austríaco redacta decretos más conservadores que Joseph Fouché, el «*Mitrailleur de Lyon*».

Los burgueses respiran aliviados: ¡qué Pablo ha salido de este Saulo! Pero los republicanos auténticos braman de indignación en sus salas de reunión. Poco han aprendido en estos años: siguen pronunciando discursos coléricos, discursos y más discursos, amenazan al Directorio, a los ministros y a la Constitución con citas de Plutarco. Se comportan con tanta fiereza como si aún vivieran Danton y Marat, como si las campanas de alarma pudieran todavía, como entonces, congregar a centenares de miles de hombres desde los arrabales. Con todo, sus molestas quejas acaban por inquietar al Directorio. ¿Qué hacer contra ello?, apremian los colegas al recién nombrado ministro de Policía.

«Cerrar el club», responde el imperturbable. Los demás lo miran incrédulos y le preguntan cuándo pensaba proceder a tan atrevida medida. «Mañana», responde Fouché con calma. Y, en efecto, a la noche siguiente Fouché, el antiguo presidente de los jacobinos, se dirige al club radical de la Rue du Bac. En ese círculo ha latido, durante todos estos años, el corazón de la Revolución. Son los mismos hombres ante quienes Robespierre, Danton y Marat, ante quienes él mismo pronunció discursos apasionados: tras la caída de Robespierre, tras la derrota de Babeuf, solo en el club del Manège vive todavía el recuerdo de los días de tormenta de la Revolución.

Pero el sentimentalismo no es cosa de Fouché; él puede, si quiere, olvidar su pasado de un modo inquietantemente rápido. El antiguo profesor de matemáticas del Oratorio no mide nunca más que el paralelogramo de las fuerzas reales. Sabe que el pensamiento republicano está liquidado, que los mejores jefes, los hombres de acción, están bajo tierra: así, todos los clubes han quedado ya

reducidos a charlatanerías sociales, donde uno le arranca al otro las frases de la boca. En el año 1799, las citas de Plutarco y las palabras patrióticas han caído de cotización junto con los asignados: se han trillado demasiadas frases y se han impreso demasiados billetes. Francia está (¡y quién lo sabe mejor que el ministro de Policía, que controla la opinión pública!) cansada de los abogados, de los oradores y de los innovadores, cansada de los decretos y las leyes; solo quiere ya tranquilidad, orden, paz y finanzas claras; igual que tras unos años de guerra, también tras unos años de revolución, tras cada éxtasis de comunidad, vuelve siempre a hacer valer sus derechos el egoísmo imparable del individuo, de la familia. Justo cuando uno de los republicanos, uno de los ya largamente exprimidos, pronuncia un discurso encendido, se abre bruscamente la puerta, y con el uniforme de ministro entra Fouché, escoltado por gendarmes. Con una mirada fría, mide asombrado a la asamblea que se pone en pie de un salto: ¡qué adversarios tan miserables! Hace tiempo que han desaparecido los hombres de acción, los hombres de espíritu de la Revolución, sus héroes y sus desesperados: solo quedan los charlatanes, y contra los charlatanes basta un gesto resuelto. Sin vacilar, sube a la tribuna; por primera vez en seis años, los jacobinos vuelven a oír su voz helada y sobria, pero no ya para llamar a la libertad y al odio contra los déspotas, sino que el hombre enjuto declara con calma, clara y llanamente, cerrado el club. La sorpresa es tan grande que nadie opone resistencia. No braman, no se abalanzan, como siempre habían jurado, con puñales contra el aniquilador de la libertad. Solo balbucean, se escabullen hacia atrás y abandonan la sala consternados. Fouché ha calculado bien: contra los hombres hay que combatir; a los charlatanes se los abate con un gesto.

Una vez vaciada la sala, camina despacio hacia la puerta, la cierra con llave y se guarda la llave en el bolsillo. Y con ese giro de llave termina, en realidad, la Revolución Francesa.

Un cargo no es nunca sino lo que un hombre hace de él. Cuando Joseph Fouché toma posesión del Ministerio de Policía, recibe con ello una función del todo subalterna, una especie de subprefectura

del Ministerio del Interior. Debe vigilar e informar, acarrear como un peón el material para la política interior y exterior, con el cual luego los señores del Directorio construyen como reyes. Pero apenas lleva Fouché tres meses con el poder en sus manos, cuando sus protectores advierten, asustados, atónitos y ya indefensos, que no solo vigila hacia abajo, sino también hacia arriba, que el ministro de Policía controla a los demás ministros, al Directorio, a los generales, a la política entera. Su red se extiende sobre todos los cargos y competencias, en sus manos desembocan todas las noticias, hace política junto a la política, guerra junto a la guerra, empuja por doquier los límites de sus atribuciones, hasta que finalmente Talleyrand, molesto, tiene que redefinir la posición del ministro de Policía: «El ministro de Policía es un hombre que se ocupa, en primer lugar, de todos los asuntos que le conciernen, y, en segundo lugar, de todos los que no le conciernen».

Magnífica está construida esta máquina complicada, este aparato de control universal de todo un país. Mil noticias desembocan cada día en la casa del Quai Voltaire, pues, al cabo de unos meses, este maestro ha impregnado el país entero de espías, agentes secretos y confidentes. Pero no hay que imaginarse a estos esbirros suyos como los habituales y toscos detectives pequeñoburgueses que espían el chismorreo del día junto a los porteros y en las tabernas, en los burdeles y en las iglesias: los agentes de Fouché llevan también galones de oro y levitas de diplomático y delicados vestidos de encaje, charlan en los salones del Faubourg Saint-Germain y, por otro lado, se cuelan, disfrazados de patriotas, en las sesiones secretas de los jacobinos. En la lista de sus asalariados se encuentran marqueses y duquesas con los nombres más sonoros de Francia; es más, puede vanagloriarse (¡hecho fantástico!) de tener a su servicio a la primera dama del reino, Josefina Bonaparte, la futura emperatriz. En el gabinete de su futuro señor y emperador, el secretario está vendido a él; en Hartwell, en Inglaterra, el cocinero del rey Luis XVIII está sobornado por él. Cada chisme es denunciado, cada carta es abierta. En el ejército, entre los comerciantes, entre los diputados, en la taberna y en la asamblea, el

ministro de Policía escucha, invisible, y todas esas mil noticias confluyen a diario en dirección a su escritorio. Allí se examinan, se criban y se cotejan las denuncias, en parte ciertas e importantes, en parte solo habladurías, hasta que de mil cifras resulta una noticia clara.

Pues la noticia lo es todo; en la guerra como en la paz, en la política como en las finanzas. Ya no es el Terror, sino solo el saber, en 1799, el poder en Francia. El saber sobre cada uno de esos tristes termidorianos, cuánto dinero recibe, por quién se deja sobornar, por cuánto es comprable, para tenerlo a raya y así convertir al superior en súbdito; el saber sobre las conspiraciones, en parte para sofocarlas, en parte para fomentarlas, y así maniobrar siempre hacia el lado conveniente en la política; el saber anticipado de las noticias del teatro de guerra y de las negociaciones de paz, para operar en la bolsa con financieros complacientes y anclarse por fin a una fortuna. Así, esta máquina de noticias produce, en manos de Fouché, dinero sin cesar, y el dinero, a su vez, sirve de aceite que la mantiene rodando sin ruido. De las casas de juego, de los burdeles, de las casas bancarias fluyen a sus manos discretas contribuciones por valor de millones, para convertirse allí en soborno, y el soborno, a su vez, trae información: así no se atasca ni falla nunca esta ingente y refinada maquinaria de la policía, que un solo hombre crea de la nada, en pocos meses, gracias a su descomunal capacidad de trabajo y a su genio psicológico.

Pero lo más genial de esta incomparable maquinaria de Fouché es esto: solo funciona en una mano, y en una sola. En algún lugar tiene un tornillo incorporado: si se lo quita, se detiene de inmediato el vertiginoso engranaje. Fouché se precave, desde el primer instante, para el caso de una caída en desgracia. Sabe que, si lo destituyen, basta un solo gesto para poner fuera de servicio, en el acto, la máquina que él mismo ha construido. Pues este hombre de poder no forja su obra para el Estado, ni para el Directorio, ni para Napoleón, sino únicamente para sí mismo. No es que se le pase por la cabeza transmitir puntualmente a sus superiores el destilado de todas las noticias que obtiene químicamente en su retorta; solo transmite, con

egoísmo sin escrúpulos, lo que a él le conviene transmitir: ¿para qué hacer más listos a los zoquetes del Directorio y dejarles ver sus cartas? Solo deja salir de su laboratorio lo que le resulta útil, lo estrictamente necesario para su propio provecho; todas las demás flechas y venenos los guarda cuidadosamente en su arsenal privado, para la venganza personal y el asesinato político. Fouché sabe siempre más de lo que en el Directorio se sabe que él sabe, y así se vuelve a la vez peligroso e imprescindible para todos. Conoce las negociaciones de Barras con los realistas, las pretensiones al trono de Bonaparte, las intrigas ya de los jacobinos, ya de los reaccionarios, pero jamás revela estos secretos en cuanto los conoce, sino solo en el instante en que la revelación le parece ventajosa. A veces fomenta las conjuras, a veces las frena, a veces las instiga artificialmente, a veces las descubre con gran estrépito (y al mismo tiempo advierte a los implicados que se pongan a salvo a tiempo); siempre juega un doble, un triple, un cuádruple juego, y el engañar y embaucar a todos, en todas las mesas, se convierte poco a poco en su pasión. Cierto es que esto exige un despliegue total de fuerzas y de tiempo: y en eso Fouché, el trabajador de diez horas, no escatima. Antes que dejar a un segundo asomarse a los secretos de la policía, prefiere sentarse de la mañana a la noche en su despacho, revisar personalmente todos los papeles y despachar cada expediente uno por uno. A todo acusado importante lo interroga él solo, a puerta cerrada, en su gabinete, para que sea él, solo él, y ni siquiera sus subalternos, quien conozca los detalles decisivos, y así llega poco a poco a tener en su mano, como confesor no ordenado de todo el país, los secretos de todos los hombres. De nuevo gobierna por el terror, como antaño en Lyon, solo que ya no es la torpe cuchilla que tritura mortalmente, sino el veneno del alma: el miedo, la conciencia de culpa, la sensación de sentirse espiado y saberse descubierto, con lo que a millares les corta el aliento. La máquina de 1792, la guillotina, inventada para sofocar toda resistencia contra el Estado, es un instrumento tosco comparada con la refinada maquinaria policial, combinada con superioridad intelectual, de Joseph Fouché en 1799.

En este instrumento, que él mismo se ha construido a la medida de su mano, toca Fouché como un artista consumado. Conoce el más alto secreto del poder: disfrutarlo en secreto, usarlo con parquedad. Pasaron los tiempos de Lyon, cuando torvas guardias revolucionarias, con la bayoneta calada, cerraban el acceso a la cámara del omnipotente. Ahora se agolpan en su antesala las damas del Faubourg Saint-Germain, y son recibidas de buen grado. Él sabe lo que quieren. Una pide que tachen a un pariente de la lista de emigrados; otra querría procurarle a un primo un buen puesto; una tercera, que se sobresea un proceso enojoso. Con todas se muestra Fouché igual de amable. ¿Para qué hacerse impopular con un partido u otro, con los jacobinos o los realistas, con los moderados o los bonapartistas, mientras no se sepa aún cuáles llegarán mañana al timón? Así, el otrora temido terrorista representa el papel de hombre de conciliación encantadora; en público, en sus discursos y proclamas, truena con fuerza contra realistas y anarquistas, pero en secreto, por debajo de cuerda, los previene o los soborna. Evita los procesos ruidosos, las torvas sentencias de sangre: le basta el gesto de la violencia en lugar de la violencia misma, el poder real y subterráneo en el Estado en lugar de un simulacro vacío, como el que Barras y sus colegas lucen en sus sombreros emplumados.

Y así sucede que, en pocos meses, el coco de todos, Fouché, se ha convertido en el favorito de todos, pues ¿qué ministro y hombre de Estado resulta en todo tiempo y en todo lugar más popular que aquel con quien se puede hablar, que contempla con calma o hasta ayuda a ganar dinero, a conseguir cargos, que hace concesiones a cada cual y baja con gesto amable sus ojos severos, con tal de que uno no meta demasiado la nariz en política ni le estorbe en sus propios planes? ¿No es mejor comprar y halagar las convicciones de la gente que sacar los cañones? ¿No basta con llamar a las cabezas inquietas al gabinete secreto y mostrarles allí, ya redactada en un cajón, su sentencia de muerte, en vez de ejecutarla de verdad? Cierto es que, donde se agita una revuelta de verdad, la vieja mano dura interviene sin piedad. Pero con quien se está quieto y no da coces contra el aguijón, el viejo terrorista despliega una tolerancia

sacerdotal aún más vieja que él. Conoce la debilidad de la humanidad por el dinero, por el lujo, por los pequeños vicios, por los placeres privados: bueno, ¡que los disfruten! ¡Con tal de portarse tranquilos! Los grandes banqueros, hasta entonces acosados por todos los perros bajo la República, pueden ahora especular y ganar en paz; Fouché les pasa noticias y ellos, a cambio, le dan parte de las ganancias. La prensa, que bajo Marat y Desmoulins era un perro rabioso y sanguinario, ¡ay, con qué gusto le mueve ahora la cola!: también ella prefiere el pan de azúcar al látigo. Al cabo de muy poco tiempo, el griterío de los patriotas privilegiados ha cedido el paso a un silencio satisfecho; Fouché ha arrojado a cada uno un hueso o los ha arrinconado a golpes firmes. Y ya saben sus colegas, ya saben todos los partidos, que tener a Fouché por amigo es tan agradable y provechoso como incómodo es hacerle sacar las uñas de sus patas aterciopeladas; así, de pronto, este, el más despreciado de todos, precisamente porque lo sabe todo y obliga a cada cual con su silencio, tiene una infinidad de buenos amigos. La ciudad destrozada a orillas del Ródano aún no se ha reconstruido, y ya están olvidadas las metrallas de Lyon; Fouché ya es popular.

De todo cuanto ocurre en el reino tiene Joseph Fouché las primeras, las mejores noticias: nadie ve con tanta precisión, gracias a una vigilancia de mil cabezas y mil oídos, hasta el último pliegue de los sucesos; nadie conoce mejor la fuerza o la debilidad de los partidos y de los hombres que este observador de nervios fríos y calculador, sentado ante su aparato registrador, que anota las más mínimas oscilaciones de la política. Así, bastan unas pocas semanas, unos pocos meses, para que Joseph Fouché comprenda con claridad: el Directorio está perdido. Los cinco hombres andan enemistados entre sí, uno intriga a espaldas del otro y solo espera el instante de apartarlo de un empujón. Los ejércitos derrotados, las finanzas en desorden, el país inquieto: así no se puede seguir. Fouché olfatea un próximo giro del viento. Sus agentes le informan de que Barras ya negocia en secreto con Luis XVIII para malvender la República a la dinastía borbónica a cambio de una corona ducal. Sus colegas, por su parte, coquetean con el duque de Orleans o

sueñan con restaurar la Convención. Pero todos, todos ellos saben: así no se puede seguir. Pues la nación está sacudida por sublevaciones internas, los asignados se deshacen convertidos en papel sin valor, los soldados empiezan ya a flaquear; si una fuerza nueva no aúna las fuerzas dispersas, la República se derrumba.

Solo un dictador puede ayudar, y todas las miradas se tienden en el vacío para encontrar uno. «Necesitamos una cabeza y un sable», comenta Barras a Fouché, teniéndose él mismo en secreto por la cabeza, y buscando el sable adecuado. Pero Hoche y Joubert, los victoriosos, han muerto a destiempo para su carrera; Bernadotte se conduce todavía de manera demasiado jacobina, y al único de quien todos saben que sería ambas cosas a la vez, el sable y la cabeza, a Bonaparte, el héroe de Arcole y Rívoli, lo han apartado bien lejos por miedo, y ahora maniobra sin propósito en las arenas del desierto egipcio. A él, tan lejano, piensan, no hay que contarlo. De todos los ministros, solo Fouché sabe ya entonces que ese general Bonaparte, a quien los demás aún suponen a la sombra de las pirámides, no está tan lejos y desembarcará pronto en Francia. Lo han mandado lejos, a ese hombre demasiado ambicioso, demasiado popular, demasiado dado a mandar, a unos miles de leguas de París; puede incluso que respirasen aliviados en secreto cuando Nelson destruyó la flota en Abukir, pues ¿qué les importa a los intrigantes y a los políticos unos cuantos miles de muertos, con tal de que un competidor quede eliminado? Ahora duermen tranquilos; lo saben clavado al ejército y se guardan muy bien de hacerlo volver. Ni por un instante se atreven a sospechar que pudiera tener la osadía de transferir por su cuenta el mando a otro general y venir a sobresaltarlos en sus poltronas: cuentan con todas las posibilidades, menos con Bonaparte.

Pero Fouché sabe más, y además por la mejor fuente. Pues quien le revela todo, le trae cada carta, cada disposición, este mejor, más informado y más fiel de sus espías pagados no es otro que… la propia esposa de Bonaparte, Josefina Beauharnais. Corromper a esta ligera criolla no suponía en sí gran hazaña, pues, derrochadora consumada, anda siempre en apuros de dinero, y aunque Napoleón

le asigna con largueza cientos de miles de las arcas del Estado, se le escurren como gotas a una mujer que se compra trescientos sombreros y setecientos vestidos al año, que no sabe ahorrar ni con el dinero, ni con su cuerpo, ni con su buena reputación, y que además, por el momento, no las tiene todas consigo. Dios mío, mientras el pequeño general de sangre ardiente está en campaña —él que a toda costa había querido llevarla consigo al aburrido país de los mamelucos—, ella se ha acostado con un tal Charles, agraciado y simpático, y quizá con algún otro más, probablemente incluso de nuevo con su antiguo amante, Barras. Esto se lo han tomado a mal los necios hermanos intrigantes, Joseph y Lucien, que se lo han contado, todavía caliente, a su esposo, fogoso y celoso como un turco. Así que ella necesita a alguien que la ayude y que vigile de cerca a los espías de los cuñados, que controle toda la correspondencia. Por eso, y además a cambio de unos cuantos rollos de ducados —él mismo dice sin rodeos en sus memorias: mil luises de oro—, la futura emperatriz le entrega a Fouché todos los secretos, y sobre todo el más importante y peligroso de todos: el inminente regreso de Bonaparte.

A Fouché le basta con estar informado. Por supuesto, al ciudadano ministro de Policía ni se le pasa por la cabeza informar a sus superiores. De momento, no hace más que estrechar su amistad con la esposa del pretendiente, aprovecha en silencio las noticias y aguarda, siempre bien preparado, la decisión que, ahora lo sabe, no tardará en llegar.

El 11 de octubre de 1799 el Directorio manda llamar apresuradamente a Fouché. El telégrafo óptico transmite una noticia increíble: Bonaparte ha vuelto de Egipto y ha desembarcado en Fréjus, por su propia iniciativa, sin haber sido llamado de regreso. ¿Qué hacer ahora? ¿Detener de inmediato al general que, sin orden alguna, como un desertor, abandonó su ejército, o recibirlo cortésmente? Fouché, que se muestra más sorprendido de lo que en realidad están los demás, aconseja condescendencia. ¡Esperar! ¡Esperar! Pues todavía no se ha decidido a estar a favor o en contra de Bonaparte; quiere primero dejar que los acontecimientos se

desarrollen con calma. Pero mientras las cinco cabezas descabezadas del Directorio discuten aún afanosamente si se debe indultar o detener a Bonaparte pese a su deserción, la voz del pueblo hace tiempo que ha hablado. Aviñón, Lyon, París lo reciben como a un triunfador; todas las ciudades se iluminan a su paso; desde los escenarios de los teatros se anuncia la noticia a un público jubiloso: no vuelve un subordinado, sino un señor, una gran potencia. Apenas está en su vivienda de París, en la Rue Chantereine (que pronto se llamará, en su honor, Rue Victoire), se agolpan junto a él todos sus amigos, y también aquellos que consideran conveniente pasar cuanto antes por tales. Generales, diputados, ministros, hasta el propio Talleyrand, rinden al hombre del sable su obediente reverencia, y así, no pasa mucho tiempo antes de que también el ministro de Policía se ponga en movimiento en persona. Va en coche a la Rue Chantereine y se hace anunciar ante Bonaparte. Pero a este le parece que ese señor Fouché es una visita bastante indiferente e insignificante. Así que lo deja esperando en la antesala una hora larga y cumplida, como a un molesto suplicante. Fouché, ese nombre no le dice gran cosa: no lo conoce personalmente; quizá solo recuerda que un hombre de ese nombre desempeñó un papel bastante triste en los años del Terror en Lyon; quizá también se haya cruzado con un pequeño confidente de policía, andrajoso y venido a menos, en la antesala de su amigo Barras. En cualquier caso: ningún hombre de peso, algún pequeño chalán que ahora se ha agenciado un pequeño ministerio. A uno así se lo deja hacer antesala. Y en efecto, Joseph Fouché espera pacientemente una hora cumplida en la antesala del general, y quizá habría permanecido allí sentado, en el sillón que compasivamente le acercó un criado, una segunda y una tercera hora más, si por casualidad Réal, uno de los coconspiradores de Bonaparte para el futuro golpe de Estado, no hubiera advertido en tan lastimosa situación al todopoderoso a cuya audiencia acude todo París. Espantado por aquel infortunado desliz, irrumpe en la habitación donde está el general y le explica, alterado, el enorme error que supone hacer esperar de forma tan ofensiva justamente a ese hombre, capaz de hacer saltar toda la trama por los aires, como una

bomba, con solo apretar la mano. Y Bonaparte sale al instante, ruega a Fouché muy cortés e insistentemente que pase, se disculpa y conversa con él durante dos horas, sin testigos.

Por primera vez se enfrentan cara a cara: cuidadosamente se examina y se mide el uno al otro, para ver si le sirve a sus fines personales. Y las superioridades siempre se reconocen al vuelo. Fouché reconoce al instante, en la dinámica insólita de este hombre de poder, el genio invencible del mando; Bonaparte, a su vez, reconoce al instante, con su mirada de rapaz que ataca certera, en Fouché al colaborador útil, aplicable a todo, capaz de comprenderlo todo rápidamente y de llevarlo a la práctica con energía. Nadie le expuso entonces —cuenta en Santa Elena— la situación entera de Francia y del Directorio de forma tan concisa y clara como Fouché en esta primera conversación de dos horas. Y el que Fouché, entre cuyas virtudes no suele brillar la franqueza, le diga al momento la verdad al pretendiente al trono, demuestra que también él estaba decidido a ponerse a su disposición. Ya en la primera hora quedan repartidos los papeles, el señor y el criado, el forjador del mundo y el político del momento: ahora puede comenzar su juego conjunto.

Fouché se confía a Bonaparte con una disposición inusual ya en el primer encuentro. Pero aun así: no se pone por entero en sus manos. No toma parte pública en la conjura que ha de derrocar al Directorio y convertir a Bonaparte en dueño único del poder: para eso es demasiado prudente. Para eso se atiene con demasiado rigor, con demasiada fidelidad, a su máxima vital: no decidirse nunca de forma definitiva mientras la victoria no esté decidida. Solo ocurre algo curioso —en las semanas siguientes le sobreviene al ministro de Policía de Francia, por lo demás tan fino de oído, tan perspicaz, una dolencia embarazosa: se vuelve, en efecto, súbitamente ciego y sordo—. No oye nada de todos los rumores que en la ciudad susurran sobre un golpe de Estado inminente, no ve nada de las cartas que se le deslizan en las manos. Todas sus informaciones, por lo demás intachablemente fiables, parecen fallarle de manera mágica, y mientras dos de los cinco miembros del Directorio están ya en el complot y el tercero medio ganado, el ministro de Policía no

sospecha lo más mínimo de una conjura militar existente —o mejor dicho, finge no sospechar nada—. Sus informes diarios al Directorio no contienen una sola línea sobre el general Bonaparte y la camarilla que ya hace sonar impaciente el sable; pero, claro está, tampoco por el otro lado, frente a Bonaparte, suelta de su mano una sola línea, una sola palabra escrita. Solo con su silencio traiciona al Directorio, solo con su silencio se compromete con Bonaparte, y espera, espera, espera. En esos instantes de tensión, dos minutos antes de la decisión, su naturaleza anfibia se siente más a gusto que nunca. Ser temido por dos partidos, ser cortejado por dos partidos, y sentir al mismo tiempo temblar en su propia mano la lengüeta de la balanza, esto será siempre, para este apasionado intrigante, el placer de todos los placeres. ¡El más maravilloso de todos los juegos, incomparable en tensión con el del tapete verde o con el de Eros, estos segundos en que el gran juego del mundo hace rodar las decisiones! Saber, en esos minutos, que se pueden acelerar los acontecimientos o frenarlos, y sin embargo, precisamente por ese saber, dominarse y, por mucho que le ardan las manos por intervenir, no hacer nada, nada más que mirar con la curiosidad hormigueante, gozosa, de un psicólogo francamente vicioso: solo este placer enciende a este espíritu frío, solo él exalta esta sangre turbia, delgada, casi acuosa. Solo esta clase de goce, psicológicamente perverso, intelectualmente lascivo, puede embriagar al hombre sobrio y sin nervios que es Joseph Fouché. Y en esos segundos, de tirantez extrema, previos al disparo decisivo, siempre anima su gravedad, por lo demás huraña, una suerte de alegría cruel y cínica. Pues el placer intelectual, ¿de qué otro modo puede desahogarse sino en la alegría, en una jovialidad buena o feroz? Y así bromea Fouché justo cuando otros corren el mayor peligro; bromea como el juez de instrucción de «Raskólnikov», del modo más ingenioso y verdaderamente diabólico, justo cuando ya recorre la espalda del culpable el escalofrío. Precisamente en esos instantes le gusta mistificar, y así organiza también esta vez, justo en el momento más peligroso, una graciosa comedia, cuyas tablas están, por así decirlo, colocadas sobre el barril de pólvora. Pocos días antes de dar el golpe de Estado (naturalmente conoce ya la

fecha), ofrece una pequeña reunión. Bonaparte, Réal y los demás conjurados son invitados a esta íntima velada, y de pronto, mientras están sentados a la mesa, advierten que la lista está completa: que el ministro de Policía del Directorio ha invitado a su casa, cuidadosamente contada, a toda la camarilla que conspira contra el Directorio. ¿Qué significa esto? Inquietos, Bonaparte y los suyos se miran unos a otros. ¿Habrá ya gendarmes ante la puerta, dispuestos a desbaratar de una sola vez todo el nido del golpe de Estado? Puede que a alguno le venga a la memoria, de la historia universal, aquel fatídico banquete que Pedro el Grande ofreció a los estreltsi, y en el que el verdugo sirvió sus cabezas de postre. Pero nada de tales crueldades ocurre en casa de un Fouché; al contrario: cuando, para sorpresa general de los conjurados, entra finalmente un invitado más —y (¡la broma está verdaderamente concebida con diabólico ingenio!) resulta ser precisamente ese presidente Gohier, contra quien se dirige su conjura—, son entonces testigos de un diálogo asombroso. El presidente pregunta al ministro de Policía por los últimos acontecimientos: «Ah, siempre lo mismo», responde Fouché, alzando los párpados con indolencia, sin mirar a nadie en particular. «Otra vez el runrún de las conjuras. Pero ya sé lo que debo pensar de eso. Si de verdad hubiera alguna, pronto tendríamos la prueba en la plaza de la Revolución.»

Esta sutil alusión a la guillotina recorre como un cuchillo frío la espalda de los conjurados aterrados. No saben si bromea con ellos o con aquel; si se burla de ellos o del presidente del Directorio. No lo saben, y probablemente ni el propio Fouché lo sabe, pues en la tierra él solo goza siempre de una cosa: el placer de la duplicidad, el ardiente atractivo y el hormigueante peligro del doble juego.

Tras esta jovial broma, el ministro de Policía recae en su extraña letargia hasta la hora de dar el golpe, y permanece ciego y sordo mientras ya se ha sobornado a la mitad del Senado y se ha ganado al ejército. Y, cosa singular, quien por lo demás tiene fama de madrugador, de ser el primero en su despacho, tiene precisamente el 18 de Brumario, justo el día del golpe de Estado napoleónico, un sueño matutino admirablemente bueno, profundo como un pozo. Lo

que más le gustaría es dormir todo el día, pero dos mensajeros del Directorio lo sacuden fuera de la cama y ponen al asombrosamente asombrado al corriente de los extraños sucesos en el Senado, de la concentración de tropas y del golpe de Estado ya manifiesto. Joseph Fouché se restriega los ojos y se muestra debidamente sorprendido (aunque la noche anterior aún había conferenciado largamente con Bonaparte). Pero ahora, por desgracia, ya no se puede seguir durmiendo, ni fingir que se duerme. El ministro de Policía debe vestirse y presentarse ante el Directorio, donde el presidente Gohier lo recibe con brusquedad, sin dejarse representar por más tiempo la comedia de la sorpresa. «Tenía usted el deber», lo increpa, «de denunciarnos semejante conjura, y sin duda su policía podría haberse enterado de ella.» Fouché se guarda tranquilamente la grosería y pregunta por sus órdenes, como si fuera el más fiel de los servidores. Pero Gohier se niega en redondo: si el Directorio tiene órdenes que dar, las transmitirá a quienes sean dignos de su confianza. Fouché sonríe para sus adentros: ¡este necio, que todavía no sabe que su Directorio hace tiempo que no tiene nada que ordenar, que dos de los cinco ya han desertado y el tercero está comprado! Pero ¿para qué instruir a los necios? Se inclina con frialdad y se dirige a su puesto.

Dónde está exactamente ese puesto, la verdad es que Fouché todavía no lo sabe con precisión: ministro de Policía del antiguo gobierno o del nuevo, según venza uno u otro. Solo las próximas veinticuatro horas decidirán entre el Directorio y Bonaparte. El primer día, es cierto, se ha presentado bien para Bonaparte: el Senado, azuzado sin miramientos con promesas y, mejor aún, engrasado con dinero, satisface todos los deseos de Bonaparte, lo nombra comandante de las tropas y traslada la sesión de la cámara baja, el Consejo de los Quinientos, a Saint-Cloud, donde no hay batallones de obreros, ni opinión pública, ni «pueblo», sino solo un hermoso parque que puede acordonarse herméticamente con dos compañías de granaderos. Pero con eso la partida aún no está ganada, pues entre esos quinientos hay todavía un par de docenas de tipos molestos que no se dejan sobornar ni intimidar, quizá

incluso alguno, quién sabe, dispuesto a defender la República con puñal o pistola contra el pretendiente al trono. Ahí es donde hay que conservar los nervios, no dejarse arrastrar ni por las simpatías, por un lado, ni por una pequeñez como un juramento de fidelidad, por otro, sino mantenerse quieto, esperar, estar alerta hasta que caigan las decisiones.

Y Fouché conserva sus nervios. Apenas ha salido Bonaparte hacia Saint-Cloud al frente de su caballería, apenas lo han seguido en carrozas los grandes coconspiradores Talleyrand, Sieyès y un par de docenas de otros, cuando de pronto, por orden del ministro de Policía, caen las barreras en los límites de París. Nadie puede salir de la ciudad, nadie puede entrar en ella, salvo los mensajeros del ministro de Policía. De los ochocientos mil habitantes, nadie puede saber, pues, si el golpe triunfa o fracasa, salvo este único hombre resuelto. Cada media hora un mensajero le informa de lo que ocurre durante el golpe de Estado, y él sigue sin tomar ninguna decisión. Si Bonaparte se impone, por supuesto que esta misma tarde Fouché será su ministro y fiel servidor; si fracasa, seguirá siendo el fiel servidor del Directorio, dispuesto, gustoso y con toda frialdad, a detener al «rebelde». Las noticias que recibe resultan bastante contradictorias, pues mientras Fouché conserva magníficamente sus nervios, el más grande Bonaparte pierde por completo los suyos: este 18 de Brumario, que regala a Bonaparte el poder absoluto sobre Europa, sigue siendo, irónicamente, tal vez el día más débil en la vida personal de este gran hombre. Resuelto frente a los cañones, Bonaparte siempre se turba cuando debe ganarse a los hombres con palabras: acostumbrado desde hace años a mandar, ha olvidado cómo cortejar. Es capaz de empuñar una bandera y cabalgar delante de sus granaderos, es capaz de destrozar ejércitos. Pero intimidar desde una tribuna a un puñado de abogados republicanos, eso no lo consigue este soldado de acero. A menudo se ha descrito la escena en que el invencible caudillo, puesto nervioso por los gritos atronadores de los diputados, balbucea frases simples y huecas, como «El dios de las batallas está conmigo…», y se enreda tan lastimosamente que sus amigos tienen que sacarlo de la tribuna a

toda prisa. Solo las bayonetas de sus soldados salvan al héroe de Arcole y Rívoli de una derrota vergonzosa a manos de unos cuantos abogados alborotadores. Solo cuando vuelve a montar a caballo, señor y dictador, y ordena a sus soldados desalojar la sala por la fuerza, vuelve a fluir de la empuñadura del sable la fuerza hacia su ánimo trastornado.

A las siete de la tarde todo está decidido: Bonaparte, cónsul y dueño absoluto de Francia. De haber sido vencido o derrotado en la votación, Fouché habría hecho pegar de inmediato en todos los muros de París una proclama grandilocuente: «Se ha desenmascarado una infame conjura», etcétera. Pero, así, como Bonaparte venció, se apresura a apropiarse de la victoria. Y no por boca de Bonaparte, sino por la del señor ministro de Policía Fouché, se entera París al día siguiente del verdadero fin de la República, del comienzo de la dictadura napoleónica. «El ministro de la Policía comunica a sus conciudadanos», reza este relato mendaz, «que el Consejo, reunido en Saint-Cloud para deliberar sobre los intereses de la República, ha estado a punto de ver al general Bonaparte, que había comparecido ante el Consejo de los Quinientos para desenmascarar las maquinaciones revolucionarias, convertido en víctima de un asesino. Pero el genio de la República ha salvado al general. Que todos los republicanos se tranquilicen…, pues sus deseos van ahora a cumplirse… que los débiles se tranquilicen, están con los fuertes…, y solo tienen que temer aquellos que siembran la inquietud, confunden a la opinión pública y preparan el desorden. Se han tomado todas las medidas para reprimirlos.»

Una vez más, Fouché ha sabido, con toda felicidad, orientar la capa según sopla el viento. Y su viraje hacia el vencedor se produce de un modo tan descarado, tan a plena luz del día, que poco a poco hasta en los círculos más amplios empieza a conocerse a Fouché. Pocas semanas después aparece en un teatro de barrio de París una alegre comedia, «La veleta de Saint-Cloud», comprendida por todos, aclamada por todos, en la que, con los nombres apenas cambiados, se parodia de la manera más divertida su comportamiento veleidoso y, a la vez, prudente. Como censor, Fouché habría tenido,

naturalmente, la posibilidad de prohibir semejante sátira de su persona, pero afortunadamente tuvo también el suficiente ingenio para no hacer nada parecido. No oculta en absoluto su carácter, o más bien el que no lo tenga; al contrario, exhibe incluso su inconstancia e imprevisibilidad, porque le confieren una aureola particular. Que se rían de él cuanto quieran, con tal de que le obedezcan, con tal de que le teman.

Bonaparte es el vencedor del día, Fouché el ayudante secreto y el tránsfuga —la verdadera víctima, Barras, el amo del Directorio. Este día le da una lección de ingratitud verdaderamente universal. Pues estos dos hombres, que lo derriban juntos y lo despiden con una propina millonaria como a un mendigo molesto, eran, apenas dos años antes, criaturas suyas, seres obligados a la gratitud, a quienes él había sacado de la nada. Bonachón, ligero, un bon homme dado al goce, que gustoso deja a cada cual su parte, había sacado literalmente de la calle a aquel pequeño oficial de artillería, cetrino, expulsado y casi desterrado, Napoleón Bonaparte, y le había prendido charreteras de general sobre el capote militar remendado y todavía sin pagar; lo había convertido, por encima de todos los demás, de la noche a la mañana, en comandante de París, le había cedido a su propia amante, le había llenado los bolsillos de dinero, le había forzado el mando supremo del ejército de Italia, es decir, le había tendido el puente hacia la inmortalidad. Y del mismo modo había sacado a Fouché de su sórdida buhardilla del quinto piso, le había salvado la cabeza de la guillotina, lo había ayudado, único entre todos, en la época en que todos le daban la espalda, a no morir de hambre, y por fin lo había puesto igualmente en la silla y le había cargado todos los bolsillos de oro. Y estos dos, que le debían la vida, se alían dos años más tarde y lo arrojan al mismo fango del que él los había sacado: en verdad, la historia universal, que no es en absoluto un código moral, apenas conoce un ejemplo más crudo de ingratitud consumada que el comportamiento de Napoleón y de Fouché con Barras el 18 de Brumario.

Pero la ingratitud de Napoleón hacia su protector tiene al menos la justificación del genio. Su grandeza le confiere un derecho particular,

pues el camino del genio, que apunta a las estrellas, puede, si es necesario, pasar por encima de los hombres, puede servirse abusivamente de las pequeñas figuras efímeras para satisfacer el sentido más profundo, el mandato invisible de la historia. La ingratitud de Fouché, en cambio, no es más que esa otra, mucho más frecuente, del amoralista absoluto que, con toda ingenuidad, solo siente a sí mismo y su propio provecho. Fouché sabe, cuando quiere, olvidar todos sus pasados de un modo asombroso e inquietantemente rápido, y de esta maestría particular dará su carrera posterior pruebas cada vez más pasmosas. Catorce días después envía él mismo a Barras, al hombre que lo preservó de la guillotina seca y lo salvó del exilio, la orden formal de partir al exilio, y le hace confiscar todos sus papeles: es probable que entre ellos estuvieran sus propias cartas de mendicidad y sus informes de confidente.

Barras, mortalmente ofendido, aprieta los dientes; todavía hoy se les oye rechinar en sus memorias cuando menciona los nombres de Bonaparte y de Fouché. Y solo una cosa lo consuela: que Bonaparte tome a Fouché a su servicio. Presiente proféticamente que el uno lo vengará del otro. No serán amigos por mucho tiempo.

Al principio, ciertamente, en los primeros meses de su colaboración, el ciudadano ministro de Policía se pone al servicio del ciudadano cónsul con la más completa entrega. Pues «ciudadano» es como se sigue escribiendo entonces en los documentos oficiales; a la ambición de Bonaparte le basta todavía con ser el primer ciudadano de una república. Puesto ante una tarea enorme, que superaría las fuerzas de cualquier otro, despliega en esos años toda la plenitud y la versatilidad de su genio juvenil; nunca aparece la figura de Bonaparte más grandiosa, más creadora y más humana que en aquella época de reordenación. Convertir la revolución en un ordenamiento jurídico, conservar sus logros y a la vez atemperar sus excesos, poner fin a la guerra mediante la victoria y dar después a esa victoria su verdadero sentido mediante una paz enérgica y honrada: esa es la idea sublime a la que se entrega el nuevo héroe, a la vez con la clarividencia de un espíritu penetrante y la tenaz y

laboriosa energía de un apasionado trabajador de diez horas. No son aquellos años que la leyenda celebra siempre, ella que solo toma como hazañas las cargas de caballería y como logros los países conquistados; no son, pues, Austerlitz, ni Eylau, ni Valladolid los que constituyen los trabajos hercúleos de Napoleón Bonaparte, sino los años en que la Francia desgarrada por los partidos y arruinada vuelve a formarse como un Estado vigoroso, en que los asignados sin valor ceden el paso a una moneda real, y en que el recién creado Código Napoleónico vierte el derecho y las costumbres en formas férreas y a la vez humanas, mientras este alto genio de estadista, con igual perfección, sanea el Estado en todos los ámbitos de la administración y pacifica Europa. Estos años, no los militares, son los verdaderamente creadores, y nunca han trabajado sus ministros a su lado con más honradez, más energía y más lealtad que en esta época. También en Fouché encuentra un servidor perfecto, plenamente de acuerdo con él en la convicción de que es mejor poner fin a la guerra civil mediante negociaciones y concesiones que mediante ejecuciones violentas. En pocos meses, Fouché restablece la plena tranquilidad en el país; despeja los últimos nidos tanto de los terroristas como de los realistas, limpia las calles de asaltos, y su energía burocrática, precisa hasta en los detalles más pequeños, se subordina de buen grado a los grandes planes de estadista de Bonaparte. Siempre unen a los hombres las grandes obras saludables; el servidor ha encontrado a su señor, y el señor a su verdadero servidor.

Cuándo surge la primera desconfianza de Bonaparte hacia Fouché puede determinarse, curiosamente, con exactitud, hasta el día, hasta la hora, aunque aquel episodio permaneciera casi siempre oculto en medio de la abundancia de sucesos de aquellos años atropellados; solo la mirada de halcón psicológica de Balzac, ejercitada en reconocer en lo insignificante lo esencial, en el «petit detail» el impulso que sigue actuando, la ha sacado a la luz (aunque enseguida algo embellecida poéticamente). La pequeña escena transcurre durante la campaña de Italia, que ha de decidir la contienda entre Austria y Francia. El 20 de enero de 1800 se reúnen

en París los ministros y los consejeros decisivos, presa de un ánimo extraño. Ha llegado un mensajero del campo de batalla de Marengo con malas noticias: informa de que Bonaparte ha sido derrotado por completo y de que el ejército francés se halla en plena retirada. Cada uno de los reunidos piensa de inmediato, en secreto, lo mismo: es imposible mantener como primer cónsul a un general derrotado; todos piensan enseguida en un sucesor. Nunca se ha sabido con qué claridad expresaron algunos esta necesidad, pero sin duda se habló en voz baja de los preparativos de un golpe, y los hermanos de Napoleón lo advirtieron. Quien más se aventura es sin duda Carnot, que quiere restablecer cuanto antes el antiguo Comité de Seguridad General; y de Fouché es al menos verosímil, dado su carácter, que, en vez de sostener con lealtad al cónsul supuestamente vencido, haya guardado un silencio prudente para poder entenderse, llegado el caso, con el antiguo amo, o, si procedía, con el nuevo. Pero al día siguiente llega ya un segundo correo; anuncia justo lo contrario, la brillante victoria de Marengo: en el último instante, el general Desaix ha acudido en ayuda de Bonaparte con la genialidad de su intuición militar y ha convertido la derrota en un triunfo. Cien veces más fuerte de lo que había partido, ahora del todo seguro de su poder, Bonaparte, el primer cónsul, regresa en los días siguientes. Sin duda se entera enseguida de que todos sus ministros y hombres de confianza lo habían dado por perdido al primer rumor de derrota, y la primera víctima que lo paga es Carnot, que se había aventurado demasiado: pierde el ministerio. Los demás, también Fouché, conservan sus puestos: al hombre demasiado prudente no se le puede probar deslealtad, pero tampoco lealtad. No se ha comprometido, pero tampoco se ha acreditado; así pues, ha vuelto a demostrar ser quien siempre fue: fiable en la fortuna, infiel en la desgracia. Bonaparte no lo destituye, no lo reprende, no lo castiga. Pero desde ese día ya no confía en él. Este pequeño episodio, casi enteramente eclipsado en la historia contemporánea, produce también otros efectos psicológicos. Porque recuerda con suma claridad que un gobierno fundado únicamente en el sable y en la victoria cae siempre con la primera derrota, y que todo gobernante a quien falta la legitimidad natural de la sangre y de los antepasados

debe crearse, sin falta y a tiempo, una nueva. El propio Bonaparte, consciente de su fuerza, henchido de ese optimismo inquebrantable que anima siempre a las naturalezas geniales en su ascenso, puede sentirse inclinado a olvidar un aviso tan discreto; pero sus hermanos no. Porque —esto lo pasan por alto con demasiada frecuencia todos los relatos— Napoleón no ha llegado solo a Francia, sino rodeado de un clan familiar hambriento y ávido de poder. Al principio, a la madre y a los cuatro hermanos sin colocación aún les habría bastado con que su adelantado, su Napolione, se casara con la hija rica de un fabricante para proporcionar unos cuantos vestidos a las hermanas. Pero ahora que ha llegado tan inesperadamente alto, tan cerca del poder, todos se aferran a él con avidez para que arrastre consigo a toda la familia hacia arriba; también ellos quieren ascender a la gloria, quieren convertir toda Francia, y más tarde el mundo entero, en un fideicomiso familiar de los Bonaparte; y su pillaje sucio, insaciable, que ningún destello de genio disculpa, presiona con fuerza al hermano para que tome medidas y transforme su poder —dependiente del favor popular— en un poder independiente y perdurable, en una monarquía hereditaria. Exigen que funde para todos ellos un señorío, que se haga rey o emperador; quieren que se divorcie de Josefina para casarse con una princesa de Baden —¡todavía nadie se atreve a pensar en la hermana del zar o en una hija de los Habsburgo!—. Y con sus intrigas constantes lo alejan cada vez más de sus antiguos compañeros, de sus antiguas ideas, de la República hacia la reacción, de la libertad hacia el despotismo.

Frente a este clan que no cesa de intrigar, insaciable y antipático, se alza sola y bastante indefensa Josefina, la esposa del cónsul. Ella sabe que cada paso hacia lo alto, hacia el poder absoluto, aleja a Bonaparte de ella, porque no puede darle al rey o al emperador lo que la idea dinástica exige como primera y única prestación: el heredero del trono y, con él, la permanencia del poder. Solo unos pocos de los consejeros de Bonaparte están de su lado (pues ella no tiene dinero que repartir, sino que siempre está endeudada), y el más fiel por entonces es Fouché. Hace tiempo que observa con desconfianza cómo, al hilo de sus éxitos inauditos, también la

ambición de Bonaparte crece hasta lo inaudito, y con qué tesón tacha a cualquier republicano recto y de convicción de anarquista y terrorista, y quiere verlo perseguido. Ve con su mirada aguda y desconfiada que, por usar la expresión de Victor Hugo, «Déjà Napoléon perçait sous Bonaparte», que tras el general asoma peligrosamente el emperador, bajo el ciudadano el dominador cesáreo. Él mismo, sin embargo, encadenado a la República para bien o para mal por su voto contra el rey, tiene todo el interés en la subsistencia de la República y de una forma de Estado republicana. Por eso teme todo lo monárquico, por eso lucha, en secreto y abiertamente, al lado de Josefina. El clan no se lo perdona. Y con odio corso espían cada uno de sus pasos, para arrojar a la cuneta, en cuanto tropiece, a ese hombre incómodo que les estorba los negocios.

Esperan mucho tiempo, y con impaciencia. De pronto se presenta la ocasión de ponerle la zancadilla a Fouché. El 24 de diciembre de 1800, Bonaparte se dirige a la ópera para asistir al estreno parisino de *La Creación*, de Haydn, cuando en la estrecha Rue Nicaise, justo detrás de su carruaje, estalla con tal violencia un géiser de metralla, pólvora y balas menudas que la explosión lanza escombros por encima de casas enteras: un atentado, la infame máquina infernal. Solo la velocidad vertiginosa de su cochero, supuestamente ebrio, ha salvado al primer cónsul, pero cuarenta personas yacen en la calleja, sangrando, con el cuerpo destrozado, y el carruaje se encabrita como un animal herido, lanzado hacia arriba por la onda expansiva. Pálido, con el rostro de mármol, Bonaparte sigue hasta la ópera para mostrar su sangre fría al público entusiasmado. Con un semblante impasible y rígido escucha las delicadas melodías del viejo Haydn, mientras Josefina, a su lado, sacudida por un ataque de nervios, no puede ocultar las lágrimas, y agradece con ecuanimidad forzada las estruendosas aclamaciones. Pero cuán fingida escena de candilejas fue en realidad esta sangre fría, no tardan en experimentarlo sus ministros y consejeros de Estado en las Tullerías, cuando regresa de la ópera. Su cólera se descarga sobre todo contra Fouché; como un poseso se abalanza sobre el hombre pálido e inmóvil: él, como

ministro de Policía, debería haber dado hace tiempo con la pista de semejante complot, pero protege con criminal indulgencia a sus amigos, a sus antiguos cómplices, los jacobinos. Tranquilo, Fouché expresa su opinión contraria: hasta el momento no está en absoluto probado que este atentado provenga de los jacobinos, y él, personalmente, está convencido de que aquí desempeñan el papel principal conspiradores realistas y el dinero inglés. Pero esta calma en la contradicción exaspera aún más al primer cónsul: «Son los jacobinos, los terroristas, esos bribones en perpetua sedición, en bloque cerrado contra todos los gobiernos. Son los mismos malvados que, para asesinarme, no tuvieron reparo en degollar a miles de víctimas. Pero quiero hacer con ellos una justicia que ha de ser visible a lo lejos.» Fouché se atreve todavía, por segunda vez, a expresar sus dudas. Entonces el corso, de sangre ardiente, se lanza casi físicamente contra el ministro, de modo que Josefina tiene que intervenir y sujetar del brazo, para calmarlo, a su esposo. Pero Bonaparte se suelta y, en un torrente de palabras, echa en cara a Fouché todos los asesinatos y crímenes de los jacobinos, las jornadas de diciembre en París, las bodas republicanas de Nantes, la matanza de los prisioneros en Versalles —clara alusión al *Mitrailleur de Lyon*, para que se acuerde bien también de su propio pasado—. Pero cuanto más grita Bonaparte, con tanta más tenacidad calla Fouché. Ni un músculo se mueve en su máscara de bronce, mientras las acusaciones caen como granizo, mientras los hermanos de Napoleón y los cortesanos guiñan los ojos con miradas burlonas al ministro de Policía, que por fin se ha dejado ver flaco. Frío como una piedra rechaza todas las sospechas, frío como una piedra abandona las Tullerías.

Su caída parece inevitable, pues Napoleón se cierra a cualquier intercesión de Josefina en favor de Fouché. «¿Acaso no fue él mismo uno de sus jefes? ¿Acaso no sé yo lo que hizo en Lyon y en el Loira? Solo Lyon y el Loira me explican el comportamiento de Fouché», grita, exasperado. Ya empiezan las conjeturas sobre el nombre del nuevo ministro de Policía, ya empiezan los cortesanos a darle la

espalda al caído en desgracia, ya parece (como tantas veces) que Joseph Fouché está definitivamente acabado.

En los días siguientes la situación no mejora. Bonaparte no se deja apartar de su opinión de que los jacobinos han urdido este atentado, y exige medidas, castigos severos. Y cuando Fouché insinúa, ante él y ante los demás, que sigue otras pistas, se le trata con burla y desprecio. Todos los necios ríen y se mofan del ingenuo ministro de Policía, que no quiere descubrir un caso tan evidente; todos sus enemigos triunfan, porque se aferra con tanta tozudez a su error. Fouché no responde a nadie. No discute, calla. Calla durante estos catorce días, calla y obedece sin oponerse, incluso cuando se le ordena elaborar una lista de ciento treinta radicales y antiguos jacobinos destinados a la deportación a la Guayana, es decir, a la «guillotina seca». Sin pestañear, redacta el decreto que lleva a proceso a los últimos «montagnards», los últimos de la «Montaña», a los discípulos de su amigo Babeuf, a Topino y Arena, los dos que no cometieron otro delito que el de decir en público que Napoleón había robado unos cuantos millones en Italia y quería comprarse con ellos el poder absoluto. En contra de su convicción, ve cómo unos son deportados y otros ejecutados; calla como un sacerdote que, ligado por el secreto de confesión, asiste con labios sellados a la condena de un inocente. Porque hace ya tiempo que Fouché está sobre la pista, y mientras los demás se burlan de él, mientras el propio Bonaparte le reprocha a diario, con ironía, su necia tozudez, en su gabinete inaccesible se van reuniendo las pruebas definitivas y concluyentes de que el atentado fue en realidad preparado por los chuanes, por el partido realista. Y mientras en el Consejo de Estado y en las antesalas de las Tullerías hace gala de una indiferencia fría y desdeñosa ante todos los ataques, trabaja febrilmente, en su cámara secreta, con sus mejores agentes. Se ofrece dinero a manos llenas como recompensa, se ponen en pie todos los espías y soplones de Francia, se recurre a toda la ciudad como testigo. Ya está identificada la yegua, despedazada en cien pedazos, que tiraba de la máquina infernal, y localizado su antiguo dueño; ya están descritos con exactitud los hombres que la compraron; ya, gracias a aquella

magistral «biographie chouannique» (aquel diccionario de todos los emigrados y realistas, de todos los «chouans», ideado por Fouché), están establecidos los nombres de los autores del atentado —y Fouché sigue callando—. Sigue dejándose escarnecer heroicamente, y sus enemigos triunfan. Cada vez más deprisa se tejen los últimos hilos hasta formar una red irrompible; solo unos días más, y la araña venenosa quedará atrapada en ella. ¡Solo unos días más! Porque Fouché, irritado en su ambición, humillado en su orgullo, no quiere una victoria pequeña ni mediana sobre Bonaparte y sobre todos los que le reprochan su ignorancia; también él quiere su Marengo, un triunfo total y aplastante.

Y de pronto, catorce días después, asesta el golpe. El complot queda al descubierto por completo, todas las huellas quedan abiertamente esclarecidas. Tal como Fouché había predicho, el más temido de todos los chuanes, Cadoudal, había sido el cabecilla, y realistas jurados, comprados con oro inglés, habían sido sus esbirros. Como un trueno cae esta noticia sobre sus enemigos. Pues ven: en vano e injustamente se ha condenado a ciento treinta personas, demasiado pronto, con demasiado descaro se ha escarnecido a este hombre impenetrable; más fuerte, más respetado, más temido que nunca se yergue ante la opinión pública el infalible ministro de Policía. Con una mezcla de ira y admiración mira Bonaparte a ese calculador de hierro que una vez más ha tenido razón con sus fríos cálculos. A su pesar tiene que admitir: «Fouché ha juzgado mejor que muchos otros. Tiene razón. Hay que estar alerta con los emigrados que han regresado, con los chuanes y con toda la gente de ese partido.» Pero Fouché solo gana en prestigio ante Bonaparte con este asunto, no en afecto. Pues los autócratas nunca son agradecidos con quien les ha hecho notar un error, una injusticia, y sigue siendo inmortal la historia de Plutarco sobre aquel soldado que salvó la vida al rey amenazado en la batalla y que, en lugar de huir enseguida, como acertadamente le aconsejó un sabio, confió en la gratitud del rey y por ello perdió la cabeza. Los reyes no aman a quienes los han visto en un instante de debilidad,

ni las naturalezas despóticas a los consejeros que, aunque solo sea una vez, se han mostrado más sabios que ellos mismos.

En un círculo tan estrecho como el de la policía, Fouché acaba de alcanzar el mayor triunfo posible. ¡Pero qué pequeño resulta comparado con los triunfos de Bonaparte en los dos últimos años del Consulado! El dictador ha coronado una serie de victorias con la más hermosa de todas, la paz definitiva con Inglaterra, el concordato con la Iglesia: las dos potencias más poderosas del mundo, gracias a su energía, a su superioridad planificadora y creadora, han dejado de ser enemigas de Francia. Apaciguado el país, ordenadas las finanzas, terminadas las luchas de partidos, distendidos los antagonismos: la riqueza vuelve a florecer, la industria vuelve a desarrollarse, las artes se agitan de nuevo, ha llegado una edad augustea y no está ya lejana la hora en que Augusto pueda llamarse César. Fouché, que conoce cada nervio y cada pensamiento de Bonaparte, percibe con exactitud hacia dónde apunta la ambición del corso: que ya no le basta el primer papel en la república, sino que quiere apropiarse de por vida y para siempre, como propiedad suya y de su familia, este país que él ha salvado. En público, desde luego, él, el cónsul de la república, jamás pronuncia una ambición tan poco republicana, pero por debajo de mano deja entrever a sus confidentes que el Senado querría expresarle su gratitud mediante un acto especial de confianza, mediante un «témoignage éclatant». En lo más íntimo de su corazón anhela un Marco Antonio, un servidor fiel y de confianza que reclame para él la corona imperial, y Fouché, el hombre astuto y flexible, podría ahora asegurarse un agradecimiento para siempre.

Pero Fouché se niega a ese papel —o mejor dicho, no se niega abiertamente. Sino que, desde la sombra, con una complacencia fingida, busca frustrar esas intenciones. Se pone en contra de los hermanos, del clan de los Bonaparte, y del lado de Josefina, que tiembla de miedo y de inquietud ante ese último paso de su esposo hacia la monarquía, pues sabe que entonces no será ya su esposa por mucho tiempo. Fouché la advierte contra toda resistencia abierta: «Manténgase tranquila —le dice—, se interpone usted inútilmente en el camino de su esposo. Sus temores lo aburren, mis

consejos lo ofenderían.» Trata, pues, fiel a su manera de ser, de frustrar más bien de forma subterránea los deseos ambiciosos, y cuando Bonaparte, con falsa modestia, sigue sin soltar prenda, y por otra parte el Senado quiere de todos modos proponer un «témoignage éclatant», Fouché es de los que susurran a los senadores que el gran hombre, como fiel republicano, no desea otra cosa sino que se le prorrogue por diez años el cargo de primer cónsul. Los senadores, convencidos de que con ello honran y complacen a Bonaparte, adoptan solemnemente esa resolución. Pero Bonaparte, que ve claro en el juego de intrigas y reconoce bien a quienes mueven los hilos, echa espuma de rabia cuando le traen ese regalo de limosna tan indeseado. Con palabras frías despide a la delegación. Cuando ya se siente rozar las sienes el frío dorado de una corona imperial, diez años ridículos son una cáscara vacía que se pisotea con desprecio.

Ahora Bonaparte se quita por fin la máscara de la modestia y da a conocer, clara y abiertamente, su voluntad: ¡el Consulado vitalicio! Y bajo la fina envoltura de esa palabra ya reluce, reconocible para todo el que sepa ver, la futura corona imperial. Y tan fuerte se ha vuelto ya entonces Bonaparte, que el pueblo, por mayoría de millones, convierte su deseo en ley y lo elige soberano (como creen él y ellos) de por vida. La república ha terminado, la monarquía ha comenzado.

El que Joseph Fouché haya puesto semejantes trampas en el camino del impaciente pretendiente a la corona en su deseo decisivo, no se lo perdona la camarilla de hermanos y hermanas, no se lo perdona el clan familiar corso. Y así presionan impacientes a Bonaparte: ¿para qué conservar ahora, cuando ya está tan firmemente afianzado en la silla, a ese fastidioso sostenedor de estribo? ¿Para qué, si el país ha manifestado unánimemente su conformidad con el Consulado vitalicio, si los antagonismos están felizmente resueltos, las discordias eliminadas, un guardián tan celoso en exceso, que vigila tanto al país como sus propias maquinaciones oscuras? ¡Fuera con él, pues! ¡Acabar con él, destituirlo, a ese eterno intrigante y creador de dificultades!

Incesante, impaciente, tenaz y perseverante, insisten una y otra vez ante el hermano todavía vacilante.

Bonaparte comparte en el fondo su opinión. También a él le molesta ese hombre que sabe demasiado y que siempre quiere saber aún más, esa gris sombra insidiosa tras su propia luz. Pero destituir precisamente al ministro que tan especiales méritos se ha ganado, que goza en el país de un respeto sin límites, requeriría un pretexto. Y además, ese hombre se ha hecho fuerte junto con él: mejor, por tanto, no convertirlo en adversario declarado. Ha metido las manos en todos los secretos, está familiarizado de manera inquietante con todas las intimidades no demasiado limpias del clan corso, por lo cual no conviene ofenderlo bruscamente. Así que se inventa una salida hábil y considerada, que ante el mundo no haga aparecer la destitución de Fouché como una desgracia: en efecto, no se despide al ministro Joseph Fouché, sino que se declara que ha desempeñado su cargo de manera tan perfecta, tan magistral, que ahora un organismo de vigilancia de los ciudadanos, un Ministerio de Policía, ha resultado del todo superfluo. Así pues, no se despide al ministro, sino que se prescinde del Ministerio de Policía, de su cargo, y con ello, de manera discreta, de su persona.

Para ahorrarle a aquel hombre susceptible el duro golpe de verse la silla puesta en la puerta, la destitución se envuelve cuidadosamente en algodones. Por la pérdida de su cargo se le indemniza con un asiento en el Senado, y en una carta con la que Bonaparte anuncia ese ascenso de categoría del destituido, se lee textualmente: «El ciudadano Fouché, ministro de Policía en las circunstancias más difíciles, ha correspondido siempre, gracias a su talento y su energía, gracias a su adhesión al gobierno, a todas las exigencias que requerían los acontecimientos. Y al concederle un puesto en el Senado, el gobierno sabe que, si otros tiempos volvieran a exigir un ministro de Policía, no encontraría a ningún otro más digno de su confianza.» Además, Bonaparte, que ha advertido lo a fondo que el antiguo comunista se ha reconciliado con su viejo enemigo, el dinero, le construye un magnífico puente de oro hacia el retiro. Cuando, al hacer las cuentas, el ministro le entrega dos

millones cuatrocientos mil francos como resto del patrimonio liquidado de la policía, Bonaparte le regala sin más la mitad, es decir, un millón doscientos mil francos. Además, el converso despreciador del dinero, que hacía una década todavía bramaba con rabia contra el «metal sucio y corruptor», recibe, junto a su título senatorial, la senaduría de Aix, un pequeño principado que se extiende de Marsella a Toulon y cuyo valor se calcula en diez millones de francos. Bonaparte lo conoce; sabe que Fouché tiene manos inquietas, jugadoras, manos de intrigante; y como no se le pueden atar, prefiere cargarlas de oro. Por eso, pocas veces en el curso de la historia ha sido destituido un ministro de forma más honrosa y, sobre todo, más prudente que Joseph Fouché.

# Capítulo V

# Ministro del Emperador (1804-1811)

En 1802 se retira Joseph Fouché, o mejor no —Su Excelencia el señor senador Joseph Fouché—, al deseo suave pero insistente del primer cónsul, a la vida privada de la que había emergido diez años antes. Década increíble, homicida y fatídica, transformadora del mundo y peligrosa para la vida —pero Joseph Fouché ha sabido aprovechar bien ese tiempo. No huye, como en 1794, a una mísera buhardilla sin calefacción, sino que se compra una hermosa casa, bien amueblada, en la Rue Cerutti, que en otro tiempo pudo haber pertenecido a uno de aquellos «viles aristócratas» o «infames ricos». En Ferrières, futura residencia de los Rothschild, se instala la más espléndida residencia de verano, y su principado en Provenza, la senaduría de Aix, le envía diligentemente sus rentas. También en lo demás domina de manera ejemplar el noble arte alquímico de convertirlo todo en oro. Sus protegidos en la Bolsa lo hacen partícipe de sus negocios, él extiende ventajosamente sus propiedades —unos años más, y el hombre del primer manifiesto comunista será el segundo ciudadano más rico de Francia, el mayor propietario de tierras del país. Del Tigre de Lyon se ha hecho un buen hámster, un capitalista prudente y ahorrador, un artista de los intereses. Pero esa fantástica riqueza del advenedizo político no cambia nada en su innata austeridad, ejercida además con tenacidad casi monástica.

Con quince millones, Joseph Fouché vive personalmente casi igual que cuando reunía trabajosamente los quince sueldos diarios en su buhardilla; no fuma, no bebe, no juega, no gasta dinero en mujeres ni en vanidades. Como un bonachón hidalgo rural pasea tranquilamente con sus hijos —tres nuevos nacieron tras los dos que sucumbieron a las privaciones— por sus praderas, da de vez en cuando pequeñas reuniones, escucha cuando los amigos de su mujer hacen música, lee libros y disfruta de conversaciones inteligentes: muy en el fondo, de manera del todo inasible, se esconde en este hombre burgués, sobrio y huesudo, su gusto demoníaco por el juego de azar de la política, por las tensiones y peligros del gran juego del mundo. Sus vecinos no ven nada de todo eso, solo al honesto administrador de la hacienda, al excelente padre de familia, al tierno esposo. Y nadie que no lo conozca por su antiguo cargo sospecha la pasión, cada vez más inquieta bajo su serena taciturnidad, de volver a imponerse y a inmiscuirse.

¡Pues es la mirada de Medusa del poder! Quien ha mirado una vez su rostro ya no puede apartar de él la vista, queda hechizado y preso de su embrujo. Quien ha probado una vez la embriagadora voluptuosidad de mandar y gobernar, ya no puede renunciar a ella jamás. Recórrase la historia universal en busca de ejemplos de renuncia voluntaria: aparte de Sila y Carlos V, apenas se encuentra, entre miles y decenas de miles de figuras, una docena que, con el corazón saciado y la mente clara, renunciaran a la voluptuosidad casi sacrílega de jugar con el destino de millones de hombres. Tan poco como un jugador puede dejar el juego, el bebedor la bebida, el cazador furtivo la caza, puede Joseph Fouché abandonar la política. La calma lo atormenta, y mientras finge, alegre, con una indiferencia bien fingida, hacer de Cincinato tras el arado, ya le arden los dedos y le tiemblan los nervios por volver a tomar las cartas políticas en la mano. Aunque destituido del servicio, continúa voluntariamente con el servicio de policía, y para ejercitar la pluma, para no caer del todo en el olvido, envía cada semana informaciones secretas al primer cónsul. Eso divierte, eso ocupa de manera intrascendente su espíritu intrigante, sin llegar a satisfacerlo de verdad, y su aparente retiro no

es sino una espera febril por volver a arrebatar las riendas, por sentir poder sobre los hombres, poder sobre el destino del mundo, ¡poder!

Bonaparte advierte por muchos indicios la impaciencia insistente de Fouché, pero se digna pasarla por alto. Mientras pueda mantener alejado de sí a ese hombre de una inteligencia y una laboriosidad inquietantes, lo dejará en la sombra; desde que se ha empezado a conocer la fuerza obstinada de este hombre subterráneo, nadie toma a Fouché a su servicio salvo quien lo necesite de forma absolutamente ineludible y para lo más peligroso. El cónsul le dispensa toda clase de favores, lo emplea en toda suerte de negocios, le agradece las buenas informaciones, lo invita de vez en cuando al consejo de la Corona y, sobre todo, le deja ganar dinero y enriquecerse, para que se comporte con calma; pero una cosa se niega tercamente a hacer, mientras pueda evitarlo: reinstaurarlo en el cargo y volver a levantar el Ministerio de Policía. Mientras Bonaparte sea fuerte, mientras no cometa ningún error, no necesita a un servidor tan preocupante y tan sabihondo.

Pero, por suerte para Fouché, Bonaparte comete errores. Ante todo, el error histórico e imperdonable: que ya no le basta con ser Bonaparte, que además de la seguridad en sí mismo, además del triunfo de su carácter único, ansía el pálido resplandor de la legitimidad, la pompa de un título. Él, que gracias a su fuerza, a su personalidad única y poderosa, no tenía que temer a nadie, se atemoriza ahora ante las sombras del pasado, ante el impotente nimbo de los Borbones desterrados. Y así se deja inducir por Talleyrand a que, violando el derecho de gentes, se traiga por medio de gendarmes al duque de Enghien desde territorio neutral y se lo fusile —acto para el cual Fouché acuñó la célebre frase: «Fue más que un crimen, fue un error.» Esta ejecución crea en torno a Bonaparte un vacío de miedo y espanto, de indignación y odio. Y pronto le parecerá aconsejable volver a ponerse bajo la protección del Argos de los mil ojos, bajo el amparo de la policía.

Y luego, y esto sobre todo: en el año 1804 el cónsul Bonaparte necesita de nuevo un ayudante hábil y sin escrúpulos para su ascenso supremo. Vuelve a necesitar quien le sostenga el estribo. Lo que dos años antes se le antojaba todavía la culminación suprema de la ambición, el Consulado vitalicio, ya no le parece suficiente a quien las alas del éxito han arrebatado tan alto. Ya no quiere ser tan solo el primer ciudadano entre los ciudadanos, sino señor y soberano sobre súbditos; le apetece refrescarse la frente ardiente con el aro dorado de una corona imperial. Pero quien quiere ser César necesita un Antonio, y aunque Fouché ha interpretado durante mucho tiempo el papel de Bruto (antes incluso el de Catilina), se muestra ahora, hambriento tras dos años de ayuno político, del todo dispuesto a pescar esa corona imperial en el Senado convertido en pantano. Como cebo para el anzuelo sirven el dinero y buenas promesas, y así el mundo asiste al extraño espectáculo de ver al antiguo presidente del club de los Jacobinos, y ahora Excelencia, cambiar apretones de manos sospechosos por los pasillos del Senado, e insistir y cuchichear tanto tiempo, hasta que por fin unos cuantos complacientes bizantinos presentan la moción de que se «cree una institución que destruya para siempre la esperanza de los conspiradores, garantizando la duración del gobierno más allá de la vida del jefe». Si se corta la hinchazón retórica de esta frase, se encuentra en su núcleo la intención de convertir al cónsul vitalicio Bonaparte en el emperador hereditario Napoleón. Y de la pluma de Fouché (que escribe tan bien con aceite como con sangre) procede probablemente aquella petición servilmente rastrera del Senado que exhorta a Bonaparte a «culminar su obra dándole forma inmortal». Pocos han cavado con más ahínco la tumba definitiva de la república que Joseph Fouché de Nantes, exdiputado de la Convención, expresidente del club de los Jacobinos, el *Mitrailleur de Lyon*, el combatiente contra los tiranos y antaño el más republicano de todos los republicanos.

La recompensa no se hace esperar. Igual que en otro tiempo el ciudadano Fouché fue nombrado por el ciudadano cónsul Bonaparte, así, en 1804, tras dos años de dorado exilio, Su Excelencia el señor

senador Fouché es nombrado de nuevo ministro por Su Majestad el emperador Napoleón. Por quinta vez presta Joseph Fouché juramento de fidelidad —el primero fue para el gobierno entonces todavía monárquico, el segundo para la república, el tercero para el Directorio, el cuarto para el Consulado—. Pero Fouché tiene apenas cuarenta y cinco años: ¡cuánto tiempo queda todavía para nuevos juramentos, nuevas fidelidades e infidelidades! Y con fuerzas renovadas se lanza de nuevo a ese elemento tan amado de siempre, el del viento y la ola, sujeto por juramento al nuevo emperador y sin embargo solo fiel a su propia y desasosegada pasión.

Durante una década se enfrentan ahora en el escenario de la historia universal —o más bien en el escenario trasero— las dos figuras, Napoleón y Fouché, encadenados por el destino pese a una resistencia clarividente por ambas partes. Napoleón no ama a Fouché, ni Fouché a Napoleón —llenos de secreta aversión, se sirven el uno del otro, unidos únicamente por la atracción de los polos enemigos. Fouché conoce bien la demonía de Napoleón, tan grandiosa como peligrosa; sabe que el mundo no volverá a crear en décadas un genio tan superior, tan digno de que se le sirva. Napoleón, por su parte, no se siente comprendido con tanta rapidez por nadie como por esa mirada sobria, lúcida, de espejo y de espía que refleja con claridad, por ese talento político laborioso, igualmente utilizable para lo mejor y para lo peor, al que, para ser el servidor perfecto, solo le falta una cosa: la entrega incondicional, la fidelidad.

Pues Fouché jamás será servidor de nadie, y menos aún lacayo. Nunca sacrifica del todo su independencia intelectual, su voluntad propia, a una causa ajena. Al contrario: cuanto más caen los viejos republicanos, disfrazados de nueva nobleza, bajo el hechizo del Emperador, cuanto más descienden de consejeros a aduladores y lameculos, tanto más se yergue y se endereza la espalda de Fouché. Cierto es que ya no se puede enfrentar con contradicción abierta, con franca opinión contraria, al Emperador, cada vez más autoritario y más cesáreo, pues hace tiempo que en el palacio de las Tullerías se ha abolido la camaradería sincera, el franco diálogo de ciudadano

a ciudadano; el emperador Napoleón, que ya no permite que ni siquiera sus antiguos compañeros de armas —y ni siquiera (¡cómo debieron de sonreír por ello!) sus propios hermanos— lo llamen de otro modo que «Sire», y que ya no se deja tutear por ningún ser mortal salvo por su esposa, no desea ya ser aconsejado por sus ministros. Ya no como antes, con la chorrera suelta, el cuello abierto y el paso desenvuelto, entra ahora el ciudadano ministro Fouché ante el ciudadano cónsul Bonaparte, sino que, con el cuello bordado en oro tieso y erguido en torno a la garganta, embutido en el pomposo uniforme cortesano, con medias de seda negra y zapatos relucientes, cubierto de condecoraciones, el sombrero en la mano, así se dirige ahora el ministro Joseph Fouché a una especie de audiencia con el emperador Napoleón: el «señor» Fouché debe primero inclinarse respetuosamente ante quien fuera su compañero de conjura y camarada, antes de poder dirigirse a él con un «Vuestra Majestad». Debe llegar con una reverencia, despedirse con una reverencia, aceptar sin réplica las órdenes dadas con brusquedad, en lugar de mantener conversaciones más íntimas. Contra la voluntad de este hombre, el más tempestuoso de todos los hombres de voluntad, no hay resistencia posible.

Al menos, ninguna abierta. Fouché conoce demasiado bien a Napoleón para querer imponerle la suya propia cuando sus pareceres difieren. Se deja mandar, se deja dar órdenes como todos los demás aduladores y ministros serviles de la época imperial; solo con la pequeña diferencia de que no siempre obedece esas órdenes. Si se le encomiendan detenciones que él mismo no aprueba, hace advertir discretamente de antemano a los amenazados, o, si tiene que castigarlos, subraya por todas partes que ello ocurre expresamente por orden del Emperador y no por deseo propio. Los favores y las amabilidades, en cambio, los reparte siempre como gracias propias. Cuanto más autoritario se muestra Napoleón —y, en efecto, es asombroso cómo su temperamento, dominante desde el principio, se vuelve cada vez más desenfrenado y autocrático a medida que crece su poder—, tanto más amable, tanto más conciliador se comporta Fouché. Y así, sin pronunciar una sola

palabra contra el Emperador, solo con pequeños gestos, sonrisas y silencios, forma él solo una oposición visible y, sin embargo, nunca aprehensible, contra la nueva majestad por la gracia de Dios. Imponerle verdades a él mismo, ese peligroso esfuerzo hace ya mucho que no se lo toma; sabe que, tratándose de emperadores y reyes, aunque antes se hayan llamado Bonaparte, eso no sirve de nada. Solo por debajo de mano desliza a veces, con malicia, sinceridades de contrabando en sus informes diarios. En lugar de decir «yo opino», «yo pienso», y exponerse a que le reprendan por opinar y pensar por su cuenta, escribe en sus partes «se cuenta que» o «un enviado habría dicho»; de este modo introduce casi siempre, en el diario paté de trufas de las noticias picantes, unos granos de pimienta sobre la familia imperial. Con los labios pálidos, Napoleón tiene que leer consignada como «rumores malintencionados» toda la suciedad, toda la vergüenza de sus hermanas, y además maldades bien sazonadas sobre sí mismo, notas agudas y ardientes con las que la hábil mano de Fouché condimenta adrede el boletín. Sin pronunciar él mismo una sola palabra, el retorcido sirviente sirve de vez en cuando a su desapacible señor verdades incómodas y ve, cortés e impasible mientras este lee, cómo el duro señor se atraganta con ellas. Así se toma Fouché pequeñas venganzas contra el teniente Bonaparte, quien, desde que se puso la casaca imperial, solo desea ver a sus antiguos consejeros comparecer ante él temblando y con la espalda encorvada.

Se ve: entre estos dos hombres no sopla un aire amistoso. Igual que Fouché no es un sirviente agradable para Napoleón, tampoco Napoleón es un señor agradable para Fouché. Ni una sola vez permite que le pongan sobre la mesa, con indolencia y fe ciega, un informe de policía. Escudriña cada línea con su mirada de halcón en busca de la menor discrepancia, del más pequeño descuido; entonces truena, increpa a su ministro como a un colegial, entregado por entero al desenfreno corso de su temperamento. Los porteros, los que espían por el ojo de la cerradura, los colegas del Consejo de Ministros coinciden en relatar cómo precisamente la

sangre fría opuesta de la resistencia de Fouché exasperaba al Emperador. Pero aun sin su testimonio (pues todas las memorias de aquella época solo deben leerse con lupa) uno estaría al corriente, porque se oye tronar esa voz de mando, dura y cortante, incluso en las cartas: «Encuentro que la policía no vigila la prensa con la firmeza necesaria», le da lecciones al viejo y experimentado maestro, o le reprende: «Se diría que en el Ministerio de Policía no se sabe leer: allí no se ocupan de nada.» O bien: «Le sugiero que se atenga al ámbito de sus funciones y no se inmiscuya en los asuntos exteriores.» Napoleón lo reprende sin miramientos, se sabe por cien informes, incluso delante de testigos, de los ayudantes y del Consejo de Estado, y cuando la cólera le espumea en los labios, no vacila en recordarle incluso Lyon, su época terrorista, en llamarlo regicida, traidor. Pero Fouché, el observador frío como el cristal, que después de diez años conoce todo el teclado de estos estallidos de cólera, que sabe que a veces brotan del hombre ardiente, incontrolados, directamente de la sangre, pero también que Napoleón a veces los pone en escena con plena conciencia, como un actor, no se deja intimidar ni por las tormentas auténticas ni por las teatrales, como le ocurrió, por ejemplo, al ministro austriaco Cobenzl, que se encogió temblando cuando el Emperador le arrojó a los pies un precioso jarrón de porcelana; no se deja desconcertar ni por la ira fingida y calculada de antemano ni por la cólera real del Emperador. Con su rostro descolorido, hierático, calcáreo, permanece tranquilamente de pie bajo ese chaparrón de palabras, sin un parpadeo en el rabillo del ojo, sin que un solo nervio delate su agitación —solo tal vez, al salir de la habitación, una sonrisa irónica o malvada riza sus finos labios. Ni siquiera tiembla cuando el Emperador le grita: «Es usted un traidor, debería mandarlo fusilar», sino que responde, sin dar a su voz otro acento, con tono de trámite: «No opino lo mismo, Sire.» Cien veces se deja despedir, amenazar con el destierro y la destitución, y sin embargo sale tranquilo de la habitación, plenamente seguro de que el Emperador volverá a llamarlo al día siguiente. Y siempre acaba teniendo razón. Pues, pese a su desconfianza, a su cólera y a su odio secreto, Napoleón no logra

desembarazarse por completo de Fouché durante toda una década, hasta la última hora.

Este poder de Fouché sobre Napoleón, un enigma para todos sus contemporáneos, no tiene, sin embargo, nada de mágico ni de hipnótico. Es un poder adquirido, un poder calculado y conquistado a fuerza de diligencia, habilidad y observación sistemática. Fouché sabe mucho, sabe incluso demasiado. Conoce todos los secretos imperiales, no solo gracias a la locuacidad del Emperador, sino también contra su voluntad, y mantiene en jaque, igual que a todo el imperio, también a su señor, mediante una información completa y casi mágica. Por la propia esposa del Emperador, Josefina, conoce los detalles más íntimos de su lecho conyugal; por Barras, cada peldaño de la escalera de caracol de su ascenso; gracias a sus propios contactos con los hombres del dinero, controla toda la situación patrimonial privada del Emperador; no se le escapa ninguno de los cien asuntos turbios de la familia Bonaparte, ni los líos de juego de sus hermanos, ni las aventuras mesalínicas de Paulina. Y tampoco las escapadas conyugales de su señor permanecen ocultas para él. Cuando Napoleón, a las once de la noche, envuelto en una capa ajena y casi encubierto, se desliza por una puerta lateral secreta de las Tullerías hacia alguna amante, Fouché sabe a la mañana siguiente adónde ha ido el coche, cuánto tiempo se ha quedado el Emperador en aquella casa, cuándo ha regresado; incluso llega una vez a avergonzar al dueño del mundo con la noticia de que esa elegida lo engaña a él, a un Napoleón, con un actorzuelo de teatro bastante peor elegido. Cada escrito importante procedente del gabinete del Emperador llega en copia a manos de Fouché gracias a un secretario sobornado, y no pocos lacayos de rango alto y bajo reciben una asignación mensual de la caja secreta del ministro de Policía a cambio de transmitir fielmente todas las conversaciones de palacio: de día y de noche, a la mesa y en el lecho, Napoleón es vigilado por su celosísimo sirviente. Imposible ocultarle un secreto: así, el Emperador se ve obligado a confiarse a él, quiera o no. Y ese saberlo todo y a todos crea el

único poder de Fouché sobre los hombres, aquel que Balzac tanto admiraba.

Pero con el mismo esmero con que Fouché vigila todos los asuntos, planes, pensamientos y palabras del Emperador, se esfuerza también por ocultarle los suyos propios. Fouché no confía jamás sus verdaderas intenciones ni sus verdaderos trabajos ni al Emperador ni a ninguna otra persona; de su ingente material de información solo entrega justo aquello que le place. Todo lo demás queda encerrado bajo llave en el cajón del escritorio del ministro de Policía; en esa última ciudadela, Fouché no deja mirar a nadie; más aún, pone toda su pasión, la única que tiene, por entero en ese magnífico placer de resultar indescifrable, impenetrable, insondable, una incógnita con la que nadie puede contar en sus cálculos. En vano, por tanto, que Napoleón le meta un par de espías en el pellejo: Fouché los toma por tontos, o incluso se sirve de ellos para hacer llegar, por su conducto, informes completamente falsos y bochornosos al burlado comitente. Con los años, este juego de espionaje y contraespionaje entre ambos se vuelve cada vez más astuto y más rencoroso, su actitud mutua abiertamente insincera — no, en verdad, no hay un aire claro y transparente entre estos dos hombres, de los cuales uno quiere ser demasiado señor, y el otro, demasiado poco siervo. Cuanto más fuerte se vuelve Napoleón, tanto más molesto le resulta Fouché. Cuanto más fuerte se vuelve Fouché, tanto más odioso le resulta Napoleón.

Detrás de este antagonismo personal, nacido de una diferencia de índole espiritual, se va situando poco a poco toda la tensión, gigantescamente creciente, de la época. Pues año tras año se perfila, dentro de Francia, cada vez con mayor nitidez, una voluntad y una voluntad contraria: el país quiere por fin la paz, mientras que Napoleón quiere una y otra vez la guerra. El Bonaparte del año mil ochocientos, heredero y ordenador de la Revolución, formaba aún un todo con su país, con su pueblo, con sus ministros; el Napoleón de 1804, el Emperador de la nueva década, hace ya tiempo que no piensa en su país ni en su pueblo, sino únicamente en Europa, en el mundo, en la inmortalidad. Después de haber resuelto

magistralmente la tarea que se le había confiado, se impone, desde el exceso de sus propias fuerzas, nuevas y más difíciles tareas, y quien había convertido el caos en orden arrastra ahora violentamente su propia obra, su propio orden, de vuelta al caos. No se quiere decir con ello que su entendimiento, diáfano y cortante como un diamante, se hubiera trastornado; en absoluto: el intelecto de Napoleón, pese a toda su demonía, matemáticamente exacto y preciso, permanece magníficamente despierto hasta el último segundo, hasta que el moribundo, con mano temblorosa, redacta su testamento, esa obra de sus obras. Pero ese entendimiento suyo hace ya tiempo que ha perdido la medida terrena, ¡y cómo podría ser de otro modo después de semejante cumplimiento de lo inverosímil! ¡Cómo no habría de asaltar al alma, acostumbrada a apuestas tan desmesuradas, después de ganancias tan inauditas contra todas las reglas del juego del mundo, el ansia de superar lo increíble con algo todavía más increíble! Napoleón está tan poco trastornado mentalmente, incluso en sus aventuras más disparatadas, como lo estuvieron Alejandro, Carlos XII o Cortés. Solo ha perdido, como ellos, la medida real de lo posible a fuerza de victorias inauditas, y precisamente este desvarío en pleno uso de la razón, un magnífico espectáculo natural del espíritu, magnífico como una tormenta de mistral bajo cielo despejado, engendra esas hazañas que son, a la vez, el crimen de un solo hombre contra centenares de miles, y sin embargo un enriquecimiento legendario de la humanidad. La expedición de Alejandro desde Grecia hasta la India —todavía hoy fabulosa, cuando se la sigue con el dedo sobre el mapa—, el viaje de Cortés, la marcha de Carlos XII desde Estocolmo hasta Poltava, la caravana de seiscientos mil hombres que Napoleón arrastra desde España hasta Moscú: estas grandes hazañas, a la vez de valor y de desmesura, son en nuestra historia moderna lo que las luchas de Prometeo y los Titanes contra los dioses en el mito griego: hibris y heroísmo, pero en todo caso ya el máximo sacrílego de todo lo alcanzable en la tierra. Y hacia esa medida extrema tiende Napoleón, sin poder detenerse, apenas siente la corona imperial ciñendo sus sienes. Con los éxitos crecen sus objetivos, con las victorias su audacia, con los triunfos sobre el

destino el placer de desafiarlo cada vez con mayor osadía. Nada, pues, más natural que los demás hombres a su alrededor —en la medida en que no estén aturdidos por las fanfarrias de los boletines de victoria ni cegados por los éxitos—, que los que son a la vez inteligentes y prudentes, como Talleyrand y Fouché, empiecen a estremecerse. Ellos piensan en la época, en el presente, en Francia —Napoleón, únicamente en la posteridad, en la leyenda, en la Historia.

Este antagonismo entre la razón y la pasión, entre los caracteres lógicos y los caracteres demoníacos, que se repite eternamente en la historia, asoma en Francia poco después del cambio de siglo detrás de las figuras. La guerra ha hecho grande a Napoleón, lo ha alzado de la nada hasta un trono imperial. Qué más natural, por tanto, que quiera guerra una y otra vez, y adversarios cada vez mayores y más poderosos. Ya solo en términos numéricos, sus apuestas crecen hasta lo fantástico. En Marengo, en 1800, ha vencido con treinta mil hombres; cinco años después pone ya en pie de guerra a trescientos mil; y otros cinco años después arranca ya un millón de hombres en edad de combatir a un país exangüe y cansado de la guerra. Al último mozo de intendencia de su ejército, al más zoquete de los campesinos, se le podría hacer entender contando con los dedos que semejante guerromanía y courromanía (palabra acuñada por Stendhal) tiene que llevar al final a una catástrofe, y proféticamente le dice Fouché una vez a Metternich, en una conversación, cinco años antes de Moscú: «Cuando os haya derrotado, solo quedarán Rusia y China». Solo uno no lo entiende, o se tapa los ojos con la mano: Napoleón. Quien ha vivido el segundo de Austerlitz y luego el de Marengo y el de Eylau -siempre historia universal comprimida en dos horas-, a ese ya no puede procurarle tensión ni satisfacción recibir en los bailes de corte a cortesanos uniformados, sentarse en la ópera engalanada de fiesta, oír hablar a diputados aburridos -no; hace tiempo que solo siente estremecerse los nervios cuando, a la cabeza de sus tropas, arrolla países enteros en marchas forzadas, destroza ejércitos, mueve con ademán indolente a los reyes como piezas de ajedrez de su casilla y coloca a otros en su lugar, cuando

la cúpula de los Inválidos se convierte en un bosque susurrante de banderas y el tesoro recién fundado se llena con el precioso botín de toda Europa. Ya solo piensa en regimientos, en cuerpos de ejército, en ejércitos; hace tiempo que considera Francia, el país entero, el mundo entero, solo como apuesta, como propiedad suya sin límites («La France c'est moi»). Pero algunos de los suyos se aferran en su interior a la idea de que Francia pertenece ante todo a sí misma, de que sus hombres, sus ciudadanos, no han de servir para hacer reyes al clan corsicano y convertir toda Europa en un fideicomiso bonapartista. Con creciente indignación ven cómo año tras año se clavan en las puertas de las ciudades las listas de conscripción, cómo se arranca de sus casas a los dieciocho y diecinueve años para ir a perecer sin sentido en las fronteras de Portugal, en los desiertos de nieve de Polonia y Rusia, o al menos por un sentido que ya no se alcanza a comprender. Así nace entre él, que solo mira siempre hacia sus astros, y los clarividentes, que ven el cansancio y la impaciencia del propio país, un antagonismo cada vez más enconado. Y como su espíritu, hecho ya autocrático e imperioso, tampoco se deja aconsejar ya por los más próximos, estos empiezan a cavilar en secreto cómo podría detenerse esta rueda que gira enloquecida y salvarla de su inevitable caída al abismo. Pues ha de llegar el instante en que la razón y la pasión se separen definitivamente y se enfrenten abiertamente, en que estalle el combate entre Napoleón y los más inteligentes de sus servidores.

Esta resistencia secreta contra la pasión bélica y la desmesura de Napoleón acaba por unir incluso a los más enconados adversarios entre sus consejeros: Fouché y Talleyrand. Estos dos ministros más capaces de Napoleón, los hombres psicológicamente más interesantes de su época, no se quieren -probablemente porque en muchas cosas se parecen demasiado el uno al otro. Ambos son pensadores sobrios, realistas y lúcidos, cínicos y despiadados discípulos de Maquiavelo. Ambos han pasado por la escuela de la Iglesia y por la ardiente universidad de la Revolución; ambos tienen la misma sangre fría desprovista de escrúpulos en materia de dinero y de honor; ambos sirven, igual de infieles, con el mismo descaro, a

la República, al Directorio, al Consulado, al Imperio y al Rey. Sin cesar se encuentran -disfrazados de revolucionarios, de senadores, de ministros, de servidores del rey- estos dos actores de carácter de la veleidad sobre el mismo escenario de la historia universal; y precisamente porque son de la misma raza espiritual y se les asigna el mismo papel diplomático, se odian con el frío conocimiento y el buen rencor de los rivales.

Ambos pertenecen al mismo tipo amoral; pero si su semejanza procede del carácter, su diferencia procede del origen. Talleyrand, duque de Périgord, arzobispo de Autun, viejo príncipe de la nobleza nacido con sangre azul, viste ya la toga violeta como señor eclesiástico de toda una provincia francesa, mientras el pequeño y mísero hijo de comerciante Joseph Fouché, todavía como despreciado profesorcillo clerical, embute a la fuerza matemáticas y latín en la cabeza de su docena de alumnos de convento por unos pocos sueldos al mes. Aquel es ya encargado de negocios de la República Francesa en Londres y célebre portavoz de los Estados Generales, cuando este apenas empieza, en los clubes, a pescarse su mandato a fuerza de halagos y de agitación. Talleyrand llega a la Revolución desde arriba: baja de su carroza como un soberano, saludado con júbilo reverente, unos pocos escalones hasta el tercer estado, mientras Fouché intriga penosamente para subir hasta él. De esta diferencia de origen recibe su idéntico rasgo fundamental un color particular. Talleyrand sirve, el hombre de los grandes aires, con la indiferente y fría condescendencia de un gran señor; Fouché, con la solícita y ladina laboriosidad de un funcionario ambicioso. En lo que se parecen son a la vez distintos, y si ambos aman el dinero, Talleyrand lo hace a la manera de un noble, para derrocharlo, para dejar que el oro fluya a raudales en la mesa de juego y con las mujeres; Fouché, el hijo de comerciante, para acapararlo capitalísticamente, hacerlo producir intereses y amontonarlo con avaricia. Para Talleyrand el poder no significa más que un medio de goce; le procura la mejor y más noble ocasión de hacerse esclavo de todas las cosas sensuales de la tierra, que son el lujo, las mujeres, el arte y la mesa exquisita, mientras que Fouché, aun siendo varias

veces millonario, sigue siendo un avaro espartano y monacal. Ninguno de los dos puede desprenderse jamás por completo de su origen social: nunca, ni siquiera en los días más salvajes del Terror, llega el duque de Périgord, llega Talleyrand, a ser un auténtico hombre del pueblo y republicano; nunca, ni siquiera de flamante duque de Otranto, pese a todo el uniforme reluciente de oro, llega Joseph Fouché a ser un verdadero aristócrata.

El más deslumbrante, el más seductor, quizá también el más importante de los dos es Talleyrand. Espíritu formado por una cultura musical y milenaria, pulido por el ingenio del siglo dieciocho, ama el juego diplomático como uno más entre los muchos otros juegos de tensión de la existencia, pero odia el trabajo. A disgusto escribe de su propia mano una carta; lo que más le gusta, al verdadero voluptuoso, al refinado gozador, es dejar que otro haga todo el trabajo de carretero y recoger él después, con indolencia, con su mano estrecha y enjoyada, tan solo los resultados; le basta su intuición, que abarca con mirada de relámpago las situaciones más enrevesadas. Psicólogo nato y adiestrado, penetra, como dice Napoleón, todos los pensamientos y refuerza, sin aconsejar, a cada cual en lo que quiere en su fuero más íntimo. Giros audaces, concepciones rápidas, virajes flexibles en todos los instantes peligrosos son su mérito; con desdén rechaza ocuparse de los detalles, trabajar con sudor y con esmero. De ese amor por el mínimo, por la forma más concentrada de las decisiones intelectuales, nace también su especial talento para el juego de palabras más deslumbrante, para el aforismo. No escribe informes largos: con una sola palabra, afilada como una hoja, liquida una situación, un hombre. A Fouché, en cambio, le falta por completo esa capacidad de visión rápida del mundo; acarrea, laborioso como una abeja, con innumerables mallas diminutas, con un ir y venir atareado, miles y miles de observaciones, que luego, sumadas y combinadas, dan resultados concienzudos e irrefutables. Su método es el analítico, el de Talleyrand el visionario; su talento es el esfuerzo, el de Talleyrand la rapidez mental: ningún artista podría inventar una pareja de contrarios mejor que la que la historia ha

colocado, en estas dos figuras, junto a Napoleón -en el indolente y genial improvisador Talleyrand y en el calculador vigilante de mil ojos que es Fouché-, junto al genio perfecto que reúne en sí el talento de ambos, la visión de conjunto y la de detalle, la pasión y el esfuerzo, el saber del mundo y la visión del mundo.

Pero nadie se odia más encarnizadamente que las distintas especies de una misma raza. Por eso Talleyrand y Fouché se aborrecen desde el instinto más profundo, desde un conocimiento exacto y visceral el uno del otro. Desde el primer día repugna al gran señor este laborioso trabajador menudo, ese componedor de informes, ese propalador de noticias, ese frío espía que es Fouché, y Fouché, por su parte, se irrita ante la ligereza, el derroche, la displicencia desdeñosamente noble y perezosamente afeminada de Talleyrand. Así, cuando hablan el uno del otro, no son sino puntas de puñal envenenadas. Talleyrand sonríe: «Fouché desprecia tanto a los hombres porque se conoce demasiado bien a sí mismo». Fouché, a su vez, se burla, cuando Talleyrand es nombrado vicecanciller: «Il ne lui manquait que ce vice-là». Donde pueden ponerse mutuamente un obstáculo en el camino, lo hacen con solicitud; donde pueden hacerse daño, aprovechan de buen grado la primera ocasión. El que estos dos, el ágil y el diligente, se complementen tanto en sus cualidades, los hace importantes a Napoleón como ministros, y el que se odien tan encarnizadamente le viene de perlas, pues a causa de ese odio uno vigila al otro mejor de lo que podrían hacerlo cien espías laboriosos. Toda corrupción, todo nuevo despilfarro y negligencia de Talleyrand se los denuncia Fouché con celo; toda intriga rastrera, toda nueva maquinación de Fouché se la sirve Talleyrand con presteza; así se siente Napoleón, gracias a esta extraña pareja, servido y vigilado al mismo tiempo. Como psicólogo superior, Napoleón aprovecha en sus dos ministros la rivalidad de la manera más afortunada, para espolearlos por un lado y mantenerlos a raya por otro.

Con esta enemistad tenaz de los dos rivales, Fouché y Talleyrand, se regocija durante años todo París. Como si fuera una escena de Molière, se contemplan las infatigables variantes de esta comedia en

los peldaños del trono, y todos se divierten viendo cómo los dos servidores del soberano se pinchan constantemente el uno al otro, se persiguen con dardos de ingenio afilados, mientras su amo, con olímpica superioridad, contempla esta disputa que tanto le conviene. Pero mientras él mismo y todos los demás esperan de ellos el divertido juego del gato y el perro, de pronto estos dos refinados actores intercambian el papel y comienzan a actuar juntos en serio. Por primera vez su disgusto común contra el amo se hace más fuerte que su rivalidad. Corre el año 1808, y Napoleón emprende de nuevo, una vez más, la guerra, la más inútil, la más absurda de sus guerras: la campaña de España. En 1805 ha vencido a Austria y a Rusia, en 1807 ha aplastado a Prusia, ha sometido a los Estados alemanes e italianos, y no existe el menor motivo para una enemistad con España. Pero el simple de su hermano José (dentro de unos años el propio Napoleón reconocerá haberse «sacrificado por unos necios») quiere también una corona, y como en ese momento no parece haber ninguna disponible, se decide sencillamente quitársela a la dinastía española violando el derecho de gentes; de nuevo redoblan los tambores, de nuevo marchan los batallones, de nuevo fluye de las arcas el dinero penosamente reunido, y de nuevo se embriaga Napoleón con el peligroso placer de las victorias. Este furor bélico desenfrenado empieza ya poco a poco a resultar excesivo hasta para los más curtidos; tanto Fouché como Talleyrand desaprueban esta guerra desatada por completo sin motivo, en la que Francia se desangrará todavía durante siete años, y como el emperador no escucha ni al uno ni al otro, los dos se acercan imperceptiblemente el uno al otro. Sus cartas, sus consejos, bien lo saben, el emperador los arruga con rabia y los tira a un rincón; hace tiempo que los hombres de Estado nada pueden ya contra los mariscales, los generales, los señores del sable, y menos que nadie contra el clan corsicano, cada uno de cuyos miembros quiere envolver deprisa su pobre pasado en armiño. Así intentan protestar ante toda la opinión pública y, como se les niega la palabra, deciden una pantomima política, un auténtico y genuino golpe teatral: aliarse de manera demostrativa.

No se sabe quién dispuso la escena con tan excelente sentido dramatúrgico, si Talleyrand o Fouché. Sucede lo siguiente: mientras Napoleón combate en España, París bulle sin interrupción en fiestas y vida de sociedad -ya se está acostumbrado a la guerra de cada año como a la nieve en invierno y a la tormenta en verano-, y también en la Rue Saint-Florentin, en la casa del gran canciller, centellean, en una tarde de diciembre de 1808 (mientras Napoleón escribe órdenes de ejército en algún sucio alojamiento de Valladolid), mil bujías, y susurra la música. Están reunidas hermosas mujeres, que Talleyrand ama tanto, sociedad deslumbrante, altos consejeros de Estado y los embajadores extranjeros. Se conversa animadamente, se baila y se disfruta. De pronto surge un leve rumor, un cuchicheo en todos los rincones, el baile se interrumpe, los invitados se agrupan asombrados: ha entrado un hombre al que aquí se hubiera esperado el último, el enjuto Casio, Fouché, a quien, como todo el mundo sabe, Talleyrand odia y desprecia encarnizadamente y que jamás había puesto el pie en esta casa. Pero he aquí que, con exquisita cortesía, el ministro de Asuntos Exteriores cojea al encuentro del ministro de Policía, lo saluda cariñosamente como a un huésped querido y a un amigo, lo toma amorosamente del brazo. Agasajándolo de manera visible y manifiesta, lo conduce por el salón; luego pasan a una sala contigua, se sientan en una chaise longue y conversan en voz baja -sembrando una curiosidad desmedida entre todos los presentes. A la mañana siguiente, todo París conoce la gran sensación. En todas partes no se habla de otra cosa que de esta reconciliación tan repentina y tan ostensiblemente exhibida, y cada cual comprende su sentido. Si el perro y el gato se alían tan tempestuosamente, solo puede ser contra el cocinero: la amistad entre Fouché y Talleyrand significa la desaprobación abierta de los ministros contra su amo, contra Napoleón. Al instante se ponen en pie todos los espías, para averiguar qué se propone en realidad ese complot. En todas las embajadas corren las plumas sobre los informes urgentes; Metternich comunica a Viena por correo extraordinario, (?)«esa unión respondería a los deseos de una nación excesivamente fatigada»(?); pero también los hermanos, las hermanas de Napoleón

dan la voz de alarma y envían, a su vez, por correo urgente, la disparatada noticia al emperador.

Por correo urgente vuela la noticia hacia España, pero acaso más deprisa todavía se precipita Napoleón, como alcanzado por un latigazo, de regreso a París. Ni siquiera llama a sus hombres de confianza a su cuarto en cuanto recibe la carta. Se muerde los labios, los aprieta, y toma al instante las disposiciones para el regreso: esta aproximación de Talleyrand y Fouché le resulta más espantosa que una batalla perdida. El ritmo de su regreso es sencillamente frenético: el día 17 parte de Valladolid, el 18 está en Burgos, el 19 en Bayona, no se detiene en ninguna parte, en todas partes se cambian a toda prisa los caballos exhaustos de tanto fustazo, el 22 irrumpe como un vendaval en las Tullerías, y el 23 ya responde a la ingeniosa comedia de Talleyrand con una escena igual de dramática. Toda la tropa galoneada de oro de los cortesanos, los ministros y los generales son colocados cuidadosamente como comparsas: en público ha de verse cómo el emperador aplasta a puñetazos hasta la más mínima rebeldía contra su voluntad. A Fouché lo había hecho llamar ya el día anterior y, a puerta cerrada, le había echado una reprimenda, que aquel, acostumbrado a semejantes duchas, aguanta inmóvil, disculpándose con palabras suaves y hábiles y esquivando el golpe a tiempo. Para este hombre servil basta, opina el emperador, con un puntapié pasajero; pero Talleyrand, precisamente porque se le tiene por el más fuerte, por el más poderoso, ha de pagar los platos rotos en público. La escena ha sido descrita muchas veces, y la dramática de la historia conoce pocas mejores. Primero el emperador se muestra descontento solo en términos generales por la deslealtad de algunos durante su ausencia; pero luego, irritado por la fría indiferencia de aquel, se vuelve bruscamente hacia Talleyrand, que permanece inmóvil, en su actitud descuidada, apoyado el brazo en la repisa, junto a la chimenea de mármol. Y entonces la lección, calculada de antemano como una comedia, se convierte de pronto, ante los ojos de toda la corte, en verdadera cólera; el emperador grita al hombre mayor y experimentado los insultos más groseros: lo llama ladrón, perjuro,

tránsfuga, venal, capaz de vender a su propio padre por dinero; le echa en cara la culpa del asesinato del duque de Enghien y la de la guerra de España. Ninguna lavandera podría insultar con menos freno a su vecina en el zaguán abierto de su casa de lo que Napoleón insulta al duque de Périgord, al veterano de la Revolución, al primer diplomático de Francia.

Los presentes se quedan petrificados. A todos les invade el malestar. Todos perciben que el emperador hace en ese instante mal papel. Solo Talleyrand, cuya indiferencia ante los ataques parece tan impenetrable, tan curtida como el cuero de un búfalo, que se cuenta que una vez se quedó dormido leyendo un panfleto dirigido contra él, no mueve un músculo de la cara, demasiado altivo para sentir semejantes insultos todavía como ofensas. En silencio, cuando la tormenta ha descargado del todo, cojea a través del pulido parqué hacia la salida y en la antesala suelta tan solo una de esas pequeñas palabras envenenadas que hieren más mortalmente que todos esos puñetazos estrepitosos: «Qué lástima que un hombre tan grande esté tan mal educado», dice con ecuanimidad, mientras deja que el criado le ponga la capa sobre los hombros.

Esa misma noche Talleyrand es destituido de su dignidad de chambelán, y en los días siguientes todos sus envidiosos despliegan con curiosidad el *Moniteur*, para leer entre las noticias de Estado también la comunicación del cese de Fouché. Pero se equivocan. Fouché se queda. Como siempre, en su avance se ha puesto detrás de uno más fuerte, que le sirve de pararrayos. Collot, su compañero como *Mitrailleur de Lyon*, se recordará, es deportado a la isla de la fiebre; Fouché se queda. Babeuf, su compinche en la lucha contra el Directorio, es fusilado; Fouché se queda. Su protector Barras ha de huir del país; Fouché se queda. Y también esta vez cae solo el que iba delante, Talleyrand, y Fouché se queda. Los gobiernos, las formas de Estado, las opiniones, los hombres cambian, todo se derrumba y se desvanece en este torbellino enloquecido del cambio de siglo; solo uno permanece siempre en el mismo lugar, en todos los servicios y en todas las convicciones: Joseph Fouché.

Fouché se mantiene en el poder; más aún: precisamente el que el más inteligente, el más flexible y el más independiente de los consejeros de Napoleón haya recibido diestramente el cordón de seda y sea sustituido por un mero decidor de síes, es justamente lo que refuerza en realidad su influencia. Pero, más importante todavía, además del rival Talleyrand, también el molesto amo deja el sitio libre durante algún tiempo. Pues corre el año 1809, y Napoleón emprende de nuevo, como todos los años, una nueva guerra, esta vez contra Austria.

La ausencia de Napoleón de París y de los asuntos de gobierno es siempre lo más grato que puede sucederle a Fouché. Y cuanto más lejos, mejor; cuanto más tiempo, más grato -en Austria, en España, en Polonia: lo que más desearía es tenerlo otra vez en Egipto. Pues su luz excesivamente fuerte arroja a la sombra a todos los que lo rodean; su presencia superior y creadora paraliza, con su imperiosa superioridad, cualquier otra voluntad. Pero cuando está a cien leguas de distancia, mandando batallas, urdiendo planes de campaña, Fouché puede en casa, de tanto en tanto, jugar él mismo un poco a ser señor y destino, y no necesita ser solo la marioneta de esa mano dura y enérgica.

Con esto se le ofrece por fin a Fouché una ocasión, ¡por fin, por primera vez! 1809 es un año fatídico para Napoleón. Nunca, pese a los éxitos exteriores más manifiestos, había estado tan en peligro su situación militar. En la Prusia derribada, en la Alemania mal domeñada, yacen en guarniciones aisladas, casi indefensas, decenas de miles de franceses de guardia frente a centenares de miles que solo aguardan la llamada a las armas. Un segundo triunfo de los austriacos como el de Aspern, y del Elba al Ródano tiene que estallar una sublevación, la indignación de todo un pueblo. Tampoco en Italia van bien las cosas: el tosco maltrato al Papa ha exasperado a toda Italia, igual que la humillación de Prusia ha exasperado a toda Alemania, y además la propia Francia está cansada. Si se lograra ahora asestar un nuevo golpe contra ese poder militar imperial repartido por toda Europa, desde el Ebro hasta el Vístula, quién sabe si no se derribaría el coloso de bronce, ya fuertemente sacudido. Y

ese golpe lo planean los enemigos jurados de Napoleón, los ingleses. Deciden, mientras las tropas del emperador están repartidas entre Aspern, Roma y Lisboa, avanzar directamente hasta el corazón de Francia, apoderarse primero de las plazas portuarias de Dunkerque, conquistar Amberes y forzar el levantamiento de los belgas. Napoleón, calculan, está lejos con sus ejércitos combativos, con sus mariscales y sus cañones; el país yace indefenso ante ellos.

Pero Fouché está en su puesto, el mismo Fouché que en 1793, bajo la Convención, aprendió cómo se sacan decenas de miles de reclutas en unas pocas semanas. Su energía no ha disminuido desde entonces, pero solo en la sombra había podido actuar, agotándose en pequeñas artimañas y maquinaciones. Y con pasión se lanza a la tarea de poder demostrar por fin, ante la nación y ante el mundo entero, que Joseph Fouché no es un simple pelele de Napoleón, y que en caso necesario es capaz de actuar con tanta decisión y tanta energía resolutiva como el propio emperador. Por fin ha de demostrarse clara y llanamente -¡ocasión maravillosa, caída literalmente del cielo!- que no todo el destino militar y moral depende única y exclusivamente de ese solo hombre. Con audacia desafiante subraya en sus proclamas esta prescindibilidad de Napoleón. «Demostremos a Europa que, si bien el genio de Napoleón da a Francia su esplendor, su presencia no es sin embargo necesaria para rechazar al enemigo», escribe a los alcaldes, y confirma con hechos estas palabras audaces y arrogantes. Pues en cuanto se entera, el 31 de agosto, del desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren, exige de inmediato, como ministro de Policía y como ministro del Interior (cargo que ocupa provisionalmente), la convocatoria de los guardias nacionales, que llevan tranquilamente desde los días de la Revolución trabajando en sus aldeas como sastres, cerrajeros, zapateros y campesinos. Los demás ministros se horrorizan. ¿Cómo, sin permiso del emperador, tomar por cuenta propia una medida de tan largo alcance? En especial el ministro de la Guerra, muy indignado de que un civil, un intruso, se entrometa en su cargo sagrado, se resiste con todas sus fuerzas: primero habría que pedir permiso en Schönbrunn para movilizar. Habría que

esperar lo que el emperador ordene, y no poner en zozobra al país. Pero el emperador está, como de costumbre, a catorce días de correo de distancia para preguntas y respuestas, y Fouché no teme poner en zozobra al país. ¿Acaso no hace Napoleón lo mismo? En el fondo de su ser quiere él también la zozobra, quiere el tumulto. Y así asume, decidido, toda la responsabilidad. Tambores y órdenes convocan, en nombre del emperador, en las provincias amenazadas, a todo hombre a la defensa inmediata, en nombre del emperador, que no sabe nada de todas estas medidas. Y segunda audacia: Fouché nombra comandante en jefe de este ejército del Norte improvisado a Bernadotte, precisamente el hombre entre todos los generales al que Napoleón, aunque es cuñado de su hermano, odia como a ningún otro, al que ha sancionado y desterrado. De ese destierro lo saca Fouché, desafiando al emperador, a los ministros y a todos sus enemigos: le da igual que el emperador apruebe sus medidas. Lo único que importa es que el éxito le dé la razón frente a todos.

Semejante audacia en los segundos decisivos confiere a Fouché algo de verdadera grandeza. Este espíritu nervioso, ávido de trabajo, se consume inquieto por las grandes tareas, y siempre se le encomiendan solo pequeñas, que resuelve jugando. Es natural entonces que la fuerza sobrante busque desahogo y libertad en intrigas malévolas y casi siempre absurdas. Pero en el instante en que a este hombre -exactamente igual que en Lyon y más tarde, tras la caída de Napoleón, en París- se le pone ante una tarea verdaderamente de trascendencia histórica, ante una tarea a la altura de su capacidad, la lleva a cabo magistralmente. La ciudad de Flesinga, que el propio Napoleón calificaba en sus cartas de inexpugnable, cae, tal como Fouché había previsto mejor, en manos de los ingleses tras unos días. Pero el ejército recién formado por Fouché sin autorización ha tenido mientras tanto tiempo de poner en condiciones de defensa Amberes, y así esta incursión de los ingleses termina en una derrota total y muy costosa. Por primera vez desde que Napoleón lleva el timón, un ministro del país se ha atrevido a desplegar por su cuenta la bandera, a recoger la vela, a mantener su

propio rumbo, y precisamente con esa independencia ha salvado a Francia en un instante decisivo de su destino. Desde ese día Fouché tiene un nuevo rango y una nueva confianza en sí mismo.

Entretanto han llegado a Schönbrunn las cartas de acusación del canciller y del ministro de la Guerra, quejas y más quejas sobre las audacias que se permite ese ministro civil. ¡Que ha convocado a la Guardia Nacional, que ha puesto al país en estado de guerra! Todos esperan que Napoleón castigue esa arrogancia y destituya a Fouché. Pero, sorprendentemente, incluso antes de poder saber lo brillantemente que se han acreditado las medidas de Fouché, el emperador le da la razón, frente a todos los demás, por su energía decidida y de rápida iniciativa. El canciller recibe un severo rapapolvo: «Estoy irritado de que, en circunstancias tan extraordinarias, haya aprovechado usted tan poco sus plenos poderes. Debería usted haber levado, en cuanto llegó la primera noticia, veinte mil, cuarenta mil o cincuenta mil guardias nacionales», y escribe literalmente al ministro de la Guerra: «Solo veo al señor Fouché, que ha hecho lo que pudo y que ha sentido lo inconveniente de permanecer en una inactividad peligrosa y deshonrosa». Así, los colegas temerosos, precavidos e incapaces no solo se ven superados por Fouché, sino también intimidados por la aprobación de Napoleón. Y pese a Talleyrand y al canciller, Fouché ocupa el primer puesto de Francia. Ha demostrado, él solo, que no solo sabe obedecer, sino también mandar.

Una y otra vez se verá en Fouché lo mismo: sabe actuar espléndidamente en un instante de peligro. Ponedlo ante la situación más difícil, y la resolverá con su clara energía, audaz y resuelta. Dadle el nudo más enrevesado, y lo desenredará. Pero, por magistral que sea su modo de agarrar las cosas, desgraciadamente no entiende en absoluto el arte hermano, el arte de todas las artes políticas: soltar de nuevo a tiempo. Donde ha metido la mano, ya no puede volver a sacarla. Y precisamente cuando ha desenredado el nudo, un placer diabólico por el juego lo empuja a enredarlo otra vez artificialmente. Así también esta vez. Gracias a su rapidez, a su fuerza ágil para reunir y para atacar, se ha rechazado el pérfido

ataque de flanco. Con terribles pérdidas de hombres y de material, y con pérdidas aún mayores de prestigio, los ingleses han vuelto a embarcar su ejército y se han marchado a casa. Ahora podría uno, tranquilamente, dar por concluida la alarma y enviar a casa a los guardias nacionales movilizados con agradecimientos y legiones de honor. Pero la ambición de Fouché ya ha probado la sangre. Era demasiado magnífico jugar al emperador, convocar a tambor batiente a tres provincias, dar órdenes, redactar proclamas, pronunciar arengas, plantar el puño bajo las narices de los colegas pusilánimes. ¿Y ahora tendría que acabarse ya ese tiempo maravilloso? ¿Ya, precisamente cuando se sentía con placer la propia capacidad de acción desplegándose día tras día, hora tras hora? No, Fouché no piensa en tal cosa. Prefiere seguir jugando a la guerra y a la defensa, aunque haya que inventarse primero al enemigo. Solo seguir tocando el tambor, remover el país, crear inquietud, movimiento tempestuoso. Así, ante un supuesto desembarco de los ingleses previsto cerca de Marsella, ordena una nueva movilización. La Guardia Nacional de todo el Piamonte, de la Provenza e incluso de París es convocada, para asombro general, aunque no se ve ningún enemigo por ningún lado, ni en tierra ni en la costa, por la sola razón de que Fouché está poseído por el vértigo, por el placer largo tiempo negado de organizar y movilizar, porque el hombre de acción largamente reprimido y contenido que lleva dentro puede, gracias a la ausencia del dueño del mundo, desahogarse por una vez. ¿Pero contra quién todos esos ejércitos?, se pregunta todo el país, cada vez más extrañado. Los ingleses no aparecen. Poco a poco hasta los más benévolos de sus colegas empiezan a desconfiar: ¿qué se propone ese hombre insondable con sus movilizaciones desaforadas? No comprenden que en Fouché solo se embriaga un secreto placer lúdico con su propia capacidad de acción. Y como no ven por ninguna parte ni la punta de una bayoneta, ningún enemigo contra el que se refuercen día a día esas formidables levas, empiezan a atribuir involuntariamente a Fouché planes ambiciosos; unos dicen que prepara una sublevación; otros, que quiere, si el emperador sufre un segundo Aspern o si otro Friedrich Staps tiene más suerte con su atentado, proclamar de inmediato la vieja

República; y ahora vuela carta tras carta al cuartel general de Schönbrunn diciendo que Fouché se ha vuelto loco o conspirador. Ahora, por fin, hasta Napoleón, pese a su buena disposición, empieza a inquietarse. Ve que Fouché ha crecido demasiado, que hay que volver a agacharlo. El viento en las cartas cambia bruscamente. Le echa una reprimenda en toda regla, lo llama «un don Quijote que se pelea con molinos de viento», y escribe en el viejo tono duro: «Todas las noticias que recibo me hablan de guardias nacionales que se levan en el Piamonte, en el Languedoc, en la Provenza, en el Delfinado. ¡Qué diablos se quiere hacer con todos ellos, si no existe ninguna necesidad, y eso que no podía hacerse sin mis órdenes!». Así, con el corazón lleno de amargura, ha de dejar Fouché el juego de amo, entregar el Ministerio del Interior y -escoba, escoba, vuelve a ser lo que eras- volver otra vez al rincón, volver a hacer de ministro de Policía de su amo, que regresa glorioso a casa, que ha regresado demasiado pronto para su gusto.

Con todo, aunque haya hecho de más, Fouché es el único que, en medio del temor de los demás ministros, ha hecho algo oportuno y acertado en el momento de mayor peligro para la patria. Así, Napoleón ya no puede seguir negándole el honor que ya ha concedido a tantos otros. Ahora que sobre la tierra de Francia, abonada en exceso con sangre, se hace crecer una nueva nobleza, ahora que a todos los generales, ministros y servidores se les ennoblece el nombre, le llega también el turno a Fouché, el viejo enemigo de los aristócratas, de convertirse él mismo en aristócrata.

El título de conde ya le había sido confeccionado en silencio con anterioridad. Pero el viejo jacobino ha de subir todavía más alto en esta escalera aérea de los nombres. El 15 de agosto de 1809, en el palacio de Su Majestad Apostólica, el emperador de Austria, en la suntuosa cámara de Schönbrunn, el antiguo tenientillo de Córcega firma y sella para el antiguo comunista y prófugo maestro clerical un benévolo pergamino, en virtud del cual Joseph Fouché puede llamarse desde ahora -¡respeto!- duque de Otranto. Es cierto que no ha combatido en Otranto y que jamás ha visto con sus propios ojos esa comarca del sur de Italia, pero precisamente un nombre

nobiliario tan sonoro y de resonancia tan extranjera resulta idóneo para enmascarar a un antiguo archirrepublicano, pues, si se pronuncia con suficiente estruendo, puede olvidarse que detrás de ese duque se esconde el verdugo de Lyon, el viejo Fouché del pan único y de las confiscaciones de bienes. Y para que se sienta bien como caballero, se le concede además la insignia de su ducado: un escudo de armas flamante. Pero, cosa curiosa: ¿ha buscado el propio Napoleón esta peligrosa alusión tan característica, o se ha permitido el heraldista de oficio, por su cuenta, una pequeña broma psicológica? En cualquier caso, el escudo del duque de Otranto muestra en el centro una columna de oro -bien adecuada para este apasionado amante del oro. Y alrededor de esa columna de oro se enrosca una serpiente -probablemente también una sutil alusión a la flexibilidad diplomática del nuevo duque. Verdaderamente debe de haber tenido a su servicio heraldistas muy hábiles, Napoleón, pues no se habría podido inventar un escudo más característico para un Joseph Fouché.

# Capítulo VI

# La lucha contra el Emperador (1810)

Un gran ejemplo corrompe o eleva siempre a toda una generación. Cuando un hombre como Napoleón Bonaparte irrumpe en su época, a todos los hombres de su entorno se les plantea la elección de empequeñecerse ante él y desaparecer sin dejar rastro frente a su grandeza, o de tensar la propia fuerza hasta lo desmesurado siguiendo su ejemplo. Los hombres que rodean a Napoleón solo pueden convertirse en sus esclavos o en sus rivales: una presencia tan descollante no tolera a la larga término medio alguno.

Fouché es uno de aquellos a quienes Napoleón ha sacado de su equilibrio. Le ha envenenado el alma con el peligroso ejemplo de la insaciabilidad, con la coacción demoníaca de superarse constantemente: también él quiere ahora, como su señor, dilatar y tensar sin cesar los límites de su poder, también él está perdido para la quieta perseverancia, para la cómoda satisfacción. Por eso, ¡qué decepción fueron los días en que Napoleón regresa triunfante de Schönbrunn y toma él mismo las riendas! ¡Qué espléndidos fueron los meses en que se podía disponer a libre albedrío, tocar a rebato a los ejércitos, promulgar proclamas, tomar decisiones audaces por encima de la cabeza de los temerosos colegas, ser por fin dueño de un país, jugador en la gran mesa del destino del mundo! Y ahora

Joseph Fouché no ha de ser de nuevo más que ministro de Policía, vigilar a los descontentos y a los charlatanes de los periódicos, remendar a diario su tedioso boletín con partes de espías, ocuparse de fruslerías, por ejemplo con qué mujer mantiene Talleyrand relaciones o quién es culpable de la caída de ayer de la renta en la Bolsa. No, eso, desde que ha sentido la mano en los acontecimientos del mundo, al timón de la gran política, no es ya más que menudencia y despreciable menudeo de papeles para este espíritu inquieto, ávido de sucesos. Quien una vez ha jugado con tan alta apuesta ya no vuelve a acomodarse a semejantes bagatelas. Mostrar una vez más que también junto a Napoleón hay lugar para las hazañas: esta idea ya no quiere soltarlo.

Pero ¿qué quedaría aún por hacer junto a Uno que lo ha hecho todo, que ha abatido a Rusia, a Alemania, a Austria, a España y a Italia, a quien el emperador de la dinastía más antigua de Europa da por esposa a una archiduquesa, que ha derrocado al Papa y el milenario predominio de Roma y ha fundado desde París un imperio mundial europeo? Nervioso, febril, celoso, la ambición de Fouché escruta en todas direcciones en busca de una tarea. Y, en efecto: en el edificio del dominio del mundo solo falta la última almena suprema, la paz con Inglaterra; solo entonces estaría concluida la obra. Y esta última hazaña europea quiere ahora llevarla a cabo Joseph Fouché él solo, sin Napoleón y contra Napoleón.

Inglaterra es —en 1809 exactamente igual que en 1795— el enemigo ancestral, el adversario más peligroso de Francia. Ante las puertas de Acre, ante los baluartes de Lisboa, en todos los confines del mundo, la voluntad de Napoleón ha chocado contra la fuerza fría de nervios, reflexiva, metódica de los anglosajones, y mientras él conquistaba toda la tierra de Europa, ellos le arrebataron la otra mitad del mundo, el mar. Él no puede alcanzarlos a ellos ni ellos a él; ambos se esfuerzan desde hace casi veinte años, en un empeño renovado una y otra vez, por acabar el uno con el otro. Ambos se han debilitado terriblemente en esta lucha absurda, y ambos están ya, sin confesarlo, un poco cansados. Los bancos de Francia, Amberes y Hamburgo quiebran desde que los ingleses les

estrangulan el comercio; en el Támesis, a su vez, se amontonan los barcos con mercancías sin vender, la renta inglesa y la francesa se hunden cada vez más hondo, y en ambos países los comerciantes, los banqueros, los hombres de razón empujan hacia el entendimiento e inician, muy tímidamente, negociaciones discretas. Pero a Napoleón le parece más importante que su fraterno mentecato José conserve la corona real de España y su hermana Carolina la de Nápoles; así que rompe las negociaciones de paz laboriosamente entabladas por medio de Holanda y golpea con puño de hierro a sus aliados para que cierren sus puertos a los barcos ingleses, arrojen sus mercancías al mar, y ya parten hacia Rusia cartas amenazadoras para que se someta también ella al bloqueo continental. Una vez más la pasión estrangula a la razón, y la guerra amenaza con eternizarse si el partido de la paz no cobra ánimo en la última hora y pasa a la acción. En estas negociaciones con Inglaterra, rotas prematuramente, también Fouché ha tenido sus manos metidas en el juego. Él ha procurado al Emperador y al rey de Holanda el intermediario, un financiero francés; este, uno holandés; este, a su vez, uno inglés; por el probado puente de oro pasaron —como durante toda guerra y en todos los tiempos— tentativas secretas de entendimiento de gobierno a gobierno. Pero ahora el Emperador ha ordenado bruscamente que se interrumpan las negociaciones. Eso no le conviene a Fouché. ¿Por qué no seguir negociando? Negociar, regatear, prometer y embaucar es, en efecto, su pasión predilecta. Así que concibe un plan temerario. Decide seguir negociando por su cuenta y riesgo, aunque en apariencia por encargo del Emperador, dejando así tanto a sus propios agentes como al gabinete inglés en la creencia sincera de que el Emperador se afana por la paz a través de ellos, mientras que en realidad es únicamente el duque de Otranto quien mueve los hilos. Es una jugada disparatada, un abuso descarado del nombre imperial y de su propio cargo ministerial, una insolencia sin igual en la historia universal. Pero tales secretos, tales juegos equívocos y laberínticos, mistificar no a uno, sino a tres o cuatro a la vez, son precisamente la pasión más propia de Fouché, intrigante nato y jurado. Como el colegial que hace muecas a espaldas del maestro, ama las

escapadas a espaldas del Emperador, y, exactamente igual que el chico atrevido, arriesga de buen grado una paliza o una reprimenda por el simple placer de la insolencia, del engaño. Cien veces, ya se ha visto, se ha regocijado con tales escarceos políticos; pero nunca se ha permitido una acción más audaz, más arbitraria y más peligrosa que la de negociar, en apariencia en nombre del Emperador y en realidad contra su voluntad, con el gabinete de Asuntos Exteriores inglés la paz entre Francia e Inglaterra. La maquinación está preparada de manera genial. Para este fin recurre a uno de sus turbios financieros, el banquero Ouvrard, que ya un par de veces ha rozado con la cabeza el muro de la cárcel. Napoleón detesta a este sujeto turbio por su mala fama, pero eso apenas inquieta a Fouché, que trabaja con él en la Bolsa. Con este hombre se sabe seguro, pues lo ha sacado del apuro en varias ocasiones y lo tiene bien sujeto por las riendas. A este Ouvrard lo envía ahora al banquero holandés Labouchère, hombre de gran influencia, que de buena fe se dirige a su suegro, el banquero Baring de Londres, quien a su vez lo pone en relación con el gabinete inglés. Y así surge un disparatado juego de trompo: Ouvrard, como es natural, cree que Fouché actúa por encargo del Emperador, y transmite su comunicación como oficial al gobierno holandés. Esta garantía basta a su vez a los ingleses para tomarse las negociaciones muy en serio. Así, Inglaterra cree negociar con Napoleón, y solo negocia con Fouché, quien, naturalmente, se guarda muy bien de informar al Emperador del secreto curso de las conversaciones. Quiere primero dejar que el asunto madure bien, allanar las dificultades, para luego presentarse de pronto como el deus ex machina ante el Emperador y el pueblo francés y decir con orgullo: «¡Aquí está la paz con Inglaterra! Lo que todos querían y todos deseaban, lo que ninguno de vuestros diplomáticos logró, eso lo he llevado a cabo yo solo, el duque de Otranto, como tarea extraordinaria de mi propio celo.»

¡Pero qué lástima! Una pequeña casualidad estúpida viene a turbar esta espléndida y emocionante partida de ajedrez. Napoleón ha viajado con su joven esposa María Luisa a Holanda, de visita a su hermano Luis. Un recibimiento fastuoso le hace olvidar la política.

Pero un día, en una conversación casual, su hermano el rey Luis, dando por supuesto, naturalmente, como todos los demás, que aquellas negociaciones secretas con Inglaterra se llevaban con el consentimiento del Emperador, le pregunta por los progresos del entendimiento. Napoleón se sobresalta. Como un relámpago recuerda haberse cruzado precisamente en Amberes con ese odiado Ouvrard. ¿Qué está pasando ahí? ¿Qué significa ese ir y venir entre Inglaterra y Holanda? Pero no deja traslucir su sorpresa: solo, con toda indiferencia, pide a su hermano que le haga llegar en algún momento la correspondencia del banquero holandés. Esto sucede al instante, y en el camino de vuelta de Holanda a París, Napoleón tiene ocasión de leerla: en efecto, una negociación de la que no tenía la menor idea. Con furia desmedida husmea al instante el rastro furtivo del duque de Otranto, que una vez más caza a hurtadillas en terreno ajeno. Pero, vuelto él mismo astuto a fuerza de tratar con este astuto, oculta primero su sospecha bajo una cortesía solapada, para no alertar al hombre escurridizo y dejar que se le escape. Solo al comandante de su gendarmería, Savary, el duque de Rovigo, se confía, y le ordena que detenga rápida y discretamente al banquero Ouvrard y se apodere de todos sus papeles.

Solo entonces, el 2 de junio, tres horas después de esta orden, convoca a sus ministros en Saint-Cloud y pregunta con brusquedad y sin rodeos al duque de Otranto hasta qué punto tiene conocimiento de ciertos viajes del banquero Ouvrard, y si acaso lo ha enviado él mismo a Ámsterdam. Fouché, sorprendido, pero lejos aún de sospechar la trampa en que ha caído, actúa como de costumbre cuando se le agarra de la manga; exactamente igual que en su día, en tiempos de la Revolución, con Chaumette, y bajo el Directorio, con Babeuf, busca librarse desentendiéndose sin más de su cómplice. Ah, Ouvrard, dice, es un hombre entrometido, al que le gusta meterse en toda clase de asuntos, y además todo el caso es completamente irrelevante, un juego, una niñería. Pero Napoleón tiene mano dura, no afloja tan fácilmente. «Esas no son maquinaciones sin importancia», le espeta Napoleón. «Es un

inaudito olvido del deber permitirse negociar con el enemigo a espaldas de su soberano, sobre condiciones que este no conoce y que probablemente nunca aprobará. Es una infracción del deber que ni el gobierno más débil toleraría. Ouvrard debe ser detenido en el acto.» Ahora la cosa se pone incómoda para Fouché. ¡Solo faltaba eso, que detuvieran a Ouvrard! ¡Ese se iría de la lengua! Así que se esfuerza, con toda clase de subterfugios, en disuadir al Emperador de esa medida. Pero el Emperador, que sabe que a esa hora su propio policía tiene ya al banquero bajo llave y cerrojo, no hace sino escuchar con sorna al desenmascarado. Conoce ya al verdadero instigador de esta temeraria maquinación, y los papeles confiscados a Ouvrard revelan muy pronto todo el juego de Fouché.

Ahora estalla el rayo de la nube de desconfianza largo tiempo acumulada. Al día siguiente, domingo, Napoleón, después de misa (pues aunque unos años antes hizo arrestar al Papa, se ha vuelto de nuevo piadoso ahora que es yerno de Su Majestad Apostólica), convoca a todos los ministros y dignatarios de la corte a la recepción matinal. Falta uno solo: el duque de Otranto. Aunque es ministro, no ha sido invitado. El Emperador hace que su consejo tome asiento en torno a la mesa y comienza sin más preámbulos con la pregunta: «¿Qué opinan ustedes de un ministro que abusa de su cargo y entabla relaciones con una potencia extranjera sin conocimiento de su soberano? ¿Que negocia sobre bases que él mismo se ha inventado y compromete así la política de todo el país? ¿Qué castigo prevén nuestros códigos para semejante infracción del deber?» Tras esta severa pregunta, el Emperador recorre el círculo con la mirada, esperando sin duda que todos sus consejeros y criaturas propongan de inmediato el destierro o alguna otra medida ignominiosa. Pero he aquí que los ministros, aunque adivinan al instante contra quién apunta la flecha, se envuelven en un embarazoso silencio. En el fondo, todos dan la razón a Fouché por haberse esforzado enérgicamente por la paz, y, como buenos y auténticos servidores, se alegran de la audaz jugarreta que le ha hecho al autócrata. Talleyrand (ya no ministro, pero convocado como gran dignatario a este importante asunto) sonríe quedamente para sus adentros;

recuerda su propia humillación de dos años atrás, y le regocija el apuro en que se encuentran ahora tanto Napoleón como, por otra parte, Fouché, a ninguno de los cuales aprecia. Por fin el gran canciller Cambacérès rompe el silencio y observa, conciliador: «Sin duda se trata de un desliz que merecería un severo castigo, a no ser que el culpable se haya dejado llevar a este error por un exceso de celo en el servicio.» «¡Exceso de celo!», salta Napoleón con ira; la respuesta no le conviene, pues no quiere una disculpa, sino un castigo ejemplar y severo, una sanción bien visible de toda iniciativa propia. Agitado, cuenta todo lo sucedido y exige a los presentes que le propongan un sucesor.

Pero, de nuevo: ninguno de los ministros se apresura a intervenir en asunto tan enojoso; el miedo a Fouché ocupa en todos ellos, por igual, el segundo lugar después del miedo a Napoleón. Al final Talleyrand se ayuda, como siempre en las ocasiones difíciles, con una hábil ocurrencia. Se vuelve hacia su vecino y dice a media voz: «Sin duda el señor Fouché ha cometido un error, pero si tuviera que darle un sucesor —y se lo daría—, no sería otro sino el propio señor Fouché.» Descontento con sus ministros, a quienes él mismo ha convertido en autómatas y en pusilánimes mamelucos, Napoleón levanta la sesión y llama al canciller a su gabinete. «Realmente, no vale la pena consultar a estos señores. Ya ven qué propuestas tan útiles cabe esperar de ellos. Pero no creerá usted que pensaba en serio consultarlos antes de haberme puesto yo mismo en claro conmigo. Mi elección está hecha: el duque de Rovigo será ministro de Policía.» Y sin que este pueda expresar si siente inclinación o no por tan desagradable sucesión, el Emperador lo recibe esa misma noche con la orden brusca: «Es usted ministro de Policía. Preste juramento y póngase a trabajar.»

El cese de Fouché se convierte de inmediato en el tema del día, y de golpe la opinión pública entera se pone de su lado. Nada ha granjeado a este ministro de doble lengua tantas simpatías como precisamente su resistencia al despotismo sin freno —ya insoportable para una generación francesa acostumbrada a la libertad— de un hombre encumbrado por la Revolución. Y nadie

quiere además admitir que haya sido un crimen digno de castigo buscar por fin, incluso contra la voluntad del belicoso, la paz con Inglaterra. Todos los partidos, los realistas, los republicanos y los jacobinos, y asimismo los embajadores extranjeros, deploran unánimes en la caída del último ministro sincero de Napoleón la evidente derrota de la idea de paz, y hasta en su propio palacio, en su propia alcoba, Napoleón debe encontrar, igual que con su primera esposa, Josefina, ahora también con la segunda, María Luisa, un abogado defensor de Joseph Fouché. El único hombre de su entorno que su padre, el emperador de Austria, le había señalado como digno de confianza, dice ella consternada, ha sido ahora destituido. Nada expresa con mayor claridad el verdadero estado de ánimo de la Francia de entonces que el hecho de que el disfavor del Emperador realce el prestigio de un hombre ante la opinión pública; y el nuevo ministro de Policía, Savary, resume en palabras muy características la impresión demoledora que causa la destitución de Fouché: «Creo que la noticia del estallido de una peste no habría difundido más terror que la de mi nombramiento como ministro de Policía.» En verdad, se ha hecho fuerte junto al Emperador en estos diez años, Joseph Fouché.

Por qué vía, no se sabe, pero el reflujo de esta repercusión debió de llegar también hasta Napoleón. Pues apenas ha dado a Fouché la estocada que lo saca del cargo, ya se apresura a ponerse guantes sobre el puño. A posteriori, el cese, exactamente igual que el primero, en 1802, se dora de nuevo y se disfraza de traslado a otro destino. Al duque de Otranto se le concede, por la pérdida del Ministerio de Policía, el título honorífico de consejero de Estado, y se le nombra embajador de la monarquía en Roma. Y nada caracteriza mejor el estado de ánimo del Emperador, oscilante entre el temor y la ira, entre el reproche y el agradecimiento, entre el resentimiento y la conciliación, que la carta de despedida destinada solo a uso personal. «Señor duque de Otranto, sé los servicios que me ha prestado y creo en su adhesión a mi persona y en su celo por mi servicio. Sin embargo, me es imposible dejarle el puesto ministerial; me rebajaría demasiado si lo hiciera. El cargo de ministro de Policía

exige una confianza plena e ilimitada, y esa confianza ya no puede subsistir desde que usted, en un asunto importante, ha puesto en juego mi tranquilidad y la del Estado, lo cual, a mis ojos, no puede excusarse ni siquiera por motivos loables. Su singular concepción de los deberes de un ministro de Policía no se aviene con el bien del Estado. Sin dudar de su adhesión y de su fidelidad, tendría, sin embargo, que someterlo a una vigilancia continua y fatigosa, que no puede exigírseme. Su vigilancia sería necesaria a causa de las muchas cosas que usted hace por su propia cuenta, sin saber si responden a mi voluntad, a mis intenciones... No puedo esperar que cambie usted su modo de proceder, pues ya desde hace años las manifestaciones patentes de mi desagrado no han producido en usted cambio alguno. Apoyado en la pureza de sus intenciones, no ha querido usted comprender que se puede causar mucho mal con la intención de hacer el bien. Mi confianza en su talento y en su fidelidad permanece inquebrantable. Espero encontrar pronto ocasión de demostrar aquella y de utilizar esta para mi servicio.» Esta carta abre, como una llave secreta, la relación más íntima de Napoleón con Fouché, y bien vale la pena tomarse la molestia de leer dos veces esta pequeña obra maestra, para sentir cómo la voluntad y la contravoluntad, el reconocimiento y la aversión, el temor y la secreta estima se entrecruzan en cada frase. El autócrata quiere un esclavo y se irrita al encontrar un hombre independiente. Quiere desembarazarse de él y, sin embargo, teme convertirlo en su enemigo. Lamenta perderlo y, al mismo tiempo, se alegra de librarse del hombre peligroso.

Pero, en igual medida gigantesca en que ha crecido la autoconfianza de Napoleón, ha crecido también la de su ministro, y la simpatía general endereza a Joseph Fouché aún más el espinazo. No, así de fácil ya no se puede despachar al duque de Otranto. Napoleón ha de ver el aspecto que presenta su Ministerio de Policía cuando se le enseña a Joseph Fouché la puerta desde fuera, y su sucesor ha de darse cuenta de que se sienta en un avispero y no en un sillón ministerial cuando osa la audacia de querer sustituirlo. No ha creado en diez años este instrumento magníficamente afinado

para un bigotudo de dedos torpes como Savary, un novato así en diplomacia, ni para que un chapucero siga trabajándolo con torpeza y presente como logro propio lo que su antecesor ideó en días y noches de trabajo penoso y laborioso. No, su despedida no ha de resultarles tan cómoda como ambos se imaginan. Han de aprender los dos, Napoleón y Savary, que un Joseph Fouché no muestra, como los demás, solo el espinazo encorvado, sino también los dientes.

Fouché está decidido a no marcharse con la cabeza gacha. No quiere una paz podrida, ni una capitulación resignada. Ofrecer resistencia abierta, no es, desde luego, tan necio, no está en su modo de ser. Solo quiere gastarse una broma, una pequeña, ingeniosa, alegre broma, con la que París se regocije y con la que Savary aprenda que en los dominios del duque de Otranto hay soberbias trampas escondidas. Una y otra vez hay que recordar aquel rasgo de carácter extraño y diabólico de Joseph Fouché: que precisamente su más extremo encono engendra en él un feroz gusto por la broma, que su valor, cuando se exalta, no se vuelve viril, sino una temeridad grotescamente peligrosa. Jamás golpea con el puño cuando alguien se le acerca demasiado, sino siempre, y precisamente en el mayor encono, con el látigo del bufón, eso sí, de modo que convierte al otro en bufón. Todo cuanto de instintos apasionados alberga este hombre reservado y hermético espumea y burbujea impetuosamente en tales ocasiones, y estos momentos de aparente jovialidad en la ira son al mismo tiempo los que mejor revelan lo subterráneamente ardiente, lo demoníacamente diabólico de su naturaleza.

¡Una broma pesada, pues, para su sucesor! No puede ser difícil de idear, sobre todo tratándose de un cándido zoquete. El duque de Otranto se pone, así, el uniforme de gala y un semblante especialmente cortés para recibir a su sucesor en su visita de toma de posesión. Y, en efecto, apenas aparece Savary, duque de Rovigo, lo colma impetuosamente de gentilezas. No solo lo felicita por la elección tan honrosa del Emperador, sino que le da las gracias sin más por haberle quitado de encima ese cargo que lo fatigaba y que

llevaba ya demasiado tiempo pesándole sobre los hombros. Ah, dice, ahora está tan contento, tan satisfecho, de poder descansar un poco de aquel trabajo monstruoso. Pues un trabajo monstruoso, sí, un trabajo ingrato, es este ministerio; el duque lo verá pronto por sí mismo, sobre todo porque no está acostumbrado a él. Con todo, le complacería servirle poniendo rápidamente en buen orden el ministerio, algo desordenado —el cese lo ha sorprendido bastante desprevenido—; claro que eso requerirá unos días, pero si el duque de Rovigo está de acuerdo, él, Fouché, se tomaría con gusto esa pequeña molestia, y mientras tanto su esposa, la duquesa de Otranto, podría realizar cómodamente la mudanza. El buen Savary, duque de Rovigo, no percibe la pimienta en la miel. Solo se asombra alegremente de tanta amabilidad en un hombre a quien todos, sin embargo, describen como malicioso y taimado; es más, hasta le da cortésmente las gracias al duque de Otranto por su extraordinaria gentileza. Que se quede, por supuesto, todo el tiempo que le convenga; se inclina y estrecha, conmovido, la mano al buen Fouché, tan incomprendido.

¡Qué lástima que no se pudiera ver ni dibujar el rostro de Joseph Fouché en el instante en que la puerta se cerró tras su sucesor engañado! Necio, ¿de verdad crees que aún voy a ponerte orden y a dejarte, en carpetas bien ordenadas, claras y manejables, para tus torpes zarpas, los últimos secretos que he ido reuniendo pieza a pieza en diez años de trabajo penoso? ¿Voy a engrasarte y limpiarte todavía la máquina, mi maravillosa invención, que tan magníficamente silenciosa, diente contra diente, rueda contra rueda, absorbe y elabora, invisible, noticias de todo un imperio? ¡Necio, ya verás lo que te espera!

Al instante se desata un ajetreo desaforado. Se llama a un amigo de confianza para que le ayude. Se cierra cuidadosamente con llave la puerta del gabinete, y ahora todos los papeles importantes y secretos son arrancados a toda prisa de los expedientes. Todos los que algún día puedan servirle como armas, los acusatorios y los delatores, Joseph Fouché se los lleva para uso privado; los demás son quemados sin miramientos. ¿Para qué necesita saber el señor

Savary quién presta servicios de espionaje en el distinguido barrio del Faubourg Saint-Germain, quién en el ejército, quién en la corte? Podría facilitarle demasiado el trabajo. ¡Así que al fuego con las listas! Solo los nombres de los soplones y confidentes del todo insignificantes, de los porteros y las rameras, de quienes de todos modos no obtiene nada importante, puede quedárselos. Con rapidez fulminante se vacían las cajas. Los preciosos registros con los nombres de los realistas del extranjero, de los corresponsales secretos, desaparecen; en todas partes se crea artificialmente el desorden, se destruye el registro, los expedientes reciben números falsos, se cambian las cifras, y al mismo tiempo se toma en secreto a los empleados más importantes del futuro ministro como espías, para que sigan informando en secreto a su antiguo y verdadero amo. Fouché afloja y arranca tornillo tras tornillo de la enorme maquinaria, para que los engranajes ya no encajen entre sí y el relevo se atasque por completo en manos del heredero, ajeno a todo. Igual que los rusos incendian su ciudad santa, Moscú, ante Napoleón para que este no encuentre allí un alojamiento cómodo, así destruye y socava Fouché su propia y amada obra de toda una vida. Cuatro días, cuatro noches humea la chimenea; cuatro días y cuatro noches dura este trabajo diabólico. Y sin que nadie en los alrededores sospeche lo más mínimo, los secretos del imperio escapan volando por la chimenea como materia inasible, o emigran a los armarios de Ferrières.

Luego, aún una reverencia especialmente cortés, especialmente amable, ante el sucesor ignorante de todo: ¡Por favor, tome asiento! Un apretón de manos y un agradecimiento aceptado con astucia. En realidad, el duque de Otranto debería partir ahora en correo urgente hacia Roma, a su embajada. Pero prefiere viajar antes a su castillo de Ferrières. Y allí espera, temblando por dentro de impaciencia y de gozo, el primer grito de ira de su sucesor engañado, en cuanto este advierta la broma que Joseph Fouché le ha jugado.

¿Verdad que la jugarreta está espléndidamente ideada, jugada con refinamiento y llevada a término con audacia? Solo que, por desgracia, a Joseph Fouché se le ha colado un pequeño error de

cálculo en esta alegre mistificación. Pues cree tener su bromita a costa del duque inexperto, recién estrenado, ese lactante ministerial. Pero olvida que este suplente ha sido nombrado ministro por un señor que no se deja tomar el pelo. De todos modos, Napoleón observa ya con mirada desconfiada el comportamiento de Fouché. No le gusta esa prolongada demora en la entrega, ese interminable retraso del viaje a Roma. Además, la investigación contra Ouvrard, el cómplice de Fouché, ha dado un resultado inesperado: que Fouché ya antes había confiado a otro intermediario notas dirigidas al gabinete inglés. Y hasta ahora a nadie le ha ido bien tomarle el pelo a Napoleón. De repente, el 17 de junio, cae sobre Ferrières, como un latigazo, una nota cortante: «Señor duque de Otranto, le ruego que me remita aquel informe que, para sondear a lord Wellesley, entregó usted a un tal señor Fagan, quien le trajo de ese lord una respuesta que nunca ha llegado a mi conocimiento.» Este duro tono de fanfarria podría despertar a un muerto. Pero Fouché, del todo embriagado de amor propio y de temeridad, no se apresura a responder. Entretanto, en las Tullerías se ha echado aceite al fuego. Savary ha descubierto el saqueo del Ministerio de Policía y, consternado, lo ha comunicado al Emperador. Al instante cae una segunda nota, luego una tercera, exigiendo la entrega inmediata de «toda la cartera ministerial». El secretario de gabinete lleva la orden en persona y tiene el encargo de arrebatar de inmediato al duque de Otranto los papeles sustraídos ilícitamente. La broma ha terminado, comienza el combate.

La broma ha terminado, en verdad: Fouché debería comprenderlo ya. Pero es como si el diablo lo llevara a medirse muy en serio con Napoleón, con el hombre más fuerte del mundo. Pues declara al enviado, en abierta contradicción con la verdad, que lo lamenta infinitamente, pero que no tiene cartas. Que las ha quemado todas. Naturalmente, nadie cree a Fouché, y menos que nadie Napoleón. Por segunda vez lo hace amonestar, con más dureza, con más urgencia: se conoce su impaciencia. Pero ahora la temeridad se vuelve desafío, el desafío se vuelve insolencia, la insolencia se vuelve provocación. Pues Fouché repite que ya no le queda un solo

papel, y justifica esta supuesta destrucción de los documentos privados del Emperador de un modo francamente extorsivo. Su Majestad, dice con sorna, lo había honrado con tal confianza que, si alguno de sus hermanos suscitaba su disgusto, lo encargaba a él de devolverlos a su deber. Y como cada uno de los hermanos, a su vez, le comunicaba entonces sus propias quejas, había considerado su deber no conservar tales cartas. Tampoco las hermanas de Su Majestad habían estado siempre a salvo de calumnias, y el propio Emperador se había dignado comunicarle todos aquellos rumores y le había encargado que averiguara qué imprudencias los habían provocado. Esto es claro, y más que claro: Fouché da a entender al Emperador que sabe mucho y que no está dispuesto a dejarse tratar como a un lacayo. El mensajero comprende la amenaza extorsiva y habrá tenido no poco trabajo en traducir a su señor, en forma soportable, una respuesta tan temeraria. Entonces el Emperador estalla. Se enfurece de tal modo que el duque de Massa debe calmarlo y, para zanjar de una vez el enojoso asunto, se ofrece a exhortar personalmente al rebelde a que entregue los papeles retenidos. Una segunda intimación llega por medio del nuevo ministro de Policía, el duque de Rovigo. Pero a todo responde Fouché con igual cortesía y firmeza: lamentablemente, lamentablemente, lamentablemente, pero por excesiva discreción ha quemado los papeles. Por primera vez, un hombre en Francia desafía abiertamente al Emperador.

Esto es demasiado. Al igual que Napoleón ha subestimado a Fouché durante diez años, así también ha subestimado Fouché a Napoleón, si cree que puede intimidarlo con un par de indiscreciones. ¡Desafiarlo a él, por delante de todos los ministros, a él, a quien el zar Alejandro, el emperador de Austria, el rey de Sajonia han ofrecido a sus hijas, ante quien tiemblan como colegiales todos los reyes alemanes e italianos! ¿A él, a quien no pudieron resistir todos los ejércitos de Europa, quiere negarle obediencia esta momia pálida, este intrigante escuálido envuelto en un manto ducal aún no del todo ganado? No, así no se deja uno tomar el pelo, cuando se es Napoleón. Al instante llama al jefe de la

policía privada, Dubois, y se desahoga ante él en los más furiosos estallidos contra el «miserable y ruin Fouché». Con pasos duros y resonantes va y viene, colérico, y de pronto rompe a gritar. «Pero que no espere poder hacer conmigo lo que hizo con su Dios, con la Convención y con el Directorio, a quienes traicionó y vendió ruinmente. Yo tengo mejores ojos que Barras; conmigo no le será tan fácil el juego, pero le aconsejo que esté alerta. Sé que tiene notas e instrucciones mías; insisto en que me las devuelva. Si se niega, entréguenlo de inmediato a diez gendarmes y llévenlo a la cárcel, y, por Dios, le mostraré con qué rapidez se puede llevar adelante un proceso.»

Ahora la cosa se pone candente. Ahora empieza incluso a escocerle a Fouché en la nariz. Cuando Dubois se presenta, Fouché ha de soportar que a él, al duque de Otranto, al antiguo ministro de Policía, su propio antiguo subordinado le ponga los sellos en toda su correspondencia; cosa que podría volverse peligrosa si, naturalmente, el precavido no hubiera puesto ya hace tiempo a buen recaudo los papeles verdaderamente importantes. Pero, en todo caso, empieza a amanecerle que se ha estrellado de cabeza contra la pared. A toda prisa escribe ahora carta tras carta, una al Emperador, otras a cada uno de los ministros, para quejarse de la desconfianza con que se trata a él, al más honrado, al más sincero, al de más entereza, al ministro más fielmente entregado, y en una de estas cartas se disfruta especialmente de la encantadora frase: «Il n'est pas dans mon caractère de changer» (en efecto, escritas de su puño y letra, negro sobre blanco, están estas palabras del camaleón de carácter que es Fouché). Y, exactamente igual que quince años antes con Robespierre, espera adelantarse aún a la desgracia mediante una rápida reconciliación. Toma un coche, viaja a París, para dar personalmente al Emperador sus explicaciones, o ya más bien sus disculpas.

Pero ya es demasiado tarde. Ha jugado demasiado tiempo, bromeado demasiado tiempo; ya no hay reconciliación posible, ya no hay arreglo; quien ha desafiado públicamente a Napoleón debe ser humillado públicamente. Se le dirige una carta tan dura como el

músculo y tan afilada como un cuchillo, como Napoleón apenas ha escrito jamás a ningún otro ministro. Es muy breve, esta carta, esta patada: «Señor duque de Otranto, sus servicios ya no pueden serme gratos. Debe usted partir hacia su senaduría dentro de las veinticuatro horas siguientes.» Ni una palabra más sobre el nombramiento de embajador en Roma; destitución desnuda y brutal, y además destierro. Al mismo tiempo, el ministro de Policía recibe la orden de velar por la ejecución inmediata del edicto.

La tensión ha sido demasiado grande, el juego demasiado temerario; ahora sucede lo inesperado: Fouché se derrumba por completo, como un sonámbulo que, trepando sin darse cuenta por todos los tejados, despertado de golpe por un grito brusco, se precipita al vacío, aterrado ante su propia y descabellada situación. El mismo hombre que, a dos pasos de la guillotina, permaneció sobrio y de mente clara, se desmorona lastimosamente bajo el golpe de Napoleón.

Este 3 de junio de 1810 es el Waterloo de Joseph Fouché. Los nervios se le rompen; se precipita hacia el ministro en busca de un pasaporte para el extranjero, y corre, cambiando de caballos en cada posta, sin detenerse, hasta Italia. Allí corre, como una rata enloquecida sobre un hogar en llamas, de un lado a otro, de un lugar a otro. Ora está en Parma, ora en Florencia, ora en Pisa, ora en Livorno, en vez de dirigirse, como se le había prescrito, a su senaduría. Pero el pánico lo sacude con demasiada violencia. ¡Solo estar fuera del alcance de Napoleón, solo fuera del radio de esa mano terrible! Ni siquiera Italia le parece lo bastante segura; al fin y al cabo sigue siendo Europa, y toda Europa está sometida a ese hombre terrible. Así que alquila en Livorno un barco para pasar a América, tierra de seguridad, tierra de libertad, pero la tormenta, el mareo y el miedo a los cruceros ingleses lo hacen regresar, y ahora el frenético vuelve a lanzarse en coche en zigzag de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, mendiga ayuda a las hermanas de Napoleón, a los príncipes, a los amigos, desaparece, reaparece para irritación de los agentes de policía que buscan su rastro y una y otra vez lo pierden; en suma, se comporta de manera completamente

enloquecida, absolutamente demente de miedo, y ofrece por primera vez, él, el hombre de nervios de acero, un ejemplo poco menos que clínico de un colapso nervioso total. Nunca ha destrozado Napoleón a un adversario de forma más completa con un solo gesto, con un mero puñetazo, que aquí a este, el más audaz y de sangre más fría de sus servidores.

Este esconderse y reaparecer, este ir y venir febril, dura días, dura semanas, sin que se pueda adivinar con exactitud (ni siquiera su magistral biógrafo Madelin lo sabe, y probablemente tampoco él mismo) qué quería y adónde quería ir en ese tiempo. Parece que solo en el coche en marcha se siente a salvo de la imaginaria venganza de Napoleón, quien sin duda hace ya tiempo que no piensa en absoluto en ir en serio al cuello de su indócil servidor. Napoleón solo ha querido imponer su voluntad, recuperar sus papeles, y esa voluntad la impone. Pues mientras el frenético, el que se ha vuelto histérico, mata de agotamiento a los caballos de posta por toda Italia, su esposa, en París, actúa de manera mucho más sensata. Capitula por él. No cabe duda de que la duquesa de Otranto, para salvar a su marido, entregó entonces de forma discreta a Napoleón los papeles que su marido había retenido pérfidamente, pues nunca más llegó a conocerse públicamente ninguno de aquellos escritos íntimos a los que Fouché había aludido de manera extorsiva. Al igual que ocurrió con Barras, a quien el Emperador compró los papeles, y con los demás confidentes molestos de su ascenso, el patrimonio escrito de Fouché, en cuanto se refería a Napoleón, desapareció sin dejar rastro. O bien el propio Napoleón, o bien más tarde Napoleón III, dieron cuenta por completo de todos los documentos que no convenían a la versión oficial de la vida de Napoleón.

Ahora Fouché recibe por fin el clemente permiso de regresar a su senaduría de Aix. La gran tormenta se ha alejado; el rayo solo le sacudió los nervios, sin alcanzar la médula íntima. El 25 de septiembre llega el hombre acosado a su finca, «pálido y fatigado, y revelando, por la inconexión de sus pensamientos y de sus palabras, una perturbación total». Pero se le dejará tiempo de sobra para

reponer sus nervios, pues quien una vez se ha rebelado contra Napoleón queda apartado por mucho tiempo de todo asunto público. El ambicioso ha de pagar su feroz bromita: de nuevo la ola lo arroja al abismo. Tres años permanece Joseph Fouché sin dignidad ni cargo: ha comenzado su tercer exilio.

# Capítulo VII

# Intermedio forzoso
# (1810-1815)

Ha comenzado el tercer exilio de Joseph Fouché. En su espléndido castillo de Aix reside, como un príncipe soberano, el ministro de Estado destituido de su cargo, el duque de Otranto. Tiene ahora cincuenta y dos años, y ha apurado hasta las heces todas las tensiones y los juegos, todos los éxitos y las adversidades de la vida política, el eterno vaivén de la marea en el oleaje del destino. Ha conocido el favor de los poderosos y la desesperación del abandono, ha sido pobre hasta angustiarse por el pan de cada día e inmensamente rico, querido y odiado, aclamado y proscrito —ahora puede al fin descansar en dorada orilla, duque, senador, excelencia, ministro de Estado, consejero de Estado, millonario varias veces, sin más súbdito que su propia voluntad. Pasea con parsimonia en su carroza con librea, hace visitas en las casas de la nobleza, recibe ruidosos homenajes de su provincia y simpatías que le llegan susurradas en secreto desde París; está libre de la enojosa fatiga de tener que lidiar a diario con funcionarios necios y un señor despótico. Si se pudiera fiar uno de su actitud satisfecha, el duque de Otranto se sentiría a gusto procul negotiis. Pero cuán engañosa es esta fingida satisfacción lo revela el (sin duda auténtico) pasaje de sus (por lo demás muy discutibles) memorias:

En este estudio apenas si he recurrido nunca a las memorias del duque de Otranto, aparecidas en París en 1824, pues sin duda fueron compuestas por mano ajena, aunque con material en parte auténtico. Hasta qué punto tuvo él mismo, el eterno hombre de dos caras, los dedos metidos en su preparación es algo que ocupa todavía hoy en vano a la erudición, y hasta nueva orden sigue valiendo sobre ellas la alegre sentencia de Heinrich Heine, quien escribió sobre aquel «hombre de reconocida falsedad» que era Fouché, que este había «llevado la falsedad tan lejos como para publicar memorias falsas incluso después de su muerte».

«La arraigada costumbre de saberlo todo me perseguía, y sucumbí a ella todavía más en el tedio de un exilio por completo agradable, pero monótono.» Y el «charme de sa retraite» no lo forma, según su propia confesión, el suave paisaje de la Provenza, sino un fárrago de informes y espionajes procedentes de la gran ciudad. «Con ayuda de amigos seguros y mensajeros fieles me organicé una correspondencia secreta, sostenida por varios informes regulares desde París que se completaban unos a otros. En una palabra, tenía en Aix mi policía privada.» Lo que se le niega como cargo lo practica ahora el hombre incansable como deporte, y si ya no puede pisar los ministerios, le apetece al menos mirar por ojos ajenos a través de las cerraduras, participar con oídos ajenos en las deliberaciones y, sobre todo, sondear con disimulo si no se presenta por fin una ocasión de ofrecerse de nuevo, de abrirse paso de nuevo hasta la mesa de juego de la historia contemporánea.

Pero el duque de Otranto tendrá todavía que esperar largo tiempo al margen, pues Napoleón no lo necesita. Él está en la cumbre de su poder, ha sometido a Europa, es yerno del emperador de Austria, es —¡deseo cumplido entre sus deseos!— padre de un rey de Roma. Ante él menean humildemente el rabo todos los príncipes alemanes e italianos, agradecidos por la gracia de que se dignara dejarles sus coronas y coroncitas; ya vacila y se tambalea el último y único enemigo: Inglaterra. Este hombre se ha vuelto tan fuerte que puede prescindir sonriendo de ayudantes tan ágiles y tan poco fiables como Joseph Fouché; solo ahora, que se le concede tiempo tan sobrado

para reflexionar con calma y sosiego, puede el señor duque reconocer toda la desatinada arrogancia que le impulsó a medirse con el más poderoso de todos los hombres. Ni siquiera el honor de su odio le concede el Emperador: desde la altura desmesurada a la que el destino lo ha alzado y encumbrado, ya no repara siquiera en el pequeño insecto mordedor que un día anidó en su piel y que sacudió fuera de un solo y vigoroso tirón. No presta atención ni a su insistencia ni a su ausencia, Fouché ha terminado para él. Y nada muestra con mayor claridad al caído cuán poco lo estima y lo teme ahora Napoleón que el que, al fin, pueda volver a su castillo de Ferrières, a dos horas de París. Más cerca, desde luego, no lo deja acercarse el Emperador: París y las Tullerías permanecen cerradas para el hombre que se atrevió a desafiarlo.

Solo una vez, en estos dos años vacíos, se llama a Joseph Fouché al palacio. Napoleón prepara la guerra contra Rusia: esta única vez, ya que todos los demás se lo desaconsejan, también Fouché ha de expresar su opinión. Se pronuncia, si hay que creerle, con apasionada advertencia, e incluso presenta (si no lo falsificó post festum) aquel memorando que se encuentra en sus memorias; pero Napoleón hace ya tiempo que solo quiere oír confirmada su propia voluntad, solo desea un asentimiento ciego a sus palabras. Quien le desaconseja la guerra parece dudar de su grandeza. Así, Fouché es despachado con frialdad de vuelta a su castillo, a su ocioso exilio, mientras el Emperador parte con seiscientos mil hombres, la más audaz y disparatada de sus hazañas, al encuentro de Moscú.

Un ritmo singular rige esta vida extraña y variada de Joseph Fouché. Cuando asciende, todo le sale bien; cuando cae, el destino se vuelve contra él. Ahora, que apesadumbrado y amargado ha de esperar de brazos cruzados a la sombra del desfavor, en su apartado castillo, fuera del radio de los acontecimientos, justo ahora, cuando su decepción necesitaría auxilio del alma, de una conversación fiel, de un consuelo tierno, justo ahora pierde al único ser que durante veinte años lo ha acompañado con amor, con constancia y con aliento por todos sus peligrosos caminos: pierde a su esposa. En el primer exilio, en aquella buhardilla, habían muerto los dos primeros

hijos, a quienes amaba sobre todas las cosas; en el tercer exilio se le va la compañera. Esta pérdida alcanza en lo más hondo del alma a quien parecía insensible. Pues infiel y caprichoso con todos los partidos e ideas, este hombre impenetrable fue tiernísimamente fiel a su fea esposa, el marido más atento, el padre más solícito; igual que tras la máscara del hombre seco de despacho se escondía el espíritu nervioso, intrigante y jugador, así se oculta tímida e invisible tras lo peligroso y lo inseguro un cónyuge fielmente burgués, de provincia francesa, un hombre solitario que solo se siente seguro y a gusto en el círculo más íntimo de su familia. Cuanto de secreta bondad y rectitud vivía, hondamente ensombrecido, en este diplomático taimado, lo volcó en secreto y con un amor callado hacia aquella compañera que solo vivía para él, que jamás apareció en fiestas de corte, banquetes y recepciones, que nunca se mezcló en sus peligrosos juegos. Del todo oculto, en el fondo inaccesible de su vida privada, obraba allí un contrapeso que aliviaba lo errático, lo lúdico y lo mudable de su existencia política; y ese sostén se quiebra justo ahora, cuando más necesita ayuda. Por primera vez se percibe en este hombre frío como la piedra una conmoción verdadera, por primera vez se oye en sus cartas un tono muy cálido, muy auténtico, muy humano. Cuando los amigos lo apremian, tras la desatinada torpeza de su sucesor, el duque de Rovigo, que en el ridículo golpe de un medio loco se dejó encerrar sin resistencia para irrisión de todo París, a que aspire de nuevo al Ministerio de Policía, él rechaza todo regreso al mundo político: «Mi corazón está cerrado a todas estas locuras humanas. El poder ya no tiene atractivo alguno para mí, el reposo no es solo un estado conveniente en mi situación actual, sino el único necesario. Los negocios públicos no me ofrecen más que la imagen de un tumulto, de la confusión y de los peligros.» Por primera vez parece que el hombre astuto se ha vuelto verdaderamente sabio en la escuela del dolor. Una honda necesidad de reposo, de distensión interior, se ha apoderado del hombre que envejece tras una época de vanas ambiciones eternas, desde que vio morir a su lado a la compañera de veinte años terribles. Todo el gusto por la intriga parece haberse apagado en él para siempre, la

voluntad de poder por fin, por fin quebrada, en este espíritu tan agitado, tan inquietamente ansioso.

¡Pero trágica ironía! Esta única y primera vez que Fouché, el hombre por lo demás incansable, solo quiere reposo y ningún cargo, es cuando su antagonista Napoleón se lo impone por la fuerza.

No por amor, no por afecto, no por confianza reclama Napoleón una vez más a Fouché para su servicio, sino por desconfianza, por una repentina inseguridad. Por primera vez regresa el Emperador como vencido. No entra en París a la cabeza de un ejército, montado a caballo, entre banderas al viento, cruzando el arco de triunfo, sino que ha vuelto huyendo de noche, con la piel subida hasta la barbilla para no ser reconocido. El más magnífico ejército que jamás creara yace helado en la nieve rusa, y con el nimbo de la invencibilidad han huido todos sus amigos. Todos los emperadores y reyes que ayer y anteayer aún se doblegaban ante él con el espinazo encorvado recobran, con penosa rapidez, su dignidad ante el Emperador vencido. Un mundo en armas se alza contra su duro señor. Desde Rusia cabalgan los cosacos; desde Suecia avanza como enemigo el viejo rival Bernadotte; su propio suegro, el emperador Francisco, se arma en Bohemia; la Prusia saqueada y sojuzgada se levanta con un entusiasmo sediento de venganza —la simiente de dragón de innumerables guerras temerarias brota ahora de la tierra quemada, surcada y atormentada de Europa, y madurará este otoño en los campos de Leipzig. Por todas partes se tambalea y cruje el edificio gigantesco que diez años de esta única voluntad mundial habían erigido; de España, Westfalia, Holanda e Italia huyen los hermanos bonapartistas expulsados. Ahora le toca a Napoleón desplegar la energía más extrema. Con mirada espléndida y clarividente, con una capacidad de trabajo diez veces acrecentada, lo prepara todo para el combate decisivo final. A quien todavía pueda cargar una mochila o montar a caballo se lo saca de Francia; de todas partes, de España, de Italia, se retiran las tropas veteranas para compensar lo que el invierno ruso trituró con sus gélidas mandíbulas. Día y noche trabajan miles de hombres en las fábricas forjando sables y cañones, se acuña oro de los tesoros ocultos, se sacan los ahorros de las

cámaras secretas de las Tullerías, se reparan las fortalezas y, mientras del este y del oeste los ejércitos avanzan con paso pesado hacia Leipzig, se tienden al mismo tiempo redes diplomáticas en todas direcciones. En ninguna parte puede quedar una posición débil e insegura, en ninguna parte un hueco en esa alambrada de hierro que debe cercar Francia; hay que pensar en cada posibilidad, y tanto el frente como la retaguardia deben quedar asegurados. Pues no puede volver a suceder, como durante la campaña de Rusia, que un necio o un malintencionado sacuda o enturbie la confianza del pueblo en Napoleón. Ningún hombre inseguro puede quedar atrás, ningún peligroso sin vigilancia.

En todo factor de poder piensa el Emperador antes de esta última batalla decisiva, en toda posibilidad, en todo peligro posible. Así piensa también en el único que podría volverse peligroso, en Joseph Fouché. Se ve que no lo ha olvidado, que solo lo despreció mientras él mismo era fuerte. Ahora que Napoleón se vuelve inseguro, tiene que asegurarse de nuevo. Ningún posible enemigo puede quedar a su espalda, puede quedar en París. Y como Napoleón no cuenta a Fouché entre sus amigos, decide: Fouché debe irse de París.

Cierto es que no existe motivo tangible para detenerlo y encerrarlo en una fortaleza, de modo que ese espíritu inquieto e intrigante no pueda urdir maquinaciones. Pero tampoco puede quedar libre. Lo mejor, entonces, es atarle bien las manos, ávidas de juego, a un cargo, y a ser posible a uno bien alejado de París. En vano se busca, en medio del tumulto de los asuntos y de los preparativos bélicos en el cuartel general de Dresde, una posición semejante que parezca a la vez honrosa y ofrezca garantías; no es fácil de encontrar tan pronto. Pero Napoleón está ya impaciente por sacar de París a ese caminante de las sombras. Y como no se encuentra un puesto para Fouché, se le inventa uno: se le concede, en efecto, un cargo en el país de las nubes, la administración de los territorios ocupados de Prusia. Un cargo hermoso, digno, de primera categoría sin duda, que por desgracia solo tiene el pequeño defecto de estar sujeto a un «si», a saber, que esa regencia solo puede comenzar cuando Napoleón haya conquistado Prusia. Y de eso los acontecimientos

bélicos apenas dejan sentir nada hasta ahora, pues Blücher ya presiona de manera inquietante el flanco sajón del Emperador, de modo que no es sino una investidura burlesca con un puesto de humo cuando el Emperador escribe el diez de mayo al duque de Otranto: «Le he hecho saber que es mi intención llamarlo a mi lado en cuanto entre en el territorio del rey de Prusia y ponerlo al frente del gobierno de ese país. De ello nada debe trascender en París. Ha de parecer que se retira usted a su finca, mientras que en realidad estará ya aquí, mientras en su casa lo creen ausente. Solo la Emperatriz tiene conocimiento de su partida. Celebro la ocasión de recibir pronto de usted nuevos servicios y nuevas pruebas de su adhesión.» Así escribe el Emperador, precisamente porque no confía en absoluto en esa «adhesión», a Joseph Fouché. Y de mala gana, desconfiado, calando de inmediato la intención más íntima de su señor, el duque de Otranto se pone en camino hacia Dresde. «Comprendí enseguida —observan sus memorias— que el Emperador, por miedo a que yo permaneciera en París, quería tenerme como rehén en su mano, llamándome junto a sí.» En consecuencia, el futuro regente de Prusia no se apresura demasiado en llegar a Dresde como consejero de Estado, porque sabe que en realidad no se quiere su consejo en el Estado, sino atarle las manos. Solo el 29 de mayo llega, y la primera palabra con que lo saluda el Emperador es: «Llega usted tarde, señor duque.»

Del pretexto teatral de darle el gobierno de Prusia, como es lógico, ya no se habla una palabra más en Dresde; los tiempos se han vuelto demasiado graves para bromas semejantes. Pero ahora ya lo tienen seguro en la mano, y por suerte se encuentra otro puesto espléndido para apartarlo, bien lejos, del escenario de los acontecimientos, no precisamente como el anterior, allá en lo alto, en el país de las nubes o en la luna, pero sí a cientos de kilómetros de París: la gobernación de Iliria. El viejo camarada de Napoleón, el general Junot, que administra esa provincia, se ha vuelto loco de repente, de modo que queda libre una celda para los desatados. Así entrega el Emperador, con apenas disimulada ironía, este efímero dominio a Joseph Fouché, quien, como siempre, no opone

resistencia, se inclina obediente y se declara dispuesto a partir de inmediato.

Iliria, el nombre suena a opereta, y en efecto, ¡qué estado tan abigarrado se remendó entonces, en la última paz impuesta a la fuerza, con los jirones de Friul, Carintia, Dalmacia, Istria y Trieste! Un estado sin ideas unitarias, sin sentido ni propósito, con una diminuta ciudad de provincia campesina, Liubliana, como residencia, un engendro híbrido e inviable, engendrado por una voluntad de mando ebria y una diplomacia ciega. Fouché no encuentra allí más que arcas mal provistas, un par de docenas de funcionarios aburridos, muy pocos soldados y una población recelosa que solo espera la marcha de los franceses. Por todas partes se resquebraja ya el maderamen de ese estado artificial, levantado con demasiada prisa; bastan un par de cañonazos, y todo el vacilante edificio tiene que derrumbarse. Esos cañonazos los dispara, y muy pronto, el propio suegro, el emperador Francisco, contra su yerno Napoleón, y de inmediato se acaba el esplendor ilirio. Fouché, con sus escasos regimientos —compuestos en su mayoría de croatas dispuestos a pasarse a sus antiguos camaradas al primer disparo—, no puede pensar en una resistencia seria. Así que, desde el primer día, en realidad no hace más que preparar la retirada, y para enmascararla con habilidad mantiene hacia fuera el gran ademán de un gobernante despreocupado, da bailes y recepciones, hace desfilar de día a las tropas con orgullo, mientras de noche las arcas y los documentos del gobierno son ya transportados en secreto a Trieste. Toda su labor como señor y gobernante no puede consistir sino en evacuar el país con prudencia y paso a paso, con las menores pérdidas posibles, y en esta retirada estratégica su vieja sangre fría, su energía de rápida decisión, se acredita de nuevo de manera absolutamente magistral. Solo cede terreno paso a paso y sin pérdidas, de Liubliana a Gorizia, de Gorizia a Trieste, de Trieste a Venecia: trae de vuelta casi al completo, desde su efímera Iliria, a todos sus funcionarios, la caja y mucho material valioso. ¡Pero qué importa la pérdida de esa provincia irrisoria! Pues en esos mismos días Napoleón pierde la más importante y última de sus grandes

batallas en esta guerra, la batalla de las Naciones en Leipzig, y con ella el dominio del mundo.

Fouché se ha desembarazado ya de su tarea, y de la manera más intachable, más honrosa. Ahora que ya no hay Iliria que administrar, se siente de nuevo libre y, como es natural, quiere volver a París. Pero no era eso lo que Napoleón tenía en mente. Por ningún precio puede un Fouché volver a París justo ahora: «Fouché es un hombre a quien, en las circunstancias actuales, no se puede dejar en París»; la frase, pronunciada en Dresde, vale doble y séptuplemente después de Leipzig. Tiene que irse, lejos, y a toda costa. En medio de la ingente tarea de rechazar una fuerza cinco veces superior, el Emperador idea a toda prisa otra misión para el incómodo personaje, otra que vuelva a hacerlo inofensivo durante la campaña. ¡Que se le dé algo que diplomatizar e intrigar entre manos, pero que no meta sus dedos inquietos en París! Así, Napoleón lo encarga primero de dirigirse a Nápoles (Nápoles queda lejos) para llamar al orden a Murat, el rey de Nápoles, cuñado de Napoleón, más preocupado por su propio reino que por el Imperio, y moverlo a acudir con un ejército en ayuda del Emperador. Cómo cumplió Fouché ese encargo —si de verdad quiso persuadir de la lealtad al viejo general de caballería de Napoleón o si más bien lo alentó en su deslealtad—, no ha quedado claro para la historia. En todo caso, el propósito principal del Emperador se cumple, a saber, mantener a Fouché retenido cuatro meses al otro lado de los Alpes, a mil leguas de distancia, en interminables negociaciones. Mientras austríacos, prusianos e ingleses ya marchan sobre París, él tiene que ir y venir constantemente, y en realidad sin objeto, entre Roma y Florencia y Nápoles, entre Lucca y Génova, malgastando de nuevo su tiempo y su energía en una tarea irresoluble. Pues también aquí avanzan sin freno los austríacos; tras Iliria se pierde también Italia, el segundo reino que le fue asignado. Al fin, a comienzos de marzo, el emperador Napoleón ya no tiene país alguno adonde desterrar al incómodo, y además ya nada que prohibir ni ordenar en su propia Francia. Así, el 11 de marzo, Joseph Fouché regresa a su patria cruzando los Alpes, tras cuatro meses irrecuperablemente alejado,

por la genial previsión del Emperador, de toda intriga política dentro de Francia. Y cuando por fin logra romper la cadena, llega exactamente cuatro días tarde.

En Lyon se entera Fouché de que las tropas de los tres emperadores marchan sobre París. Así pues, en pocos días Napoleón será derrocado y se formará un nuevo gobierno. Naturalmente, su ambición se consume de impaciencia, «d'avoir la main dans la pâte», por tener los dedos metidos en la masa y sacar de paso las pasas más gordas. Pero el camino directo a París está ya cerrado por las tropas que avanzan, y tiene que hacer el largo rodeo por Toulouse y Limoges; al fin, el 8 de abril, su coche de posta traspasa las barreras de París. A primera vista lo reconoce: ha llegado tarde. Y quien llega tarde, lleva las de perder. Todos sus juegos y ardides secretos se los ha pagado Napoleón una vez más con la magistral previsión de mantenerlo alejado mientras todavía había algo que pescar en río revuelto. Ahora París ya ha capitulado, Napoleón ha sido depuesto. Luis XVIII es rey, y el nuevo gobierno está ya formado en su totalidad bajo la dirección de Talleyrand. Ese maldito patizambo había llegado a tiempo a su puesto y cambiado de bando con mayor rapidez de la que él, Fouché, fue capaz. El zar de Rusia vive ya en casa de Talleyrand, el nuevo rey lo colma de pruebas de confianza, ha ocupado a su antojo todos los puestos ministeriales y, con vileza, no ha reservado ninguno para el duque de Otranto, que mientras tanto administraba sin sentido ni provecho Iliria e intrigaba diplomáticamente por Italia. Nadie lo ha esperado, a nadie le importa, nadie quiere nada de él, nadie desea de él consejo ni ayuda. Una vez más, Joseph Fouché, como tan a menudo en su vida, es un hombre acabado.

Durante mucho tiempo no quiere creer que se le deje caer con tanta indiferencia, a él, al gran adversario de Napoleón. Se ofrece, abierta y secretamente; se lo ve en la antesala de Talleyrand, junto al hermano del rey, junto al embajador inglés, en las salas de sesiones del Senado, por todas partes. Y sin embargo nadie lo escucha. Escribe cartas, una a Napoleón, a quien aconseja emigrar a América, y envía al mismo tiempo una copia de ella al rey Luis XVIII,

para congraciarse con él. Pero no recibe respuesta. Solicita a los ministros un puesto digno de él —lo reciben cortés, fríamente, pero no lo favorecen. Se hace recomendar por mujeres y encomendar por antiguos protegidos, pero en vano: ha cometido el error más imperdonable de la política: ha llegado tarde. Todos los puestos están ya ocupados, y ningún dignatario piensa levantarse voluntariamente para cederle por gentileza su puesto al duque de Otranto. Así, al ambicioso no le queda otro remedio que hacer una vez más sus maletas y retirarse a su castillo de Ferrières. Solo le queda ya una ayudante, ahora que ha muerto su esposa: el tiempo. Hasta ahora siempre lo ha ayudado, y también esta vez lo ayudará.

En efecto: también esta vez lo ayuda. Pronto Fouché nota que el aire vuelve a saber a pólvora. Quien tiene el oído fino oye también, desde Ferrières, cómo cruje y chasquea un sillón de trono. El nuevo señor, Luis XVIII, comete error tras error. Se complace en ignorar la Revolución y en olvidar que, tras veinte años de burguesía, Francia no quiere volver a agacharse ante veinte linajes nobiliarios. Desprecia además todo el peligro que encierra el gremio pretoriano de oficiales y generales que, puestos a media paga, refunfuñan descontentos por la vil tacañería del rey pepino. Sí, si Napoleón volviera, enseguida habría de nuevo la buena y espléndida guerra. ¡Entonces se podría de nuevo salir a saquear países, hacer carrera y tomar las riendas con firmeza! Ya circulan mensajes sospechosos de una guarnición a otra, ya se prepara poco a poco en el ejército una conjura, y Fouché, que en ningún momento y de ninguna manera ha cortado del todo el cordón umbilical entre él y su criatura, la policía, escucha y oye no pocas cosas que le dan que pensar. Sonríe quedamente para sus adentros: el buen rey habría sabido muchas cosas si hubiera tomado al duque de Otranto como ministro de Policía. Pero ¿para qué avisar a esos cortesanos? Hasta ahora, solo el trastorno, el viento que cambia de rumbo, ha encumbrado siempre a Fouché. Por eso guarda silencio, se esconde, no se mueve, y contiene el aliento como un luchador antes del combate.

El 5 de marzo de 1815 irrumpe un correo en las Tullerías con la desconcertante noticia de que Napoleón se ha fugado de Elba y ha

desembarcado en Fréjus el 1 de marzo con seiscientos hombres. Los cortesanos reales acogen la noticia sonriendo y con desdén. Naturalmente, siempre lo han dicho, que ese Napoleón Bonaparte, de quien tanto se habla, no está muy en su sano juicio. ¡Con seiscientos hombres —parbleu, hay que reírse de verdad— quiere ese loco combatir al rey, que tiene detrás a todo el ejército y a toda Europa! Así que nada de alarma, ninguna preocupación: con un puñado de gendarmes se domará ya a ese miserable aventurero. El mariscal Ney, el viejo compañero de armas de Napoleón, recibe la orden de apoderarse de él. Fanfarronamente promete al rey no solo atrapar al alborotador, sino incluso «pasearlo por el país en una jaula de hierro». Luis XVIII y sus fieles pasean cómodamente su despreocupación por París, al menos durante los primeros ocho días, y el *Moniteur* presenta todo el asunto invariablemente con tono jovial. Pero pronto se multiplican las noticias desagradables. En ninguna parte ha encontrado Napoleón resistencia; cada regimiento que salía contra él, en vez de cerrarle el paso, refuerza su ejército, al principio minúsculo, y ese mismo mariscal Ney, que debía capturarlo y pasearlo en la jaula de hierro, se pasa con banderas desplegadas a su antiguo señor. Napoleón ha entrado ya en Grenoble, ya en Lyon —una semana más, y su profecía se cumplirá, y el águila imperial se posará en las torres de Notre-Dame. Ahora estalla el pánico en la corte real. ¿Qué hacer? ¿Qué diques oponer a esta avalancha? Demasiado tarde comprenden el rey y sus consejeros condales y principescos lo insensato que fue distanciarse del pueblo y querer olvidar artificialmente que entre 1792 y 1815 había existido en Francia algo así como una revolución. ¡Así que ahora, deprisa, a hacerse querer! ¡Mostrarle de algún modo al necio pueblo que se lo ama de verdad, que se respetan sus deseos y sus derechos, gobernar deprisa como republicanos, deprisa como demócratas! —siempre, cuando ya es tarde, descubren los emperadores y los reyes con gusto un corazón democrático dentro de sí. Pero ¿cómo ganarse a los republicanos? Pues muy sencillo: llevando a uno de ellos al ministerio, a algún radical de verdad, que le dé enseguida al estandarte de las flores de lis un aderezo rojo. Pero ¿dónde encontrarlo? Se piensa, y de pronto se recuerda a un tal Joseph

Fouché, que hasta hace pocas semanas presentaba sus respetos en todas las antesalas e inundaba de propuestas la mesa del rey y de sus ministros. Sí, ese es el hombre adecuado, el único que sirve siempre y para todo —¡así que, deprisa, a sacarlo del olvido! Siempre que un gobierno está en apuros, ya sea el Directorio, ya el Consulado, ya el Imperio o el Reino, siempre que se necesita un verdadero mediador, un conciliador, un hacedor de orden, se recurre al hombre de la bandera roja, al carácter menos fiable y al diplomático más fiable de todos, a Joseph Fouché.

Así vive el duque de Otranto la satisfacción de que esos mismos condes y príncipes que, hacía apenas unas semanas, lo despachaban con frialdad y le mostraban la espalda, se dirigen ahora a él con la más respetuosa urgencia y le ofrecen una cartera ministerial, más aún, se la quieren poner literalmente en la mano. Pero el viejo ministro de Policía conoce demasiado bien la verdadera situación política como para comprometerse ahora, a la hora decimotercera, con los Borbones. Siente que la agonía ha de haber llegado ya, si se lo llama con tal urgencia como a un médico. Así que rechaza cortésmente bajo toda clase de pretextos y deja entrever con delicadeza que habrían debido dirigirse a él algo antes. Pero cuanto más se acercan las tropas de Napoleón, más se derrite el sentido del honor en la corte real. Cada vez con mayor urgencia se exhorta y se apremia a Fouché a que asuma el gobierno; hasta el propio hermano de Luis XVIII le pide una entrevista secreta. Pero esta vez Fouché se mantiene firme —no por convicción de carácter, sino porque le entusiasma poco el pescado podrido y se siente muy a gusto columpiándose entre los dos, entre Luis XVIII y Napoleón. Ahora ya es tarde, tranquiliza al hermano del rey; que el rey se ponga a salvo por sí mismo, toda la aventura napoleónica no será de larga duración, y él, entretanto, hará cuanto pueda para actuar contra el Emperador. Que confíen en él, nada más. Así conserva una baza en la manga y puede, si los Borbones acaban siendo vencedores, presentarse como su valedor. Y por otro lado, si Napoleón vence, puede vanagloriarse de haber rechazado el ofrecimiento de los Borbones. Demasiadas veces ha probado el acreditado sistema del

reaseguro hacia ambos lados como para no intentarlo también esta vez: pasar al mismo tiempo por fiel servidor de dos señores, del Emperador y del rey.

Pero esta vez la cosa va a resultar todavía más divertida —una y otra vez, justo en los giros decisivos del destino en la vida de Fouché, la escena trágica se transforma en comedia. Algo han aprendido ya los Borbones de Napoleón, a saber, que jamás se debe dejar a la espalda, en tiempos peligrosos, a un hombre como Fouché. Así, la policía recibe, el antepenúltimo día antes de la partida del rey, mientras Napoleón avanza ya con fuerza sobre París, la orden de detener de inmediato a Fouché, por sospechoso, ya que se niega a hacerse ministro del rey, y de sacarlo de París.

El ministro de Policía en funciones, a quien corresponde ejecutar esta desagradable orden de detención, se llama —la historia gusta de verdad de las sorpresas peculiares— Bourrienne. Es el amigo de juventud más íntimo de Napoleón, su camarada de la escuela militar, su compañero en Egipto, y fue durante muchos años su secretario; ha conocido a todos sus allegados, así que conoce también a Fouché, y a fondo. Por eso se asusta un poco cuando el rey le da la orden de detener a Fouché, al duque de Otranto. Se permite observar si eso es realmente aconsejable. Y cuando el rey repite la orden con energía, vuelve a menear la cabeza: eso no será tan fácil. Ese viejo lucio, lo sabe, ha nadado a través de demasiadas nasas y esclusas como para dejarse atrapar con el lazo a plena luz del día; para semejante pesca de hombres hace falta más tiempo y una buena dosis de habilidad. Pero, en fin, transmite la orden. Y en efecto, el 16 de marzo de 1815, a las once de la mañana, los policías rodean en pleno bulevar el carruaje del duque de Otranto y lo declaran detenido en virtud de la orden de Bourrienne. Fouché, que nunca pierde la sangre fría, sonríe con desdén: «No se detiene a un antiguo senador en plena calle.» Y antes de que los agentes, que durante demasiado tiempo fueron sus subordinados, puedan reponerse de la sorpresa, ya ha gritado al cochero que fustigue a los caballos —y la carroza sale disparada de vuelta hacia su vivienda. Los policías se quedan boquiabiertos y atónitos, tragando el polvo

del carruaje que se aleja rodando. Bourrienne tenía razón: no es tan fácil atrapar a un hombre que había escapado sano y salvo de un Robespierre, de una orden de la Convención y de un Napoleón.

Cuando los policías burlados informan a su ministro de que Fouché se les ha escapado, Bourrienne tira de las riendas al instante con más fuerza: ahora está en juego su autoridad; no puede permitir que se burlen así de él. Manda enseguida rodear por todos lados la casa de la Rue Cerutti y vigilar el portón —una nutrida delegación armada sube la escalera para apresar al fugitivo. Pero Fouché tiene preparada para él una segunda broma, una de esas magníficas y singulares jugadas maestras que casi siempre solo le salen bien en la situación más difícil y más tensa. Precisamente en el peligro, como tantas veces se ha visto, lo asalta ese gusto por la burla y por la fantástica confusión de las gentes. Así pues, el astuto mistificador recibe con mucha cortesía a los funcionarios que quieren detenerlo y examina la orden de detención. Sí, en efecto, es válida. Y por supuesto no piensa oponer resistencia a una orden de Su Majestad el rey. Que los señores tengan la bondad de tomar asiento aquí, en el salón; solo tiene que arreglar todavía unas pocas cosas, y enseguida los seguirá. Así lo asegura Fouché de la manera más cortés y pasa a la habitación contigua. Los demás esperan respetuosamente a que termine su aseo —al fin y al cabo, no se puede agarrar del brazo con brusquedad, como a un carterista, ni ponerle esposas a un senador, a un antiguo ministro y dignatario de la corte. Esperan respetuosamente, esperan un buen rato, hasta que el tiempo transcurrido les empieza a parecer sospechoso. Entonces, como sigue sin volver, entran en la habitación contigua y descubren —una auténtica escena de comedia en medio del tumulto político— que Fouché se les ha escapado. El hombre de cincuenta y seis años, tal como en el cine, todavía no inventado por entonces, ha colocado una escalera contra la pared del jardín y, mientras los policías esperaban respetuosamente en el salón, ha trepado sencillamente al jardín vecino de la reina Hortense, con una agilidad asombrosa para su edad, y desde allí se ha puesto a salvo. Por la noche, todo París se ríe de la broma lograda. Es cierto que semejante diversión no

puede durar mucho tiempo —el duque de Otranto es demasiado conocido en la ciudad para poder esconderse indefinidamente. Pero Fouché ha vuelto a calcular bien, a saber, que esta vez solo se trataba de unas pocas horas, pues ahora el rey y sus fieles ya tienen que ocuparse de no ser ellos mismos capturados por la caballería de Napoleón que avanza. A toda prisa se hacen las maletas en las Tullerías, y con su feroz orden de detención Luis XVIII no ha logrado otra cosa que extenderle a Fouché un testimonio público de su (jamás existente) lealtad al Emperador, una lealtad que, desde luego, Napoleón no creerá. Pero cuando se entera del logrado ardid de este artista de la política, no puede menos de reír, y dice con una especie de admiración iracunda: «Il est décidément plus malin qu'eux tous.» «¡Es sin duda el más astuto de todos ellos!»

# Capítulo VIII

# El combate final con Napoleón (1815, los Cien Días)

El 19 de marzo de 1815, a medianoche —la inmensa plaza yace oscura y desierta—, doce carruajes entran en el patio del palacio de las Tullerías. Se abre una puerta lateral discreta, y por ella sale, con la antorcha en alto, un criado; tras él se arrastra penosamente, sostenido a derecha e izquierda por dos nobles fieles, un hombre grueso que jadea asmáticamente: Luis XVIII. Al ver al rey enfermo, que apenas ha regresado tras quince años de exilio y ya tiene que huir de nuevo de su país entre las sombras de la noche, la compasión se apodera de todos los presentes. La mayoría dobla la rodilla mientras alzan a la carroza a este anciano, indigno por su debilidad y conmovedor por su tragedia. Luego los caballos tiran, los demás carruajes siguen, y durante algunos minutos aún resuena sobre la grava dura el cabalgar de la guardia que los escolta. Después el inmenso recinto vuelve a quedar oscuro y silencioso, hasta que amanece el día, la mañana del 20 de marzo, la primera de los cien días del emperador Napoleón, regresado de Elba.

Primero se acerca sigilosa la curiosidad. Con narices trémulas y ávidas husmea el palacio, para ver si la caza real, ya levantada, ha huido ya ante el emperador: comerciantes, ociosos, paseantes. Temerosos o alegres, según su temperamento y sus convicciones, se

susurran noticias unos a otros. A las diez ya afluyen masas densas y apremiantes. Y como siempre es la masa la que da valor al hombre, se atreven ya a alzarse los primeros gritos claros: «Vive l'Empereur!» y «A bas le Roi!». Entonces avanza de pronto la caballería, oficiales que bajo la monarquía habían sido puestos en media paga. Vuelven a olfatear guerra, ocupación, sueldo completo, legiones de honor, ascensos con el regreso del emperador guerrero: entre tumultuoso júbilo ocupan sin resistencia las Tullerías bajo el mando de Exelmans (y como el traspaso de mano en mano se realiza con tanta calma, sin derramar sangre, la renta sube en la bolsa de inmediato unos cuantos puntos). Al mediodía ondea de nuevo la tricolor sobre el vetusto palacio real, sin que se haya disparado un solo tiro.

Y ya se presentan cien beneficiarios, los «fieles» de la corte imperial, las damas de palacio, los criados, los maestresalas, los mariscales de cocina, los antiguos consejeros de Estado y maestros de ceremonias, todos los que bajo la flor de lis blanca no habían podido servir ni medrar, toda la nueva nobleza que Napoleón ha elevado a la corte desde los escombros de la Revolución. Todo el mundo viste de gala, los generales, los oficiales, las damas: vuelven a brillar los diamantes, los espadones y las condecoraciones. Se abren y preparan las estancias para recibir al nuevo señor, y con presteza se retiran los emblemas reales: en la seda de los sillones vuelve a resplandecer, en lugar de la flor de lis, la abeja napoleónica. Todos tiemblan por estar a tiempo en su puesto, por ser notados desde el primer momento como «fieles». Entretanto cae la noche. Como en los bailes y las grandes recepciones, los criados de librea encienden todos los candelabros y velas; hasta muy lejos, hacia el Arco de Triunfo, resplandecen las ventanas del palacio, de nuevo imperial, y atraen a ingentes masas de curiosos a los jardines de las Tullerías.

Por fin, a las nueve de la noche, llega a todo galope un carruaje, protegido o flanqueado a derecha, izquierda, delante y detrás por jinetes de todos los grados y rangos, que agitan entusiasmados sus sables (¡pronto los necesitarán contra los ejércitos de Europa!). Como una explosión estalla el grito de júbilo «Vive l'Empereur!»

desde la masa contenida, resonando en el ancho rectángulo de ventanas que tiemblan. En una única ola insensata se lanza la marejada entusiasta contra el carruaje, y los soldados tienen que proteger al emperador con la punta de los sables del empuje, peligroso para la vida, de tanto entusiasmo. Luego lo toman ellos mismos y llevan al gran dios de la guerra, esa presa sagrada, con reverencia entre el fragor ensordecedor escaleras arriba hasta el viejo palacio. Sobre los hombros de sus soldados, los ojos cerrados bajo la desmesura de la dicha, una sonrisa extraña, casi sonámbula, en los labios, así desembarca de nuevo en el trono imperial de Francia quien veinte días antes había dejado Elba como desterrado. Es el último triunfo de Napoleón Bonaparte. Por última vez vive un ascenso tan inverosímil, un vuelo de ensueño tal desde la oscuridad hasta las más altas almenas del poder. Por última vez le retumba en la caracola del oído el estruendo marino del amado clamor imperial. Un minuto, diez minutos, saborea, con los ojos cerrados y el corazón atónito, este embriagador elixir del poder. Luego hace cerrar las puertas del palacio, despedir a los oficiales y llamar a los ministros: comienza el trabajo. El hombre debe defender lo que el destino le ha regalado. Las salas, atestadas, esperan al que ha vuelto. Pero la primera mirada ya trae la decepción: los que le han permanecido fieles no son los mejores, los más listos, los más importantes. Ve cortesanos y aduladores, ávidos de puestos y curiosos: muchos uniformes y pocas cabezas. Faltan sin excusa casi todos los grandes mariscales, los verdaderos camaradas de su ascenso; se han quedado en sus castillos o han pasado al bando del rey, neutrales en el mejor de los casos, hostiles la mayoría. De los ministros falta el más inteligente, el más mundano, Talleyrand; de los reyes recién creados faltan sus propios hermanos, sus propias hermanas y, sobre todo, su propia esposa y su propio hijo. Ve a muchos pretendientes y pocos dignos entre la multitud; todavía le zumba confuso en la sangre el clamor de júbilo de los millares, y ya el espíritu, de mirada clara y penetrante, empieza a sentir en pleno triunfo el primer escalofrío del peligro. De pronto, un rumor en las antesalas, que crece asombrado y gozoso, y entre los uniformes y los fraques bordados se abre, respetuosa, una calle. Ha llegado un carruaje,

algo tarde: se viene, pero no se espera; se ofrece uno, pero no con la urgencia de los pequeños cortesanos, y de él desciende la figura delgada, pálida, bien conocida de todos, del duque de Otranto. Lento, indiferente, con los ojos fríamente velados e impenetrables, avanza, sin dar las gracias, por la calle que se ha abierto, y precisamente esa calma tan conocida y evidente despierta el entusiasmo. «¡Paso al duque de Otranto!», gritan los criados. Los que lo conocen mejor repiten el grito de otro modo: «Paso a Fouché. ¡Es el hombre que el emperador necesita ahora con más urgencia!». Ya está elegido, designado, reclamado por la opinión general, antes de que el emperador pueda decidir. No llega como pretendiente, sino como poder, majestuoso y grave; y, en efecto, Napoleón no lo hace esperar: al instante hace llamar a su presencia al más antiguo de sus ministros, al más fiel de sus enemigos. De su conversación se sabe tan poco como de aquella primera, cuando Fouché ayudó a encumbrar al general huido de Egipto hasta el Consulado y se alió con él en una fidelidad infiel. Pero cuando, al cabo de una hora, sale de la habitación, Fouché vuelve a ser su ministro, ministro de Policía por tercera vez.

Aún está fresca la tinta de las letras que en el *Moniteur* anuncian el nombramiento del duque de Otranto como ministro de Napoleón, y ya se arrepienten ambos, el emperador y el ministro, en secreto, de haber vuelto a comprometerse el uno con el otro. Fouché está decepcionado: esperaba más. A su fría y ardiente ambición ya no le basta desde hace tiempo el cargo menor de ministro de Policía. Lo que en 1796 fue salvación y distinción para el exjacobino Joseph Fouché, medio hambriento, proscrito y despreciado, le parece en 1815 al duque de Otranto, millonario y popular entre todos, una miserable sinecura. Con el éxito ha crecido su confianza en sí mismo; ya solo le seduce el gran juego del mundo, el emocionante albur de la diplomacia europea, el continente como mesa de juego y el destino de países enteros como apuesta. Diez años le ha cerrado el paso Talleyrand, el único que le igualaba; ahora que este peligrosísimo rival hace frente a Napoleón y reúne en Viena las bayonetas de toda Europa contra el emperador, Fouché cree que

solo él es capaz de reclamar para sí el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero Napoleón, receloso, y con razón, le niega esa cartera, la más importante, a esa mano hábil, demasiado hábil y demasiado indigna de confianza. Solo el Ministerio de Policía le concede, de mala gana; sabe que a esa ambición peligrosa hay que arrojarle al menos un pedazo de poder, para que no se vuelva mordaz. Pero incluso en ese reducido ámbito coloca aún un espía en la nuca del hombre en quien no confía, al nombrar jefe de la Gendarmería al enemigo más encarnizado de Fouché, el duque de Rovigo. Así se renueva, el primer día de su vínculo restablecido, el viejo juego: Napoleón aposta a su propia policía detrás de su ministro de Policía. Y Fouché practica una política propia junto a la imperial y por detrás de ella. Ambos se engañan mutuamente, ambos con las cartas boca arriba; de nuevo ha de decidirse quién se impone a la larga: el más fuerte o el más hábil, la sangre caliente o la fría.

A regañadientes acepta Fouché el ministerio. Pero lo acepta. Este espléndido y apasionado jugador del espíritu tiene un defecto trágico: no puede quedarse al margen, no puede ser mero espectador del gran juego del mundo ni siquiera por una hora. Necesita tener sin cesar las cartas en la mano, dar triunfo, barajar, engañar, confundir, hacer paroli y triunfar. Tiene que sentarse compulsivamente siempre a una mesa —da igual a cuál, la real, la imperial o la republicana—; le basta con estar presente, con «avoir la main dans la pâte», con tener los dedos metidos en el guiso caliente, no importa en cuál, con ser ministro, de la derecha, de la izquierda, del emperador, del rey, con roer el hueso del poder. Jamás tendrá la fuerza moral y ética, ni siquiera la astucia nerviosa o el orgullo, de rechazar las sobras de poder que le echan. Siempre aceptará cualquier servicio que le ofrezcan; nada es para él el hombre, nada la causa: el juego lo es todo.

Y con igual desgana toma Napoleón de nuevo a Fouché a su servicio. Conoce a este caminante de las sombras desde hace diez años y sabe que no sirve a nadie y que siempre sigue solo su afición al juego. Sabe que este hombre lo dejará caer como el cadáver de

un gato muerto, que lo abandonará en el momento más peligroso, tal como abandonó y traicionó a los girondinos, a los terroristas, a Robespierre y a los termidorianos, tal como abandonó y traicionó a Barras, su salvador, al Directorio, a la República, al Consulado. Pero lo necesita, o cree necesitarlo: así como Napoleón fascina a Fouché por su genio, así fascina también Fouché, una y otra vez, a Napoleón por su utilidad. Rechazarlo sería peligrosísimo; ni siquiera Napoleón se atreve, en un momento tan incierto, a tener a Fouché por enemigo. Así elige el mal menor: ocuparlo, distraerlo con atribuciones y cargos, dejarse servir infielmente por él. «Solo de los traidores he sabido la verdad», dice el vencido más tarde, en Santa Elena, recordando a Fouché. Aún en su más extremo resentimiento aflora la admiración ante las extraordinarias facultades de este hombre mefistofélico, pues nada soporta el genio con menos paciencia que la mediocridad; y, aun sabiéndose engañado, Napoleón se siente, al menos, comprendido por Fouché. Así toma, como el sediento agarra el agua que sabe envenenada, antes a este hombre hábil e indigno de confianza como servidor que a los fieles e insuficientes. Diez años de enemistad enconada unen a veces a los hombres de un modo más misterioso que una amistad mediocre.

Durante diez años y más ha servido Fouché a Napoleón, el ministro al señor, el ingenio al genio, diez años como el que siempre lleva las de perder. En 1815, en el combate final, es en realidad Napoleón, desde el principio, el más débil. Una vez más, por última vez, ha vivido la embriaguez de la gloria; como con alas de águila lo ha traído el destino, inesperadamente, desde la isla extranjera hasta el trono imperial. Regimientos enviados contra él, en superioridad centuplicada, arrojan las armas a la sola vista de su levita. En veinte días, el desterrado que había llegado con seiscientos hombres se lanza a la cabeza de un ejército hacia París, y con el trueno del júbilo de millares aún en el oído, vuelve a dormir en el lecho de los reyes de Francia. ¡Pero qué despertar en los días siguientes, con qué rapidez palidece el sueño fantástico ante los desengaños de la realidad! Emperador, vuelve a serlo, pero solo de nombre, pues el mundo, antes sometido a sus pies, ya no reconoce a su señor.

Escribe cartas y proclamas, apasionadas promesas de paz; se las acoge con una sonrisa condescendiente y ni siquiera se les concede el honor de una respuesta. A los enviados del emperador, reyes y príncipes, se les intercepta en las fronteras como a contrabandistas con mercancía de estraperlo y se los neutraliza sin miramientos. Una sola carta llega por rodeos hasta Viena, y Metternich la arroja, sin abrir, sobre la mesa de negociaciones. En torno a Napoleón se hace el vacío; los antiguos amigos y compañeros se han dispersado a los cuatro vientos —Berthier, Bourrienne, Murat, Eugène Beauharnais, Bernadotte, Augereau, Talleyrand—, y se quedan sentados, disfrutando de sus posesiones en sus fincas, o prestan vasallaje a sus enemigos. En vano quiere engañarse a sí mismo y a los demás: hace preparar suntuosamente las habitaciones de la emperatriz y del rey de Roma, como si fueran a volver mañana mismo a su lado, pero en realidad María Luisa coquetea con su cicisbeo Neipperg, y su hijo juega con soldaditos de plomo austríacos en Schönbrunn, bien vigilado bajo la mirada del emperador Francisco. Ni siquiera su propio país reconoce la tricolor. Hay levantamientos en el sur, en el oeste: los campesinos, hartos de los reclutamientos perpetuos, disparan contra los gendarmes que quieren volver a llevarse sus caballos para los cañones. En las calles se pegan carteles burlones que decretan en nombre de Napoleón: «Artículo I. Se me deberán entregar anualmente trescientas mil víctimas de sacrificio. Artículo II. Llegado el caso, elevaré esa cifra a tres millones. Artículo III. Todas estas víctimas serán enviadas por correo a la gran matanza.» No hay duda: el mundo quiere la paz, y todos los sensatos están dispuestos a mandar al diablo al recién llegado indeseado si no garantiza la paz, y —trágico destino— ahora que el emperador soldado quiere de verdad tener sosiego, para sí y para el mundo, por primera vez, a condición de que se le deje el poder, ahora el mundo ya no le cree. Los ciudadanos honrados, llenos de temor por su renta, no comparten el entusiasmo de los oficiales de media paga y de los profesionales de la riña de gallos, para quienes la paz significa la interrupción de sus negocios, y apenas Napoleón les concede —forzado por las circunstancias— el derecho de voto, le dan una bofetada eligiendo precisamente a aquellos a quienes él ha

perseguido violentamente y mantenido en la sombra durante quince años: a los revolucionarios de 1792, a Lafayette y a Lanjuinais. En ninguna parte un aliado, pocos partidarios auténticos en Francia, apenas un hombre con quien pueda consultarse de verdad en un círculo íntimo. Malhumorado y desconcertado, el emperador vaga por el palacio vacío. Sus nervios y su vigor decaen; unas veces estalla en gritos incontrolados, otras se hunde en una letargia embotada. A menudo se acuesta en pleno día para dormir: un cansancio de dentro, no del cuerpo sino del alma, lo derriba por horas con una maza de plomo. Una vez lo encuentra Carnot en sus aposentos, con lágrimas en los ojos, contemplando fijamente el retrato del rey de Roma, su hijo; sus íntimos lo oyen lamentarse de que su buena estrella lo ha abandonado. De algún modo el imán interior percibe que el cenit del éxito ya ha quedado atrás, y por eso la aguja de su voluntad tiembla inquieta y oscila de polo a polo. A regañadientes, sin verdadera esperanza, dispuesto a cualquier arreglo, sale por fin a la guerra el hombre acostumbrado a vencer. Pero nunca se cierne Niké sobre una cabeza humildemente inclinada.

Así es Napoleón en 1815: señor aparente y emperador aparente, a préstamo y crédito del destino, revestido ya solo de un ropaje de sombra del poder. Pero el que está a su lado, Fouché, se halla justamente en esos años en la plenitud de sus fuerzas. La razón, que golpea con dureza de acero y permanece siempre oculta en la vaina de la astucia, no se desgasta tanto como la pasión, que gira sin cesar. Nunca se muestra Fouché más ágil de espíritu, más intrigante, más flexible, más audaz que en aquellos cien días entre el auge y la caída del Imperio; no hacia Napoleón, sino hacia él se vuelven, expectantes, todas las miradas, como hacia el salvador. Todos los partidos —fenómeno fantástico— depositan en este ministro del emperador más confianza que en el emperador mismo. Luis XVIII, los republicanos, los realistas, Londres, Viena: todos ven en Fouché al único hombre con quien de verdad se puede negociar, y su razón calculadora y fría infunde a un mundo agotado y necesitado de paz más confianza que el genio vacilante de Napoleón, que oscila de forma inconstante al viento de la confusión.

Y quienes niegan al «general Bonaparte» el título de emperador respetan todos el crédito personal de Fouché. Las mismas fronteras en las que los agentes del Estado de la Francia imperial son interceptados sin miramientos y encerrados en calabozos se abren, como tocadas por una llave mágica, a los mensajeros secretos del duque de Otranto. Wellington, Metternich, Talleyrand, Orleans, el zar y los reyes, todos reciben de buen grado y con la mayor cortesía a sus emisarios, y de pronto pasa por ser el único jugador fiable en el juego del mundo aquel que hasta entonces había engañado a todos. Le basta con mover los dedos, y se cumple su voluntad; la Vendée se subleva, se anuncia una lucha sangrienta, pero basta con que Fouché envíe a un mensajero para que impida la guerra civil con una sola conversación. «¿Para qué», dice con calculadora franqueza, «sacrificar ahora todavía sangre francesa? Unos meses más, y o el emperador ha vencido o está perdido; ¿para qué luchar entonces por algo que probablemente os caerá en el regazo sin lucha? ¡Deponed las armas y esperad!» Y de inmediato, convencidos por estas exposiciones tan poco sentimentales y sobrias, los generales monárquicos cierran el pacto deseado. Todo en el extranjero, todo en el interior se dirige primero a Fouché; ninguna decisión del Parlamento se toma sin él. Impotente, Napoleón tiene que ver cómo su servidor le paraliza el brazo dondequiera que quiere golpear, cómo dirige las elecciones del país en su contra y cómo le pone, con un Parlamento de tendencia republicana, la traba en el camino de su voluntad despótica. En vano querría ahora librarse de él, pero ha pasado el tiempo, aquel tiempo autocrático, en que se podía jubilar al duque de Otranto como a un criado incómodo con unos cuantos millones; hoy el ministro puede derribar antes al emperador de su trono que el emperador al duque de Otranto de su puesto ministerial. Estas semanas de una política caprichosa y sin embargo sensata, ambigua y sin embargo clara, cuentan entre las más perfectas de la diplomacia de la historia universal. Hasta un adversario personal, el idealista Lamartine, no puede negarle su tributo al genio maquiavélico de Fouché. «Hay que reconocer», escribe, «que desplegó en su papel una rara audacia y una intrepidez enérgica. Su cabeza respondía a diario de sus manejos;

podía caer a la primera reacción de vergüenza o de cólera que se alzase en el pecho de Napoleón. De todos los que aún procedían de aquella época de la Convención, fue el único que no se mostró ni desgastado ni disminuido en su temeridad. A través de su audaz juego, apretado cruelmente entre, por un lado, la tiranía que renacía y la libertad que quería revivir, y por otro entre Napoleón, que sacrificaba la patria a su interés, y Francia, que no quería dejarse degollar por un solo hombre, Fouché intimidó al emperador, halagó a los republicanos, tranquilizó a Francia, hizo señas a Europa, sonrió a Luis XVIII, negoció con las cortes, se correspondió por medio de gestos con el señor de Talleyrand y logró, con su actitud, mantenerlo todo en suspenso: un papel multiforme, difícil, tan bajo como sublime, pero prodigioso, al que la historia no ha prestado hasta hoy la atención debida. Un papel sin nobleza de alma, pero no sin amor a la patria ni sin heroísmo, en el cual un súbdito se colocó a la altura de su soberano, un ministro por encima de su monarca, árbitro entre el Imperio, la Restauración y la Libertad, pero árbitro por doblez. La historia, al condenar a Fouché, no podrá negarle, durante este período de los Cien Días, una audacia en su actitud, una superioridad en el manejo de los partidos y una grandeza en la intriga que lo situarían junto a los primeros hombres de Estado del siglo, si pudiera haber verdaderos hombres de Estado sin dignidad de carácter y sin virtud.»

Con tal clarividencia juzga Lamartine, el poeta, el hombre de Estado, el contemporáneo, desde la atmósfera que aún vibraba inmediatamente después de los hechos. La leyenda napoleónica, que arranca cincuenta años más tarde, cuando los diez millones de muertos ya se habían descompuesto, los mutilados estaban enterrados y las devastaciones de Europa hacía tiempo que habían cicatrizado, juzga a Fouché, como es lógico, con mayor severidad e injusticia. Toda leyenda heroica es siempre una especie de retaguardia espiritual de la historia; exige, como toda retaguardia, muy a bajo precio, todas las virtudes que ella misma no tiene que padecer: sacrificios humanos ilimitados, entrega total incluso a la locura heroica, muerte heroica ajena y fidelidad ajena y sin sentido.

La leyenda napoleónica, con su obligada técnica en blanco y negro, solo conoce «fieles» y «traidores» de su héroe; no hace distinción alguna entre el primer Napoleón, el cónsul que devolvió a su país la paz y el orden mediante la prudencia y la energía, y aquel Napoleón posterior, enloquecido de cesarismo, para quien hacer la guerra se había vuelto manía, que una y otra vez, por puro afán personal de poder, arrastró al mundo sin miramientos a aventuras asesinas y dijo a Metternich las palabras de Tamerlán: «A un hombre como yo, la vida de un millón de hombres le importa un bledo.» A todo hombre sensato de Francia que quiso oponer moderación a este delirio de ambición del poseído demoníaco, del que se precipitaba ciegamente y con furia hacia su propia ruina, que no se encadenó servil y esclavo, contra viento y marea, a su carro de Jagannath —Talleyrand, Bourrienne, Murat—, a todos ellos los arroja la leyenda, con rencor dantesco, a su infierno, y Fouché, sobre todo, pasa a sus ojos por ser el architraidor entre los traidores, el Advocatus diaboli. Según su versión, Fouché habría vuelto a entrar en el ministerio en 1815 únicamente para acercarse a la espalda del emperador y asestarle, en el momento oportuno, la puñalada, vendido de antemano a Luis XVIII y a Europa. Al parecer, ya el 20 de marzo, a la partida del rey, habría hecho decir a los monárquicos: «Salven ustedes solo al rey, que yo me encargo de salvar la monarquía», y el día en que asumió la cartera habría confiado a su Sancho Panza: «Mi primer deber es contrarrestar todos los planes del emperador; en tres meses seré más fuerte que él, y si para entonces no me ha hecho fusilar, tendrá que ponerse de rodillas ante mí» —una profecía que por desgracia coincide demasiado exactamente con las fechas como para no haber sido inventada a posteriori.

Pero exigirle esto a Fouché, que hubiese entrado desde un principio en el ministerio de Napoleón como partidario de Luis XVIII, como espía pagado del rey, equivale a subestimarlo lamentablemente, equivale sobre todo a desconocer lo espléndidamente complicado, lo misteriosamente demoníaco de su carácter. No es que Fouché, el amoralista y maquiavelista absoluto, no hubiera sido capaz, llegado el caso, de esta y de cualquier otra

traición; pero semejante vileza era demasiado simple, demasiado poco estimulante para su espíritu audaz y ávido de juego. Engañar sin más a un hombre, e incluso a un Napoleón, no está en su línea: engañarlos a todos es siempre su único placer, no dar certeza a nadie y atraer a todos, jugar con todos los bandos y contra todos los bandos a la vez, no actuar nunca según planes preconcebidos, sino, desde los propios nervios, ser Proteo, el dios de la metamorfosis; no un Franz Moor, no un Ricardo III, no un intrigante rectilíneo: solo el papel cambiante, que a él mismo lo sorprende, entusiasma su apasionada naturaleza de diplomático. Ama las dificultades precisamente por la dificultad misma, las agranda artificialmente hasta convertirlas en un papel doble, en uno cuádruple; no es traidor una sola vez, sino repetidas veces, en todos los frentes, de manera primigenia. Y, en efecto, quien mejor lo conoció, Napoleón, dice de él en Santa Elena la palabra profunda: «Solo he conocido a un verdadero y consumado traidor: ¡Fouché!» Traidor consumado, no ocasional, una naturaleza genial de la traición: eso era, y solo eso, pues la traición no es tanto su propósito, su táctica, cuanto su naturaleza más propia. Y quizá se comprenda mejor su esencia por analogía con los tan conocidos espías dobles de la guerra, que llevan secretos a potencias extranjeras para, a cambio, espiar en ellas otros aún más valiosos, y que, en este ir y venir, terminan por no saber ellos mismos a qué potencia sirven en realidad; pagados por ambas y fieles a ninguna, entregados de verdad solo al juego, al juego de doble lengua del vaivén, del estar entre medias, de un placer casi ya inmaterial y, sin embargo, del todo mortal y diabólico. Solo cuando la balanza se inclina definitivamente hacia un lado, entra de nuevo en acción, tras la pasión del juego, la razón, para cobrar la ganancia: solo cuando la victoria está decidida se decide Fouché, así en la Convención, así bajo el Directorio, bajo el Consulado y bajo el Imperio. En el combate no está con nadie; al final del combate, siempre con el vencedor. Si Grouchy hubiese llegado a tiempo, Fouché habría sido (al menos por algún tiempo) un ministro convencido de Napoleón. Como este pierde la batalla, lo deja caer y se aparta de él. Y sin defenderse, ha dicho con su cinismo habitual

la palabra decisiva sobre su actitud durante los Cien Días: «No he traicionado yo a Napoleón, sino Waterloo.»

Con todo, se comprende que este juego ambiguo de su ministro haga enloquecer a Napoleón. Pues sabe que esta vez le va la cabeza en ello. Cada mañana, como desde hace más de una década, entra en su gabinete el hombre enjuto y flaco, de rostro pálido y exangüe sobre la levita oscura y bordada de palmas, y da su informe, un informe excelente, claro, incontrovertible, sobre la situación. Nadie abarca mejor los acontecimientos, nadie sabe exponer con más claridad la situación mundial; todo lo penetra y todo lo ve —así lo siente Napoleón— este espíritu superior. Y, sin embargo, siente al mismo tiempo que Fouché no le dice todo lo que sabe. Sabe que llegan mensajeros al duque de Otranto enviados por las potencias extranjeras, que su propio ministro del gabinete recibe por la mañana, al mediodía y de noche, tras puertas cerradas, a sospechosos agentes realistas, que mantiene entrevistas y relaciones de las que no le da cuenta a él, al emperador, ni una sola palabra. Pero ¿ocurre esto, como Fouché quiere hacerle creer, realmente solo para obtener información, o se están tramando ahí intrigas secretas? ¡Espantosa incertidumbre para un hombre acosado, rodeado de cien enemigos! En vano lo interroga unas veces con amistad, otras lo amonesta con insistencia, otras lo colma de groseras sospechas: esa boca delgada permanece inquebrantablemente cerrada, los ojos insensibles como el cristal. No hay manera de acercarse a Fouché, no hay manera de arrancarle su secreto. Y así se consume Napoleón de fiebre: ¿cómo atraparlo? ¿Cómo saber por fin si ese hombre, a quien se deja ver todas las cartas, es traidor a él o traidor a los enemigos? ¿Cómo atrapar al inatrapable, cómo penetrar en el impenetrable?

Por fin —¡liberación!— un indicio, una pista, casi una prueba. En abril, la policía secreta, es decir, aquella policía que el emperador emplea expresamente para vigilar a su ministro de Policía, descubre que un supuesto empleado de una casa bancaria vienesa ha llegado a París y se ha dirigido directamente al duque de Otranto. De inmediato se localiza al mensajero, se lo detiene y —naturalmente

sin conocimiento del ministro de Policía Fouché— se lo lleva ante Napoleón a un pabellón del Elíseo. Allí se le amenaza con el fusilamiento inmediato y se lo intimida hasta que por fin confiesa haber entregado a Fouché una carta de Metternich, escrita con tinta simpática, destinada a preparar una reunión de hombres de confianza en Basilea. Napoleón brama de rabia: cartas con semejantes artimañas del ministro de sus enemigos a su propio ministro significan alta traición. Y su primer pensamiento es el natural: hacer detener de inmediato al servidor infiel e incautarle sus papeles. Pero sus allegados se lo desaconsejan; todavía no hay prueba alguna, y sin duda, dada la cautela tantas veces probada del duque de Otranto, jamás se encontraría en sus papeles rastro alguno de sus manejos. Así que el emperador decide, primero, poner a prueba la lealtad de Fouché. Lo hace llamar y, con una simulación muy poco habitual en él, aprendida de su propio ministro, sondea la situación, preguntando si no sería posible después de todo entablar negociaciones con Austria. Fouché, sin sospechar que aquel mensajero ya ha contado todo el asunto, no menciona con una sola palabra el billete de Metternich, y el emperador, impasible, en apariencia impasible, lo despide, ya del todo convencido de la vileza de su ministro. Pero para convencerse por completo, monta —en medio del ánimo más encolerizado— una refinada comedia con todo el quid pro quo de una comedia de Molière. Por el agente se conoce la contraseña para el encuentro con el hombre de confianza de Metternich. Así, el emperador envía a un hombre de su confianza para que se presente como hombre de confianza de Fouché; a él, sin duda, el agente austríaco le hará todas las confidencias, y por fin el emperador sabrá no solo que Fouché lo traiciona, sino hasta qué punto. Esa misma noche parte el emisario de Napoleón: en dos días Fouché debe quedar desenmascarado y atrapado en su propia trampa.

Pero por rápido que se agarre —una anguila o una serpiente—, a los verdaderos animales de sangre fría no se los atrapa con la mano desnuda. La comedia que el emperador hace representar tiene, como toda comedia perfecta, también una trama paralela, un doble

fondo, por así decirlo. Así como Napoleón mantiene, a espaldas de Fouché, una policía secreta, también Fouché tiene, a espaldas de Napoleón, a sus escribientes comprados y sus informantes secretos: sus espías no trabajan con menos rapidez que los del emperador. El mismo día en que el agente de Napoleón parte hacia aquella comedia de máscaras, al hotel de los Tres Reyes en Basilea, Fouché ya se ha olido la encerrona: uno de los «hombres de confianza» de Napoleón le ha revelado la comedia. Y el que debía ser sorprendido sorprende ahora a su señor a la mañana siguiente mismo, durante el informe diario. En medio de la conversación se lleva de pronto la mano a la frente con la despreocupación de un hombre a quien se le ha olvidado alguna nimiedad del todo insignificante: «Ah, es verdad, Sire, se me olvidó decirle que he recibido un billete de Metternich; con tantas cosas importantes que atender... Además, su enviado no me entregó el reactivo para hacer legible la escritura, y al principio sospeché una mistificación. Así que solo hoy puedo informarle.»

Ahora el emperador ya no puede contenerse: «Es usted un traidor, Fouché», le grita, «debería hacerlo ahorcar.»

Y con frialdad, responde el más inquebrantable, el más impasible de los ministros: «No comparto esa opinión de Vuestra Majestad.»

Napoleón tiembla de rabia. Una vez más, gracias a esta confesión inoportuna y prematura, se le ha escapado el Fra Diavolo. Y el agente que dos días más tarde le trae el informe sobre la reunión de Basilea tiene poco decisivo que comunicar y mucho desagradable. Poco decisivo: pues del comportamiento del agente austríaco se desprende que Fouché, el prudente, fue demasiado hábil para comprometerse de un modo demostrable, que solo, a espaldas de su señor, jugó su juego favorito: tener todas las posibilidades en una sola mano. Pero también trae el mensajero mucho de desagradable: a saber, que las potencias están de acuerdo con cualquier forma de gobierno en Francia, salvo con una: con Napoleón Bonaparte. El emperador, furioso, se muerde los labios. Su capacidad de golpear queda paralizada. Ha querido sorprender por la espalda, a

escondidas, al caminante de las sombras, y en ese duelo desde la oscuridad ha recibido él mismo una herida mortal.

El momento oportuno se ha perdido por la treta de Fouché, y Napoleón lo sabe: «Está claro como la palma de la mano que me traiciona», dice a sus allegados, «y lamento no haberlo echado antes de que me comunicara la revelación de sus tratos con Metternich. Ahora se ha perdido el momento, y falta un pretexto. Iría propalando por todas partes que soy un tirano que lo sacrifica todo a su recelo.» Con plena clarividencia reconoce el emperador su inferioridad, pero sigue luchando hasta el último minuto por si acaso pudiera atraer hacia sí al hombre de doble cara, o sorprenderlo alguna vez y aplastarlo. Tira de todos los registros. Lo intenta con confianza, con amabilidad, con indulgencia y con cautela, pero su voluntad, poderosa, choca impotente contra esta piedra tallada, fría y deslumbrante por igual en todas sus facetas: los diamantes se pueden hacer añicos o arrojar lejos, pero nunca traspasar. Al final se le rompen los nervios al atormentado por el recelo; Carnot narra la escena en la que se revela dramáticamente la impotencia del emperador frente a su verdugo. «Usted me traiciona, duque de Otranto, tengo pruebas de ello», le grita Napoleón una vez, en medio del Consejo de ministros, al hombre inquebrantable, y, tomando un cuchillo de marfil que hay sobre la mesa: «Tome, tome usted el cuchillo y clávemelo en el pecho: sería más leal que lo que hace. Solo dependería de mí hacerlo fusilar, y el mundo entero aprobaría semejante acto. Pero si me pregunta por qué no lo hago, es porque lo desprecio y no pesa usted ni una onza en mi balanza.» Se ve que su desconfianza se ha convertido ya en furia, su tormento en odio. Nunca olvidará a este hombre haberlo desafiado de este modo, y Fouché lo sabe. Pero calcula con claridad las míseras posibilidades de poder del emperador. «En cuatro semanas todo habrá terminado con este furioso», dice, clarividente y despectivo, a su amigo. Por eso no piensa en absoluto en pactar ahora; después de la batalla decisiva, uno de los dos ha de desaparecer: Napoleón o él. Sabe que Napoleón ha anunciado que el primer mensajero del campo de batalla victorioso traerá a París su destitución, y quizá

también la orden de su detención. Y de golpe el reloj retrocede veinte años, hasta 1793, cuando también el más poderoso de su época, Robespierre, había dicho con igual determinación que en catorce días tendría que caer una cabeza: la de Fouché o la suya. Pero el duque de Otranto ha ganado seguridad en sí mismo desde entonces. Y, con superioridad, recuerda a uno de sus amigos, que le advierte contra la ira de Napoleón, aquella amenaza de antaño, y añade sonriendo: «Pero la suya ya cayó.»

El 18 de junio, de pronto, los cañones empiezan a tronar ante la cúpula de los Inválidos. La población de París se estremece de entusiasmo. Conoce desde hace quince años esta voz de bronce. Se ha ganado una victoria, se ha librado una batalla con éxito: el *Moniteur* anuncia la derrota total de Blücher y de Wellington. Entusiasmadas, las multitudes se derraman por los bulevares, atestados como en domingo; el estado de ánimo general, que hasta hace pocos días vacilaba, vira de pronto hacia la fidelidad al emperador y el entusiasmo. Solo el más fino de los termómetros, la renta, baja cuatro puntos, pues toda victoria de Napoleón significa la prolongación de la guerra. Y quizá solo un hombre tiembla en lo más hondo ante este sonido de bronce: Fouché. A él, la victoria del déspota puede costarle la cabeza.

Pero, trágica ironía: a la misma hora en que en París los cañones franceses disparan salvas, los ingleses, en Waterloo, hacía ya rato que destrozaban a cañonazos las columnas de la infantería y de la Guardia, y mientras la capital, sin sospechar nada, se ilumina, los caballos de la caballería prusiana, levantando remolinos de polvo, persiguen ante sí la última paja suelta del ejército en fuga.

Todavía disfruta el ingenuo París de un segundo día de confianza. Solo el día veinte empiezan a filtrarse noticias inquietantes. Pálido, con los labios temblorosos, uno susurra al otro el rumor alarmante. En las cámaras, en la calle, en la bolsa, en los cuarteles, por todas partes la gente murmura y habla de una catástrofe, aunque los periódicos callan como paralizados. Todo el mundo habla, vacila,

murmura, se lamenta y espera en la capital, súbitamente atemorizada.

Solo uno actúa: Fouché. Apenas se entera —naturalmente, antes que nadie— de la noticia de Waterloo, ya no ve en Napoleón sino un cadáver molesto que urge apartar cuanto antes. Y al punto empuña la pala para cavarle la fosa. Sin demora escribe al duque de Wellington, para entrar en contacto con el vencedor desde el primer momento, y a la vez advierte a los diputados, con una previsión psicológica sin igual, de que la primera medida de Napoleón será intentar mandarlos a todos a casa. «Volverá más furioso que nunca y exigirá enseguida la dictadura.» ¡Pronto, pues, pongámosle un obstáculo en el camino! Al anochecer el Parlamento ya está sobre aviso, el Consejo de Ministros ganado contra el Emperador, arrebatada de las manos de Napoleón la última posibilidad de recuperar el poder, y todo esto antes incluso de que haya puesto el pie en París. El dueño de la hora ya no es Napoleón Bonaparte, sino, por fin, por fin, por fin, Joseph Fouché.

Todavía antes del amanecer, envuelto en el manto negro de la noche como en un sudario, rueda una mala carroza —la suya propia, con el tesoro del trono, la espada y los papeles, ha caído en manos de Blücher— cruzando la puerta de París en dirección al Elíseo. El que hace seis días había escrito grandilocuentemente en su orden del día al ejército: «Para todo francés que tenga valor ha llegado el momento de vencer o morir», ni ha vencido ni ha muerto, aunque en Waterloo y en Ligny han vuelto a caer sesenta mil hombres por él. Ahora ha regresado deprisa a casa, como en su día de Egipto, como de Rusia, para salvar el poder: adrede ha hecho que se ralentizara la marcha, solo para llegar a escondidas, amparado por la oscuridad. Y en vez de dirigirse derecho a las Tullerías, ante los representantes del pueblo de Francia, a su palacio imperial, oculta sus nervios destrozados en el Elíseo, más pequeño y más apartado.

Un hombre cansado, deshecho, baja del coche, balbuceando palabras inconexas y confusas, buscando explicaciones y disculpas a posteriori para lo inevitable. Un baño caliente lo reanima, y solo

entonces convoca a su consejo. Inquietos, oscilando entre la ira y la compasión, respetuosos sin respeto interior, escuchan los discursos confusos y febriles del vencido, que vuelve a fantasear con los cien mil hombres que quiere reclutar, con la requisa de los caballos de lujo, y les explica —a ellos, que saben perfectamente que ya no se pueden sacar cien hombres más de un país exprimido— que en catorce días podría volver a oponer a los aliados doscientos mil hombres. Los ministros, entre ellos Fouché, permanecen con la frente baja. Saben que semejantes discursos febriles no son ya sino los últimos estertores de aquella voluntad de poder gigantesca que en este coloso todavía, y siempre, se niega a morir. Exige exactamente lo que Fouché había previsto: la dictadura, la unión de todo el poder militar y político en una sola mano, la suya —y quizá la exija solo para que los ministros se la nieguen, para poder cargarles después, ante la historia, la culpa de haber desaprovechado una última posibilidad de victoria (¡el presente conoce analogías para semejantes maniobras!).

Pero todos los ministros se expresan con cautela, cada uno lleno de pudor ante la idea de herir con una palabra dura a este hombre que sufre, a este febril delirante. Solo Fouché no necesita hablar. Calla, porque hace tiempo que ha actuado y ha tomado todas las precauciones para impedir este último asalto de Napoleón al poder. Con curiosidad objetiva, la del médico que observa con frialdad clínica los últimos y violentos estertores de un moribundo y calcula de antemano cuándo se detendrá el pulso, cuándo se quebrará la resistencia, escucha sin compasión estos discursos convulsos y vanos: ni una palabra sale de sus labios delgados y exangües. Moribundus, un hombre perdido, un desahuciado, ¡qué importan ya sus palabras desesperadas! Sabe que, mientras el Emperador se embriaga aquí a sí mismo, para embriagar también a los demás con violentas fantasías, a mil pasos de allí, en las Tullerías, la asamblea del consejo decide ya, con implacable lógica, según su, de Fouché, mandato y voluntad por fin sin trabas.

Él mismo, desde luego, no se presenta, exactamente igual que el 9 de Termidor, en esta jornada del 21 de junio, en la Asamblea de

Diputados. Ha emplazado —y con eso basta— sus baterías en la sombra, ha trazado el plan de batalla, ha elegido al hombre justo y al minuto justo para el ataque: el trágico y casi grotesco antagonista de Napoleón, Lafayette. Regresado un cuarto de siglo antes como héroe de la guerra de la independencia americana, noble jovencísimo y ya sin embargo coronado con la gloria de dos mundos, abanderado de la Revolución, precursor de la nueva idea, favorito de su pueblo, Lafayette había conocido pronto, demasiado pronto, todos los éxtasis del poder. Y luego, de repente, había surgido de la nada, del dormitorio de Barras, un pequeño corso, un teniente cualquiera de capa medio rota y zapatos gastados, que en dos años se había apoderado de todo lo que él había construido y comenzado, arrebatándole su puesto, su gloria; eso no se olvida. Rencoroso, el noble ofendido permanece en su finca de campo, mientras aquel, envuelto en el manto imperial bordado, recibe a sus pies a los príncipes de Europa e instaura, en lugar del antiguo despotismo de la nobleza, un nuevo despotismo, más duro, el del genio. Ni un rayo de sol de favor arroja este sol ascendente hacia la remota finca; y cuando el marqués de Lafayette, con su traje sencillo, va alguna vez a París, el advenedizo apenas repara en él: las casacas bordadas de oro de los generales, los uniformes de los mariscales amasados en el fango de sangre, eclipsan su gloria ya cubierta de polvo. Lafayette queda olvidado, nadie pronuncia su nombre durante veinte años. Encanece su cabello, se le seca y afila la figura antaño audaz, y nadie lo llama, ni al ejército ni al Senado; con desdén se le deja plantar rosas en La Grange y gruesas patatas. No, esas cosas no las olvida un ambicioso. Y cuando ahora el pueblo, al recordar en 1815 la Revolución, vuelve a elegir como representante a su antiguo favorito, y Napoleón se ve obligado a dirigirle la palabra, Lafayette responde solo fría y evasivamente: demasiado orgulloso, demasiado sincero, demasiado franco para ocultar su enemistad.

Pero ahora, empujado por Fouché desde atrás, da un paso al frente; el odio contenido durante tanto tiempo obra en él casi como sensatez y como fuerza. Por primera vez se oye de nuevo desde la tribuna la voz del viejo abanderado: «Si después de tantos años alzo

por primera vez de nuevo mi voz, que los viejos amigos de la libertad volverán a reconocer, me siento impulsado a hablaros de los peligros de la patria, cuya salvación está ahora únicamente en vuestras manos.» Por primera vez se pronuncia de nuevo la palabra libertad, y eso significa, en este minuto, liberación de Napoleón. La propuesta de Lafayette conjura de antemano cualquier intento de disolver la Cámara, de tentar una vez más un golpe de Estado; con entusiasmo se decide que la representación del pueblo se declare en sesión permanente y considere traidor a la patria a quien se haga culpable de intentar disolverla.

A quién va dirigido este duro mensaje no admite duda; apenas se lo comunican, Napoleón siente ya el puñetazo en pleno rostro. «Debería haber despedido a esta gente antes de mi partida», dice furioso. «Ahora ya se acabó.» En realidad no se ha acabado, ni es demasiado tarde. Todavía podría, con la pluma de una abdicación oportuna, salvar para su hijo la corona imperial y para sí mismo la libertad; o bien, por otra parte, podría recorrer los mil pasos que separan el Elíseo de la sala de sesiones e imponer allí, con su sola presencia, su voluntad al inseguro rebaño de carneros; pero la historia universal muestra una y otra vez el mismo fenómeno asombroso: que precisamente a las figuras más enérgicas las asalta, en el punto culminante de la decisión, una extraña irresolución, una especie de parálisis del alma. Wallenstein antes de la deserción, Robespierre en la noche del 9 de Termidor, y no en último lugar los jefes de la última guerra, todos ellos muestran, precisamente allí donde hasta la precipitación habría sido un error menor, una fatal irresolución. Napoleón parlamenta, discute ante los pocos ministros que lo escuchan con indiferencia, disputa estérilmente, precisamente en la hora que ha de decidir su futuro, todos los errores del pasado, acusa, fantasea, extrae de sí grandilocuencia, auténtica y teatral, pero ningún valor. Habla, pero no actúa. Y como si la historia se repitiera alguna vez dentro del ciclo de una misma vida, como si las analogías no fueran siempre el error de pensamiento más peligroso en política, envía, igual que el 18 de Brumario, a su hermano Lucien en su lugar como orador, para ganarse a los diputados. Pero

entonces Lucien tenía a su lado la victoria de su hermano como elocuente defensor, y como cómplices, granaderos de mano dura, generales resueltos. Y además —esto Napoleón lo ha olvidado fatalmente— entre aquellos y estos quince años median diez millones de muertos. Y cuando ahora Lucien sube a la tribuna y acusa al pueblo francés de abandonar ingratamente la causa de su hermano, estalla de pronto en Lafayette la cólera contenida de la nación decepcionada contra su verdugo, palabras inolvidables que, como chispas arrojadas a un barril de pólvora, hacen saltar de un solo golpe la última esperanza de Napoleón: «¡Cómo!», truena contra Lucien, «¿osáis reprocharnos que no hayamos hecho bastante por vuestro hermano? ¿Habéis olvidado que los huesos de nuestros hijos, de nuestros hermanos, dan testimonio en todas partes de nuestra lealtad? ¡En los desiertos de arena de África, en las riberas del Guadalquivir y del Tajo, en las orillas del Vístula y en los campos de hielo de Moscú, hace más de diez años que tres millones de franceses perecen por un solo hombre! Por un hombre que todavía hoy quiere seguir combatiendo contra Europa con nuestra sangre. ¡Eso es bastante, más que bastante, por un hombre! Ahora nuestro deber es salvar la patria.» Los atronadores aplausos de todos, cabría pensar, podrían enseñar a Napoleón que ya era la hora suprema de renunciar por voluntad propia. Pero nada parece más difícil sobre la tierra que despedirse del poder. Napoleón vacila. Y esta vacilación le cuesta a su hijo el Imperio, y a él mismo, la libertad.

Pero ahora a Fouché se le acaba la paciencia. Si el incómodo no quiere marcharse por las buenas, pues fuera con él; basta con aplicar rápidamente y bien las palancas, y hasta un nimbo tan colosal se derrumba. Durante la noche trabaja a los diputados que le son adictos, y a la mañana siguiente, puntualmente, la Cámara exige con tono de mando la abdicación. Pero tampoco esto le parece bastante claro a quien lleva la ola del poder bramando en la sangre. Napoleón sigue parlamentando de aquí para allá, hasta que, a una señal de Fouché, Lafayette pronuncia la palabra decisiva: «Si vacila en abdicar, propondré su destitución.»

Le conceden una hora al señor del mundo para una retirada honrosa, una hora al hombre de poder para una renuncia definitiva; pero él la aprovecha, exactamente igual que en 1814 ante sus generales en Fontainebleau, de manera puramente teatral, no política. «¡Cómo!», exclama indignado, «¿violencia? Si es así como se presenta la cosa, no abdicaré. ¡La Cámara no es más que una banda de jacobinos y ambiciosos, a la que debería haber denunciado ante la nación y disuelto! Pero el tiempo que he perdido todavía puede recuperarse.» En realidad quiere que le rueguen todavía con más urgencia, para acrecentar el sacrificio, y en efecto, exactamente igual que los generales en 1814, ahora sus ministros le hablan con miramiento. Solo Fouché calla. Llegan noticias tras noticias, el reloj sigue corriendo implacable sobre la esfera. Por fin el Emperador dirige una mirada a Fouché, una mirada que, según cuentan los testigos, era a la vez burlona y llena de un odio apasionado. «Escriba a esos señores», le ordena con desdén, «que se mantengan tranquilos, que yo los satisfaré.» Al instante Fouché garabatea a lápiz unas líneas en un papelito para sus hombres de confianza en la Cámara, diciéndoles que ya no hace falta la patada final; y Napoleón se retira a una habitación apartada para dictarle a su hermano Lucien la abdicación.

Pasados unos minutos, vuelve a entrar en el gabinete principal. ¿A quién entregar el papel de tan grave contenido? Terrible ironía: precisamente a aquel que se lo ha impuesto a la pluma y que ahora aguarda inmóvil, como Hermes, el mensajero inexorable. Sin decir palabra, el Emperador se lo tiende. Sin decir palabra, Fouché toma el documento tan arduamente conquistado y se inclina. Pero esta fue su última reverencia ante Napoleón.

En la sesión de la Cámara ha faltado Fouché, el duque de Otranto: ahora que la victoria está decidida, entra y sube despacio los escalones, con el papel de trascendencia histórica universal en la mano. Puede que le temblara de orgullo, en ese minuto, la mano estrecha y dura del intrigante, pues ha vencido, por segunda vez, sobre el hombre más fuerte de Francia, y este 22 de junio significa para él, una vez más, un 9 de Termidor. Ante un silencio conmovido

pronuncia, frío e imperturbable él mismo, unas palabras de despedida para su antiguo señor, flores de papel sobre una tumba recién cavada. ¡Pero después, se acabaron los sentimentalismos! No se le ha arrancado el poder de la garra a este gigante para dejarlo rodar suelto por el suelo, presa de cualquier hábil oportunista. Ahora se trata de agarrarlo él mismo, de aprovechar el minuto codiciado desde hace años. Así que presenta la moción de elegir de inmediato un gobierno provisional, un directorio de cinco hombres, seguro de antemano de que ahora, por fin, será él el elegido. Sin embargo, una vez más amenaza con escapársele de la mano la independencia tan largamente anhelada; aunque logra, en la elección, ponerle la zancadilla de manera pérfida al más peligroso de sus competidores, Lafayette, que precisamente acaba de prestarle tan excelentes servicios de ariete con su rectitud y su convicción republicana; sin embargo, en la primera votación Carnot obtiene 324 votos, y él mismo, Fouché, solo 293, de modo que la presidencia del nuevo gobierno provisional recae sin duda en Carnot.

Pero en este momento decisivo, a un dedo escaso de la meta, Fouché, el tahúr avezado, asesta todavía una vez más la más seductora y la más infame de sus volteretas. Según estas cifras electorales, la presidencia corresponde por supuesto a Carnot, y él, Fouché, sería, como siempre, también en este gobierno solo el segundo, mientras que quiere ser por fin el primero, el amo absoluto. Así que recurre a una argucia refinada: apenas se ha reunido el consejo de los Cinco y Carnot quiere ocupar el sillón presidencial que le corresponde, Fouché propone a sus colegas, como algo evidente, constituirse. «¿Qué entiende usted por constituirse?», pregunta Carnot, completamente sorprendido. «Pues», responde el ingenuo Fouché, «elegir a nuestro secretario y a nuestro presidente.» Y añade enseguida, con falsa modestia: «Yo le doy, por supuesto, mi voto para el puesto de presidente.» Carnot se deja embaucar y responde cortésmente: «Y yo le doy el mío.» Pero dos de los miembros están ya, en secreto, ganados para Fouché, de modo que tiene tres votos contra dos y, antes de que Carnot pueda siquiera comprender hasta qué punto ha sido

engañado, ya está sentado en el sillón presidencial. Después de Napoleón y de Lafayette, ha sido ahora felizmente burlado también Carnot, el hombre más popular, y en su lugar reina el más avezado, a saber, Joseph Fouché, dueño de los destinos de Francia. En cinco días, del 13 al 18 de junio, el Emperador ha perdido el poder; en cinco días, del 17 al 22 de junio, Joseph Fouché se ha apoderado de él: por fin ya no es criado, por primera vez es dueño ilimitado de Francia, libre, divinamente libre para el juego, amado y desconcertante, de la política mundial.

Primera medida, pues: ¡fuera el Emperador! Hasta la sombra de un Napoleón agobia a un Fouché, y exactamente igual que Napoleón, como soberano, no se sentía a gusto mientras supiera a este imprevisible Fouché en París, así tampoco Fouché respira con libertad si no median unos miles de millas entre él y el manto gris. Evita hablar con él personalmente —¿para qué sentimentalismos?—; solo le envía dictados, todavía revestidos con un tenue papel rosa de benevolencia. Pero pronto rasga también este velo mortecino y cortés y muestra sin piedad al derrocado su impotencia. Una proclama grandilocuente que Napoleón dirige a su ejército como despedida, la arroja lisa y llanamente a la papelera, y en vano, atónito, busca Napoleón a la mañana siguiente sus palabras imperiales en el *Moniteur*. Fouché ha prohibido su publicación. ¡Fouché prohíbe al Emperador! Todavía no puede creer en la audacia sin límites con la que su antiguo servidor pasa por encima de él, pero de hora en hora es empujado con fuerza implacable por este puño duro, hasta que finalmente se traslada a Malmaison. Pero allí se queda sentado y se resiste. No quiere seguir adelante, aunque ya se acercan los dragones del ejército de Blücher, aunque de hora en hora Fouché le hace advertir, cada vez con mayor severidad, que entre de una vez en razón y desaparezca. Pero cuanto más se siente caer, más convulsamente se aferra Napoleón al poder. Y por fin, mientras la carroza de viaje ya está preparada en el patio, se le ocurre todavía un gesto grandioso: se ofrece, él, el Emperador, a ponerse al frente de las tropas como simple general, para vencer o morir una vez más. Pero Fouché, el sobrio, no toma en serio

semejante oferta romántica: «¿Se está burlando de nosotros este hombre?», exclama airado. «Su presencia al frente del ejército no sería más que un nuevo desafío para Europa, y el carácter de Napoleón no permite suponerle la menor indiferencia hacia el poder.»

Increpa al general, preguntándole cómo puede tener la osadía de transmitir semejantes mensajes en vez de despachar al Emperador, y le ordena que lleve a cabo de inmediato la partida del importuno. A Napoleón mismo no lo honra ni siquiera con una respuesta. Para Fouché, los vencidos no valen ni una onza de tinta.

Ahora es libre, ahora ha llegado a la meta: tras haber liquidado a Napoleón, Joseph Fouché, el duque de Otranto, se yergue, a sus cincuenta y seis años, por fin solo y sin límites en la cumbre del poder. Interminable ha sido el camino tortuoso por el laberinto de un cuarto de siglo: del pequeño y pálido hijo de comerciante al triste y tonsurado maestro sacerdote, luego el ascenso a tribuno del pueblo y procónsul, finalmente al duque de Otranto, servidor de un emperador, y ahora, por fin, servidor de nadie, dueño único, por fin, de Francia. La intriga ha triunfado sobre la idea, el destino sobre el genio. Toda una generación de inmortales se ha derrumbado a su alrededor: Mirabeau muerto, Marat asesinado, Robespierre, Desmoulins, Danton guillotinados, su compañero de proconsulado Collot desterrado a la isla febril de Guayana, Lafayette liquidado, todos, todos idos y desaparecidos, sus camaradas de la Revolución. Mientras él decide ahora en Francia, elegido libremente por la confianza de todos los partidos, Napoleón, el señor del mundo, huye con mísero disfraz, con pasaporte falso, como secretario de un pequeño general, hacia la costa; Murat y Ney esperan su fusilamiento, los pequeños reyes de la familia, por la gracia de Napoleón, vagan con los bolsillos vacíos y sin patria de escondite en escondite. Toda la gloriosa generación de este único vuelco del mundo se ha hundido, solo él ha ascendido, gracias a su paciencia tenaz, urdida en la sombra, cavando por debajo de la tierra. Como cera se pliegan ahora a su mano magistral el ministerio, el Senado y la asamblea del pueblo; los generales, antes tan imperiosos,

temblando por sus pensiones, se someten al nuevo presidente, mansos como corderos; la ciudadanía y el pueblo de todo un país esperan su decisión. Luis XVIII le envía mensajeros, Talleyrand sus saludos, Wellington, el vencedor de Waterloo, comunicaciones confidenciales: por primera vez corren los hilos del destino del mundo, magníficamente abiertos y libres, por su mano. Le aguarda una tarea inconmensurable: proteger a un país deshecho y vencido de los enemigos que avanzan, impedir una resistencia inútil y grandilocuente, obtener condiciones ventajosas, encontrar la forma de Estado adecuada, el soberano justo, crear del caos una nueva norma, un orden duradero. Eso exige maestría, una agilidad de espíritu extrema, y en efecto, en esta hora en que todos, desconcertados, pierden la serenidad, las medidas de Fouché muestran una energía suprema, sus planes dobles y de cuatro vías, una seguridad asombrosa. Es amigo de todos, para engañarlos a todos y hacer únicamente lo que a él, personalmente, le parece justo y útil. Aunque ante el Parlamento parece reclamar al hijo de Napoleón, ante Carnot la República, ante los aliados al duque de Orleans, orienta él, sin embargo, suavemente el timón hacia el antiguo rey Luis XVIII. Del todo imperceptiblemente, con giros discretos y hábiles, y sin que sus camaradas más próximos adviertan la verdadera dirección de su rumbo, se abre paso remando a través de un pantano de sobornos hasta los realistas, y negocia con los Borbones el gobierno que le ha sido confiado, mientras en el Consejo de Ministros y en la Cámara sigue interpretando, imperturbable, el papel de bonapartista y de republicano. Vista psicológicamente, su solución era la única acertada. Solo una rápida capitulación ante el rey puede asegurarle clemencia a una Francia desangrada, destruida, inundada de tropas extranjeras, y una transición sin fricciones. Solo Fouché, con su sentido de la realidad, comprende de inmediato esta necesidad y la lleva a cabo, contra la resistencia del consejo, del pueblo, del ejército, de la Cámara y del Senado, por voluntad propia y por fuerza propia.

Pero de toda la sagacidad que posee Fouché en estos días, le falta una sola —¡y esa es su tragedia!—, la última, la más elevada, la más

pura: la de olvidarse a sí mismo, olvidar su propio provecho, en aras de la causa. Aquella última que le mandaría renunciar tras esta obra maestra, a sus cincuenta y seis años, en la cumbre del éxito, millonario diez o veinte veces, respetado y honrado por su tiempo y por la historia. Pero quien durante veinte años ha ansiado el poder, quien durante veinte años ha vivido de él sin saciarse nunca, se vuelve incapaz de renunciar: exactamente igual que Napoleón, Fouché no es capaz de abdicar un minuto antes de que lo empujen. Y como ahora no tiene a ningún señor a quien traicionar, no le queda sino traicionarse a sí mismo, traicionar su propio pasado. Devolver ahora la Francia vencida a su antiguo soberano habría sido, en ese momento, un acto verdadero, una política justa y audaz. Pero hacerse pagar esta decisión con la propina de un puesto ministerial real fue una vileza y algo más que un crimen: una estupidez. Y esta estupidez la comete ahora el ambicioso enloquecido, solo para tener, unas cuantas horas más del mundo, «avoir la main dans la pâte», los dedos en la masa: su primera estupidez y la mayor de todas, aquella imborrable que lo rebaja para siempre ante la historia. Ha subido mil peldaños con habilidad, con flexibilidad, con paciencia; y con una sola genuflexión torpe e innecesaria los derriba todos de golpe.

De cómo se produjo esta venta del gobierno a Luis XVIII a cambio de un puesto ministerial, poseemos afortunadamente un documento característico, uno de los pocos que registra palabra por palabra una conversación diplomática del, por lo demás, cauteloso Fouché. Durante los Cien Días, un único partidario del rey, decidido, el barón de Vitrolles, había reunido un ejército en Toulouse y combatido al Napoleón regresado. Hecho prisionero y llevado a París, el Emperador quiso fusilarlo de inmediato, pero Fouché había intervenido; siempre estaba a favor de la clemencia, sobre todo con los enemigos que todavía se podían necesitar. Así que se habían conformado con encerrar al barón Vitrolles en la prisión militar hasta la conclusión del proceso ante el consejo de guerra. Pero apenas se entera, el 23 de junio, la esposa del hombre en peligro de que Fouché se ha convertido en el amo de Francia, corre a verlo para

pedirle la liberación de Vitrolles, que Fouché concede al instante, pues le interesa mucho congraciarse con los Borbones. Al día siguiente se presenta ya el barón Vitrolles, el jefe realista liberado, ante el duque de Otranto, para darle las gracias.

Ahora tiene lugar la siguiente conversación, cordial en lo político, entre el jefe elegido republicanamente y el archirrealista jurado. Fouché le dice: «Bueno, ¿qué piensa hacer usted ahora?» «Tengo intención de trasladarme a Gante; mi coche de posta espera ya ante la puerta.» «Es lo más sensato que puede hacer, porque aquí no está usted seguro.» «¿No tiene usted nada que darme para el rey?» «Ay, Dios mío, no. Nada en absoluto. Dígale, por favor, solo a Su Majestad que puede contar con mi entrega, y que, por desgracia, no depende de mí que Él vuelva pronto a las Tullerías.» «Pero yo creo que eso depende única y exclusivamente de usted.» «Menos de lo que usted piensa. Las dificultades son grandes. Eso sí, la Cámara ha simplificado la situación. Ya sabe usted» —y al decirlo Fouché sonríe — «que ha proclamado a Napoleón Segundo.» «¿Cómo, a Napoleón Segundo?» «Naturalmente, había que empezar por ahí.» «Pero supongo que eso no hay que tomarlo en serio.» «Eso puede decirse, en efecto. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que ese nombramiento carece por completo de sentido. Pero usted no puede imaginarse cuánta gente sigue aferrada a ese nombre. Algunos de mis colegas, sobre todo Carnot, están convencidos de que con Napoleón Segundo se salva todo.» «¿Y cuánto va a durar esta broma?» «Probablemente el tiempo que nos haga falta para librarnos de Napoleón Primero.» «¿Y luego? ¿Qué va a pasar luego?» «¿Cómo quiere que lo sepa? En momentos como estos es difícil prever el día siguiente.» «Pero si el señor Carnot, su colega, está tan aferrado a Napoleón, quizá le resulte difícil a usted esquivar esa combinación.» «Bah, ¡usted no conoce a Carnot! Basta, para disuadirlo, con proclamar el gobierno del "pueblo francés". ¡El pueblo francés, imagínese cuando lo oiga!» Y ahora ríen ambos, el duque de Otranto elegido republicanamente, que se burla de su colega, y el enviado realista. Ya empiezan a entenderse. «Así está bien, así se hará» —retoma la conversación el señor barón de Vitrolles—, «pero

espero que, después de Napoleón Segundo y del pueblo francés, piense usted por fin en los Borbones.» «Por supuesto» —responde Fouché—, «después le llega el turno al duque de Orleans.» «¿Cómo, al duque de Orleans?» —exclama sorprendido el barón de Vitrolles —, «¿al duque de Orleans? ¿Cree usted que el rey aceptará jamás una corona así ofrecida y negociada con todo el mundo?» Fouché calla y se limita a sonreír. Pero el barón de Vitrolles ya ha comprendido. Con esta conversación pérfidamente irónica, en apariencia despreocupada, Fouché le ha mostrado sus intenciones. Le ha dado a entender con claridad que, si él quiere, hay dificultades, que en vez del rey Luis XVIII se podría proclamar también a Napoleón Segundo, o al pueblo francés, o al duque de Orleans, pero que él, Fouché, personalmente no está especialmente apegado a ninguna de estas posibilidades y está dispuesto, con toda tranquilidad, a descartar las tres a favor de Luis XVIII, si... Este si no se pronuncia, pero el barón de Vitrolles ya lo ha comprendido, tal vez por una sonrisa en la mirada, tal vez por un gesto. En cualquier caso, decide de pronto renunciar a su viaje y quedarse en París con Fouché, eso sí, con la condición de poder corresponder libremente con el rey. Pone sus condiciones: en primer lugar, veinticinco pasaportes para sus agentes hacia Gante, al cuartel general del rey. «Cincuenta, cien, tantos como usted quiera», responde de buen humor el ministro de Policía republicano al representante de los enemigos de la República. «Y luego le pido que me permita hablar con usted una vez al día.» De nuevo responde alegre el duque: «¡Una vez no basta! Dos veces, una por la mañana, otra por la noche.» Ahora el barón de Vitrolles puede quedarse tranquilamente en París y negociar, bajo la protección del duque de Otranto, con el rey, y comunicarle que las puertas de París están abiertas para él, si... sí, precisamente, si Luis XVIII está dispuesto a aceptar al duque de Otranto como ministro en el nuevo gobierno real.

Cuando se le propone a Luis XVIII dejar que Fouché le abra cómodamente las puertas de París a cambio de la propina de un puesto ministerial, el Borbón, por lo demás de sangre espesa, se enfurece. «¡Jamás!», grita a los primeros que quieren poner ese

nombre odiado en la lista. Y en verdad, ¡qué exigencia tan absurda, admitir en su casa a un regicida, a uno de los que firmaron la sentencia de muerte de su propio hermano, a un sacerdote apóstata, ateo furibundo y servidor de Napoleón! «¡Jamás!», grita indignado. Pero de la historia conocemos ya esos «jamás» de los reyes, de los políticos y de los generales: casi siempre son el preludio de una capitulación. ¿No vale París una misa? ¿No hicieron ya, desde Enrique IV, los reyes sus antepasados, semejantes sacrifici dell'intelletto, tales sacrificios del espíritu y de la conciencia por amor al poder? Presionado por todos lados, por los cortesanos, por los generales, por Wellington y, sobre todo, por Talleyrand (que, como obispo casado, necesita en esta corte un contraste todavía más negro), Luis XVIII empieza poco a poco a vacilar. Todos le aseguran que solo un hombre puede abrirle sin resistencia las puertas de París: ¡solo Fouché! Solo él, el hombre de todos los partidos y de todas las convicciones, el mejor, el eterno sostenedor del estribo de todos los pretendientes a la corona, ahorraría derramamiento de sangre. Y además: el viejo jacobino se había convertido hace tiempo en un conservador de bien, se había arrepentido y había traicionado excelentemente a Napoleón. Por fin el rey, para descargar su conciencia —«¡Pobre hermano, si pudieras verme ahora!», se dice que exclamó—, hace su confesión y se declara dispuesto a recibir a Fouché en secreto en Neuilly —en secreto, pues en París nadie debe sospechar que, por un puesto ministerial, un jefe elegido por el pueblo vende su país, y un pretendiente a la corona vende su honor por una diadema real—: en la oscuridad, con solo el obispo advenedizo como testigo, se lleva a término en secreto este negocio, el más desvergonzado de la historia moderna, entre el exjacobino y el todavía-no-rey.

Allí, en Neuilly, tiene lugar aquella escena inquietante y fantástica, digna de un Shakespeare o de un Aretino: el rey Luis XVIII, descendiente de Luis el Santo, recibe al coautor del asesinato de su hermano, al perjuro siete veces Fouché, ministro de la Convención, del Emperador y de la República, para tomarle juramento, el octavo juramento de fidelidad. Y Talleyrand, antiguo obispo, luego

republicano, luego servidor del Emperador, introduce a su compinche. El cojo, para caminar mejor, apoya su brazo en el hombro de Fouché —«el vicio, apoyado en la traición», como observa burlonamente Chateaubriand—, y así se aproximan los dos ateos, oportunistas hermanados, al heredero de Luis el Santo. Primero una profunda reverencia. Luego Talleyrand asume la penosa obligación de proponer al rey, como ministro, al asesino de su hermano. Más pálido todavía que de costumbre está el hombre enjuto, ahora que dobla la rodilla para el juramento ante el «tirano», el «déspota», y besa la mano con la misma sangre que ayudó a derramar, ahora que jura en nombre del mismo Dios cuyas iglesias saqueó y profanó con sus hordas en Lyon. En verdad, ¡todo un golpe, incluso para un Fouché! Por eso sigue tan pálido, el duque de Otranto, al salir de la sala de audiencias del rey; ahora es más bien el patizambo Talleyrand quien tiene que sostenerlo a él. No pronuncia palabra. Ni siquiera los comentarios irónicos de este obispo cínico y curtido, que decía misa como quien juega a las cartas, logran sacarlo de este silencio consternado. De noche vuelve, con el decreto ministerial firmado en el bolsillo, a París, junto a sus colegas ignorantes de las Tullerías, a quienes mañana echará a todos y pasado mañana proscribirá: no debe de sentirse muy cómodo en medio de ellos. Una vez había sido libre este servidor infidelísimo, pero —¡maravillosa paradoja del destino!— las almas subalternas nunca pueden soportar la libertad, huyen de ella compulsivamente una y otra vez para refugiarse en una nueva servidumbre. Y así se humilla Fouché, ayer todavía fuerte y soberano de sí mismo, otra vez ante un señor, encadena otra vez sus manos libres a la galera del poder (y cree que es el banco de remo del destino). Pero pronto llevará también la marca de la galera, el hierro candente.

A la mañana siguiente entran las tropas de los aliados. Conforme al acuerdo secreto, ocupan las Tullerías y sencillamente cierran las puertas a los diputados. Esto le da al aparentemente sorprendido Fouché la ocasión propicia para proponer a sus colegas que, como protesta contra las bayonetas, dimita el gobierno. Los engañados

caen en la trampa del gesto grandilocuente: así, tal como estaba acordado, el sillón del trono queda de pronto vacío, y durante un día no hay gobierno en París. Y a Luis XVIII solo le hace falta acercarse a las puertas, entre el júbilo que su nuevo ministro de Policía ha organizado con dinero, para ser recibido con entusiasmo como salvador: Francia vuelve a ser reino.

Solo ahora comprenden los colegas de Fouché con qué astucia los ha burlado. Ahora, por el *Moniteur*, se enteran también del precio de compra de Fouché. En ese instante estalla la cólera en el honrado, firme de convicciones, intachable (solo un poco obtuso) Carnot. «¿Adónde tengo que ir ahora, traidor?», increpa con desprecio al recién estrenado ministro de Policía realista.

Pero con el mismo desprecio responde Fouché: «Adonde quieras, imbécil.»

Y con este lacónico diálogo, tan característico, de los dos viejos jacobinos, los últimos del 9 de Termidor, termina el drama más asombroso de la Edad Moderna, la Revolución y su fulgurante fantasmagoría: la marcha de Napoleón por la historia universal. La época de las aventuras heroicas se ha apagado; comienza la era burguesa.

# Capítulo IX

# Caída y ocaso (1815-1820)

El 28 de julio de 1815 —pasados ya los Cien Días del interludio napoleónico— el rey Luis XVIII entra de nuevo en su ciudad de París en una espléndida carroza tirada por blancos palafrenes. El recibimiento es grandioso: Fouché ha trabajado bien. Multitudes jubilosas rodean el carruaje, de las casas ondean banderas blancas, y donde no fue posible conseguirlas, se han sacado a toda prisa por la ventana toallas y manteles atados a bastones. Por la noche la ciudad resplandece con mil luces; en el desbordamiento de la alegría se baila incluso con los oficiales de las tropas de ocupación inglesas y prusianas. No se oye un solo grito hostil, la gendarmería convocada por precaución resulta innecesaria; en efecto, el nuevo ministro de Policía del Rey Cristianísimo, Joseph Fouché, ha tomado excelentes disposiciones para su nuevo soberano. En las Tullerías, el mismo palacio donde apenas un mes antes se mostraba reverente ante su Emperador Napoleón como el más fiel de sus servidores, el duque de Otranto espera al rey, a Luis XVIII, el hermano del «tirano» a quien veintidós años atrás condenó a muerte en esta misma casa. Pero ahora se inclina hondo y reverente ante el vástago de san Luis, y en sus cartas firma «con reverencia el más fiel y sumiso súbdito de Vuestra Majestad» (así, literalmente, puede leerse al pie de una docena de informes de su puño y letra). De todos los

saltos disparatados de su acrobacia moral, este fue el más audaz, pero también será el último que dé sobre la cuerda floja de la política. De momento, ciertamente, todo parece marchar a las mil maravillas. Mientras el rey no esté firmemente asentado en el trono, no desdeña apoyarse en un señor Fouché. Y además: por ahora todavía se necesita a este Fígaro, que sabe hacer malabarismos de un lado a otro con tanta destreza. Primero para las elecciones, pues en la corte se desea una mayoría fiable en el Parlamento popular; para ello el republicano y hombre del pueblo «acreditado» sirve como inigualable agente electoral. Además quedan todavía por resolver toda suerte de asuntos sangrientos y desagradables: ¿por qué no utilizar este guante ya gastado? Después se le puede tirar, y así uno no se ha manchado con sus propias manos reales.

Un negocio tan sucio hay que despacharlo ya en los primerísimos días. Es cierto que el rey había prometido solemnemente en el destierro conceder una amnistía y no perseguir a nadie que hubiese prestado servicio durante los Cien Días bajo el usurpador retornado. Pero después de comer se lee de otra manera; solo raras veces se sienten los reyes obligados a cumplir lo que prometieron cuando eran pretendientes a la corona. Los realistas encarnizados, ufanos de su propia fidelidad, exigen ahora, cuando el rey ya está de nuevo firmemente en la silla, que se castigue a todos aquellos que durante los Cien Días desertaron del estandarte de la flor de lis. Duramente presionado por los realistas, que siempre piensan de manera más monárquica que el propio rey, Luis XVIII acaba cediendo. Y al ministro de Policía le corresponde el penoso cometido de confeccionar esta lista de proscripción.

Este encargo no resulta grato al duque de Otranto. ¿Es que de verdad hay que castigar a la gente por una nimiedad semejante, solo porque hicieron lo más sensato y se pasaron al bando del más fuerte, del vencedor? Y además, recuerda el ministro de Policía del Rey Cristianísimo, que en tal lista de proscritos el primer nombre que en justicia y derecho debería figurar era, en realidad, el del duque de Otranto, ministro de Policía bajo Napoleón, es decir, el suyo propio. ¡Situación penosa donde las haya, bien lo sabe Dios! Primero

Fouché intenta escabullirse del desagradable encargo con una artimaña. En lugar de una lista que, como se le pedía, debía contener treinta o cuarenta de los principales culpables, presenta, para asombro general, varios pliegos en folio con trescientos o cuatrocientos nombres, e incluso, según afirman algunos, hasta mil, y exige que se castigue a todos ellos o a ninguno. Confía en que el rey no reunirá tanto valor, con lo que el enojoso asunto quedaría zanjado; pero, por desgracia, preside el ministerio un zorro tan astuto como él mismo: Talleyrand. Este advierte enseguida que a su amigo Fouché la píldora le sabe amarga; y precisamente por eso insiste más en obligarle a tragársela. Sin la menor compasión hace recortar la lista de Fouché hasta que solo quedan cuatro docenas de nombres, y le encomienda el penoso trabajo de firmar con su nombre estas sentencias de muerte y destierro.

Lo más inteligente para Fouché sería ahora ponerse el sombrero y cerrar tras de sí la puerta del palacio. Pero ya se ha apuntado varias veces aquí el punto débil de Fouché: su ambición posee toda la astucia, salvo esta única: la de saber renunciar a tiempo. Antes cargará Fouché con la envidia, el odio y el rencor que abandonar voluntariamente jamás un sillón ministerial. Así aparece, para indignación general, una lista de proscripción que contiene los nombres más ilustres y nobles de Francia, refrendada por el viejo jacobino. En ella figura Carnot, «l'organisateur de la victoire», el artífice de la República, y el mariscal Ney, vencedor de innumerables batallas, salvador de los restos del ejército de Rusia; todos sus compañeros del Gobierno Provisional, los últimos de sus compañeros de la Convención, sus compañeros de la Revolución. En esta espantosa lista, que amenaza con la muerte o el destierro, se encuentran todos los nombres, todos los nombres que en las dos últimas décadas han cubierto de gloria a Francia con sus hazañas. Solo falta en ella un único nombre: el de Joseph Fouché, duque de Otranto.

O, en realidad, no falta. También el nombre del duque de Otranto figura en esta lista. Pero no en el texto, como el de un ministro napoleónico acusado y proscrito. Sino como el del ministro del rey

que envía a todos sus compañeros a la muerte o al exilio: como el del verdugo.

Por un golpe tan brutal como el que el viejo jacobino ha infligido a su conciencia con esta autohumillación, el rey no puede negarle una cierta gratitud. A Joseph Fouché, duque de Otranto, le corresponde ahora un honor supremo, el último. Viudo desde hace cinco años, ha decidido volver a casarse, y nada menos que este mismo hombre, que antaño ansiaba con tanta ferocidad la «sangre de los aristócratas», se propone unirse en matrimonio con sangre azul: casarse, en efecto, con una condesa de Castellane, una alta aristócrata, es decir, un miembro de «esa banda criminal que debe caer bajo la espada de la ley», como él mismo predicó en su día, amablemente, en Nevers. Pero desde entonces —de ello se han visto abundantes y alegres pruebas— el antiguo jacobinísimo, el sanguinario Joseph Fouché, ha cambiado radicalmente de opiniones; cuando ahora, el primero de agosto de 1815, va a la iglesia, no lo hace como en 1793, para destrozar a martillazos los «infames símbolos del fanatismo», los crucifijos y los altares, sino para recibir humildemente, junto a su novia aristócrata, la bendición de un hombre tocado con esa mitra que él, recordémoslo, hizo calzar en 1793, por escarnio, sobre las orejas de un asno. Según la vieja costumbre nobiliaria —un duque de Otranto sabe lo que conviene cuando se casa con una condesa de Castellane— el contrato matrimonial es firmado también por las primeras familias de la corte y de la nobleza. Y como primer testigo firma Luis XVIII de su puño y letra este documento, seguramente único en la historia universal, en calidad de testigo a la vez más digno y más indigno del asesino de su hermano.

Esto es mucho, incomparablemente mucho. E incluso demasiado. Pues precisamente esta desfachatez extrema, la de pedir, siendo «régicide», regicida, al hermano del rey guillotinado que sea testigo de su boda, suscita una enorme indignación en los círculos nobiliarios. Este miserable tránsfuga, este realista de anteayer, murmuran, se comporta como si de verdad perteneciese a la corte y a la nobleza. ¿Para qué se necesita ya, en realidad, a este hombre,

«le plus dégoûtant reste de la révolution», este último y más sucio desecho de la Revolución, que mancha el ministerio con su repugnante presencia? Cierto es que ha ayudado a traer de vuelta al rey a París, que ha prestado su mano venal para firmar el bando de proscripción contra los mejores hombres de Francia. ¡Pero ahora, fuera con él! Esos mismos aristócratas que, mientras el rey esperaba con suma impaciencia ante las puertas de París, le apremiaban a nombrar sin falta ministro al duque de Otranto para poder entrar en la ciudad sin derramamiento de sangre, esos mismos señores ya no saben nada, de pronto, de ningún duque de Otranto; solo se acuerdan, tercamente, de un tal Joseph Fouché, que en Lyon hizo abatir a cañonazos a centenares de sacerdotes y de nobles y que exigió la muerte de Luis XVI. De pronto el duque de Otranto advierte, cuando cruza la antecámara del rey, que toda una fila de nobles caballeros ya no le saluda o le vuelve la espalda con desprecio provocador. De repente aparecen libelos incendiarios contra el *Mitrailleur de Lyon* y pasan de mano en mano; una nueva sociedad patriótica, los «Francs régénérés», antepasados de los «camelots du roi» y de los «húngaros que despiertan», celebran reuniones y exigen sin ambages que el estandarte de la flor de lis sea al fin limpiado de esta mancha infamante.

Pero Fouché no se rinde tan fácilmente cuando se trata del poder: se aferra a él con los dientes. En el informe secreto de un espía encargado de vigilarlo en aquellos días, puede leerse cómo busca agarrarse por todos los lados. Al fin y al cabo, todavía están en el país los soberanos enemigos: ellos pueden defenderlo frente a los servidores del rey más realistas que el propio rey. Visita al zar de Rusia, conversa a diario durante horas con Wellington y con el embajador inglés, hace estallar todas las minas diplomáticas, procurando por un lado ganarse al pueblo mediante una queja contra las tropas de ocupación y, al mismo tiempo, atemorizando al rey con informes exagerados. Envía al vencedor de Waterloo ante el rey Luis XVIII como intercesor, moviliza a los banqueros, a las mujeres y a sus últimos amigos. No, no quiere marcharse: demasiado caro le ha costado a su conciencia este rango como para

no defenderlo como un desesperado. Y, en efecto, durante algunas semanas logra, como un nadador diestro que ora se pone de costado, ora se echa de espaldas, mantenerse a flote en las aguas políticas. Durante todo ese tiempo muestra, según informa aquel espía, una buena dosis de confianza, y probablemente la tenía de verdad. Pues en esos veinticinco años siempre ha salido adelante. ¡Y si uno se las ha visto con un Napoleón y con un Robespierre, para qué preocuparse por unos cuantos hidalgos simplones! El viejo despreciador de los hombres hace tiempo que no teme a los hombres, él, que ha sobrevivido a los más grandes de la historia universal y los ha superado en el juego.

Pero hay una cosa que este viejo condotiero, este refinado conocedor de los hombres, no ha aprendido, y que nadie puede aprender: luchar contra fantasmas. Ha olvidado esto: que en la corte real ronda un fantasma del pasado como una Erinia de la venganza: la duquesa de Angulema, hija de sangre de Luis XVI y de María Antonieta, la única de la familia que escapó a la gran matanza. El rey Luis XVIII, él sí podía, en todo caso, perdonar todavía a Fouché; al fin y al cabo, a este jacobino le debe su trono real, y semejante herencia alivia a veces —la historia puede atestiguarlo— hasta en los más altos círculos el dolor fraterno. Pero para él perdonar era fácil, pues en su propia persona no vivió nada de aquella época del Terror; la duquesa de Angulema, en cambio, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, lleva las horribles imágenes de su infancia en la sangre. Tiene recuerdos que no se olvidan, y sentimientos de odio que nada logra apaciguar: ha vivido demasiado en su propio cuerpo, en su propia alma, como para poder perdonar jamás a uno de estos jacobinos, a uno de estos hombres del Terror. De niña, en el castillo de Saint-Cloud, vivió estremecida aquella espantosa noche en que las masas populares sanculotas asesinaron a los porteros y se presentaron, con los zapatos chorreando sangre, ante su madre y su padre. Vivió después la noche en que, apretujados los cuatro en el carruaje —padre, madre, hermano y ella, «el panadero, la panadera y el mozo de panadería»—, en medio de una muchedumbre que los escarnecía y vociferaba, esperando de un momento a otro la muerte,

fueron arrastrados de vuelta a París, a las Tullerías. Vivió el diez de agosto, cuando la turba forzó a hachazos las puertas de las habitaciones de su madre, cuando pusieron, escarneciéndolo, el gorro rojo en la cabeza de su padre y la pica contra su pecho; sufrió los espantosos días en la prisión del Temple y los minutos horrendos en que alzaron hasta su ventana, en la punta de una pica, la cabeza ensangrentada de su amiga materna, la duquesa de Lamballe, con el cabello suelto y apelmazado de sangre. ¿Cómo podría olvidar aquella noche en que se despidió de su padre, a quien arrastraban hacia la guillotina, la despedida de su hermano pequeño, al que dejaron consumirse y llenarse de piojos en una celda estrecha? ¿Cómo no recordar a los camaradas de Fouché tocados con el gorro rojo, que la interrogaron y atormentaron durante días para que atestiguase en el proceso contra la reina la supuesta relación incestuosa de su madre María Antonieta con su hijo pequeño? ¿Y cómo desterrar de su sangre el instante en que tuvo que arrancarse de los brazos de su madre, y el carro traqueteó luego abajo, sobre el empedrado, arrastrándola hacia la guillotina? No, ella, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, la prisionera del Temple, no leyó estos horrores en los periódicos ni se los oyó contar a terceros, como Luis XVIII, sino que los lleva grabados de manera imborrable en lo más hondo de su alma infantil, aterrada, ensombrecida, atormentada y martirizada. Y su odio contra estos asesinos de su padre, contra los verdugos de su madre, contra las imágenes terribles de su infancia, contra todos los jacobinos y revolucionarios, dista mucho de haberse agotado, ni de haberse vengado todavía. Recuerdos así no se olvidan. Y así ha jurado que nunca, jamás, tenderá la mano al ministro de su tío, al coasesino de su padre, jamás a Fouché, ni respirará nunca el mismo aire en la misma sala que él. Abierta y desafiante, muestra ante toda la corte al ministro su desprecio y su odio. No entra en fiesta ni acto alguno al que asista este regicida, este traidor a sus propias convicciones, y su desprecio abierto, burlón, fanáticamente exhibido hacia el tránsfuga va despertando poco a poco el sentido del honor en todos los demás. Al fin, todos los miembros de la familia real exigen unánimemente a Luis XVIII que, ahora que su poder está

asegurado, expulse con ignominia y deshonor de las Tullerías al asesino de su hermano.

A regañadientes, se recordará, y solo porque lo necesitaba de manera ineludible, se dejó Luis XVIII imponer a Joseph Fouché como ministro. Con gusto, y hasta con alegría, le da ahora, cuando ya no lo necesita, el pasaporte de salida. «No se debe exponer a la pobre duquesa a tropezarse con ese rostro repugnante», dice sonriendo del hombre que, todavía ajeno a todo, sigue firmando como «su servidor más fiel». Y Talleyrand, el otro tránsfuga, recibe el encargo real de hacer comprender a su camarada de la Convención y de la época napoleónica que su presencia en las Tullerías ya no se considera deseada.

Talleyrand asume con gusto este encargo. Ya de por sí le cuesta bastante orientar las velas según el cortante viento realista. Por eso espera poder mantener a flote su afortunado barco arrojando lastre. Y el lastre más pesado de su ministerio es este regicida, su viejo cómplice Fouché: arrojarlo por la borda, negocio en apariencia tan penoso, lo despacha con una habilidad encantadora y mundana. No es que le anuncie el cese de manera grosera o solemne —no; como viejo maestro de las formas, como soberano gentilhombre, elige un modo arrebatador de darle a entender que para el señor Fouché ha sonado por fin la campana de las doce. Este último aristócrata del Dix-huitième sitúa siempre sus escenas de comedia y sus intrigas en el decorado de un salón, y también esta vez viste el brusco despido con la más fina de todas las formas. El 14 de diciembre, Talleyrand y Fouché se encuentran en una velada. Se cena, se habla, se charla desenfadadamente; Talleyrand, en particular, parece de excelente humor. En torno a él se reúne un gran círculo; mujeres hermosas, dignatarios y jóvenes, todos se apretujan con curiosidad para escuchar a este maestro de la palabra. Y, en efecto, esta vez cuenta las cosas con encanto muy especial. Habla de días ya muy lejanos, de cuando tuvo que huir a América ante la orden de detención de la Convención, y elogia con entusiasmo aquel país magnífico. ¡Ah, qué espléndido es aquello!: bosques impenetrables, habitados por la primitiva tribu de los pieles rojas, ríos poderosos e inexplorados, el

majestuoso Potomac y el inmenso lago Erie, y en medio de ese mundo heroico y romántico, una nueva estirpe, de acero, capaz y fuerte, curtida en las luchas, entregada a la libertad, ejemplar en sus leyes, inimaginable en sus posibilidades. ¡Sí, allí todavía hay algo que aprender, allí se siente un futuro nuevo y mejor, mil veces más vivo que en nuestra decrépita Europa! Allí habría que vivir, allí habría que actuar, exclama entusiasmado, y ningún puesto le parecería más tentador que el de embajador ante los Estados Unidos...

Y de pronto se interrumpe en su entusiasmo, en apariencia casual, y se vuelve hacia Fouché: «¿No le apetecería a usted, duque de Otranto, un puesto semejante?»

Fouché palidece. Ha comprendido. Por dentro tiembla de rabia al ver con qué astucia y habilidad el viejo zorro le ha puesto el sillón ministerial en la puerta, delante de todo el mundo, delante de toda la corte. No da respuesta. Pero a los pocos minutos se despide, se va a casa y redacta su dimisión. Talleyrand se queda tan campante, y de camino a casa confía a sus amigos, con sonrisa torcida: «Esta vez le he retorcido el cuello definitivamente.»

Para echar un manto ligero sobre este brutal despido de Fouché de cara a la opinión pública, se ofrece al ministro cesado, pro forma, otro pequeño cargo. Así, en el *Moniteur* no consta que el regicida, el «régicide» Joseph Fouché, haya sido destituido de su cargo de ministro de Policía, sino que se lee que Su Majestad, el rey Luis XVIII, se ha dignado nombrar a Su Excelencia el duque de Otranto embajador en la corte de Dresde. Por supuesto, se espera que rechace ese puesto absolutamente insignificante, que no corresponde ni a su rango ni a su posición ya histórica. ¡Pero nada de eso! Con un mínimo de sensatez despierta, Fouché debería comprender que él, el regicida, está definitiva e irremisiblemente acabado al servicio de un reino reaccionario, y que al cabo de unos meses le arrancarán de los dientes también ese mísero hueso. Pero el hambre voraz de poder ha vuelto del todo servil a esta alma de lobo, antaño tan audaz. Exactamente igual que Napoleón se aferró hasta el último momento con uñas y dientes, no ya solo a su puesto,

sino incluso al mero simulacro nominal de su dignidad imperial, así, y de manera todavía mucho más innoble, se agarra su servidor Fouché al último y más ínfimo título de un ministerio ficticio. Se pega al poder, tenaz como el limo; obedece, este eterno servidor, también esta vez, lleno de amargura, a su señor. «Acepto, Señor, con gratitud, la embajada que Vuestra Majestad se ha dignado ofrecerme», escribe este hombre de cincuenta y siete años, este millonario veinte veces sobre, humildemente, al hombre que, gracias sobre todo a él mismo, vuelve a ser rey desde hace medio año. Hace sus maletas y se traslada con toda su familia a esta pequeña cortecilla de Dresde, se instala con lujo principesco y actúa como si quisiera pasar allí el resto de su vida como embajador del rey.

Pero lo que tanto tiempo había temido se cumple pronto. Durante casi veinticinco años, Fouché combatió como un desesperado el regreso de los Borbones, obedeciendo al instinto certero de que estos acabarían por pedirle cuentas de las dos palabras «La mort» con las que empujó a Luis XVI bajo la guillotina. Pero, neciamente, había esperado engañarlos infiltrándose en sus filas, disfrazándose de buen servidor fiel a la monarquía. Pero esta vez no ha engañado a los demás, solo a sí mismo. Pues apenas ha hecho empapelar de nuevo sus habitaciones de Dresde, apenas ha dispuesto mesa y lecho, cuando ya estalla el trueno en el Parlamento francés. Ya nadie habla del duque de Otranto, todos han olvidado que un dignatario de ese nombre condujo triunfalmente a su nuevo rey Luis XVIII de vuelta a París; todos hablan solo de un señor Fouché, del «régicide» Joseph Fouché de Nantes, que en 1792 condenó al rey, del *Mitrailleur de Lyon*, y con la aplastante mayoría de 334 votos contra apenas 32, el hombre «que alzó la mano contra el ungido del Señor» queda excluido de toda amnistía y desterrado de Francia de por vida. Naturalmente, esto significa también su ignominioso cese como embajador. Sin compasión, sin miramientos, con burla y desprecio, el ahora «señor Fouché» —ya no Excelencia, ya no comendador de la Legión de Honor, ya no senador, ya no ministro, ya no gran dignatario— es puesto en la calle de una patada, y al mismo tiempo se hace saber oficialmente al rey de Sajonia que tampoco la

permanencia personal de este individuo llamado Fouché en Dresde resulta ya bienvenida. Quien él mismo envió a miles al destierro sigue ahora, veinte años después, como el último, a los combatientes de la Convención: sin patria, maldito, desterrado. Y, ahora que está sin poder y fuera de la ley, el odio de todos los partidos se abate sobre el caído con la misma unanimidad con que antes las simpatías de todos los partidos cortejaban al poderoso. Ahora ya no sirven artimañas, protestas ni conjuros: un hombre de poder sin poder, un político acabado, un intrigante que ha jugado ya todas sus cartas es siempre la cosa más lamentable de la tierra. Tarde, pero con intereses de usura, pagará ahora Fouché su deuda: la de no haber servido nunca a una idea, a una pasión moral de la humanidad, sino siempre tan solo al favor pasajero del momento y de los hombres.

¿Adónde ahora? El duque de Otranto, desterrado de Francia, no se preocupa al principio. ¿Acaso no es el favorito del zar, el confidente de Wellington, el vencedor de Waterloo, el amigo del todopoderoso ministro austriaco Metternich? ¿No le deben gratitud los Bernadotte, a quienes él empujó hasta el trono de Suecia, ni los príncipes bávaros? ¿No conoce él, desde hace años, confidencialmente, a todos los diplomáticos, no se han afanado apasionadamente todos los príncipes y reyes de Europa por conseguir su favor? Basta con que haga una sutil insinuación, piensa el caído, y cualquier país solicitará con urgencia el privilegio de acoger al Arístides desterrado. ¡Pero de qué manera tan distinta trata la historia universal a un caído que a un poderoso! De la corte del zar no llega invitación alguna, pese a las repetidas insinuaciones, y tampoco de Wellington; Bélgica se niega, ya tienen bastante con viejos jacobinos dentro de sus fronteras; Baviera esquiva con cautela, y hasta el viejo amigo, el príncipe Metternich, se muestra extrañamente frío. Bueno, en todo caso, si de verdad lo quisiera y lo deseara, el duque de Otranto podría trasladarse a territorio austriaco, se está magnánimamente dispuesto a no oponer nada. Pero en ningún caso podría ir a Viena, no, allí no se le necesitaba, y tampoco a Italia bajo ninguna condición. A lo sumo podría (¡suponiendo buena conducta!) fijar su

residencia en una pequeña ciudad de provincias, y no dentro de la Baja Austria, es decir, no cerca de Viena. En verdad, no se muestra muy solícito el buen y viejo amigo Metternich, y ni siquiera el hecho de que el millonario duque de Otranto se ofrezca a invertir toda su fortuna en tierras austriacas o en títulos del Estado austriaco, ni que proponga que su hijo sirva en el ejército imperial, logra sacar al ministro austriaco de su actitud reservada. Cuando el duque de Otranto anuncia una visita a Viena, este la rechaza cortésmente: no, que se dirija más bien, tranquila y muy discretamente, a Praga.

Así se escabulle Joseph Fouché, sin una invitación en regla, sin honor, mucho más tolerado que solicitado, de Dresde a Praga, para fijar allí su residencia: ha comenzado su cuarto exilio, el último y el más cruel.

Tampoco en Praga se muestran muy encantados con el ilustre huésped, aunque, eso sí, muy venido a menos desde su altura; especialmente la aristocracia allí arraigada de antiguo le enseña al repentino intruso la espalda fría. Pues los nobles bohemios siguen leyendo periódicos franceses, y estos rebosan justo ahora de los ataques más vengativos y encarnizados contra el «señor» Fouché; cuentan con frecuencia y con gran detalle cómo este jacobino saqueó iglesias en Lyon en 1793 y vació las cajas en Nevers. Todos aquellos pequeños escribientes que en su día temblaron ante la mano dura del ministro de Policía y tuvieron que morderse la rabia entre los dientes, escupen ahora sin freno sobre el indefenso. Con velocidad vertiginosa gira ahora la rueda. Quien en su día vigilaba a medio mundo es ahora vigilado él mismo; todos los métodos policiales que su genio inventivo ideó, los aplican ahora sus discípulos y antiguos funcionarios contra su antiguo maestro. Cada carta dirigida al duque de Otranto o remitida por él pasa por el Gabinete Negro, se abre y se copia; agentes de policía escuchan y denuncian cada conversación, se espía su trato, se controla cada uno de sus pasos; por todas partes se siente vigilado, cercado, acechado; su propio arte, su propia ciencia, se ensaya con la más cruel habilidad sobre el más hábil de todos, el que la inventó. En vano busca remedio contra estas humillaciones. Escribe al rey Luis

XVIII, pero este responde tan poco al destituido como en su día respondió Fouché a Napoleón el día después de su caída. Escribe al príncipe Metternich, quien, a lo sumo, le hace contestar por medio de subalternos de cancillería con un hosco sí o no. Que se aguante tranquilo bajo los golpes que todos le dedican con gusto, que deje ya de una vez de armar ruido y de querellarse. Quien solo por el miedo se hizo apreciar de todos, es ahora despreciado por todos, desde que ya no se le teme: el mayor jugador de la política ha jugado su última mano.

Durante veinticinco años, este hombre flexible, este ser inasible, había vuelto una y otra vez a escurrirse del destino que tantas veces ya lo había atenazado amenazante. Ahora que yace definitivamente en tierra, golpea sin piedad sobre el caído. En Praga, tras el hombre político, vive también el hombre privado, Joseph Fouché, su Canosa más doloroso: ningún novelista podría inventar un símbolo más ingenioso de su humillación moral que el pequeño episodio que allí ocurrió en 1817. Pues a lo trágico se suma ahora la caricatura más terrible de toda desgracia: el ridículo. No solo se humilla al hombre político, también al marido. Bien puede suponerse que no fue el amor lo que en su día acercó a aquella aristócrata de veintiséis años, de belleza deslumbrante, a este viudo de cincuenta y seis, de rostro calvo y pálido, como una calavera. Pero este pretendiente poco seductor era en 1815 el segundo hombre más rico de Francia, veinte veces millonario, Excelencia, duque y respetado ministro de Su Majestad Cristianísima; así, a la agraciada pero empobrecida condesita de provincias le sonreía la fundada esperanza de brillar, en todas las fiestas de la corte y en el Faubourg Saint-Germain, como una de las damas más distinguidas de Francia, y, en efecto, los comienzos fueron prometedores: Su Majestad se dignó firmar personalmente su carta de matrimonio, la nobleza y la corte se agolparon entre los felicitantes, un espléndido palacio en París, dos fincas y un castillo señorial en Provenza rivalizaron por hospedar a la princesa de Otranto como señora. A cambio de tales esplendores y de veinte millones, una mujer ambiciosa acepta también un marido sobrio, calvo, amarillento como un pergamino, de cincuenta y seis

años. Pero la precipitada condesa ha vendido su radiante juventud por oro del diablo, pues apenas terminada la luna de miel debe descubrir que no es la esposa de un altamente honrado ministro de Estado, sino la mujer del hombre más escarnecido y odiado de Francia, del «señor» Fouché, expulsado, desterrado, despreciado por el mundo entero: el duque, con todo su esplendor, se ha esfumado; le ha quedado el anciano raído, amargado y bilioso. Así, no resulta muy sorprendente que en Praga surja, entre esta mujer de veintiséis años y el joven Thibaudeau, hijo de un anciano republicano también desterrado, una «amitié amoureuse» de la que no se sabe con exactitud hasta qué punto fue solo amitié y hasta qué punto amoureuse. Pero con este motivo se producen escenas muy tormentosas, Fouché prohíbe al joven Thibaudeau la entrada en su casa, y, para colmo de males, esta desavenencia conyugal no permanece en secreto. Los periódicos realistas, al acecho de cualquier ocasión para descargar un latigazo sobre el mismo hombre ante quien tantos años habían temblado, publican notas maliciosas sobre sus decepciones domésticas; difunden, para regocijo de todos los lectores, la burda mentira de que la joven duquesa de Otranto se ha fugado en Praga con su amante, dejando plantado al viejo cornudo. Pronto advierte el duque de Otranto, cuando asiste en Praga a alguna reunión, que las damas apenas logran reprimir una leve sonrisa y comparan, con mirada irónica, a la joven y lozana esposa con su propia figura, poco encantadora. Ahora siente en carne propia el viejo fabricante de rumores, el eterno cazador de habladurías y escándalos, lo poco grato que resulta ser víctima de una difamación malintencionada, y que semejantes calumnias nunca pueden combatirse, sino que lo más sensato es huir de ellas. Solo ahora, en la desgracia, reconoce toda la profundidad de su caída, y su exilio en Praga se le convierte en un infierno. Se dirige de nuevo al príncipe Metternich para pedirle permiso de abandonar la insoportable ciudad y elegir otra dentro de Austria. Se le hace esperar. Al fin, Metternich le permite graciosamente trasladarse a Linz: allí se retira ahora, humillado, el hombre decepcionado y cansado, huyendo del odio y de la befa de aquel mundo que antes le estaba sometido.

Linz: en Austria siempre se sonríe al oír el nombre de esta ciudad, que en alemán rima, de forma demasiado reveladora, con Provinz: provincia. Una población pequeñoburguesa de origen rural, trabajadores del río, artesanos, gente mayormente pobre, y solo unas pocas casas de la vieja nobleza rural austriaca. Nada de la gran tradición gloriosa que había en Praga, ni ópera, ni biblioteca, ni teatro, ni bulliciosos bailes de la nobleza, ni festejos: una auténtica y genuina ciudad provinciana, soñolienta y rural, un asilo de veteranos. Allí se instala el anciano con las dos mujeres jóvenes, casi de la misma edad, la una su esposa, la otra su hija. Alquila una casa espléndida, la hace acondicionar con distinción, para gran alegría de los proveedores y comerciantes de Linz, que hasta entonces no estaban acostumbrados a albergar entre sus muros a millonarios semejantes. Algunas familias se esfuerzan por trabar relación con el forastero interesante y, gracias al dinero, en cierto modo distinguido, pero la nobleza prefiere de forma muy notoria a la condesa Castellane de nacimiento antes que al hijo de un burgués enriquecido, a este «señor» Fouché, a quien solo un Napoleón —un aventurero también a sus ojos— había colgado un manto ducal sobre los flacos hombros. El funcionariado, por su parte, tiene la orden secreta de Viena de tratar con él lo menos posible; así vive, completamente aislado y casi rehuido, el hombre antaño apasionadamente activo. Un contemporáneo describe entonces, en sus memorias, de manera muy plástica su situación en uno de los bailes públicos: «Llamaba la atención cómo se agasajaba a la duquesa, mientras que a Fouché mismo se le desatendía. Era de estatura mediana, fuerte, pero no grueso, y tenía un rostro feo. Se presentaba en las fiestas de baile siempre con frac azul de botones dorados, calzón blanco y medias blancas. Llevaba la gran Orden de Leopoldo de Austria. Solía quedarse solo junto a la estufa, mirando bailar. Cuando yo contemplaba a este antaño todopoderoso ministro del Imperio francés, tan solo y abandonado, y con aire de alegrarse cuando algún funcionario entablaba con él una conversación o le ofrecía una partida de ajedrez, no podía dejar de pensar, involuntariamente, en la mudanza de todo poder y toda grandeza terrenales.»

Un único sentimiento sostiene a este hombre de apasionada actividad intelectual hasta el último instante: la esperanza de volver, una vez más, a encumbrarse políticamente. Cansado, gastado, algo torpe ya y hasta corpulento, no logra desprenderse de la ilusión de que a él, el gran benemérito, habría que devolverlo aún a su cargo, de que una vez más, como tantas otras, el destino lo arrancaría de la oscuridad y lo arrojaría de nuevo al divino juego universal de la política. Sin cesar mantiene una correspondencia secreta con sus amigos en Francia; la vieja araña sigue tejiendo sus redes ocultas, pero estas quedan ignoradas bajo las vigas del desván de Linz. Publica bajo nombre falso «Observaciones de un contemporáneo sobre el duque de Otranto», un panegírico anónimo que retrata su talento y su carácter con los colores más vivos, casi líricos; al mismo tiempo, para intimidar duramente a sus enemigos, hace correr con cautela en cartas privadas la noticia de que el duque de Otranto está escribiendo sus memorias, e incluso de que estas aparecerán próximamente en Brockhaus, dedicadas al rey Luis XVIII: con ello quiere recordar a los más atrevidos que el antiguo ministro de Policía Fouché aún guarda algunas flechas en su carcaj, y mortalmente envenenadas. Pero, cosa extraña, ya nadie le teme, nada lo redime de Linz, nadie piensa en llamarlo, en ir a buscarlo, nadie quiere su consejo, su ayuda. Y cuando en la Cámara francesa, con otro motivo, se discute la cuestión de hacer volver a los desterrados, no se le recuerda ni con odio ni con interés. Los tres años transcurridos desde que abandonó el escenario del mundo han bastado para hacer olvidar al gran actor que sobresalía en todos los papeles; el silencio se cierra sobre él como un catafalco de cristal. Ya no existe para el mundo ningún duque de Otranto; solo un anciano, cansado, irritable, solo y extraño, pasea malhumorado por las tediosas calles de Linz. De vez en cuando, algún proveedor, algún comerciante se descubre cortésmente ante este hombre enfermizo y encorvado; por lo demás, ya nadie en el mundo lo conoce, y nadie piensa en él. La historia, esa abogada de la eternidad, ha tomado la venganza más cruel contra el hombre que nunca pensó sino en el instante: lo entierra vivo.

Tan olvidado está el duque de Otranto, que nadie —salvo un par de funcionarios de la policía austriaca— repara en ello cuando, por fin, en 1819, Metternich le permite al duque de Otranto trasladarse a Trieste, y esto solo porque sabe, por fuente fidedigna, que esa pequeña merced se concede a un moribundo. La inactividad ha fatigado y minado a este hombre inquieto y devorado por el trabajo más que treinta años de trabajos forzados. Sus pulmones empiezan a fallar, no soporta el clima riguroso, así que Metternich le concede un lugar más soleado donde morir: Trieste. Allí se ve entonces, a veces, a un hombre quebrantado que camina hacia la misa con el paso ya pesado y se arrodilla ante los bancos con las manos juntas: el otrora Joseph Fouché, que un cuarto de siglo antes destrozó con su propia mano los crucifijos de los altares, se arrodilla ahora, con la cabeza blanca inclinada, ante los «ridículos signos de la superstición», y acaso le haya sobrevenido ya la nostalgia de los silenciosos pasillos de los refectorios de sus antiguos monasterios. Algo en él se ha transformado por completo: él, el viejo combatiente y ambicioso, ya solo quiere paz con todos sus enemigos. Las hermanas y los hermanos de su gran adversario Napoleón —también ellos, hace tiempo, caídos y olvidados del mundo— lo visitan y conversan con él, confidencialmente, de tiempos pasados: todos estos visitantes se asombran de cómo este hombre se ha vuelto, de puro cansancio, verdaderamente afable. Nada en esta pobre sombra recuerda ya al hombre temido y peligroso que, durante dos décadas, confundió al mundo y doblegó de rodillas a los hombres más fuertes de su tiempo. Solo paz quiere tener, paz y una buena muerte. Y, en efecto, en sus últimas horas hace las paces todavía con su Dios y con los hombres. Paz con Dios: pues el viejo ateo combativo, el perseguidor del cristianismo, el destructor de los altares, hace venir en los últimos días de diciembre a uno de los «abominables embaucadores» (como los llamaba en los días de mayo de su jacobinismo), a un sacerdote, y recibe, con las manos piadosamente juntas, la extremaunción. Y paz con los hombres: pues pocos días antes de morir ordena a su hijo abrir su escritorio y sacar todos los papeles. Se enciende una gran hoguera, centenares y millares de cartas son arrojadas a ella, probablemente también las tan temidas

memorias, ante las cuales centenares de personas temblaban. Fuera esto debilidad de un moribundo o una última y tardía bondad, fuera miedo a la posteridad o tosca indiferencia —en cualquier caso, él destruyó en el lecho de muerte, con una consideración nueva en él y casi piadosa, todo cuanto podía comprometer a otros y con lo que hubiera podido vengarse de sus enemigos, buscando por primera vez, en lugar de la gloria y del poder, otra dicha, cansado ya de los hombres y de la vida: el olvido.

El 26 de diciembre de 1820 termina esta vida extraña y azarosa que había comenzado en un puerto del mar del Norte, en la ciudad del mar del Sur triestino. Y el 28 de diciembre se da sepultura, para su último descanso, al cuerpo de aquel hombre inquietamente errante y desterrado. La noticia de la muerte del célebre duque de Otranto no despierta, en un primer momento, gran curiosidad en el mundo. Solo una tenue y pálida humareda de recuerdo se eleva fugazmente de su nombre ya apagado, y se disipa casi sin dejar rastro en el cielo sosegado del tiempo.

Pero cuatro años después vuelve a encenderse, una vez más, la inquietud. Corre el rumor de que están a punto de aparecer las memorias del hombre tan temido, y a más de un hombre de poder, a más de un impaciente que se había lanzado con demasiada audacia contra el caído, le recorre un escalofrío por la espalda: ¿va a empezar de verdad, una vez más, a hablar desde la tumba ese labio peligroso? ¿Saldrán por fin a la luz, difamatoriamente, los documentos sustraídos de la sombra de los archivos policiales, las cartas demasiado confidenciales y las pruebas comprometedoras? Pero Fouché sigue siendo fiel a sí mismo más allá de la muerte. Pues las memorias que un avispado librero da a la imprenta en París en 1824 son tan poco fiables como él mismo. Ni siquiera desde la tumba revela este pertinaz silencioso toda la verdad; incluso a la tierra fría se lleva, celoso, sus secretos, para seguir siendo él mismo un secreto, penumbra y resplandor equívoco, figura que nunca llega a desvelarse del todo. Pero precisamente por eso, esta figura invita una y otra vez a ese juego inquisitorial que él mismo practicó con tanta maestría: descubrir, a partir de un rastro fugaz y huidizo, todo

el intrincado camino de su vida, y, a partir de su destino cambiante, la especie espiritual de este hombre político, el más singular de todos.

# ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

## Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web